

TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA
DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS XLI-XLV

EDITORIAL GREDOS

TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS XLI-XLV

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ ANTONIO VILLAR VIDAL



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 192

Asesores para la sección latina: JOSÉ JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por José Solís.



© EDITORIAL GREDOS, S. A. U., 2008

López de Hoyos, 141, 28002 Madrid.

www.rbalibros.com

1ª, REIMPRESIÓN.

Depósito legal: M.-17.882-2008.

ISBN 978-84-249-1428-7. Obra completa.

ISBN 978-84-249-1643-3. Tomo VIII.

Impreso en España. Printed in Spain.

Impreso en Top Printer Plus.

NOTA TEXTUAL

La traducción del presente volumen ha tenido como base el texto latino de la edición de W. Weissenborn y Müller (Teubner, 1959). Las discrepancias van siempre indicadas en nota a pie de página. Se ha tenido a la vista, entre otras, la edición de J. Briscoe de 1986, de la misma editorial.

LIBRO XLI

SINOPSIS

AÑO 178 a. C.

Guerra en Histria (1-5).

Roma: embajadas, triunfos, ataques de los tribunos al cónsul Manlio (6-7).

AÑO 177 a. C.

Elecciones. Levas. Prodigios. Ley Claudia *de sociis* (8-9).

Fin de la guerra en Histria. Liguria. Prodigios. Triunfo (10-13).

AÑO 176 a. C.

Elecciones. Asignación de provincias (14-15).

Muerte de un cónsul. Mútina. Cerdeña. Liguria. Muerte del otro cónsul (16-18).

AÑO 175 a. C.

Operaciones en Liguria. Bastarnas y dárdanos (19).

Retrato de Antíoco Epífanés (20).

AÑO 174 a. C.

Roma: provincias, epidemia, prodigios (21, 1-22, 3).

Grecia y Macedonia: discursos ante la asamblea de la Liga Aquca.

Conflictos en Grecia (22, 4-25, 8).

Hispania: sublevación de los celtíberos (26).

Roma: censura de Fulvio Flaco y Postumio Albino. Triunfo de Apio Claudio (27, 1-28, 3).

AÑO 173 a. C.

Elecciones (28, 4-11).

- 1 Guerra en Histria ...¹ Se decía que Epulón había armado al pueblo² al que su padre había mantenido en paz y que por ello gozaba de gran simpatía entre la juventud ansiosa de pillaje. Cuando el cónsul³ reunió al consejo para tratar de la guerra de Histria, unos opinaban que había que comenzarla inmediatamente, antes de que el enemigo pudiera reunir tropas, y otros, que primero se debía consultar al senado. Prevalció el criterio de no aplazar la fecha. El cónsul partió de Aquilea e instaló el campamento a orillas

¹ La única fuente de la V Década de Livio es el código Vindobonense 15, escrito en Italia en el siglo V, el cual, después de una corta peripecia medieval, terminó en Lorsch, donde fue descubierto por Simon Grynaeus en 1527; cf. L. D. REYNOLDS, *Texts and transmission*, 2.^a ed., Oxford, 1986, pág. 214. Se ha perdido el comienzo del libro XLI. Ahí se relataría la asignación de mandos y ejércitos para el año 178 y, a juzgar por la *Perioca XLI* y por el *Liber Prodigiorum* de J. Obsequente, la referencia al incendio del foro, la extinción del fuego sagrado del templo de Vesta, la celebración del lustro, y las victorias de Tiberio Sempronio Graco y Lucio Postumio Albino en Hispania. Por último, se retomaría el relato de la guerra contra los histros. Éstos, tras el paso de Aníbal, habían recuperado la independencia perdida en 220 y amenazaban la colonia de Aquilea, fundada en 181.

² Traducimos *Aepulo ... gentem* (Briscoe).

³ Aulo Manlio Vulsón, cónsul en 178 junto con Marco Junio Bruto. Para los magistrados romanos cf. T. R. S. BROUGHTON, *The Magistrates of the Roman Republic*, I-II, Cleveland, Oh., 1951-52.

del lago del Timavo⁴; este lago está muy próximo al mar. También se trasladó hasta allí el duúnviro naval⁵ Gayo Furio con diez navíos. Para hacer frente a la flota de los 3 ilirios se habían nombrado duúnviro navales, los cuales, con Ancona⁶ como base, protegerían con veinte navíos las costas del mar superior⁷. Lucio Cornelio vigilaría la costa desde allí hacia la derecha hasta Tarento, y Gayo Furio hacia la izquierda hasta Aquilea. Dichas naves, con las de 4 transporte y abundante avituallamiento, fueron enviadas al puerto más próximo en los confines de Histria; el cónsul salió detrás con las legiones y estableció el campamento a unas cinco millas del mar. En el puerto se formó en poco 5 tiempo un mercado muy concurrido desde el que se transportaban al campamento mercancías de todas clases. Y, para hacerlo con mayor seguridad, se dispusieron puestos de guardia por todo el contorno del campamento. En dirección 6 a Histria se colocó, de servicio permanente, una cohorte enrolada en Placencia en una leva improvisada; entre el mar y el campamento, con la misión añadida de servir de protección a los que fueran a recoger agua al río, se dio orden a Marco Ebucio, tribuno militar de la segunda legión, de colocarse al frente de dos manípulos; los tribunos militares 7 Tito y Gayo Elio habían marchado al frente de la tercera legión por la carretera que conduce a Aquilea, para proteger

⁴ El Timavo desembocaba en el Adriático, entre Aquilea y Trieste, después de extenderse a lo ancho en el campo formando *lacus* o *stagna*.

⁵ Los duúnviro navales aparecen por primera vez en Livio en IX 30, 4 (año 311) elegidos por el pueblo. Se trataba de una magistratura extraordinaria, para circunstancias especiales, cuya función primordial era preparar y armar la flota.

⁶ Ciudad del Piceno central, colonia siracusana conquistada por Roma en 268, con puerto natural en Monte Conero.

⁷ El Adriático.

8 a los encargados de recoger forraje y leña. En esa misma dirección, a un millar de pasos aproximadamente, estaba el campamento de los galos; Catmelo, con el título de régulo, mandaba no más de tres mil hombres armados.

2 Nada más trasladarse el campamento romano al lago del Timavo, los histros, a su vez, se situaron en una posición
2 escondida detrás de una colina, y desde allí, por caminos transversales, seguían la marcha de la columna atentos a cualquier oportunidad, y no les pasaba inadvertido nada de
3 lo que se hacía en tierra o en el mar. En cuanto se percataron de que eran débiles los puestos de delante del campamento y de que el mercado era frecuentado por una masa de gente desarmada que traficaba entre el campamento y el mar sin asomo de protección terrestre o marítima, atacaron simultáneamente a dos destacamentos, el de la cohorte placentina y
4 el de los manípulos de la segunda legión. La bruma matinal había servido de cobertura a su intento. Al disiparse ésta con los primeros rayos del sol, esa claridad relativamente nítida pero aún incierta, que suele multiplicar ante los ojos la apariencia de todos los objetos, confundió también en esta ocasión a los romanos, haciéndoles ver un ejército ene-
5 migo mucho más numeroso de lo que era en realidad. Aterrados por esta visión, los soldados de los dos puestos, en tremendo desorden, corrieron a refugiarse al campamento, donde provocaron un pánico mucho mayor que el que traían consigo.
6 Y es que eran incapaces de decir por qué habían huido, así como de responder a los que les hacían preguntas. Además se oían gritos en las puertas, dado que no había ningún puesto de guardia para frenar un ataque, y, por otra parte, los que corrían en la oscuridad, tropezando unos con otros, hacían que se dudara si el enemigo no estaría ya dentro de
7 la empalizada. Sólo se oían los gritos de los que exclamaban «¡al mar!». Esta exclamación, lanzada quizás irreflexivamente

por uno solo, resonaba aquí y allá por todo el campamento. Y así, como si se les hubiera dado esa orden, corren hacia el 8 mar, armados unos y sin armas la mayoría, primero unos pocos, después más, y por último casi todos, incluido el propio cónsul, que había intentado en vano hacer volver a los que huían sin que sirvieran de nada ni sus órdenes, ni su autoridad, ni, en última instancia, sus súplicas. Sólo se 9 quedó Marco Licinio Estrabón, tribuno militar de la segunda legión, al que se había dejado allí con tres manípulos de su legión. Los histros, que habían asaltado el campamento sin encontrar ninguna otra resistencia armada, cayeron sobre él cuando se encontraba en el pretorio organizando y arengando a sus hombres. La lucha fue más encarnizada de lo que 10 correspondía al reducido número de defensores, y no finalizó hasta que murieron el tribuno militar y los que se habían agrupado en torno a él. Tras derribar la tienda pretoria y 11 saquear cuanto allí había, los enemigos llegaron hasta la tienda del cuestor, el foro y la vía Quintana. Al encontrar allí 12 preparadas y al alcance de la mano abundantes provisiones de todas clases y los lechos dispuestos en la tienda del cuestor, el régulo se acomodó y se dispuso a banquetear. En 13 seguida hacen lo propio todos los demás, olvidándose de las armas y de los enemigos, y, como es lógico en quienes no estaban acostumbrados a una alimentación tan generosa, cargan sus estómagos de vino y comida con gran avidez.

Completamente distinto era el aspecto que ofrecía en 3 esos momentos la situación entre los romanos: tanto en tierra como en el mar cunde el desconcierto; los marineros desmontan las tiendas y llevan a las navés precipitadamente las provisiones depositadas en la orilla; los soldados, aterra- 2 dos, se lanzan a las lanchas y al mar. Los miembros de la tripulación, por miedo a que se sobrecarguen las embarcaciones, tan pronto cierran el paso a la multitud como impul-

3 san las naves mar adentro alejándolas de la orilla. Ello da
pie a que se produzcan riñas y, al poco, incluso combates
entre soldados y marineros con heridos y muertos por ambas
partes, hasta que por orden del cónsul fue alejada de tierra
la flota. Después se puso a separar a los que estaban desar-
4 mados de los que tenían armas. De tantos como eran, apenas
se encontraron mil doscientos que conservaran las armas y
un número muy reducido de jinetes que hubieran llevado
consigo su caballo; el resto era una masa desorganizada,
como si se tratara de vivanderos y porteadores, que habría
sido un botín seguro si los enemigos se hubieran acordado
5 de la guerra. Por fin se envió entonces un mensajero a
llamar a la tercera legión y al destacamento de galos, y desde
todas partes al mismo tiempo se emprendió la vuelta para
6 recuperar el campamento y borrar la ignominia. Los tribunos
militares de la tercera legión dan orden de arrojar al suelo el
forraje y la leña, y ordenan a los centuriones que hagan
montar en cada una de las acémilas liberadas de su carga a
dos de los soldados de mayor edad, y a los jinetes, que cada
uno suba a su grupa a uno de los infantes más jóvenes: la
7 gloria de su legión será extraordinaria si con su valor
reconquistan el campamento perdido por el miedo de la
segunda legión; y no es difícil recuperarlo cayendo por
sorpresa sobre los bárbaros enfrascados en el botín; es posible
8 quitárselo igual que ellos lo tomaron. La arenga fue acogida
con el mayor entusiasmo por parte de los soldados. Hacen
avanzar las enseñas a toda prisa, y los hombres armados no
hacen esperar a los abanderados. No obstante, los primeros
en llegar a la empalizada fueron el cónsul y las tropas a las
9 que se había hecho volver desde el mar. Lucio Acio, primer
tribuno de la segunda legión, arengaba a sus soldados y
10 además les hacía ver que, si los histros victoriosos tuvieran
intención de retener el campamento conquistado con las

mismas armas con que lo habían tomado, en primer lugar habrían perseguido hasta el mar al enemigo despojado del campamento, y luego al menos habrían colocado puestos de guardia delante de la empalizada; lo más probable era que estuviesen tumbados, en el sopor del vino y el sueño.

Tras esto ordenó a su abanderado Aulo Beculonio, hombre de reconocido valor, que avanzase con su enseña. Éste dijo que él se encargaría, sólo con que lo siguieran, de que la acción fuese más rápida, y, después de lanzar la enseña con todas sus fuerzas al otro lado de la empalizada, cruzó la puerta el primero. Entretanto, llegan por el otro lado con la caballería Tito y Gayo Elio, tribunos militares de la tercera legión. Inmediatamente detrás llegan los que habían montado en las acémilas de dos en dos, así como el cónsul con toda su columna. En cuanto a los histros, unos pocos, los que habían bebido con moderación, pensaron en la huida; los demás pasaron directamente del sueño a la muerte, y los romanos recuperaron íntegras todas sus pertenencias, salvo el vino y la comida que se había consumido. Por su parte, los soldados enfermos que habían quedado en el campamento, en cuanto se percataron de la presencia de los suyos dentro de la empalizada, cogieron armas y causaron una gran carnicería. Sobresaliente entre todas fue la actuación del jinete Gayo Popilio, cuyo sobrenombre era Sabelón. Abandonado a causa de una herida en un pie, fue él, con mucho, quien mató mayor número de enemigos. Se dio muerte a unos ocho mil histros; no se cogió prisionero a ninguno, porque la rabia y la indignación hicieron que no se pensara en el botín. No obstante, el rey de los histros fue aupado a toda prisa sobre un caballo por los suyos, borracho a consecuencia del banquete, y escapó. De los vencedores murieron doscientos treinta y siete soldados, un número mayor en la huida de la mañana que en la recuperación del campamento.

5 Casualmente ocurrió que Gneo y Lucio Gavilio Novelo, de Aquilea, cuando llegaban con el avituallamiento, estuvieron a punto de caer, en su ignorancia, en el campamento
2 tomado por los histros. Abandonando los bagajes, huyeron en dirección a Aquilea, sembrando la alarma y la confusión por todas partes, no sólo en Aquilea sino incluso en Roma
3 pocos días después. Aquí se anunció no sólo la huida y la toma del campamento por parte del enemigo, lo cual era cierto, sino el desastre total y la aniquilación completa del
4 ejército. Por consiguiente, como es habitual en los casos de emergencia, se decretó una movilización extraordinaria tanto en Roma como en toda Italia. Se enrolaron dos legiones de ciudadanos romanos y se exigieron a los aliados de derecho latino diez mil soldados de a pie y quinientos de a caballo.
5 El cónsul Marco Junio⁸ recibió instrucciones para que se desplazara a la Galia y exigiera a las ciudades de aquella provincia cuantas tropas pudiera suministrar cada una de
6 ellas. Al mismo tiempo se dispuso que el pretor Tiberio Claudio⁹, mediante un edicto, ordenase que los soldados de la cuarta legión y cinco mil aliados de derecho latino, junto con doscientos cincuenta jinetes, se concentrasen en Pisa, y que protegiese esta provincia durante la ausencia del cónsul;
7 el pretor Marco Titinio ordenaría que se concentrase en Arimino la primera legión y un número igual de aliados de
8 infantería y de caballería. Nerón partió hacia Pisa, su provincia, en uniforme de campaña. El tribuno militar Gayo Casio¹⁰ fue enviado a Arimino para tomar el mando de la
9 legión, y Titinio llevó a cabo el reclutamiento en Roma. El

⁸ Marco Junio Bruto. Había sido tribuno de la plebe en 195, pretor en 191, y miembro de la comisión de los diez enviada a Asia Menor en 189.

⁹ Tiberio Claudio Nerón, pretor en 178.

¹⁰ Gayo Casio Longino, que sería pretor en 174, cónsul en 171 y censor en 154.

cónsul Marco Junio, después de trasladarse del territorio de los lígures a la provincia de la Galia y de exigir contingentes de tropas auxiliares a las ciudades de la Galia y soldados a las colonias, llegó a Aquilea. Una vez allí, e informado de que ¹⁰ el ejército se encontraba sano y salvo, escribió una carta a Roma para que se tranquilizasen los ánimos, y, después de despedir a los auxiliares que había recabado de los galos, marchó a reunirse con su colega. La inesperada noticia ¹¹ produjo gran alegría en Roma; se interrumpió la leva, se licenció a los que habían prestado juramento militar y se envió a casa al ejército que se encontraba en Arimino afectado por una epidemia. Los histros estaban acampados, con un ¹² fuerte contingente de tropas, no lejos del campamento del cónsul; cuando se enteraron de que había llegado el otro cónsul con un nuevo ejército, se dispersaron por todas partes en dirección a sus ciudades. Los cónsules llevaron de nuevo sus legiones a Aquilea, a los cuarteles de invierno.

<i>Roma: embajadas,</i>	Apaciguada al fin la revuelta de los histros, 6
<i>triunfos,</i>	el senado dispuso mediante decreto que
<i>ataque</i>	los cónsules decidieran de mutuo acuerdo
<i>de los tribunos</i>	cuál de ellos volvía a Roma para presidir
<i>al cónsul</i>	los comicios. Los tribunos de la plebe, Aulo ²
<i>Manlio</i>	Licinio Nerva y Gayo Papirio Turdo, fustigaban en las asambleas a Manlio, ausente, y presentaron una proposición de ley para que no se le prorrogara el mando a Manlio más allá del quince de marzo ¹¹ —pues ya les había sido prorrogado por un año a los cónsules el

¹¹ La entrada en funciones de los nuevos magistrados se adelantó del 15 de marzo al 1 de enero en el año 153 debido a la sublevación de Hispania (LIVIO, *Perioca XLVII*).

gobierno de las provincias—, con el objeto de que pudiera ejercer su defensa inmediatamente después de dejar el cargo; su colega Quinto Elio puso el veto a esta proposición de ley, y a costa de ímprobos esfuerzos consiguió que no fuera aprobada.

Por aquellas fechas regresaron de Hispania a Roma Tiberio Sempronio Graco¹² y Lucio Postumio Albino¹³, y el pretor Marco Titinio hizo que el senado les diera audiencia en el Templo de Belona para que hicieran una exposición de las operaciones que habían llevado a cabo y solicitaran los honores merecidos y para que se honrara a los dioses inmortales.

Por la misma época, mediante una carta del pretor Tito Ebucio¹⁴ que su hijo había traído al senado, se tuvo conocimiento de que también en Cerdeña había graves desórdenes¹⁵. Los ilienses¹⁶, con la ayuda de tropas auxiliares proporcionadas por los bálaros, habían invadido aquella provincia pacificada, y no era posible hacerles frente dada la debilidad del ejército, diezmado, además, por una epidemia. Los embajadores de los sardos confirmaban estas noticias y pedían ayuda al senado al menos para las ciudades, pues los campos había que darlos ya por perdidos. Esta embajada, así como

¹² El padre de los Gracos. Fue tribuno de la plebe en 184, pretor en 180, cónsul en 177, censor en 169 y augur desde el 203 (cf. XXIX, 38, 7).

¹³ Pretor en 180 con gobierno en la Hispania ulterior, sería cónsul en 173.

¹⁴ Tito Ebucio Caro, elegido pretor para el año 178 (aunque en XL 59, Livio omite su nombre y el de otros dos pretores).

¹⁵ Cerdeña y Córcega permanecieron tranquilas desde el 227 (año en que fueron convertidas en provincia bajo el gobierno de un pretor, cf. *Perioca* XX) hasta el 181. Los levantamientos fueron sofocados primero por Marco Pinario Rusca y ahora por Tiberio Sempronio Graco.

¹⁶ Véase XL 19, 34.

todo lo que hacía referencia a Cerdeña, fue remitida a los nuevos magistrados.

No menos lamentable fue la embajada enviada por los 8
licios, que se quejaban de la crueldad de los rodios, a los que
habían sido asignados por Lucio Cornelio Escipión ¹⁷: habían 9
estado bajo el dominio de Antíoco, pero, comparada con su
situación de ahora, aquella esclavitud bajo el rey parecía
una libertad extraordinaria. No sólo sentían la opresión de
su poder en las relaciones oficiales, sino que individualmente
sufrían una esclavitud sin paliativos; sus mujeres y sus hijos 10
eran maltratados; se descargaban golpes sobre sus cuerpos,
sobre sus espaldas; se mancillaba y deshonoraba su buen
nombre, cosa inadmisible; y además, se perpetraban sin
rebozo acciones odiosas para hacer prevalecer los propios
derechos, para que tuvieran claro que no había ninguna
diferencia entre ellos y los esclavos comprados con dinero. 11
Impresionado por estos detalles, el senado entregó a los licios
una carta para los rodios manifestando su desacuerdo con que
los licios estuvieran reducidos a esclavitud por los rodios, o
nadie, nacido libre, por cualquier otro; los licios estaban
bajo la tutela y la protección de los rodios de la misma
manera que las ciudades aliadas estaban bajo la autoridad
del pueblo romano.

Después se celebraron consecutivamente dos triunfos so- 7
bre los hispanos. Sempronio Graco celebró primero el suyo
sobre los celtíberos y sus aliados, y al día siguiente lo celebró 2
Lucio Postumio sobre los lusitanos y otros hispanos de la
misma región. Graco llevó en su desfile cuarenta mil libras
de plata, y Albino veinte mil. Uno y otro repartieron entre 3
los soldados veinticinco denarios por cabeza, el doble a los

¹⁷ En realidad la decisión había sido del senado: cf. XXXVIII 55, 5.

centuriones y el triple a los jinetes, y a los aliados la misma suma que a los romanos.

- 4 Coincidió que por las mismas fechas llegó a Roma pro-
cedente de Histria el cónsul Marco Junio para la celebración
5 de los comicios. Los tribunos de la plebe, Papirio y Licinio,
después de agobiarlo en el senado con preguntas acerca de
los hechos ocurridos en Histria, lo llevaron también ante la
6 asamblea del pueblo. Como el cónsul, ante estas preguntas,
respondía que él no había estado más que once días en dicha
provincia y que de lo ocurrido durante su ausencia también
7 él, igual que ellos, se había enterado por referencias; ellos,
entonces, proseguían preguntando por qué, en tal caso, no
había venido más bien Aulo Manlio a Roma para explicar
al pueblo romano por qué se había desplazado hasta Histria
desde la Galia, la provincia que le había correspondido en el
8 sorteo. ¿Cuándo había decretado el senado aquella guerra,
cuándo la había ordenado el pueblo romano? Pero, ¡por
Hércules!, aun habiendo sido emprendida, sin duda, por
una decisión de carácter privado, la guerra, no obstante,
9 habría sido conducida con sensatez y valor. ¡Todo lo contra-
rio! No se podía decir si había sido más desacertada la
decisión de emprenderla o más imprudente la manera de
hacerla. Dos puestos de guardia sorprendidos y aplastados
por los histros; el campamento romano tomado; los soldados
de infantería y caballería que había en el campamento hechos
10 trizas; los demás, desarmados y en desorden, y el propio
cónsul el primero, habían huido hacia el mar, a las naves.
De estos hechos venía a dar cuenta como ciudadano privado
cuando no había querido hacerlo como cónsul.

Elecciones.
Levas. Prodigios.
Ley Claudia de
sociis

A continuación se celebraron los comi- 8
 cios. Resultaron elegidos cónsules ¹⁸ Gayo
 Claudio Pulcro ¹⁹ y Tiberio Sempronio
 Graco. Y al día siguiente fueron elegidos
 pretores Publio Elio Tuberón por segunda
 vez, Gayo Quincio Flaminio, Gayo Numisio, Lucio Mumio,
 Gneo Cornelio Escipión y Gayo Valerio Levino. Correspon- 2
 dió a Tuberón la jurisdicción urbana, la peregrina a Quincio,
 Sicilia a Numisio, y a Mumio Cerdeña, pero esta última,
 debido a la importancia de la guerra, pasó a ser provincia
 consular. Escipión y Levino obtuvieron en el sorteo la Galia, 3
 dividida en dos provincias. El 15 de marzo, fecha en que 4
 Sempronio y Claudio entraron en funciones como cónsules,
 sólo se hizo mención a las provincias de Cerdeña y de
 Histria y a los enemigos que habían provocado la guerra en
 una y otra. Al día siguiente se presentaron en el senado los 5
 embajadores de los sardos, cuya audiencia había quedado
 aplazada a la espera de los nuevos magistrados, así como
 Lucio Minucio Termo ²⁰, que había sido legado del cónsul
 Manlio en Histria. El senado fue informado por ellos acerca
 de la importancia de la guerra que había en aquellas provin-
 cias.

También hicieron su efecto en el senado las delegaciones 6
 de los aliados de derecho latino, que, después de agobiar a
 los censores y cónsules precedentes, finalmente fueron intro-
 ducidas en el senado ²¹. Sus quejas se circunscribían básica- 7

¹⁸ Para el año 177.

¹⁹ Augur en 195 y pretor en 180, sería censor en 169.

²⁰ *Legatus* de Quinto Fulvio Flaco en la Hispania citerior en 182 y siguientes.

²¹ En 187 se había obligado a los inmigrantes a retornar a su lugar de origen, aunque se hubiesen censado en Roma (XXXIX 3, 4-6). En 179

mente al hecho de que muchos conciudadanos suyos censados en Roma habían emigrado a ella. Si se toleraba esta práctica, en pocos lustros iba a ocurrir que sus ciudades despobladas y sus campos abandonados no estarían en condiciones de
8 aportar ningún soldado. Por su parte, los samnitas y los pelignos se quejaban de que a ellos los habían dejado cuatro mil familias para trasladarse a Fregelas²², y que, a pesar de ello, no era menor el contingente de soldados que tenían que
9 aportar en los reclutamientos tanto unos como otros. El caso es que los particulares habían puesto en práctica dos clases de trampas para cambiar de ciudad. La ley permitía a los aliados de derecho latino que dejaban descendientes varones en su lugar de residencia pasar a ser ciudadanos romanos. A fuerza de acogerse abusivamente a esta ley, unos perjudicaban a los aliados y los otros al pueblo romano,
10 pues, por una parte, para no dejar descendientes en su país, entregaban a sus hijos como esclavos a cualquier romano con la condición de que fueran manumitidos y se convirtieran en ciudadanos al ser libertos, y, por otra, los que no tenían descendencia que dejar ...²³ se convertían en ciudadanos
11 romanos. Posteriormente, despreciando incluso estas ficciones jurídicas, sin tener en cuenta la ley, sin dejar descendencia, accedían indiscriminadamente a la ciudadanía romana por
12 la vía de la inmigración y el censo. Los delegados pedían que

había comenzado una política más permisiva con los latinos recurriendo a diversos subterfugios legales para la concesión de la ciudadanía romana. En 9, 9, y en XLII 10, 3, se refleja la adopción de nuevas medidas.

²² Al ser Fregelas colonia latina (cf. VIII 22, 1, nota), el asalto a Roma sería más viable.

²³ Para esta laguna, la propuesta de una de las ediciones de Weissenborn-Müller, después de examinar la cuestión jurídica sería: *ut legi parerent, liberos adoptabant et ita*, que traduce «para cumplir con la ley adoptaban hijos y así...».

esto no siguiese ocurriendo y que se diese orden a los aliados de volver a sus ciudades, y en segundo lugar que se tomaran medidas legales para evitar que nadie adoptase o cediese a nadie en adopción con vistas a un cambio de ciudadanía; y que si alguien se hacía ciudadano romano por este procedimiento, que no adquiriese tal condición. Consiguieron del senado estas demandas.

Después fueron asignadas a los cónsules por decreto las 9 provincias que estaban en guerra, Cerdeña e Histria. Para 2 Cerdeña se ordenó el reclutamiento de dos legiones de cinco mil doscientos infantes y trescientos jinetes cada una, y de doce mil aliados y latinos de infantería y seiscientos de caballería, así como diez quinquerremes si el cónsul quería sacarlas de los varaderos. Para Histria se decretó el mismo 3 contingente de infantería y de caballería que para Cerdeña. También recibieron instrucciones los cónsules para enviar a Hispania a Marco Titinio una legión con trescientos jinetes, y cinco mil aliados de infantería y doscientos cincuenta de caballería. Antes de que los cónsules sortearan sus provincias 4 se anunciaron prodigios: en territorio crustumino había caído 5 del cielo una piedra sobre el bosque sagrado de Marte; en territorio romano había nacido un niño con el cuerpo mutilado, y había sido vista una serpiente con cuatro patas; en Capua habían sido alcanzados por el rayo muchos edificios del foro, y en Putéolos habían ardido dos naves por la caída de rayos. Mientras llegaban estas noticias, en la propia 6 Roma, en pleno día, fue perseguido un lobo que había entrado por la puerta Colina y se escapó por la puerta Esquilina seguido por un gran tropel de gente. Con motivo 7 de estos prodigios los cónsules sacrificaron víctimas adultas y se celebró un día de rogativas en todos los altares. Una vez 8 celebrados ritualmente los sacrificios, sortearon las provincias, correspondiendo Histria a Claudio y Cerdeña a Sempronio.

9 Después, en virtud de un decreto del senado, Gayo Claudio presentó una ley referente a los aliados y promulgó un edicto a tenor del cual los aliados de derecho latino que hubieran sido censados, ellos o sus ascendientes, entre los aliados de derecho latino durante la censura de Marco Claudio y Tito Quincio²⁴ o posteriormente, deberían retornar
 10 cada cual a su ciudad antes del día primero de noviembre. El pretor Lucio Mumio quedó encargado, por decreto, de investigar a los que, encontrándose en esas circunstancias, no lo hiciesen así. A la ley y al edicto del cónsul se añadió un
 11 senadoconsulto según el cual si ante quien entonces o en el futuro fuese dictador, cónsul, interrey, censor o pretor en ejercicio, se reivindicaba la libertad de alguien que iba a ser manumitido, quien efectuaba la manumisión juraría que no lo hacía con vistas a un cambio de ciudadanía; quedó decidido que no se llevaría a efecto una manumisión de alguien a
 12 propósito del cual no se prestase dicho juramento. Éstas fueron las medidas cautelares adoptadas para el futuro, y siendo instados por un edicto del cónsul Gayo Claudio ...²⁵ fue asignada a Claudio.

10 *Fin de la guerra* Mientras ocurría esto en Roma, los cónsules del año anterior, Marco Junio y Aulo
en Histria.
Liguria. Manlio, después de pasar el invierno en
Prodigios. Aquilea entraron con sus ejércitos en el
Triunfo territorio de los histros a principios de la
 2 primavera. Cuando estaban devastándolo en un amplio es-

²⁴ Marco Claudio Marcelo (tribuno militar en 208, pretor en 198 y cónsul en 196) y Tito Quincio Flaminio (el vencedor de Cinoscéfalos) habían sido censores en 189.

²⁵ La traducción correspondiente a la reconstrucción del texto debida a Madvig sería: «... a volver a sus ciudades; la investigación acerca de quienes no lo hiciesen así...».

pacio, el dolor y la indignación al ver que eran depredadas sus posesiones, más que la seguridad de contar con fuerzas suficientes para hacer frente a los dos ejércitos, hicieron
3 reaccionar a los histros. Con los jóvenes que acudieron de todos sus pueblos se reunió un improvisado ejército de emergencia que combatió lanzando un primer ataque más
4 impetuoso que sostenido. Cerca de cuatro mil de ellos fueron muertos en el campo de batalla; los demás, abandonando la contienda, huyeron en todas direcciones hacia sus ciudades. Desde allí enviaron al campamento romano primeramente comisionados para pedir la paz y después los rehenes que les
5 fueron exigidos. Cuando en Roma se tuvo conocimiento de estos hechos por una carta de los procónsules, el cónsul Gayo Claudio, temiendo que estos acontecimientos lo dejaran sin provincia y sin ejército, salió de noche, sin pronunciar los votos, sin los lictores en uniforme de campaña, sin informar a nadie más que a su colega, y se fue precipitadamente a su provincia; y allí su forma de actuar fue más
6 irreflexiva aún que su llegada. En efecto, después de convocar asamblea de soldados, echó en cara a Aulo Manlio su huida del campamento mientras los soldados lo escuchaban con hostilidad porque precisamente ellos habían sido los primeros en huir, cubrió de duros reproches a Marco Junio por haberse hecho cómplice del deshonor de su colega, y por último ordenó que abandonasen la provincia tanto uno
7 como otro. A esto replicaron ellos que obedecerían la orden del cónsul cuando éste, de acuerdo con la costumbre de los antepasados, saliese de Roma con sus lictores revestidos con el uniforme de campaña y después de pronunciar los votos
8 en el Capitolio. Entonces él, fuera de sí de cólera, llamó al que hacía las funciones de cuestor de Manlio y le pidió unas cadenas, amenazando con enviar a Junio y a Manlio a
9 Roma encadenados. También aquél hizo caso omiso de la

orden del cónsul; además, los soldados, colocándose a su alrededor, manifestando su apoyo a la causa de sus generales y su hostilidad al cónsul, les daban mayores ánimos para
10 desobedecer. Finalmente, harto de las ofensas individuales y las burlas colectivas —pues encima se reían de él— regresó
11 a Aquilea en la misma nave en la que había venido. Desde allí escribió a su colega para que mediante un edicto ordenase la concentración en Aquilea del contingente de nuevos soldados reclutados para la provincia de Histria, y así nada lo retendría en Roma impidiéndole salir de la ciudad en uni-
12 forme militar una vez pronunciados los votos. Su colega cumplió con toda deferencia estas instrucciones, y se fijó la
13 concentración para una fecha próxima. Casi detrás de la carta llegó Claudio. Después de celebrar a su llegada una asamblea dedicada a Manlio y Junio, sin demorarse en Roma más de tres días, con sus lictores en uniforme de campaña y tras pronunciar los votos en el Capitolio, partió hacia su provincia con la misma celeridad y precipitación que la vez anterior.

11 Pocos días antes, Junio y Manlio habían comenzado un durísimo asedio a la plaza de Nasatio²⁶, en la que se habían refugiado los jefes de los histros y el propio régulo Epulón.
2 Claudio condujo allí a las legiones nuevas, licenciando previamente al ejército veterano junto con sus jefes; dirigió personalmente el cerco de la plaza, disponiéndose a atacarla
3 con manteletes, y desvió el río que discurría a lo largo de las murallas y constituía un obstáculo para los atacantes mientras que a los histros les facilitaba el abastecimiento de agua, haciéndolo derivar por un nuevo cauce tras muchos días de
4 trabajo. Este prodigio que les cortaba el agua aterro- rizó a los bárbaros, pero ni siquiera entonces pensaron en la

²⁶ En Histria, al nordeste de Pola. Hoy Visazzi.

paz; se dedicaron a dar muerte a sus mujeres e hijos, y además, para que tan horrible acción sirviera de espectáculo al enemigo, los arrojaban desde las murallas después de degollarlos a la vista de todos. En medio de los lamentos de 5 las mujeres y los niños simultaneados en la horrible carnicería, los soldados franquearon la muralla y penetraron en la plaza. Cuando el rey, por los gritos de espanto de los fugiti- 6 vos, se dio cuenta de que ésta estaba tomada, se atravesó el pecho con la espada para que no lo cogieran vivo; los demás fueron capturados o muertos. A continuación se tomaron 7 por asalto dos plazas, Mútila y Faveria²⁷. El botín fue 8 mayor de lo que cabía esperar tratándose de un pueblo sin muchos recursos, y fue entregado a los soldados en su totalidad. Cinco mil seiscientos treinta y dos prisioneros fueron vendidos como esclavos. Los promotores de la guerra fueron azotados con las varas y decapitados. Toda Histria 9 quedó pacificada con la destrucción de las tres plazas y la muerte del rey, y todos los pueblos, en todas partes, entregaron rehenes y se sometieron.

Nada más finalizar la guerra de Histria comenzaron los 10 lígures a celebrar reuniones con vistas a una guerra.

El procónsul Tiberio Claudio, que el año precedente había 12 sido pretor, tenía el mando en Pisa con una guarnición de una sola legión. El senado, informado por una carta suya, 2 decide remitir esta misma carta a Gayo Claudio —pues el otro cónsul se había trasladado ya a Cerdeña— adjuntando 3 el decreto de que, si lo tiene a bien, traslade a su ejército al territorio de los lígures, ya que su misión en Histria está cumplida. Al mismo tiempo, a tenor de la carta que el cónsul 4 había remitido informando de las operaciones llevadas a cabo en Histria, se decretaron dos días de acción de gracias.

²⁷ Sin identificar.

- También el otro cónsul, Tiberio Sempronio, desarrolló en
5 Cerdeña una campaña coronada por el éxito. Penetró con su
ejército en el territorio de los sardos ilienses. A los ilienses
les habían llegado importantes refuerzos de los bálaros;
contra los dos pueblos libró una batalla campal. Los enemigos
fueron derrotados, puestos en fuga y despojados del campa-
6 mento, siendo muertos doce mil hombres armados. Al
día siguiente el cónsul dio orden de apilar en un montón las
armas recogidas y las quemó como ofrenda votiva a Vulcano.
7 Llevó al ejército victorioso de vuelta a los cuarteles de
invierno de las ciudades aliadas. Por su parte, Gayo Claudio,
cuando recibió la carta de Tiberio Claudio y el decreto del
8 senado, trasladó sus legiones de Histria a Liguria. Los ene-
migos habían avanzado por la llanura y tenían su campa-
mento junto al río Escultena²⁸. Allí se combatió en batalla
campal contra ellos. Fueron muertos quince mil y cayeron
prisioneros más de setecientos durante la batalla o en el
campamento —pues también éste fue tomado al asalto—, y
9 se capturaron cincuenta y una enseñas militares. Los lígures
supervivientes a la matanza se refugiaron en las montañas, y
el cónsul no encontró en ninguna parte resistencia armada
alguna al saquear las tierras del llano en todas direcciones.
10 Claudio, vencedor de dos pueblos en un solo año, regresó a
Roma habiendo pacificado dos provincias durante su con-
sulado, cosa que rara vez había hecho algún otro.
13 Prodigios anunciados aquel año: en territorio crustumino,
un ave, la que llaman «sancual»²⁹, había deshecho una piedra
2 sagrada con el pico; en Campania había hablado una vaca;
en Siracusa, un toro bravo que se había separado de la
manada, había cubierto a una vaca de bronce derramando

²⁸ El Panaro, afluente del Po.

²⁹ Ave, identificada por Festo con el quebrantahuesos, consagrada al dios itálico Sanco.

sobre ella su semen. En territorio crustumino se celebró un 3
 día de rogativas en el lugar del prodigio; en Campania, la
 vaca fue entregada para su alimentación a expensas del
 Estado, y el prodigio de Siracusa fue expiado una vez que
 los arúspices determinaron a qué dioses se harían las roga-
 tivas.

Aquel año falleció el pontífice Marco Claudio Marcelo, 4
 que había sido cónsul y censor; lo sustituyó en el pontificado
 su hijo Marco Marcelo³⁰. También aquel año se fundó en
 Luna³¹ una colonia de dos mil ciudadanos romanos. La fun- 5
 daron los triúmviros Publio Elio, Marco Emilio Lépido y
 Gneo Sicinio³²; se asignaron a cada colono cincuenta y una
 yugadas y media de tierra. Este territorio había sido arreba-
 tado a los lígures, y antes que a éstos había pertenecido a los
 etruscos.

Llegó a Roma el cónsul Gayo Claudio. Dio cuenta en el 6
 senado de las operaciones llevadas a cabo con éxito en
 Histria, solicitó el triunfo y éste le fue concedido. Ocupaba 7
 aún el cargo cuando triunfó sobre los dos pueblos al mismo
 tiempo. Aportó en dicho triunfo trescientos siete mil denarios
 y ochenta y cinco mil setecientos dos victoriados³³. A cada
 soldado le fueron entregados quince denarios, a los centu-
 riones el doble y a los jinetes el triple. A los aliados se les 8
 entregó la mitad menos que a los ciudadanos, de ahí que
 desfilaran en silencio detrás del carro triunfal, para dejar
 patente su malestar.

³⁰ Marco Claudio Marcelo, que sería tribuno de la plebe en 171, pretor (con mando en Hispania) en 169, y cónsul en 166, 155 y 151.

³¹ Ciudad fronteriza y puerto. Cf. XXXIV 8, 4.

³² Edil curul en 193, pretor en 191, cónsul en 187 y 175. Sicinio había sido edil plebeyo en 185 y pretor en 183, y sería de nuevo pretor en 172.

³³ Moneda de plata, de valor inferior a un denario, en la que había una representación de la Victoria.

berancia del hígado. Cuando informó de ello al senado recibió orden de sacrificar bueyes hasta obtener un presagio favorable. Consultado luego el senado acerca de las provin- 8 cias, asignó por decreto a los cónsules Pisa y Liguria como provincias, y dispuso que aquel a quien hubiese correspondido 9 la provincia de Pisa volviese para los comicios cuando llegase el momento de elegir magistrados. El decreto disponía ade- 10 más que cada uno de ellos alistase dos nuevas legiones y trescientos jinetes y exigiese a los aliados y latinos diez mil infantes y seiscientos jinetes. A Tiberio Claudio le fue pro- 11 rrogado el mando hasta el momento de la llegada del cónsul a la provincia.

Mientras se debatían estas cuestiones en el senado, Gneo 15 Cornelio, llamado por un ujier, salió del recinto y volvió poco después, demudado el semblante, explicando a los padres conscriptos que el hígado de un buey *sescenario*³⁸ que había sacrificado estaba deshecho. Como no había dado 2 mucho crédito al victimario que se lo había comunicado, él mismo había mandado vaciar el agua del recipiente donde se hervían las vísceras y había comprobado que, mientras el resto de las vísceras estaba intacto, el hígado estaba completamente descompuesto por una inexplicable putrefacción. La 3 inquietud de los senadores, aterrados por aquel prodigio, se vio además avivada cuando el otro cónsul dijo que no había obtenido presagios favorables después de sacrificar tres bueyes, porque a todos les faltaba la protuberancia del hígado. El senado dispuso que continuasen los sacrificios de víctimas 4 adultas hasta obtener un resultado favorable. Según cuentan, se obtuvieron presagios favorables de todos los dioses, pero Petilio no lo obtuvo de la Salud. Después sortearon las

³⁸ Es la única ocasión en que aparece este término, cuyo significado se desconoce, aunque se suele relacionar con el ritual del culto.

5 provincias los cónsules y los pretores. A Gneo Cornelio le
tocó en suerte Pisa, y a Petilio los lígures. En cuanto a los
pretores, a Lucio Papirio Masón le tocó la pretura urbana y
a Marco Aburio la peregrina, a Marco Cornelio Escipión
Maluginense la Hispania ulterior, y Sicilia a Lucio Aquilio
6 Galo. Dos de ellos pidieron no ir a sus provincias: Marco
Popilio a Cerdeña, basándose en que estaba Graco pacifi-
cando esta provincia y el senado le había asignado al pretor
7 Tito Ebucio como colaborador, pues no era en absoluto
conveniente interrumpir la marcha de unas operaciones en
8 cuyo desarrollo es muy eficaz precisamente la continuidad,
ya que mientras dura el traspaso de poderes y la bisonñez del
sucesor, obligado a entrar en conocimiento de las situaciones
antes de actuar, a menudo se pierden oportunidades de
llevar a buen fin las empresas. Se dieron por buenas las
9 razones aducidas por Popilio. Y Publio Licinio alegaba
como excusa que su obligación de hacer los sacrificios so-
lemnes le impedía marchar a la provincia; le había corres-
10 pondido la Hispania citerior. Pero se le dio orden de partir
o bien jurar ante la asamblea que se lo impedía un sacrificio
solemne. Cuando se adoptó esta decisión en el caso de
Publio Licinio, Marco Cornelio pidió que también a él se le
permitiera prestar juramento para no ir a la Hispania ulterior.
11 Los dos pretores prestaron juramento utilizando la misma
fórmula. Los procónsules Marco Titinio y Tito Fonteyo
recibieron instrucciones de permanecer en Hispania con los
mismos derechos de mando, y se dispuso que se les enviaría
un refuerzo de tres mil ciudadanos romanos y doscientos
jinetes, así como cinco mil aliados de derecho latino y tres-
cientos jinetes.

*Muerte
de un cónsul.
Mútina. Cerdeña.
Liguria.
Muerte del otro
cónsul*

El día cinco de mayo se celebraron las 16
Ferias Latinas; durante éstas surgieron es-
crúpulos religiosos porque el magistrado
de Lanuvio, al sacrificar una víctima, no
había orado por el pueblo romano de los
Quirites. Informado de ello el senado re- 2
mitió el asunto al colegio pontifical, y los pontífices decidieron
que se repitiesen las Ferias Latinas porque no se habían
celebrado en la forma debida, y que los lanuvinos, ya que
había que repetirlas por causa suya, aportasen las víctimas.
A los escrúpulos religiosos se había sumado la circunstancia 3
de que el cónsul Cornelio se cayó cuando volvía del monte
Albano, sufrió una parálisis parcial, se trasladó por ello a las
Aguas de Cumas³⁹, la enfermedad se agravó y falleció en
Cumas. Pero se trasladaron de allí a Roma sus restos mortales, 4
se le hizo un espléndido funeral y recibió sepultura. También 5
había sido pontífice⁴⁰. El cónsul Quinto Petilio recibió orden
de celebrar los comicios para la elección del colega sustituto
en cuanto lo permitieran los auspicios y de fijar la fecha de
las Ferias Latinas; señaló para los comicios la fecha del tres
de agosto, y para las Ferias Latinas el once del mismo mes. 6
Embargados como estaban los ánimos por los temores reli-
giosos, llegaron también noticias de prodigios: en Túsculo se
había visto un cometa en el cielo; en Gabios el templo de
Apolo y numerosos edificios privados y en Graviscas⁴¹ la
muralla y una puerta habían sido alcanzados por el rayo.
Los senadores dispusieron que se expiasen estos prodigios
de acuerdo con el dictamen de los pontífices.

³⁹ En el término de Bayas, a menos de 8 kilómetros de Cumas.

⁴⁰ Desde 198 (cf. XXXII 7, 15).

⁴¹ En las proximidades de la actual Civitavecchia. Cf. XI, 29, 1.

- 7 Mientras los cónsules eran retenidos primero por las cuestiones religiosas y después uno de ellos por la muerte del otro y por los comicios y la repetición de las Ferias Latinas, Gayo Claudio se acercó con su ejército a Múтина, tomada
8 por los lígures el año anterior. Antes de que hubieran transcurrido tres días desde que había comenzado el asedio se la quitó de nuevo al enemigo y la devolvió a los colonos. Ocho mil fueron los lígures muertos allí, dentro de las murallas.
- 9 Inmediatamente escribió a Roma una carta, en la que no se limitaba a exponer los hechos sino que, además, se mostraba ufano de que, gracias a su valor y a su buena estrella, no quedaba ya ningún enemigo del pueblo romano a este lado de los Alpes y se había conquistado una buena porción de territorio que podía ser distribuido en lotes individuales entre muchos miles de personas.
- 17 También por la misma época, en Cerdeña, Tiberio Sempronio sometió definitivamente a los sardos tras una serie de
2 combates favorables. Fueron muertos quince mil enemigos, y reducidos a obediencia todos los pueblos sardos que se habían rebelado. A los que habían sido estipendiarios se les impuso y cobró un impuesto doble; los demás contribuyeron
3 con trigo. Pacificada la provincia y recibidos de toda la isla doscientos treinta rehenes, se enviaron delegados a Roma para llevar estas noticias y para solicitar del senado que por los éxitos obtenidos bajo la dirección y los auspicios de Tiberio Sempronio se tributaran honores a los dioses inmortales y se le permitiera a éste llevar consigo al ejército
4 cuando dejara la provincia. Tras escuchar las palabras de los delegados en el templo de Apolo, el senado decretó dos días de acción de gracias y dispuso que los cónsules sacrificaran cuarenta víctimas adultas y que el procónsul Tiberio Sempronio y su ejército permanecieran aquel año en la provincia.

Luego, los comicios para cubrir la baja de uno de los 5
cónsules, convocados para el día tres de agosto, finalizaron
ese mismo día. El cónsul Quinto Petilio proclamó colega a 6
Gayo Valerio Levino, que debía ocupar el cargo inmediata-
mente. Como hacía ya tiempo que tenía ganas de una pro-
vincia, cuando, muy a propósito para sus deseos, llegó una
carta informando de que los lígures se habían rebelado, el
día cinco de agosto, revestido con el uniforme de cam-
paña...⁴². Tras la lectura de la carta, el senado, debido a
aquella sublevación, ordenó que la tercera legión marchara
a la Galia a ponerse a las órdenes del procónsul Gayo
Claudio y que los duúnviros navales se dirigieran a Pisa con 7
la flota para bordear la costa de Liguria y provocar el
pánico también desde el mar. También era en Pisa donde 8
debía concentrarse el ejército en la fecha señalada por el
cónsul Quinto Petilio. Además, el procónsul Gayo Claudio, 9
al enterarse de la sublevación de los lígures, reclutó a toda
prisa otras tropas aparte de las que tenía a sus órdenes en
Parma y trasladó su ejército a las fronteras de los lígures.

A la llegada de Gayo Claudio, los enemigos, recordando 18
que este general los había vencido y puesto en fuga hacía
poco a orillas del río Escultena, con la intención de protegerse
con las defensas naturales más que con las armas frente a
unas fuerzas de las que tenían una nada afortunada expe-
riencia, ocuparon dos montes, el Leto y el Bálista⁴³, rodeán-
dolos además con un muro. Los que se demoraron en aban- 2
donar los campos fueron sorprendidos, pereciendo en torno
a los mil quinientos; los demás se mantenían en las montañas 3

⁴² La traducción de la propuesta de Vahlen para la laguna del texto sería: «marchó a la provincia y envió al senado una carta referente a las operaciones que había llevado a cabo».

⁴³ No identificados.

y, sin olvidar su natural fiereza a pesar del pánico, desfogan sus iras en el botín tomado en Múтина. Matan a los prisioneros después de atroces mutilaciones, degüellan a mansalva el ganado en los santuarios, más que sacrificarlo ritualmente.

4 Hartos de matar seres vivos, estrellan contra las paredes objetos sin vida, los vasos de todas clases, hechos más para ser utilizados que para ser contemplados como objetos decorativos.

5 El cónsul Quinto Petilio, temiendo que se librara en su ausencia el combate decisivo, remitió una carta a Gayo Claudio para que fuera a reunirse con él a la Galia con su

6 ejército, pues él lo esperaría en los Campos Macros⁴⁴. Recibida la carta, Claudio levantó el campamento del territorio ligure y fue a entregar su ejército al cónsul cerca de los Campos Macros. Pocos días más tarde llegó también allí el

7 otro cónsul, Gayo Valerio. Allí dividieron las tropas y antes de separarse purificaron sus ejércitos los dos en común. Luego, como no querían atacar los dos por el mismo lado al enemigo, decidieron por sorteo qué dirección tomaría cada

8 uno. En el caso de Valerio no había duda de que el sorteo, efectuado en el espacio consagrado, había sido conforme con los auspicios; en el caso de Petilio, los augures declararon más tarde que había habido una irregularidad porque, aunque la suerte había sido echada dentro de la urna en el espacio consagrado, él había permanecido fuera del mismo, siendo

9 así que debía haber entrado también en dicho espacio⁴⁵. De allí marcharon en direcciones opuestas. Petilio estuvo acampado frente a la cadena montañosa que une los montes

10 Balista y Leto con una dorsal ininterrumpida. Allí, cuando

⁴⁴ En el territorio de Módena, en las cercanías de la actual localidad de Magenta.

⁴⁵ Traducimos siguiendo la propuesta de Madvig: *sorte in sitella in templum illata foris ipse <mansisset, cum templum ingredi et ipsum> oporteret*.

estaba ante la asamblea arengando a los soldados, cuentan que vaticinó que aquel mismo día tomaría el Leto, sin caer en la cuenta de la ambivalencia de la expresión⁴⁶. Comenzó 11 la escalada a los montes de enfrente por dos sitios a la vez. La columna en la que él se encontraba avanzaba con rapidez. Al ser rechazada la otra por el enemigo, el cónsul, para restablecer la comprometida situación, cabalgó hacia allí y consiguió, por cierto, detener la huida de los suyos, pero él cayó atravesado por un arma arrojadiza cuando evolucionaba imprudentemente delante de las enseñas. Los enemigos 12 no se dieron cuenta de la muerte del general, y los pocos de los suyos que lo habían visto caer se dieron prisa en ocultar su cuerpo, sabedores como eran de que la victoria dependía de ello. Los demás efectivos de infantería y caballería des- 13 alojaron a los enemigos y tomaron los montes sin tener general. Fueron muertos en torno a los cinco mil lígures; en el ejército romano fueron cincuenta y dos los caídos. Aparte 14 de ser lo ocurrido el resultado más que previsible de un presagio funesto, también se oyó decir al *pulario*⁴⁷ que se había producido una irregularidad en la toma de los auspicios y que el cónsul no lo ignoraba. Gayo Valerio, enterado de la ...⁴⁸. 15

Los expertos en asuntos religiosos y en derecho público 16 sostenían que al haber muerto los dos cónsules ordinarios de aquel año, el uno de enfermedad y el otro en combate, el cónsul sustituto no podía convocar regularmente los comicios...

⁴⁶ *Letum* significa «muerte».

⁴⁷ La persona que estaba encargada de los pollos sagrados.

⁴⁸ Se perdió parte del código, casi un cuaternión. Allí debían de figurar, entre otros datos, la relación de magistrados elegidos para el 175, año en que fueron cónsules Publio Mucio Escévoia y Marco Emilio Lépidio, y la asignación de mandos y ejércitos.

tropas auxiliares de sus vecinos los tracios y los escordiscos⁵², pensaron que había que tener un arranque de audacia, por aventurado que fuese, y de todas partes fueron a reunirse, armados, en la ciudad que estaba más próxima al campamento de los bastarnas. Era invierno, y habían elegido esta época del año a la espera de que los tracios y los escordiscos marcharan a sus territorios. Enterados de que así había ocurrido y que estaban ya solos los bastarnas, dividieron sus fuerzas en dos columnas, una de las cuales marcharía en línea recta para lanzar un ataque abierto y la otra atacaría por detrás después de dar un rodeo por un desfiladero apartado. Pero se libró la batalla antes de que éstos pudieran rodear el campamento enemigo, y los dárdanos, vencidos, fueron rechazados a su ciudad, situada a unas doce millas del campamento de los bastarnas. Los vencedores, saliendo inmediatamente en su persecución, cercan la ciudad plenamente convencidos de que al día siguiente los enemigos se rendirían por miedo o ellos tomarían la ciudad por asalto. Entretanto, la otra columna de los dárdanos que, ignorante del desastre de los suyos, había rodeado el campamento de los bastarnas desguarnecido de defensores ...⁵³.

... según la costumbre romana, cuando una silla de marfil administraba justicia y resolvía los litigios sobre las cuestiones más insignificantes⁵⁴. Su carácter, pasando de uno a otro por todos los estilos de vida, estaba tan lejos de enmarcarse en ningún nivel

⁵² Véase XL 57, 7.

⁵³ Hay una laguna en el texto, en la cual, a juzgar por OROSIO, *Historias* IV 20, 34, se narraba el final de los bastarnas, hundidos en el Danubio al quebrarse a su paso la capa de hielo de la superficie.

⁵⁴ Se está refiriendo a Antíoco IV Epifanes, recién ascendido al trono de Siria, que ocupó de 175 a 163.

social, que ni él mismo ni los demás sabían muy bien qué
3 clase de persona era. No dirigía la palabra a los amigos, son-
reía con confianza a personas casi desconocidas, se burlaba
de sí mismo y de los demás con una generosidad inconse-
cuente; a algunas personas de elevada posición, con un alto
grado de autoestima, les hacía regalos pueriles, como golo-
sinas o juguetes, y a otras que no esperaban nada las hacía
4 ricas. Y así, algunos tenían la impresión de que no sabía lo
que quería; unos sostenían que simplemente se divertía, y
5 otros que sin lugar a dudas estaba loco. No obstante, mos-
traba un talante verdaderamente propio de un rey en dos
aspectos importantes y honorables: en las concesiones a las
6 ciudades y en el culto a los dioses. A los megalopolitanos
de Arcadia les prometió que levantaría una muralla en torno
a su ciudad, y les dio la mayor parte del dinero; en Tegea ⁵⁵
comenzó la construcción de un magnífico teatro de mármol;
7 en Cícico proporcionó una vajilla de oro para el servicio de
una mesa en el Pritaneo —se trata del santuario de la ciudad
donde comen a expensas públicas aquellos a quienes les ha
sido concedido ese privilegio—. A los rodios les hizo toda
clase de obsequios, a tenor de lo que requerían sus necesida-
8 des, aunque ninguno de ellos sobresaliente. Y en cuanto a su
esplendidez para con los dioses, baste como ejemplo el
templo de Júpiter Olímpico de Atenas, el único en el mundo
9 concebido de acuerdo con la grandeza del dios; pero también
ornamentó Delos con altares notables y con estatuas en
abundancia; y el magnífico templo de Júpiter Capitolino de
Antioquía, con su techo de oro y con sus paredes enteramente
revestidas de láminas de oro, y tantas otras obras que había
prometido en otros sitios y que no pudo rematar debido a

⁵⁵ Cf. XXXVIII 34, 5. Es la antigua ciudad, vieja rival de Esparta, del sureste de Arcadia.

que su reinado fue de muy corta duración. También superó 10
a los reyes precedentes en la magnificencia de espectáculos
de todas clases, abundando los artistas griegos y los demás
de tradición autóctona. Ofreció exhibiciones de gladiadores 11
al uso romano, con más miedo que disfrute, al principio, por
parte de un público no habituado a semejante espectáculo;
pero luego, repitiéndolos con bastante frecuencia, unas veces 12
hasta la primera herida y otras sin perdonar la vida, convirtió
en familiar y placentero este espectáculo y despertó la pasión
por las armas en buena parte de la juventud. Y así, mientras 13
que al principio solía traer de Roma gladiadores conseguidos
a un elevado precio, ahora, con su ...⁵⁶.

... Lucio Cornelio Escipión⁵⁷ la pretura 21
Roma: provincias, peregrina. Al pretor Marco Atilio le había
epidemia, correspondido en suerte la provincia de
prodigios Cerdeña, pero recibió orden de pasar a 2
Córcega con la nueva legión de cinco mil
infantes y trescientos jinetes que habían reclutado los cónsules.
Se le prorrogó el mando a Cornelio⁵⁸ para que gobernara
Cerdeña mientras él hacía allí la guerra. A Gneo Servilio 3
Cepión⁵⁹ para la Hispania ulterior y a Publio Furio Filo
para la citerior les fueron asignados tres mil infantes romanos
y ciento cincuenta jinetes, y cinco mil infantes aliados de
derecho latino y trescientos jinetes; a Lucio Claudio le fue

⁵⁶ Laguna, en la que se daría cuenta de los magistrados elegidos para el año 174: los cónsules Espurio Postumio Albino y Quinto Mucio Escévola y los pretores que se mencionan a continuación, además de Gayo Casio Longino.

⁵⁷ Lucio Cornelio Escipión (reconstrucción de C. SIGONIO): el hijo del Africano.

⁵⁸ Probablemente Servio Cornelio Sula, pretor en 175.

⁵⁹ Había sido edil curul en 179 y sería cónsul en 169.

4 asignada Sicilia sin tropas suplementarias. Por otra parte, los
cónsules recibieron instrucciones de reclutar dos legiones
con los efectivos reglamentarios de infantería y caballería, y
de recabar de los aliados diez mil soldados de a pie y
5 seiscientos de a caballo. Las dificultades de los cónsules para
efectuar la leva se veían agravadas por la circunstancia de
que una peste que el año anterior se había cebado en el
ganado bovino, aquel año se había transformado en una
enfermedad de los hombres. Los que la contraían difícilmente
duraban más de siete días; los que sobrevivían se veían
afectados por secuelas de larga duración, especialmente la
6 fiebre cuartana. La mortandad era mayor entre los esclavos;
sus cadáveres insepultos se amontonaban en todas las calles.
Libitina⁶⁰ no daba abasto ni siquiera para los funerales de
7 los hombres libres. Los cadáveres, que ni los perros ni los
buitres tocaban, se descomponían por la putrefacción; era
un hecho comprobado, además, que no se había visto un
buitre por ninguna parte ni durante aquel año ni en el
anterior, a pesar de haber tantos cadáveres de bueyes y de
8 hombres. De entre los sacerdotes públicos murieron en aquella
peste el pontífice Gneo Servilio Cepión⁶¹, padre del pretor,
el decénviro de los sacrificios Tiberio Sempronio Longo⁶²,
hijo de Tiberio, el augur Publio Elio Peto⁶³, Tiberio Sem-
pronio Graco, el curión máximo Gayo Mamilio Atelo⁶⁴, y el
9 pontífice Marco Sempronio Tuditano⁶⁵. Como pontífice fue

⁶⁰ Divinidad de los muertos y de la muerte en cuyo santuario se alquilaba o compraba lo necesario para los funerales. El vocablo pasó después a significar el material de las pompas fúnebres.

⁶¹ Había sido pretor en 205 y cónsul en 203.

⁶² Tribuno de la plebe en 200, edil curul en 198, pretor en 196 y cónsul en 194.

⁶³ Edil plebeyo en 204, pretor en 203, cónsul en 201 y censor en 199.

⁶⁴ Edil plebeyo en 208 y pretor en 207.

⁶⁵ Tribuno de la plebe en 193, pretor en 189 y cónsul en 185.

elegido Gayo Sulpicio Galba ...⁶⁶ en sustitución de Tuditano. Como augures, Tito Veturio Graco Semproniano fue elegido para cubrir el puesto de Graco, y Quinto Elio Peto para sustituir a Publio Elio. Gayo Sempronio Longo fue elegido decénviro de los sacrificios, y Gayo Escribonio Curión, curión máximo⁶⁷. Como no terminaba la peste, el senado decretó 10 que los decénviro consultaran los Libros Sibilinos. De 11 acuerdo con su dictamen, hubo un día de rogativas, y el pueblo, repitiendo las palabras que iba pronunciando Quinto Marcio Filipo, prometió con voto en el foro que celebraría dos días de fiesta y una acción de gracia si la enfermedad y la peste eran erradicadas del territorio romano. En territorio 12 de Veyos nació un niño con dos cabezas, en Sinuesa⁶⁸ otro con una sola mano, y en Áuximo⁶⁹ una niña con dientes; y en el foro romano se vio sobre el templo de Saturno un arco iris en pleno día estando el cielo sereno, y brillaron tres soles, y en la misma noche se deslizaron por el cielo muchas 13 estrellas fugaces, y los lanuvinos y cérites aseguraban que había aparecido en su ciudad una serpiente con cresta, recubierta de manchas doradas, y estaba suficientemente comprobado que en territorio campano había hablado un buey.

El cinco de junio regresaron de África los embajadores 22 que habían ido a Cartago tras un encuentro previo con el rey Masinisa; por cierto, habían recibido una información bastante más segura del rey que de los propios cartagineses acerca de lo que había acontecido en Cartago. Con todo, 2 aseguraron haber averiguado con certeza que habían llegado

⁶⁶ Breve laguna, donde constaría el nombre de uno de los dos pontífices sustitutos. Sulpicio Galba sería pretor en 171.

⁶⁷ Cargo al que se accedía por elección del pueblo, accesible a los plebeyos desde 209 (cf. XXVII 8, 2).

⁶⁸ Cf. X 21, 8.

⁶⁹ Osimo, en el Piceno, a ocho millas de la costa.

embajadores del rey Perseo y que el senado les había concedido audiencia por la noche en el templo de Esculapio. Que Cartago hubiera enviado embajadores a Macedonia, el rey lo había asegurado y los cartagineses lo habían negado con poca convicción. El senado decidió enviar también embajadores a Macedonia. Fueron tres los enviados: Gayo Lelio⁷⁰, Marco Valerio Mesala⁷¹ y Sexto Digicio⁷².

4 *Grecia*
y *Macedonia:*
discursos
ante la asamblea
de la Liga Aquea.
5 *Conflictos en*
Grecia

Por aquella época, como algunos dólopes no obedecían y pretendían trasladar del rey a los romanos el arbitraje de las cuestiones en disputa, Perseo partió con su ejército y sometió a toda la nación a su soberanía y jurisdicción. Luego, después de franquear los montes del Eta, debido a que le habían entrado algunos escrúpulos religiosos, subió hasta Delfos con la intención de consultar al oráculo. Su inesperada aparición en el centro de Grecia provocó no sólo vivo pánico en las ciudades de las cercanías sino el envío precipitado de mensajeros a Asia, al rey Éumenes. Se detuvo en Delfos no más de tres días y después retornó a su reino atravesando la Acaya Ftiótide⁷³ y Tesalia sin causar daños ni perjuicios a aquellos cuyo territorio atravesó. Y no se contentó con ganarse la voluntad de las ciudades por donde iba a pasar: despachó mensajeros o cartas pidiendo que se olvidaran ya los conflictos que habían tenido con su padre, pues no habían sido tan graves como para que no pudieran

⁷⁰ Ciudadano romano desde 202, amigo cercano de Escipión Africano, había sido edil plebeyo en 197, pretor en 196 y cónsul en 190.

⁷¹ Edil curul en 195, pretor en 193 y cónsul en 188.

⁷² Había sido pretor, con destino en la Hispania citerior, en 194.

⁷³ Llamada Ftiótide para distinguirla de la Acaya de la costa norte del Peloponeso, ésta estaba al sur de Tesalia.

y debieran finalizar con él; al menos en lo que a él concernía, sus relaciones estaban enteramente intactas para sentar las bases de una leal amistad. Buscaba el medio de reconciliarse por encima de todo con los aqueos.

Eran los aqueos y la ciudad de Atenas los únicos de toda Grecia que habían llegado a tal grado de irritación que no dejaban entrar en su territorio a los macedonios. En consecuencia, Macedonia era el lugar de acogida de los esclavos que huían de Acaya, porque los aqueos, al haber vetado a los macedonios el acceso a su territorio, no se atrevían a su vez a cruzar las fronteras de su reino. Cuando Perseo cayó en la cuenta de esto, los cogió a todos y ... una carta⁷⁴ ... Pero ellos debían buscar la manera de que tal fuga de esclavos no se produjera en adelante. Esta carta fue leída por el pretor Jenarco, que andaba buscando una ocasión para ganar méritos personales ante el rey, y la mayoría, especialmente los que en contra de lo que esperaban iban a recuperar los esclavos perdidos, estimaron que estaba redactada en tono mesurado y amistoso; entonces Calícrates⁷⁵, que era de los que estaban convencidos de que la salvación de su pueblo radicaba en respetar escrupulosamente el tratado de alianza con los romanos, dijo: «A algunos les parece, aqueos, que se trata de una cuestión trivial o de importancia menor; por mi parte, pienso que es la más importante y grave de cuantas se están debatiendo y sobre la que, además, en alguna medida se ha decidido ya. Nosotros, en efecto, que habíamos prohibido a los reyes de los macedonios y a los macedonios

⁷⁴ La adición de C. SIGONIO, *litteras <ad Acheos misit, quibus se servos eorum qui ad se transfugerant, benigne remittere illis scripsit>* significaría: «envió una carta a los aqueos en la que les comunicó que de buen grado les devolvía los esclavos que se habían pasado a él».

⁷⁵ *Strategós* aqueo en 180/179.

mismos el acceso a nuestro territorio evitando⁷⁶ mediante
7 esa decisión, obviamente, admitir embajadores o emisarios
de los reyes que podrían tentar la voluntad de algunos de
nosotros, somos los mismos que estamos escuchando al rey
que en cierto modo nos arenga sin estar presente, e incluso,
8 ¡válganme los dioses!, estamos aprobando sus palabras. Y
mientras que los animales salvajes la mayoría de las veces
desdeñan y rehúyen el cebo que se les pone para engañarlos,
nosotros, ciegos, nos dejamos seducir por el señuelo de un
favor insignificante, y ante la perspectiva de recuperar unos
miseros esclavos de casi ningún valor, permitimos que nuestra
9 libertad sea socavada y amenazada. ¿Quién no ve, en efecto,
que se intenta allanar el camino para una alianza con el rey
con la que se violaría nuestro tratado de alianza con Roma,
del cual depende todo nuestro futuro? A no ser que alguien
ponga en duda que la guerra entre los romanos y Perseo es
inevitable, que el desenlace que se esperaba en vida de Filipo
y quedó en suspenso con su muerte se va a producir después
10 de la muerte de Filipo. Como sabéis, Filipo tuvo dos hijos,
Demetrio y Perseo. Demetrio sacaba una gran ventaja por
su ascendencia por parte de madre⁷⁷, por su valor, por sus
dotes naturales, por su popularidad entre los macedonios.
11 Pero como Filipo había puesto su reino como premio al odio
hacia los romanos, provocó la muerte de Demetrio por el
único delito de haber estrechado amistad con Roma, y a
Perseo, que sabía que asumiría la herencia de la guerra
contra el pueblo romano antes casi que la del trono, lo hizo
12 rey. Por eso, ¿qué otra cosa hizo éste después de la muerte
de su padre sino preparar la guerra? Primero, para amedren-

⁷⁶ Traducimos la propuesta textual de Madvig, *cauentes per id decretum*.

⁷⁷ Cf. XXXIX 53, 3.

tar a todos, metió en Dardania a los bastarnas, que, de haber seguido asentados allí, habrían sido para Grecia unos vecinos más peligrosos que los galos para Asia. Frustrada 13 esta esperanza, no por ello renunció a sus proyectos bélicos; es más, a decir verdad, ha comenzado ya la guerra. Sometió Dolopia por las armas sin escuchar su llamada a recurrir a la mediación del pueblo romano en las cuestiones controvertidas. Cruzando luego el Eta, subió a Delfos, para aparecer de repente en el ombligo mismo de Grecia. ¿Cuál os parece 14 que es el objetivo de esta elección de una ruta inusual? Después recorrió Tesalia, y el hecho de que no causara daños a ninguno de los que odiaba, más me hace temer una maniobra. Nos envió luego una carta con lo que parece un 15 regalo, y nos insta a pensar en la manera de no tener necesidad de este favor en el futuro, es decir, que anulemos el decreto que impide a los macedonios el acceso al Peloponeso, que veamos de nuevo a los embajadores del rey, las 16 relaciones de hospitalidad con sus dignatarios, y en breve a los ejércitos de los macedonios y también a él en persona pasando al Peloponeso desde Delfos —¿qué anchura tiene, en efecto, el estrecho que hay en medio?—, que nos mezclemos con los macedonios que se están armando contra los romanos. Yo opino que no se debe adoptar ninguna decisión 17 nueva, sino dejarlo todo como está, hasta que quede claro, sin lugar a dudas, si nuestros temores son imaginarios o tienen fundamento. Si la paz entre los romanos y los mace- 18 donios se mantiene intacta, tengamos también nosotros relaciones de amistad e intercambios; pensar ahora en esa cuestión parece prematuro y arriesgado».

Tras él habló Arcón⁷⁸, hermano del pretor Jenarco, en los 24 términos siguientes: «Difícil nos ha hecho Calícrates el uso

⁷⁸ *Stratégos* en 187/186, 172/171 y 170/169.

de la palabra a mí y a todos los que estamos en desacuerdo
2 con él, pues al asumir él mismo la defensa de la alianza con
Roma diciendo que está siendo amenazada y atacada cuando
nadie la amenaza ni ataca, ha conseguido que parezca que
3 habla en contra de los romanos cualquiera que esté en
desacuerdo con él. En primer lugar, como sí, en lugar de
haber estado aquí, viniese de la curia del pueblo romano o
estuviese al tanto de los secretos de los reyes, lo sabe todo y
4 hace públicas cosas que ocurrieron en secreto. Adivina incluso
lo que habría ocurrido de haber vivido Filipo, por qué
Perseo ha heredado el trono como lo ha heredado, qué
5 preparan los macedonios, qué piensan los romanos. Ahora
bien, nosotros, que no sabemos por qué motivo ni de qué
forma murió Demetrio, ni qué habría hecho Filipo de haber
estado vivo, debemos adaptar nuestros planes a lo que ocurre
6 a la vista. Y sabemos que Perseo, después de tomar posesión
del trono, fue reconocido como rey por el pueblo romano;
hemos oído que se presentaron embajadores romanos ante
7 el rey Perseo, y que fueron bien recibidos. Al menos yo, con-
sidero que todos estos hechos son signos de paz, no de
guerra, y que los romanos no pueden sentirse molestos si,
igual que los seguimos cuando hacían la guerra, también los
secundamos ahora que son partidarios de la paz. La verdad
es que no veo por qué vamos a ser nosotros los únicos en
8 hacer una guerra implacable al reino de los macedonios.
¿Porque Macedonia nos tiene muy a mano por la propia
proximidad? ¿O porque somos los más débiles de todos,
igual que los dólopes a los que sometió recientemente? Muy
al contrario, estamos seguros gracias tanto a nuestras fuerzas,
por la benevolencia de los dioses, como a la distancia geo-
9 gráfica. Aun suponiendo que estuviésemos tan amenazados
como los tesalios y los etolios, ¿no es acaso mayor nuestro
crédito y nuestro peso ante los romanos, dado que siempre

hemos sido sus aliados y amigos, que el de los etolios que hasta hace poco fueron sus enemigos? Tengamos también 10 nosotros con los macedonios la misma relación jurídica que tienen los etolios, los tesalios, los epirotas, Grecia entera, en una palabra. ¿Por qué ser nosotros los únicos en mantener esta especie de execrable ruptura de los derechos entre los hombres? Aun en el caso de que Filipo haya hecho algo que 11 justificara que tomásemos esta decisión contra él cuando estaba en armas y hacía la guerra, Perseo, un rey nuevo, que no ha cometido ningún desafuero, que con su buen hacer personal borra los enfrentamientos paternos, ¿qué ha hecho para merecer que nosotros, los únicos entre todos, seamos sus enemigos? Aparte de que podría añadir, además, que 12 fueron tan importantes los servicios prestados por los anteriores reyes de Macedonia que pallán⁷⁹ las injusticias —si es que alguna hubo— cometidas únicamente por Filipo, sobre todo una vez que ha muerto. Recordaréis que cuando la flota 13 romana estaba fondeada en Céncreas y el cónsul se encontraba en Elacia, estuvimos tres días reunidos en asamblea discutiendo si seguíamos a los romanos o a Filipo⁸⁰. Dando 14 por supuesto que no influyó en absoluto en nuestras opiniones el miedo a la presencia de los romanos, sin duda hubo algo que hizo tan largas las deliberaciones; y ese algo era nuestra antigua relación con los macedonios, los antiguos e importantes servicios que nos habían prestado sus reyes. Sirvan 15 también ahora esas mismas consideraciones no para distinguirnos como amigos, sino para no singularizarnos como enemigos. No finjamos, Calícrates, que se está discutiendo algo que no es objeto de discusión. Nadie es partidario de suscribir una nueva alianza o un nuevo pacto con el que nos

⁷⁹ Traducimos la propuesta *eleuent; meministis* de Madvig.

⁸⁰ Acontecimientos narrados en los capítulos 19 y siguientes del libro XXXII.

16 atemos las manos sin más ni más; pero haya, simplemente, reciprocidad en conceder y exigir legalmente unos derechos, para evitar que, por prohibir el acceso a nuestro territorio, se nos impida también a nosotros el acceso a su reino, y para evitar que se permita a nuestros esclavos huir a ninguna
17 parte. ¿En qué contraviene esto los tratados con Roma? ¿Por qué convertir una cuestión clara y poco importante en algo
18 importante y sospechoso? ¿Por qué suscitar alarmas sin fundamento? ¿Por qué hacer a otros sospechosos y odiosos para tener nosotros ocasión de halagar a los romanos? En el caso de que haya guerra, ni siquiera Perseo pone en duda que nosotros apoyaremos a los romanos; en una situación de paz, si los odios no se terminan, queden al menos en
19 suspenso». Como estaban de acuerdo con este discurso los mismos que habían aplaudido la carta del rey, indignándose los principales por el hecho de que Perseo consiguiera con una carta de unas cuantas líneas algo que ni siquiera le había parecido que mereciese una embajada, se aplazó la decisión.
20 El rey envió embajadores inmediatamente después, cuando la asamblea estaba reunida en Megalópolis, y los que temían que se ofendiesen los romanos se las arreglaron para que no fueran recibidos.

25 En esta época, la locura de los etolios vuelta contra ellos mismos, matándose unos a otros, parecía que iba a llevar a
2 la nación al exterminio. Cansados, al fin, los de una y otra facción enviaron a Roma embajadores y al mismo tiempo trataban por su cuenta de restablecer ellos mismos la concordia. Este propósito se vio truncado por un nuevo atentado
3 que reavivó incluso los antiguos rencores. A los exiliados de Hípata⁸¹, pertenecientes a la facción de Próximo⁸², se les

⁸¹ Cf. XXXVI 14, 15.

⁸² *Strategós* en 183/182.

había prometido el retorno a la patria y se les habían dado garantías a través de Eupólemo⁸³, el hombre más importante de la ciudad; cuando regresaban ochenta hombres notables, 4 a cuyo encuentro había salido también Eupólemo con el resto de la población, fueron recibidos entre amistosos saludos y apretones de manos, y en el momento de cruzar la puerta fueron asesinados, mientras apelaban en vano a la palabra dada y ponían a los dioses por testigos. A raíz de este hecho se reavivó la llama de la guerra con mayor intensidad. Habían 5 llegado, enviados por el senado, Gayo Valerio Levino, Apio Claudio Pulcro, Gayo Memio, Marco Popilio y Lucio Canuleyo. Cuando en Delfos, en su presencia, los diputados de 6 las dos facciones discutieron con gran violencia, dio la impresión de que Próxeno llevaba gran ventaja tanto por la justicia de su causa como por su elocuencia, y pocos días después murió envenenado por su esposa Ortóbula, que fue condenada por aquel delito y marchó al exilio. Una locura 7 parecida desgarraba igualmente a los cretenses. Después, con la llegada del embajador Quinto Minucio, que había sido enviado con diez navíos para poner paz en sus enfrentamientos, habían vislumbrado perspectivas de paz. Pero la tregua duró solamente seis meses, avivándose luego la llama de una conflagración mucho más violenta. También los licios, 8 por la misma época, sufrían el azote de una guerra que les hacían los rodios. Pero no es cuestión de exponer en detalle las guerras de los extranjeros entre sí, cuando me basta y sobra con sobrellevar la tarea de consignar por escrito las empresas llevadas a cabo por el pueblo romano.

⁸³ *Strategós* en 189/188 y 176/175.

- 26 *Hispania:* En Hispania, los celtíberos, que se ha-
sublevación bían rendido a Tiberio Graco después de
de los celtíberos ser sometidos por las armas, habían per-
manecido tranquilos mientras gobernaba
la provincia el pretor Marco Titinio. A raíz
de la llegada de Apio Claudio ⁸⁴ se sublevaron y comenzaron
la guerra atacando por sorpresa el campamento romano.
- 2 Amanecía apenas cuando los centinelas de la empalizada y
los que estaban de guardia en las puertas dieron la alarma
3 tras avistar a lo lejos al enemigo que se acercaba. Apio Claudio
mandó izar la señal de combate y, después de arengar breve-
mente a sus hombres, los hizo salir por tres puertas simultá-
neamente. Al obstaculizarles la salida los celtíberos, en los
primeros momentos la lucha se mantuvo nivelada, porque
los romanos, debido a la falta de espacio, no podían combatir
4 todos en las entradas. Luego, cuando a fuerza de empujar
unos tras otros lograron salir fuera de la empalizada para
poder desplegar el frente e igualarse con las alas enemigas
que los rodeaban, lanzaron una carga tan repentina que los
5 celtíberos no pudieron resistir la acometida. Antes de la hora
segunda fueron rechazados. Hubo cerca de quince mil muer-
tos y ... ⁸⁵ prisioneros, y se capturaron treinta y dos enseñas
militares. También aquel día se tomó por asalto su campa-
mento y quedó resuelta la guerra, pues los que sobrevivieron
al combate se dispersaron hacia sus ciudades. A partir de
entonces se sometieron pacíficamente a nuestra soberanía.

⁸⁴ Apio Claudio Centón, pretor el año anterior.

⁸⁵ Consideramos, siguiendo a Madvig, que está omitido el numeral.

Roma:
censura de
Fulvio Flaco y
Postumio Albino.
Triunfo
de Apio Claudio

Los censores elegidos aquel año⁸⁶, 27
 Quinto Fulvio Flaco⁸⁷ y Aulo Postumio
 Albino⁸⁸, revisaron la nómina de senado-
 res. Para encabezarla fue elegido el pontí-
 fice máximo Marco Emilio Lépido. Ex- 2
 cluyeron a nueve senadores. Llamaron la

atención la nota censoria de Marco Cornelio Maluginense, que había sido pretor en Hispania hacía dos años, la del pretor Lucio Cornelio Escipión, que tenía entonces a su cargo la jurisdicción entre ciudadanos y peregrinos, y la de Lucio Fulvio, que era hermano carnal⁸⁹ del censor y además coheredero, según cuenta Valerio Anciate. Los cónsules, 3 después de pronunciar los votos en el Capitolio, partieron hacia sus provincias. Uno de ellos, Marco Emilio⁹⁰, fue encargado por el senado de reprimir en Venecia la revuelta de los patavinos, los cuales, según habían informado sus propios diputados, se habían crispado hasta llegar a una guerra intestina a causa del enfrentamiento entre las facciones. Los embajadores que habían ido a Etolia para sofocar unos 4 disturbios similares volvieron diciendo que no se podía controlar la rabia de la población. La llegada del cónsul fue la salvación para los patavinos; y como éste no tenía ninguna otra misión que cumplir en la provincia regresó a Roma. Los 5 censores adjudicaron por vez primera el empedrado de las calles en la ciudad y la colocación de una capa de grava y la construcción de arcenes en las vías de fuera de la ciudad, así

⁸⁶ El 174.

⁸⁷ Fue edil curul en 184, pretor en 182 y cónsul en 179. Obtuvo el triunfo por su campaña contra los celtiberos.

⁸⁸ Albino Lusco, pretor en 185 y cónsul en 180.

⁸⁹ *Frater germanus*, hijo del mismo padre y de la misma madre.

⁹⁰ Se trata de una confusión: Marco Emilio Lépido había sido cónsul el año 175.

6 como la construcción de puentes en muchos sitios. También se debió a ellos la puesta a disposición de los ediles y los pretores de un escenario, y los recintos de salida en el circo, los «huevos» para contabilizar las vueltas en la pista, ... las «metas» ...⁹¹, las jaulas de hierro para introducir ... para que
7 los cónsules ... en las fiestas del monte Albano. También se ocuparon de que se adoquinase la subida al Capitolio y de la construcción del pórtico que va desde el templo de Saturno hasta el lugar donde se reúnen los senadores⁹² en el Capitolio,
8 y, más arriba, hasta la curia; y fuera de la puerta Trigémína empedraron el mercado y lo cercaron con una empalizada, y procedieron a la restauración del pórtico de Emilio⁹³ e
9 hicieron una escalera desde el Tíber hasta el mercado. Y de la misma puerta hacia dentro empedraron el pórtico que va
10 hacia el Aventino, y ... desde el templo de Venus. Adjudicaron también ellos la construcción de murallas en Calacia y en Auximo, donde vendieron propiedades públicas y dedicaron el dinero que se había recaudado a la construcción de tiendas
11 alrededor del foro en ambas ciudades. Uno de ellos, Fulvio Flaco —pues Postumio ...⁹⁴ que él no estaba dispuesto a hacer ninguna adjudicación sin un mandato del senado y del pueblo romano—, hizo construir con el dinero de las respectivas ciudades un templo de Júpiter en Pisauro y en Fundos, y también una traída de aguas en Potencia⁹⁵, y el empedrado

⁹¹ El texto está muy deteriorado en varios puntos. Con cada una de las siete vueltas de las carreras de cuadrigas se eliminaba uno de los siete «huevos» de una columna.

⁹² *Senaculum*, edificio donde se reunían los senadores antes de cada sesión.

⁹³ Su construcción, en 193, fue obra de Marco Emilio Lépido y Marco Emilio Paulo.

⁹⁴ Adoptando la adición de MADVIG traduciríamos «declaró».

⁹⁵ Para Potencia y Pisauro véase XXXIX 44, 10. Para Fundos, XXXVIII 36, 7.

de una calle en Pisauro, y en Sinuesa ...⁹⁶ y en estas ciudades 12
 el alcantarillado y la muralla circundante, y el cierre del foro
 con pórticos y tiendas, y la construcción de tres Janos. Todas 13
 estas obras fueron adjudicadas por uno solo de los censores,
 con vivo agradecimiento por parte de los colonos. También
 en la salvaguarda de las costumbres hubo una censura dili-
 gente y severa; a muchos les fue suprimido el caballo.

Casi al final del año se celebró un día de acción de gracias 28
 por los éxitos obtenidos en Hispania bajo el mando y los
 auspicios del procónsul Apio Claudio, y se sacrificaron veinte
 víctimas adultas. También se celebró otro día de rogativas en 2
 el templo de Ceres, Líber y Líbera, porque habían llegado de
 la Sabina noticias de un fuerte temblor de tierra con el
 derrumbamiento de numerosos edificios. Cuando Apio 3
 Claudio hubo regresado de Hispania a Roma, el senado le
 concedió por decreto la ovación para su entrada en la ciu-
 dad.

Elecciones

Se aproximaban ya los comicios con- 4
 sulares. Fueron éstos muy reñidos debido
 al elevado número de candidatos, y resul-
 taron elegidos⁹⁷ Lucio Postumio Albino y
 Marco Popilio Lenate. Después fueron 5
 elegidos pretores Numerio Fabio Buteón, Gayo Matieno,
 Gayo Cicereyo, Marco Furio Crasípede⁹⁸ por segunda vez,
 Aulo Atilio Serrano por segunda vez⁹⁹, y Gayo Cluvio Sáxula
 por segunda vez¹⁰⁰. Cuando Apio Claudio Centón, una vez 6

⁹⁶ Se han propuesto diversas restituciones para este pasaje, sin que ninguna de ellas parezca especialmente convincente.

⁹⁷ Para el año 173.

⁹⁸ Alternan las formas *Crassupes* y *Crassipes*. Había sido pretor en 187, y excluido del senado en 179.

⁹⁹ La primera en 192.

¹⁰⁰ La primera en 175.

finalizados los comicios, hizo su entrada en la ciudad recibiendo la ovación por su campaña contra los celtíberos, ingresó en el tesoro público diez mil libras de plata y cinco mil de oro. Gneo Cornelio fue consagrado flamen de Júpiter.

8 Aquel mismo año se colocó una placa en el templo de Mater Matuta con la siguiente inscripción: «Bajo el mando y los auspicios del cónsul Tiberio Sempronio Graco, la legión y el ejército del pueblo romano sometieron Cerdeña. En dicha provincia fueron muertos o hechos prisioneros
9 más de ochenta mil enemigos. Tras servir al Estado con pleno éxito y liberar ...¹⁰¹ e imponer de nuevo los tributos, trajo de vuelta a la patria al ejército sano y salvo y completamente cargado de botín. A su vuelta entró triunfalmente en Roma por segunda vez¹⁰². En reconocimiento por ello dedicó esta
10 placa como presente a Júpiter». Tenía la forma de la isla de Cerdeña, y en ella estaba dibujada la representación de las batallas.

11 Se ofrecieron aquel año bastantes espectáculos de gladiadores, de poca importancia los demás, destacando sólo uno entre todos, el que ofreció Tito Flaminio con ocasión de la muerte de su padre, con distribución de carne al pueblo, banquete sagrado y espectáculos teatrales durante cuatro días. Un dato resume la importancia del espectáculo: a lo largo de tres días se enfrentaron setenta y cuatro luchadores.

¹⁰¹ Adoptando la adición de C. SIGONIO traduciríamos «a los aliados».

¹⁰² La primera fue en 178.

LIBRO XLII

SINOPSIS

AÑO 173 a. C.

Roma: asignación de provincias. Regreso de la embajada de Grecia.

Prodigios (1-2).

Expolio del templo de Juno Lacinia (3).

Preturas de Hispania. Reparto de *ager publicus* (4).

Grecia y Macedonia (5-6).

Córcega. Liguria: prepotencia del cónsul Popilio (7-9, 6).

AÑO 172 a. C.

Roma: elecciones. Lustrum. Discurso de Éumenes ante el senado.

Embajadas (9, 7-14, 10).

Oriente: atentado contra Éumenes en Delfos (15-16).

Roma: informe de Gayo Valerio. Ocupación de Iliria (17-18).

Ager. Embajada. Prodigios. Enfrentamiento entre el cónsul Popilio y el senado (19-22).

Embajadas de Cartago y de Masinisa (23-24).

Informes sobre Perseo y Gencio. Preparativos de guerra contra Macedonia (25-27).

AÑO 171 a. C.

Elecciones (28).

El frente aliado. Asignación de tropas y mandos (29-31).

Provincias. Leva: discurso del centurión Espurio Ligustino (32-34).

Levas suplementarias. Embajada de Perseo (35-36, 7).

Oriente: movimientos de tropas. Embajadas (36, 8-38).

Entrevista entre Quito Marcio Filipo y Perseo (39-42).

Negociaciones y embajadas previas a la guerra (43-46).

Roma: informe de Quinto Marcio. Embajada de Macedonia (47-48, 4).

Primeros movimientos de la flota. Marcha a la guerra el cónsul Licinio (48, 5-49).

Perseo: consejo de guerra; revista y arenga al ejército (50-52).

Avance de Perseo en Tesalia (53-54).

Avance romano. Asedio de Haliarto (55-56, 7).

Primeros combates ecuestres. Victoria de Perseo en el Calínico (56, 8-61).

Propuesta de paz de Perseo. Toma de Haliarto (62-63).

Otras operaciones en Tesalia (64-66).

Remate de la campaña bélica del año 171 en Oriente (67).

- | | | |
|---|--|---|
| 1 | <i>Roma:</i>
<i>asignación</i>
<i>de provincias.</i>
<i>Regreso</i>
<i>de la embajada</i>
<i>de Grecia.</i>
<i>Prodigios</i> | Los cónsules ¹⁰³ Lucio Postumio Albino y Marco Popilio Lenate sometieron a la deliberación del senado, antes que ninguna otra, la cuestión de las provincias y los ejércitos; les fueron asignados los lígures a ambos; para ocupar esta provincia, los dos reclutarían legiones nuevas —se les asignaron dos a cada uno— y diez mil aliados latinos de infantería y seiscientos de caballería cada uno, y para Hispania un suplemento de tres mil romanos de infantería y |
| 2 | | doscientos de caballería. Además, recibieron instrucciones de reclutar quinientos infantes y cien jinetes romanos para que pasase con ellos a Córcega e hiciese la guerra el pretor al que |

¹⁰³ Del año 173.

correspondiese Cerdeña en el sorteo; entretanto gobernaría 4
la provincia de Cerdeña el antiguo pretor Marco Atilio. 5
Después sortearon sus provincias los pretores, correspon-
diendo a Aulo Atilio Serrano la pretura urbana, a Gayo
Cluvio Sáxula la jurisdicción entre ciudadanos y peregrinos,
a Numerio Fabio Buteón la Hispania citerior, a Marco
Matieno la ulterior, Sicilia a Marco Furio Crasípede y Cer-
deña a Gayo Cicereyo. Antes de que partieran los magistrados 6
hacia sus provincias, el senado decidió que el cónsul Lucio
Postumio se trasladara a Campania para fijar los límites
entre las propiedades de dominio público ¹⁰⁴ y las privadas,
pues había constancia de que los particulares, a fuerza de
adelantar poco a poco los mojones, ocupaban una gran
extensión de las primeras. Postumio estaba irritado con los 7
prenestinos porque, cuando había ido a su tierra como
particular para ofrecer un sacrificio en el templo de la For-
tuna, éstos no le habían hecho los honores ni a título oficial
ni particular. Antes de salir de Roma envió a Preneste una
carta para que saliera un magistrado a recibirlo, que le
preparasen un lugar donde alojarse a expensas de la comu-
nidad, y que pusieran animales de carga a su disposición en
el momento de su partida. Antes de este cónsul nadie supuso 8
nunca una carga o un gasto en nada para los aliados. Preci- 9
samente se dotaba a los magistrados de mulos, tiendas y
cualquier otro material militar para que no pidieran nada de
esto a los aliados. Tenían sus relaciones particulares de hos- 10
pitalidad; las cultivaban afectuosa y cortésmente, y sus casas
en Roma estaban abiertas a los huéspedes en cuya casa a su
vez tenían por costumbre alojarse. Los embajadores que eran 11

¹⁰⁴ Confiscado en 211 (XXVI 16, 6), el territorio de Capua había pasado por diferentes situaciones jurídicas. Puede verse P. JAL., nota *ad loc.* en su edición de los libros XLI-XLII en *Les Belles Lettres*, París, 1971.

enviados de improviso a alguna parte pedían un animal de carga cada uno en las ciudades por las que tenían que pasar; era el único gasto que soportaban los aliados para con los 12 magistrados romanos. Aun en caso de estar justificado, el resentimiento del cónsul no debió manifestarse en el ejercicio de su magistratura, y el silencio de los prenestinos, debido a un exceso de comedimiento o de pusilanimidad, confirmó a los magistrados, como si se hubiera aprobado este precedente, el derecho a imposiciones por este estilo, cada día más gravosas.

2 Los embajadores enviados a Etolia y a Macedonia regresaron a principios de este año diciendo que no se les había dado la posibilidad de reunirse con el rey Perseo, con la disculpa, en unos casos, de que estaba ausente, y, en otros, de que estaba enfermo, excusas inventadas tanto una como 2 otra. Con todo, no les había resultado difícil percatarse de que se estaba preparando la guerra y que el rey acudiría a las armas sin más dilación. Asimismo, en Etolia la sedición iba a más de día en día y su autoridad no había sido capaz de 3 reducir a los promotores de los disturbios. Como se estaba a la espera de una guerra contra Macedonia, antes de entrar en ella se decidió expiar los prodigios e invocar con plegarias 4 la paz de los dioses indicados por los libros del destino. Se decía que se había visto en Lanuvio la aparición de una gran flota en el cielo, y que en Priverno había brotado lana oscura de la tierra y en el territorio de Veyos, cerca de 5 Remente ¹⁰⁵, había llovido piedra; todo el territorio pontino se había cubierto de lo que parecían nubes de langostas; en territorio gálico habían aparecido peces bajo los terrones 6 levantados al paso del arado. Con motivo de estos prodigios fueron consultados los libros del destino y los decénviro

¹⁰⁵ Sin identificar.

hicieron saber a qué dioses y con qué víctimas había que hacer inmolaciones, y además prescribieron que se hiciese una rogativa para expiar los prodigios y que se llevase a efecto 7 la otra que había sido prometida con voto el año anterior por la salud pública, y que hubiese unas ferias. Se celebró el sacrificio tal como habían manifestado los decéviros que estaba escrito.

Aquel mismo año fue levantado el tejado 3
del templo de Juno Lacinia ¹⁰⁶. El censor
Expolio
del templo
de Juno Lacinia Quinto Fulvio Flaco estaba construyendo
el templo de la Fortuna Ecuestre que había
prometido con voto ¹⁰⁷ siendo pretor en

Hispania durante la guerra contra los celtíberos, y ponía gran empeño en que fuese el templo más grande y magnífico que hubiera en Roma. Pensando que contribuiría en buena 2 medida al ornato de dicho templo el que las tejas fueran de mármol, se fue al Brucio y levantó la mitad de las tejas del templo de Juno Lacinia, considerando que esto sería suficiente para cubrir el que se estaba construyendo. Se prepararon naves 3 para su carga y transporte sin que los aliados, intimidados ante la autoridad del censor, impidieran aquel sacrilegio. Cuando regresó el censor se procedió al desembarco de las 4 tejas y a su traslado al templo. Aunque se guardó silencio 5 sobre su procedencia no fue posible ocultarla. Surgieron los consiguientes murmullos en la curia; desde todas partes se pedía que los cónsules sometieran aquella cuestión a la deliberación del senado. Pero fue mucho mayor la animosidad con que individual y colectivamente increparon al censor cuando tras ser convocado se presentó en la curia: no le había 6

¹⁰⁶ Cf. XXIII 34, 4, nota.

¹⁰⁷ Cf. XL 40, 10.

bastado con profanar el templo que Pirro y Aníbal habían respetado, el más venerable de aquella comarca, sino que había cometido la infamia de quitarle el tejado, de destruirlo casi. Se le había quitado el fastigio al templo, y la techumbre desnuda, expuesta a las lluvias, estaba llamada a pudrirse. ¿Para eso se había creado un censor encargado de vigilar los comportamientos? Quien tenía a su cargo, de acuerdo con la tradición, la tarea de comprobar el buen estado de los edificios destinados al culto público y de adjudicar su conservación ¹⁰⁸, ése precisamente recorría las ciudades de los aliados destruyendo los templos y dejando al descubierto los techos de los edificios sagrados. Y lo que podría parecer indigno si lo hiciera en los edificios privados de los aliados, lo hacía demoliendo los templos de los dioses inmortales, y convertía al pueblo romano en cómplice de un acto sacrílego edificando unos templos con los materiales de otros, como si los dioses inmortales no fueran los mismos en todas partes y hubiera que honrar y embellecer a unos con los despojos de otros. Aunque ya antes de ser votada la moción no había dudas sobre cuál era el sentir de los senadores, tras ser sometida a votación se acordó por unanimidad que se adjudicara en subasta el traslado de las tejas de nuevo al templo y que se hicieran ceremonias expiatorias en honor de Juno.

Los actos concernientes a la religión se cumplieron escrupulosamente; en cuanto a las tejas, los adjudicatarios comunicaron que las habían dejado en la explanada del templo porque ningún artesano había sido capaz de encontrar la manera de reponerlas.

¹⁰⁸ Traducimos *locare* siguiendo la propuesta de MADVIG.

*Preturas.
de Hispania.*

*Reparto
del ager publicus*

Uno de los pretores que habían mar- 4
chado a las provincias, Numerio Fabio,
murió en Masilia cuando se dirigía a la
Hispania citerior. Por ello, cuando se supo 2
la noticia por unos embajadores masilienses,
el senado dispuso mediante un decreto que Publio Furio y
Gneo Servilio, que debían ser sustituidos, decidieran mediante
sorteo cuál de los dos tendría a su cargo, con prórroga del
mando, la Hispania citerior. La suerte, muy oportuna, dispuso 3
que se quedase Publio Furio, el mismo que había gobernado
aquella provincia.

En el mismo año, como estaba disponible una buena
porción del territorio ligustino ¹⁰⁹ y gálico conquistado por
las armas, se dispuso mediante un senadoconsulto que fuese
repartido en lotes individuales. El pretor urbano Aulo Atilio, 4
a tenor del decreto del senado, nombró decénviro con ese
objeto a Marco Emilio Lépido, Gayo Casio, Tito Ebucio
Parro, Gayo Tremelio, Publio Cornelio Cetego ¹¹⁰, Quinto y
Lucio Apuleyo ¹¹¹, Marco Cecilio, Gayo Salonio y Gayo
Munacio. Hicieron el reparto a razón de diez yugadas para
cada ciudadano y tres para cada aliado de derecho latino.

Por la misma época en que tenían lugar estos aconteci- 5
mientos llegaron a Roma embajadores de Etolia para hablar
de sus discordias y sediciones, y embajadores tesalios para
informar de lo que estaba ocurriendo en Macedonia.

¹⁰⁹ Lígur.

¹¹⁰ Había sido edil curul en 187, pretor en 185 y cónsul en 181.

¹¹¹ Lucio Apuleyo Saturnino, que sería pretor en 166.

- 5 Dando vueltas mentalmente a la guerra
en la que ya pensaba en vida de su padre,
Grecia Perseo trataba de ganarse no sólo a los
y Macedonia pueblos sino además a las ciudades de
Grecia enviando embajadas y haciendo más
2 promesas que concesiones. Por otro lado, el sentir de una gran
parte de las gentes estaba inclinado en favor suyo, y bastante
3 mejor dispuesto hacia él que hacia Éumenes, a pesar de que
todas las ciudades de Grecia y la mayor parte de sus notables
estaban en deuda con Éumenes por su buen comportamiento
y su generosidad, y de que Éumenes ejercía la monarquía de
forma tal que las ciudades que estaban bajo su dominio no
querían cambiar su suerte por la de ninguna de las ciudades
4 libres. Por el contrario, de Perseo se comentaba que después
de la muerte de su padre había asesinado a su mujer con sus
propias manos, y que Apeles¹¹², que en su momento había
prestado su colaboración para eliminar alevosamente a su
hermano siendo buscado por Filipo por ese motivo para
llevarlo al suplicio, se había exiliado; después, tras la muerte
de su padre, Perseo lo había impulsado a volver prometiéndole
cuantiosas recompensas por haber llevado a cabo una
acción de tanta trascendencia, y le había hecho asesinar en
5 secreto. A pesar de su mala fama por muchos otros crímenes
cometidos dentro y fuera y de no tener ningún mérito que lo
hiciera recomendable, en general las ciudades le preferían a
él antes que a un rey tan respetuoso con sus allegados, tan
6 justo son sus súbditos y tan generoso con todo el mundo, y
ello porque, debido a la fama y al prestigio de los reyes de
Macedonia, había una predisposición a menospreciar un
reino de origen reciente, o porque se deseaba un cambio en
la situación, o porque no querían estar¹¹³ a merced de los

¹¹² Véase XL 20, 3 ss.; 54, 9 y 55, 6.

¹¹³ Traducimos *quia non obiecti* (WEISSENBORN, 1864).

romanos. Pero no sólo estaban revueltos los etolios, debido 7 al enorme peso de las deudas, sino también los tesalios, y, extendiéndose por contagio como una epidemia, el mal había llegado también hasta Perrebia ¹¹⁴. Al llegar la noticia 8 de que los tesalios estaban en armas, el senado envió a Apio Claudio como embajador para examinar y resolver la situación. Éste, después de reconvenir a los líderes de las dos fac- 9 ciones, redujo las deudas gravadas con unos intereses injustos, aviniéndose a ello una gran parte de los mismos que los habían impuesto, y distribuyó en diez plazos anuales la amortización de los préstamos legales. El mismo Apio, y por el 10 mismo procedimiento, arregló la situación en Perrebia. En Delfos, por las mismas fechas, Marco Marcelo ¹¹⁵ examinó las causas que habían presentado los etolios con la misma animosidad que habían puesto en la guerra intestina. En vista 11 de que las dos facciones habían rivalizado en temeridad y osadía, no quiso que, al menos por un decreto suyo, quedara ni exculpada ni inculpada ninguna de ellas; apeló tanto a unos como a otros para que depusieran las hostilidades y pusieran fin a sus discordias olvidándose del pasado. El 12 compromiso de esta reconciliación quedó garantizado con la entrega mutua de rehenes. Se convino que fuese Corinto el lugar donde los rehenes quedaran en depósito.

De Delfos, después de la asamblea de los etolios, Marcelo 6 cruzó a Egio ¹¹⁶, en el Peloponeso, donde mediante un edicto había convocado una reunión de los aqueos. En ella, después 2 de felicitar a la nación por haber mantenido con firmeza la antigua disposición de prohibir a los reyes de Macedonia la

¹¹⁴ Cf. XXXI 45, 5; XXXIII 32, 5 y XXXIX 24 ss.

¹¹⁵ Marco Claudio Marcelo (pretor en 188 y cónsul en 183).

¹¹⁶ En Acaya, norte del Peloponeso, a orillas del Golfo de Corinto. Allí se celebraba regularmente los *synodoi*; los *synkletei* se celebraban en diferentes ciudades.

entrada en su territorio, dejó constancia del odio de los
3 romanos hacia Perseo. Para adelantar el estallido de este odio
vino a Roma el rey Éumenes trayendo consigo un informe
que había elaborado tras una exhaustiva indagación acerca
4 de los preparativos de guerra. En la misma época se enviaron
al rey cinco embajadores para examinar la situación de
Macedonia. También se les dieron instrucciones de despla-
zarse a Alejandría para renovar el tratado de amistad con
5 Tolomeo ¹¹⁷. Los integrantes de la embajada eran los siguien-
tes: Gayo Valerio, Gayo Lutacio Cercón, Quinto Bebío
Sulca, Marco Cornelio Mámula y Marco Cecilio Dentre.
6 También llegaron embajadores del rey Antíoco por la misma
época. Apolonio, su jefe, recibido en audiencia por el senado,
disculpó al rey con muchas y convincentes razones por
haber entregado el tributo más tarde de la fecha establecida;
7 lo había traído íntegro consigo, de forma que sólo había que
8 disculpar al rey el retraso; traía además un presente de
quinientas libras de vasos de oro; el rey pedía que se renovasen
con él las relaciones de alianza y amistad que habían existido
con su padre ¹¹⁸, y que el pueblo romano le exigiese lo que se
debe exigir a un rey aliado bueno y leal; él nunca dejaría de
9 cumplir con sus obligaciones; durante su estancia en Roma
el senado le había prestado tales servicios y la juventud
había sido tan atenta con él que el trato recibido de todos los
estamentos sociales había sido el que corresponde a un rey
10 y no a un rehén. Se respondió a los embajadores en tono
amistoso y se dio orden al pretor urbano Aulo Atilio de
renovar con Antíoco el tratado de alianza que se había
11 suscrito con su padre. Los cuestores urbanos se hicieron

¹¹⁷ Tolomeo VI Filométor, hijo de Tolomeo IV Epífanés. Tenía seis años cuando murió su padre en 181.

¹¹⁸ Cf. XXXVIII 38, 2 ss.

cargo del tributo y los censores de los vasos de oro, con la encomienda de depositarlos en los templos que considerasen oportuno. Se hizo llegar al embajador un obsequio de cien mil ases, se puso a su entera disposición una residencia donde alojarse y se aprobó una asignación para cubrir sus gastos mientras estuviera en Italia. Los embajadores enviados a Siria habían declarado al volver que Apolonio gozaba de gran consideración ante el rey y que era un gran amigo del pueblo romano.

*Córcega. Liguria:
prepotencia
del cónsul
Popilio*

Los hechos ocurridos aquel año en las 7 provincias fueron los siguientes. El pretor Gayo Cicereyo libró una batalla campal en Córcega, siendo muertos siete mil corsos y hechos prisioneros más de mil setecientos.

Durante dicha batalla el pretor prometió con voto un templo a Juno Moneta ¹¹⁹. Después se concedió la paz a los corsos, a petición suya, y se les exigieron doscientas mil libras de cera ¹²⁰. De Córcega, ya sometida, Cicereyo cruzó a Cerdeña. También se libró una batalla en Liguria cerca de la ciudad de Caristo, en territorio de Estatela. Allí se había concentrado un gran ejército lígur. Al principio, a la llegada del cónsul Marco Popilio, se mantenían dentro de las murallas. Luego, como veían que el romano estaba dispuesto a sitiar la ciudad, salieron y se formaron en orden de batalla delante de las puertas. Por su parte, el cónsul no demoró el combate, que era precisamente lo que había pretendido al amenazar con el asedio. Se combatió durante más de tres horas sin que las esperanzas de victoria se decantaran en uno u otro sentido. Cuando el cónsul observó que las líneas de los lígures no

¹¹⁹ El templo sería dedicado en 168 (XLV 21, 10).

¹²⁰ Cf. XL 34, 12.

cedían en ningún punto ordenó a los jinetes que montaran en sus caballos y cargasen contra el enemigo por tres lados a la vez para crear el mayor desconcierto posible. Una gran parte de la caballería cruzó por el centro de las líneas y llegó hasta la retaguardia de los combatientes. Con ello el pánico hizo presa en los lígures; se dispersaron huyendo en todas direcciones, muy pocos de ellos hacia atrás, hacia la ciudad, porque por ese lado sobre todo había aparecido la barrera de la caballería. Los lígures habían caído en gran número en tan encarnizada batalla y, además, durante la huida fueron liquidados por todas partes. Se dice que fueron diez mil los muertos y más de setecientos los prisioneros, y recogidas ochenta y dos enseñas militares. Tampoco fue incruenta la victoria: se perdieron más de tres mil hombres, pues como no cedían ni unos ni otros, cayeron los primeros de cada bando.

Después de esta batalla, y tras su huida en direcciones opuestas, los lígures se reagruparon en un solo punto; al ver que era mucho mayor el número de compatriotas caídos que el de supervivientes —no eran más de diez mil, en efecto—, se rindieron, sin pactar, por cierto, ninguna condición. Esperaban, no obstante, que el cónsul no se ensañaría con ellos en mayor medida que los anteriores generales. Pero éste los desarmó por completo, les destruyó la ciudad, los vendió a ellos y sus bienes, y remitió una carta al senado a propósito de las operaciones que había llevado a cabo. Cuando ésta fue leída en la curia por el pretor Aulio Atilio —pues Postumio, el otro cónsul, estaba ausente, dedicado a la tarea de revisar las tierras en la Campania—, al senado le pareció una monstruosidad que los estatelates, los únicos entre todos los pueblos lígures que no habían tomado las armas contra los romanos, también en esta ocasión agredidos sin haber roto ellos las hostilidades, después de acogerse a la protección del

pueblo romano hubieran sido maltratados y aniquilados con todas las formas de una crueldad extrema; que hubieran 6 sido vendidos tantos miles de seres inocentes que apelaban a la buena fe del pueblo romano, sentándose un pésimo precedente, de suerte que en adelante nunca nadie se decidiría a rendirse; y que quienes se habían mantenido en paz estuvieran ahora, dispersos por todas partes, reducidos a la condición de esclavos de quienes en otro tiempo eran enemigos declarados del pueblo romano. Por estas razones el senado era del 7 parecer de que el cónsul Marco Popilio reembolsase el importe a los compradores y devolviese la libertad a los lígures y se ocupase de que les fueran devueltos sus bienes en la medida en que fuese posible recuperarlos; también les serían 8 devueltas las armas, y todo esto se llevaría a cabo lo antes posible; y el cónsul no abandonaría la provincia antes de haber instalado de nuevo en su lugar de residencia a los lígures que se habían entregado; se conseguía una victoria brillante venciendo a quienes combaten, no ensañándose con quienes están quebrantados.

El cónsul, desobedeciendo al senado, reaccionó con la 9 misma arrogancia que había mostrado con los lígures. Envío 2 inmediatamente sus legiones a Pisa a los cuarteles de invierno y regresó a Roma lleno de ira contra los senadores y de animosidad contra el pretor. Convocó al instante al senado en el templo de Belona, y en un largo discurso lanzó sus invectivas contra el pretor que, en lugar de presentar una 3 moción en el senado proponiendo que se tributaran honores a los dioses inmortales por la buena campaña bélica realizada, había promovido un senadoconsulto en contra suya y favorable a los enemigos, con el cual el pretor transfería a los lígures su victoria y casi ordenaba que el cónsul les fuera entregado; por consiguiente, a él le imponía una multa y a 4 los senadores les pedía que ordenasen la anulación del decreto

5 promulgado en contra suya y que la acción de gracias que debían haber aprobado en su ausencia a raíz de la carta sobre las operaciones llevadas a cabo con éxito, la acordasen en su presencia, en primer lugar para rendir honor a los dioses inmortales, y también por un mínimo de consideración
6 hacia él. Recriminado en algunas intervenciones de los senadores con no menos dureza que cuando estaba ausente, retornó a su provincia sin haber conseguido ninguna de las dos cosas.

7 *Roma: elecciones.* El otro cónsul, Postumio, después de
Lustro. Discurso. dedicar el verano a la revisión de las tierras
de Éumenes públicas volvió a Roma para los comicios
8 *ante el senado.* sin siquiera haber visto su provincia.
Embajadas Proclamó cónsules ¹²¹ a Gayo Popilio Lenate y Publio Elio Lígur. A continuación fueron elegidos pretores Gayo Licinio Craso, Marco Junio Peno, Espurio Lucrecio, Espurio Cluvio, Gneo Sicinio y Gayo Memio por segunda vez ¹²².

10 Aquel año se cerró el lustro. Eran censores Quinto Fulvio Flaco y Aulo Postumio Albino, y fue Postumio quien hizo
2 la clausura. Fueron censados doscientos sesenta y nueve mil
3 quince ciudadanos romanos, número relativamente bajo debido a que el cónsul Lucio Postumio había hecho saber ante la asamblea del pueblo que los aliados de derecho latino que deberían haber regresado a sus ciudades en virtud del edicto del cónsul Gayo Claudio ¹²³ se censarían todos en sus respec-
4 tivas ciudades y ninguno de ellos en Roma. Los censores ejercieron su cargo con buen entendimiento y de acuerdo

¹²¹ Para el año 172.

¹²² No consta cuándo fue la primera.

¹²³ Cf. XLI 9, 12.

con los intereses del Estado. Redujeron a la condición de erarios ¹²⁴ y removieron de sus tribus a todos aquellos a los que excluyeron del senado o privaron del caballo; ninguno de ellos dio su apoyo a nadie que hubiera sido descalificado por el otro. Fulvio, seis años después de haber hecho la 5 promesa, dedicó el templo a la Fortuna Ecuestre que había prometido con voto siendo procónsul en Hispania cuando combatía contra las legiones de los celtíberos, y ofreció cuatro días de espectáculos teatrales y un día de espectáculos circenses.

Aquel año falleció el decénviro de los sacrificios Lucio 6 Cornelio Léntulo. Fue reemplazado por Aulo Postumio Albino. Inesperadamente invadieron Apulia unas nubes de 7 langostas procedentes del mar, tan grandes que cubrían con sus enjambres una gran extensión de los campos. Para elimi- 8 nar esta plaga de los frutos, Gneo Sicinio, pretor designado, fue enviado a Apulia con plenos poderes, y aunque reunió una enorme cantidad de gente empleó bastante tiempo en eliminar las langostas.

En el comienzo del año siguiente, en el que fueron cónsules 9 Gayo Popilio y Publio Elio, se manifestaron las secuelas de los enfrentamientos del año anterior. Los senadores querían 10 que se sometiera a debate la cuestión de los lígures y que se renovara el senadoconsulto, y el cónsul Elio se disponía a hacerlo. Popilio intercedía ante su colega y ante el senado en favor de su hermano, dejando sentado de antemano que pondría el veto si tomaban alguna decisión. Disuadió a su 11 colega, pero los senadores, hostiles por igual a uno y otro cónsul, persistían por ello en su propósito con mayor empeño. En consecuencia, cuando se trató la cuestión de las provincias y los cónsules pretendían Macedonia, al ser inminente ya la

¹²⁴ Privados del derecho de sufragio.

guerra contra Perseo, les asignaron Liguria a los dos por
12 decreto, asegurando que no les asignarían Macedonia a no
ser que se abriera un debate a propósito de Marco Popilio.
Luego, cuando solicitaron autorización para reclutar nuevos
ejércitos o un complemento de tropas para los viejos, se les
13 denegaron ambas cosas. También se dijo que no a los pretores
que pedían un suplemento de tropas para Hispania, Marco
14 Junio para la citerior y Espurio Lucrecio para la ulterior. A
Gayo Licinio Craso le había correspondido en el sorteo la
jurisdicción urbana, a Gneo Sicinio la peregrina, Sicilia a
15 Gayo Memio y Cerdeña a Espurio Cluvio. Irritados con el
senado por estas medidas, los cónsules señalaron para las
Ferias Latinas la fecha más próxima posible y declararon
que iban a marchar a sus provincias y que no pensaban
desarrollar ninguna actividad oficial aparte de la concerniente
a la administración de las mismas.

11 Valerio Anciate refiere que Átalo, hermano del rey Éume-
nes, vino a Roma como embajador durante este consulado
para presentar cargos contra Perseo y denunciar los prepa-
rativos bélicos. La mayor parte de los analistas, y además
aquellos a los que uno reconoce mayor credibilidad, refieren
2 que vino el propio Éumenes. Así, pues, Éumenes, recibido
a su llegada a Roma con todos los honores a los que se le
consideraba acreedor tanto por sus méritos como por los
considerables servicios acumulados en su persona, fue intro-
3 ducido por el pretor en el senado. Dijo que, aparte de su deseo
de visitar a los dioses y los hombres gracias a cuyo favor él
gozaba de una situación tan buena que ni siquiera se atrevía
a desear nada más, el motivo de su venida a Roma había
sido el de instar personalmente al senado para que saliera al
4 paso de los intentos de Perseo. Refiriéndose luego a los
planes de Filippo, recordó la muerte de su hijo Demetrio,
contrario a la guerra contra Roma, recordó que había sacado

al pueblo de los bastarnas de donde estaba asentado, confiando en su colaboración para pasar a Italia ¹²⁵. Sorprendido 5 por la muerte cuando barajaba en su mente estos proyectos, había dejado el reino a quien había advertido que era el mayor enemigo de los romanos. En consecuencia, Perseo dedicaba por entero sus pensamientos a alimentar y propiciar la guerra, ya inminente, que su padre le había dejado en herencia, transmitiéndosela juntamente con el poder. Ade- 6 más, su situación era floreciente por una generación de jóvenes fruto de un largo período de paz, floreciente por los recursos de su reino, y floreciente también por la edad; mientras que físicamente gozaba de pleno vigor y fuerza, mentalmente había madurado con el estudio y la práctica de la guerra. Ya desde que era niño en la tienda de su padre se 7 había habituado a las guerras contra Roma, no sólo contra los vecinos, siendo enviado por su padre a numerosas y diferentes expediciones. Desde el mismo momento en que 8 había ocupado el trono, había alcanzado, en una sorprendente serie de éxitos, muchos objetivos que Filipo no había podido alcanzar ni por la fuerza ni por la astucia, a pesar de haberlo intentado todo. A las fuerzas con que contaba se había 9 añadido ese prestigio que sólo se adquiere a la larga y a costa de muchos e importantes méritos.

En efecto, en las ciudades de Grecia y Asia todos res- 12 taban su dignidad, y no alcanzaba a ver ni podría decir con certeza en razón de qué méritos, de qué generosidad era tenido en tanta estima, si ello era debido a una especie de 2 buena estrella personal o si tal vez, cosa que él no se atrevería a decir, se debía a que su odio hacia los romanos le granjeaba simpatías. También entre los propios reyes era enorme su 3

¹²⁵ Cf. XL 57, 7.

prestigio: se había casado con la hija de Seleuco ¹²⁶ tras ser él el pretendido, no el pretendiente; había otorgado la mano de su hermana ¹²⁷ a Prusias cuando éste se lo había pedido e incluso suplicado; se habían celebrado ambos matrimonios recibiendo felicitaciones y regalos de innumerables embajadas, y se habían desarrollado las ceremonias bajo los auspicios, por así decirlo, de los pueblos más renombrados. A pesar de los intentos de Filipo, nunca se había podido llevar al pueblo beocio a suscribir un pacto de amistad; ahora el tratado con Perseo estaba escrito, esculpido en piedra, en tres localidades: en Tebas, en segundo lugar en Delio ¹²⁸, en el más augusto y célebre de los templos, y en tercer lugar en Delfos. Por otra parte, en la asamblea de los aqueos las cosas habían llegado casi al extremo de franquearle la entrada en Acaya, aunque la propuesta no había prosperado debido a la intervención de unos pocos que amenazaban con el poderío de Roma. Pero, ¡por Hércules!, en el caso de su propia persona, cuyos merecimientos ante aquel pueblo no se sabría decir si eran mayores en el orden oficial o en el privado, los honores que se le tributaban en parte habían caído en desuso por falta de interés y en parte habían sido suprimidos por hostilidad. ¿Quién no sabía ya que los etolios, en sus enfrentamientos internos, no habían pedido ayuda a los romanos sino a Perseo? Confiado en el apoyo de estas alianzas y amistades, Perseo tenía en su propio país recursos bélicos suficientes como para no necesitar los del exterior. Había almacenado trigo para diez años para treinta mil infantes y cinco mil jinetes, de modo que podía pasarse sin recurrir a sus campos ni a los del enemigo para hacer acopio de trigo. Disponía

¹²⁶ Seleuco IV, que reinó de 187 a 175.

¹²⁷ Apama.

¹²⁸ Véase XXXI 45, 61 nota.

ya de tal cantidad de dinero que tenía preparada la paga militar, también para diez años, de diez mil soldados mercenarios, aparte de las tropas macedónicas, y eso sin contar la renta que recaudaba cada año de las minas reales¹²⁹. Armas 10 había almacenado en sus arsenales como para un ejército tres veces mayor. En cuanto a jóvenes en edad militar, aun en el caso de que en Macedonia no hubiera suficientes en un momento dado, tenía de donde sacarlos, como de una fuente inagotable, en la sometida Tracia.

El resto del discurso fue una exhortación. «Lo que presento 13 ante vosotros, padres conscriptos, no son habladurías que se traen y llevan en vagos rumores a las que he dado crédito con demasiada facilidad porque quería que fuesen ciertas las acusaciones lanzadas contra un enemigo, sino que son hechos que he investigado y comprobado, como si os estuviera refiriendo, tras ser enviado por vosotros en misión de espionaje, lo que ocurrió ante mis propios ojos; y yo no habría 2 dejado mi reino, que vosotros hicisteis tan grande y glorioso, y cruzado el mar, para arruinar mi credibilidad viniéndoos con historias inconsistentes. Yo veía que las ciudades más 3 famosas de Asia y de Grecia dejaban traslucir sus intenciones cada día con mayor claridad, y que pronto, si se dejaba hacer, llegarían a un punto del que no cabría volver atrás por arrepentimiento. Veía cómo Perseo no se circunscribía a 4 los límites de su reino, ocupaba otros por las armas y envolvía con sus favores y su benevolencia aquellos otros a los que no era posible someter por la fuerza; veía qué 5 desigual era la situación, pues vosotros le deparabais una paz sin riesgos mientras él preparaba contra vosotros una guerra, y eso que a mí, la verdad, me daba la impresión de que no estaba preparándola, sino prácticamente haciéndola.

¹²⁹ Cf. XXXIX 24, 2.

- Expulsó de su reino a Abrúpolis ¹³⁰, aliado y amigo vuestro; hizo matar a Artetauro del Ilírico, igualmente aliado y amigo vuestro, porque descubrió que os había dirigido alguna comunicación escrita. Se ocupó de que fuesen eliminados Eversa y Calícrito de Tebas porque habían hablado con cierta libertad contra él en la asamblea de los beocios y habían manifestado que os informarían de lo que se estaba haciendo; prestó ayuda a los bizantinos, contraviniendo el tratado; llevó la guerra a Dolopia; invadió con su ejército Tesalia y Dóride para quebrantar al bando mejor con su ayuda al peor en una guerra civil; creó una confusión y un desbarajuste totales en Tesalia y Perrebia al abrir perspectivas de unos nuevos registros de deudas para aplastar a la aristocracia por medio de la tropa de deudores que le estaban obligados. Como hizo estas cosas mientras vosotros permanecíais inactivos consintiéndoselo, y como ve que vosotros le habéis cedido Grecia, da por hecho que nadie le saldrá armado al paso antes de pasar él a Italia. Vosotros veréis en qué medida se compagina esto con vuestra seguridad y con vuestro honor; al menos yo consideré que sería una vergüenza para mí que Perseo llegara a Italia a traer la guerra antes que yo, vuestro aliado, a advertiros para que estuviéseis sobre aviso. Una vez cumplido un deber para mí inexcusable, y en cierto modo liberado y exonerado de mi compromiso, ¿qué otra cosa puedo hacer aparte de suplicar a los dioses y diosas que veléis tanto por vuestra república como por nosotros, vuestros aliados y amigos, que dependemos de vosotros?»
- 14 Impresionó a los padres conscriptos este discurso. Pero de momento nada se pudo saber por parte de nadie salvo que el rey había estado en la curia; tal era el silencio en que

¹³⁰ Rey de los tracios sapeos. Cf. POLIBIO, XXII 18, 2.

se había encerrado el recinto del senado. Cuando por fin acabó la guerra, trascendió lo que había dicho el rey y la respuesta que se le había dado.

Luego, a los pocos días, el senado recibió en audiencia a 2 los embajadores del rey Perseo. Pero como los ánimos y los oídos habían sido previamente alertados por el rey Éumenes, todas las justificaciones y excusas de los embajadores eran rechazadas; además, exasperó los ánimos la desmedida auto- 3 suficiencia de Hárpalo, que era el jefe de la embajada. Éste dijo que el rey quería a toda costa, y estaba preocupado por ello, que se le creyera cuando afirmaba en su descargo que no había dicho ni hecho nada como enemigo; que, no obs- 4 tante, si veía que se andaba buscando con demasiada insistencia un pretexto para la guerra, se defendería con coraje; que Marte es el mismo para todos, y el resultado de la guerra es incierto.

Todas las ciudades de Grecia y de Asia estaban interesadas 5 en saber qué habían hecho en el senado tanto los embajadores de Perseo como Éumenes; con motivo de la llegada de este último, que suponían traería alguna consecuencia, la mayoría de ellas habían enviado embajadores, aparentemente por otros motivos. Había llegado también una embajada de los 6 rodios, cuyo jefe, Sátiro¹³¹, estaba seguro de que Éumenes habría añadido cargos contra su ciudad a las acusaciones contra Perseo. De ahí que buscara por todos los medios, a 7 través de sus valedores y huéspedes, la oportunidad de tener un careo con el rey en el senado. Como esto no ocurrió, se 8 despachó con desmedida desenvoltura contra el rey porque, según él, había sublevado al pueblo licio contra los rodios y representaba para Asia una perturbación mayor que la que había representado Antíoco. Pronunció un discurso cierta-

¹³¹ Traducimos *uenerat ac Satyrus* (DRAKENBORCH).

mente demagógico que tampoco desagradó a los pueblos de Asia —pues también hasta allí habían llegado las simpatías hacia Perseo—, pero inaceptable para el senado y sin utilidad alguna para él y para su país. De hecho, a Éumenes le granjeó mayores simpatías entre los romanos la existencia de un frente común contra él. Por eso se le rindieron todos los honores y se hicieron los más espléndidos obsequios, entre ellos una silla curul y un cetro de marfil.

- 15 *Oriente:*
atentado contra
Éumenes
en Delfos
- 2 Despachadas las embajadas, Hárpalo, que regresó a Macedonia lo más deprisa posible, informó al rey de que había dejado a los romanos no preparando aún la guerra, cierto, pero sí en tal estado de hostilidad que no era difícil deducir que no tardarían en hacerla; el rey, aparte de estar personalmente persuadido de que así iba a ocurrir, también lo deseaba ya, seguro de encontrarse en el apogeo de su fuerza. Sentía hostilidad contra Éumenes más que contra nadie; para comenzar la guerra con el derramamiento de su sangre soborna a Evandro de Creta, jefe de las milicias auxiliares, y a tres macedonios habituados a colaborar en crímenes de esa naturaleza para que maten al rey, y les entrega una carta para Praxo, con la que tenía relaciones de hospitalidad, persona relevante en Delfos por su influencia y su riqueza. Había pruebas seguras de que Éumenes subiría a Delfos para ofrecer un sacrificio a Apolo. Adelantándose junto con Evandro, los que iban a tender la emboscada inspeccionaron todos los alrededores, buscando únicamente un lugar apropiado para llevar a cabo sus propósitos.
- 5 Según se sube hacia el templo desde Cirra ¹³², antes de llegar al lugar donde abundan las edificaciones había a la izquierda

¹³² Puerto de Delfos, situado en la desembocadura del Pleisto.

un murete paralelo a una senda ligeramente apartada de su base por la cual se transitaba de uno en fondo; a la derecha, debido a un desprendimiento de la tierra, había un corte bastante profundo. Se apostaron detrás del muro construyendo unos escalones para lanzar desde allí sus armas arrojadas contra él, como desde una muralla, cuando pasara. Al principio avanzaba desde el mar rodeado por el tropel de sus amigos y escoltas; después, la columna se fue estirando progresivamente debido a la falta de espacio. Al llegar al punto donde no había más remedio que avanzar de uno en uno, el primero en entrar en el sendero fue Pantaleón¹³³, un principal etolio con el que había entablado conversación el rey. Surgen entonces los emboscados y hacen rodar dos piedras de gran tamaño que alcanzan al rey, una en la cabeza y la otra en el hombro. Perdió el conocimiento y rodó desde el sendero hacia la pendiente, cayéndole encima una gran cantidad de piedras cuando ya estaba tendido. Y los demás, por cierto, incluido el grupo de los amigos y escoltas, al verle caer emprendieron la huida en todas direcciones, pero Pantaleón se quedó, impávido, para defender al rey.

Los asesinos, a pesar de que podían bajar a rematar al herido dando un breve rodeo en torno al muro, como si la tarea estuviese finalizada huyeron en dirección a la cima del Parnaso¹³⁴, corriendo de tal manera que, como uno de sus compinches hacía más lenta la huida porque tenía dificultades para seguirlos por parajes abruptos y sin senderos, lo mataron para que no los delatara si era detenido. Los amigos del rey los primeros y después sus escoltas y esclavos acudieron corriendo junto al cuerpo; al levantarlo, por el calor y la

¹³³ *Strategós* etolio en 186/185 y 174/173.

¹³⁴ La montaña sagrada asociada al culto de Apolo y de las Musas, de una altura cercana a los 2.500 metros. Al sur de Delfos.

respiración que quedaba aún en sus pulmones se dieron cuenta de que, aunque desmayado e inconsciente a causa de la herida, estaba vivo; había una pequeña esperanza, casi imperceptible, de que sobreviviera. Algunos de los escoltas habían seguido el rastro de los asesinos, pero después de llegar a la cima del Parnaso agotándose infructuosamente, regresaron sin conseguir su propósito. Los macedonios, después de haber preparado el atentado con tanta osadía como premeditación, abandonaron la empresa de forma irreflexiva y pusilánime. Al día siguiente los amigos trasladan a una nave al rey, que ya había recobrado el conocimiento; desde allí hacen la travesía hasta Corinto, y desde Corinto, metiendo las naves a través del cuello del Istmo, hasta Egina. Aquí fue atendido tan en secreto, sin admitir ninguna visita, que llegó hasta Asia el rumor de que había muerto. Incluso Átalo se lo creyó con mayor celeridad de la que correspondía a un buen entendimiento entre hermanos, pues habló con la mujer de su hermano y también con el prefecto de la ciudadela como si fuera ya el heredero incuestionable del trono. Estos detalles llegaron posteriormente a conocimiento de Éumenes, y a pesar de que había decidido disimular y aguantar sin decir nada, sin embargo, en el primer encuentro con su hermano no fue capaz de contenerse sin echarle en cara sus excesivas prisas en hacer la corte a su esposa. También a Roma llegó la noticia de la muerte de Éumenes.

17

Roma:
informe
de Gayo Valerio.
Ocupación de
Iliria

Más o menos por la misma época regresó Gayo Valerio de Grecia, adonde había ido como embajador¹³⁵ para examinar la situación de la zona y enterarse de los planes de Perseo, y la información que traía era totalmente coincidente con las acusaciones presentadas

¹³⁵ Embajada a la que se hizo referencia en 6, 4-5.

por Éumenes. Al mismo tiempo había traído consigo de 2
Delfos a Praxo, cuyo domicilio había servido de refugio a
los asesinos, y a Lucio Ramio de Brundisio, que era portador
de la información siguiente: Ramio era un destacado 3
ciudadano de Brundisio que hospedaba en su casa a todos
los generales y embajadores romanos, así como a los notables
de los pueblos extranjeros, principalmente a los miembros
de las familias reales. Por ello, aunque a distancia, había 4
entrado en relación con Perseo, y al recibir una carta que le
abría perspectivas de una amistad más estrecha y, consi-
guientemente, de una gran fortuna, se trasladó a la corte del
rey y en poco tiempo comenzó a ser considerado un íntimo
y a verse más implicado de lo que quisiera en conversaciones
secretas. En efecto, el rey, con la promesa de fuertes recom- 5
pensas, le pidió insistentemente que, puesto que todos los
generales y embajadores romanos tenían por costumbre re-
currir a su hospitalidad, se ocupara de que les fuese suminis-
trado veneno a aquellos que él le señalase por escrito; era 6
consciente de que preparar una cosa así entrañaba muchísimas
dificultades y riesgos; hay que contar con numerosos cóm-
plices, y además no se sabe con certeza si los medios son
suficientemente eficaces para llevar a cabo la acción y seguros
para mantenerla en secreto; él le proporcionaría un veneno 7
que no dejaba ningún rastro ni en el momento de suminis-
trarlo ni después. Ramio, temiendo que, si se negaba, pu- 8
diese ser él mismo el primero en experimentar el veneno,
se marchó con la promesa de que lo haría, y no quiso
regresar a Brundisio antes de tener un encuentro con Gayo
Valerio, que se encontraba, según se decía, en las proximidades de Cálcida. Le hizo la revelación a él en primer lugar, 9
y después, siguiendo sus instrucciones, le acompañó a Roma.
Introducido en la curia, hizo una exposición de lo que había
pasado.

- 18 Estas denuncias, sumadas a las que había hecho Éumenes, hicieron que se llegara antes a la conclusión de que Perseo era un enemigo, pues se veía que no sólo estaba preparando una guerra en toda regla con la actitud típica de un rey, sino que actuaba recurriendo a toda clase de delitos ocultos de
- 2 asesinatos y envenenamientos. Se encargó a los nuevos cónsules la organización de la guerra; de momento, no obstante, se decidió que el pretor Gneo Sicinio, al que correspondía la jurisdicción entre ciudadanos y forasteros, alistara tropas;
- 3 éstas serían conducidas a Brundisio y después, lo antes posible, transportadas a Apolonia, en el Epiro, con el fin de ocupar las ciudades de la costa de modo que el cónsul al que hubiese correspondido la provincia de Macedonia pudiese arribar allí sin peligro y desembarcar las tropas a su como-
- 4 didad. Éumenes, retenido algún tiempo en Egina por lo delicado y difícil de su restablecimiento, partió para Pérgamo en cuanto le fue posible hacerlo sin peligro, y, acicateado por el reciente atentado de Perseo, aparte de su rencor de
- 5 antiguo, preparaba la guerra con el mayor empeño. Unos embajadores de Roma llegaron hasta allí para darle el parabién por haber superado un peligro tan grave.
- 6 Como la guerra contra Macedonia había quedado pospuesta para el año siguiente y los otros pretores habían marchado ya a sus provincias, Marco Junio y Espurio Lucrecio, a los que habían correspondido en suerte las provincias de Hispania, agobiaban al senado pidiendo siempre lo mismo, y por fin consiguieron la asignación de refuerzos para el ejército; se les dieron instrucciones de alistar tres mil infantes
- 7 y ciento cincuenta jinetes para las legiones romanas y de exigir a los aliados cinco mil soldados de infantería y trescientos de caballería para el contingente aliado. Estas tropas fueron transportadas a las Hispanias juntamente con los nuevos pretores.

Ager. Embajada.
Prodigios.
Enfrentamiento
entre
el cónsul Popilio
y el senado

En el mismo año, de resultas de la revisión llevada a cabo por el cónsul Postumio, se había recuperado para el Estado una buena porción del territorio campano cuya posesión habían detentado aquí y allá los particulares sin tener en cuenta los límites; por esta razón el tribuno de la plebe Marco Lucrecio presentó una propuesta de ley según la cual los censores sacarían a subasta la explotación del terreno público campano; hacía 2 tantos años que no se adoptaba esta medida, con posterioridad a la toma de Capua, que la avidez de los particulares campaba por el espacio desocupado.

Mientras el senado estaba a la espera de saber qué reyes 3 secundarían su causa y quiénes la de Perseo en una guerra que estaba ya decidida, aunque no declarada, llegaron a Roma embajadores de Ariarates¹³⁶ trayendo con ellos al hijo, aún niño, del rey. En su discurso dijeron que el rey 4 había mandado a su hijo a Roma para que fuese educado aquí, para que se habituara ya desde pequeño a las costumbres de Roma y a sus gentes. Pedía que se dignasen tenerlo 5 no sólo bajo la custodia de los particulares que lo alojasen sino bajo la protección y, por así decir, la tutela del Estado. Aquella embajada fue del agrado del senado; éste decidió 6 que el pretor Gneo Sicinio adjudicase la habilitación de una mansión en la que pudieran residir el hijo del rey y sus acompañantes. También a los embajadores de Tracia, medos, cepnates y astos¹³⁷, que solicitaban alianza y amistad, se les concedió lo que pedían y se le hizo a cada uno de ellos un

¹³⁶ Ariarates IV, rey de Capadocia.

¹³⁷ El mal estado del texto no permite seguridades sobre los nombres de estos pueblos. Tales medos vivirían, posiblemente, en la margen derecha del Estrimón, y los astos entre la Propóntide y el mar Negro. Sobre otras lecturas puede verse JAL, *op. cit.*, nota *ad. loc.*

- 7 regalo de dos mil ases. El senado estaba satisfecho de que hubiesen entrado a formar parte de la alianza al menos estos tres pueblos, dado que Tracia está a la espalda de Macedonia. Pero para estar también al tanto de todo lo que ocurría en Asia y en las islas, envió en comisión a Tiberio Claudio Nerón y Marco Decimio. Les dio instrucciones de dirigirse a Creta y a Rodas para renovar las relaciones de amistad y al mismo tiempo para observar si los aliados habían sido soliviantados por el rey Perseo.
- 20 Cuando la ciudad estaba en vilo por la expectativa de la nueva guerra, la columna rostral colocada en el Capitolio ¹³⁸ durante la primera Guerra Púnica con motivo de la victoria del cónsul Marco Emilio ¹³⁹, que tuvo como colega a Servio Fulvio, fue destruida de arriba abajo por un rayo durante una tormenta nocturna. Este hecho, considerado como un prodigio, fue sometido a la consideración del senado. Los senadores dispusieron que se pidiera un dictamen a los arúspices y que, además, los decéviros consultaron los Libros ¹⁴⁰. Los decéviros anunciaron que era preciso purificar la ciudad, celebrar una rogativa y una plegaria pública, y ofrecer sacrificios con víctimas adultas tanto en Roma, en el Capitolio, como en la Campania, en el promontorio de Minerva, y que se debían celebrar lo antes posible unos juegos de diez días en honor de Júpiter Óptimo Máximo. Se cumplieron escrupulosamente todas estas prescripciones. Los

¹³⁸ Diferente de la columna erigida en el Foro en honor de Duilio.

¹³⁹ Marco Emilio Paulo, cónsul en 255 con Servio Fulvio Nobilior.

¹⁴⁰ Los Libros Sibílicos, cuya custodia y consulta estuvo encomendada a uno de los cuatro grandes colegios sacerdotales romanos, el de los duóviros, luego decéviros y finalmente quindecéviros. Los Libros eran un conjunto de prescripciones rituales y textos oraculares a los que se acudía a buscar respuesta con ocasión de portentos especialmente preocupantes.

arúspices respondieron que aquel prodigio redundaría en algo favorable y que hacía presagiar el ensanchamiento de las fronteras y la destrucción del frente enemigo, porque los espolones destruidos por la tempestad provenían de despojos arrebatados al enemigo. Otros acontecimientos contribuyeron a avivar los temores religiosos: habían llegado noticias de que en Saturnia¹⁴¹ había llovido sangre sobre la ciudad durante tres días; en Calacia había nacido un asno con tres patas, y un solo rayo había matado de un golpe a un toro y cinco vacas, y en Áuximo había llovido tierra. También con motivo de estos prodigios se hicieron sacrificios y un día de rogativas y se celebraron unas ferias.

Hasta entonces los cónsules no habían marchado a sus provincias porque no acataban la decisión del senado de que abrieran un debate sobre el comportamiento de Marco Popilio, y, por su parte, los senadores estaban resueltos a no tomar ninguna otra decisión mientras tanto. Su animosidad se acentuó, además, a raíz de una carta de Popilio en la que el procónsul escribía que había combatido de nuevo contra los lígures estatelates y había dado muerte a seis mil; a causa de esta injusta agresión se habían levantado también en armas los demás pueblos lígures. Entonces sí que se atacó con dureza en el senado no sólo a Popilio, ausente, que, contraviniendo el derecho y la justicia, había lanzado una ofensiva bélica contra quienes se habían rendido, y había empujado a la rebelión a quienes estaban en paz, sino también a los cónsules por no marchar a su provincia. Enardecidos por este sentir unánime de los senadores, los tribunos de la plebe Marco Marcio Sermón y Quinto Marcio Escila declararon que impondrían una multa a los cónsules si no salían para su provincia, y leyeron en el senado una propuesta de ley que

¹⁴¹ Colonia fundada en 183. Cf. XXXIX 55, 9.

tenían intención de presentar acerca de los lígures que se
5 habían sometido. Se establecía que si antes del próximo día
uno de agosto no se le devolvía la libertad a alguno de los
estatelos ¹⁴² que se habían rendido, el senado bajo juramento
decidiría quién investigaba el caso y tomaba medidas contra
aquel que, fraudulentamente, lo hubiese reducido a la con-
dición de esclavo. Posteriormente promulgaron este proyecto
6 de ley con el refrendo del senado. Antes de que partieran los
cónsules, el senado recibió en audiencia en el templo de
7 Belona a Gayo Cicereyo, pretor del año anterior. Éste,
después de hacer una exposición de las operaciones que
había llevado a cabo en Córcega y de solicitar en vano el
triunfo, hizo el desfile en el monte Albano ¹⁴³, cosa que se
había convertido ya en costumbre, pues no se requería una
8 decisión oficial. La plebe acogió y sancionó por gran mayoría
la propuesta de ley Marcia sobre los lígures. En virtud de
aquel decreto de la plebe, el pretor Gayo Licinio preguntó al
senado quién quería que hiciese la investigación prevista en
dicha propuesta de ley. Los senadores dispusieron que la
hiciese él mismo.

22 Sólo entonces salieron los cónsules hacia su provincia, y
2 se hicieron cargo del ejército de Marco Popilio. Marco Popilio,
sin embargo, no se atrevía a volver a Roma por miedo a
tener que defender su causa, teniendo en contra al senado y
aún más hostil al pueblo, ante el pretor que había consultado
al senado acerca de la investigación dirigida en contra suya.
3 Los tribunos de la plebe reaccionaron contra esta reluctancia
suya anunciando otra proposición de ley en virtud de la
cual, si no entraba en Roma antes de los idus de noviembre,

¹⁴² Forma que en Livio alterna con estatelates.

¹⁴³ No era contrario a la ley, pero se hacía sin la autorización del senado. Podía quedar registrado en los Fastos.

Gayo Licinio procedería contra él en su ausencia y emitiría veredicto. Regresó, arrastrado por esta coerción, y se presentó 4 ante el senado en un ambiente de hostilidad. Allí fue blanco 5 de las duras invectivas de muchos, aprobándose a continuación un senadoconsulto según el cual los pretores Gayo Licinio y Gneo Sicinio se ocuparían de que les fuera devuelta la libertad a los lígures que no hubiesen sido enemigos con posterioridad al consulado de Quinto Fulvio y Lucio Manlio¹⁴⁴, y el cónsul Gayo Popilio les asignaría tierras al lado de allá del Po. Fueron muchos los miles de personas que 6 recobraron la libertad gracias a este senadoconsulto, siéndoles asignadas tierras una vez que se trasladaron al otro lado del Po. Marco Popilio, por efecto de la ley Marcia, defendió dos 7 veces su causa ante Gayo Licinio; la tercera vez, el pretor, cediendo al deseo de quedar bien con el cónsul y a los ruegos de la familia Popilia, señaló la comparecencia del acusado para los idus de marzo, fecha en que iban a entrar en funciones los nuevos magistrados, evitando así emitir sentencia al convertirse en ciudadano privado. De este modo, 8 la ley referente a los lígures fue obviada con un hábil subterfugio.

En aquella época se encontraban en 23
Embajadas de Roma unos embajadores cartagineses, así
Cartago y de como Gulusa¹⁴⁵, hijo de Masinisa. Hubo
Masinisa entre ellos un vivo debate en el senado. Los 2

cartagineses se quejaban de que, aparte del territorio a propósito del cual ya había sido enviada por Roma una comisión para estudiar la situación sobre el

¹⁴⁴ Quinto Fulvio Flaco y Lucio Manlio Acidino habían sido cónsules en 179.

¹⁴⁵ Padre de Masiva y tío de Jugurta.

terreno ¹⁴⁶, en el transcurso de los dos últimos años Masinisa había ocupado por la fuerza de las armas más de setenta plazas y enclaves fortificados, cosa que no presentaba ninguna dificultad para alguien sin escrúpulos como él; los cartagineses, con las manos atadas por el tratado, tenían que callarse, pues tenían prohibido salir armados fuera de sus fronteras; aun a sabiendas de que combatirían dentro de su territorio si echaban de allí a los númidas, los disuadía de hacerlo aquella cláusula nada ambigua del tratado que les prohibía taxativamente hacer la guerra a unos aliados del pueblo romano. Pero los cartagineses ya no podían seguir soportando la arrogancia, la crueldad y la codicia de Masinisa. Ellos habían sido enviados para pedir al senado que se tuviera a bien concederles una de estas tres cosas: que mediase con imparcialidad entre ellos y Masinisa resolviendo qué pertenecía a cada uno, que autorizase a los cartagineses a defenderse de una agresión injusta con una guerra justa y legítima, o, en último caso, si para los senadores tenía más peso la simpatía que la verdad, que señalasen de una vez por todas qué posesiones ajenas querían que se le regalasen a Masinisa; seguramente los romanos serían más comedidos en sus dádivas, y ellos a su vez sabrían qué habían otorgado; él por sí mismo no pondría a su arbitrariedad más límite que el de su capricho. Si no se les concedía nada de esto, y si habían incurrido en alguna falta después de serles concedida la paz por Publio Escipión, que fuesen más bien los romanos quienes los castigasen. Ellos preferían una servidumbre sin riesgos bajo la dominación de los romanos a una libertad expuesta a los desafueros de Masinisa; era mejor para ellos, en último extremo, percer de una vez antes que seguir respirando a merced del capricho del más cruel de los verdugos. Dichas

¹⁴⁶ Cf. XL 17, 1-6.

estas palabras, se postraron llorando, y, tendidos en tierra, despertaron tanta animosidad hacia el rey como conmiseración hacia ellos.

Se decidió preguntar a Gulusa qué respondía a estas acusaciones, o, si prefería exponer esto antes, cuál era el motivo de su venida a Roma. Gulusa dijo que ni a él le resultaba 2 fácil referirse a unas cuestiones acerca de las cuales no tenía instrucción alguna de su padre, ni a su padre le hubiera resultado fácil darle instrucciones, ya que los cartagineses no habían dejado entrever ni de qué iban a tratar ni tampoco que pensaban dirigirse a Roma. Habían tenido una reunión 3 secreta de principales durante varias noches, en el templo de Esculapio, de la que nada había trascendido ¹⁴⁷ salvo el envío de embajadores a Roma con instrucciones secretas. Ése había 4 sido el motivo de que su padre le enviara a Roma para rogar al senado que no diese el menor crédito a las acusaciones de los enemigos comunes que le odiaban sin más razón que su inalterable lealtad hacia el pueblo romano. Una vez oídas las 5 intervenciones de las dos partes, el senado, consultado acerca de las peticiones de los cartagineses, autorizó la siguiente respuesta: su decisión era que Gulusa partiera inmediatamente 6 para Numidia y comunicara a su padre que enviase embajadores al senado cuanto antes para tratar las cuestiones de las que se quejaban los cartagineses, y que lo notificase a los cartagineses para que acudieran a discutir el asunto. El senado 7 había hecho y estaba dispuesto a hacer en honor de Masinisa cualquier otra cosa que estuviera en su mano, pero no sacrificaba la justicia a la simpatía. Era voluntad suya que 8 cada uno ejerciese la posesión de aquello que le pertenecía, y no tenía intención de fijar fronteras nuevas, sino de mantener las antiguas. Si les había otorgado a los cartagineses 9

¹⁴⁷ Traducimos *nihil emanasse praeterquam* (DRAKENBORCH).

vencidos tanto una ciudad como un territorio, no había sido con el objeto de arrebatárles injustamente en tiempos de paz lo que no les había quitado por derecho de guerra. Con esta
 10 respuesta fueron despedidos el príncipe y los cartagineses. Se les hicieron a unos y a otros los obsequios de costumbre y se guardaron las demás formas de cortesía de la hospitalidad.

25 *Informes sobre Perseo y Gencio. Preparativos de guerra contra Macedonia* Por la misma época regresaron los embajadores Gneo Servilio Cepión, Apio Claudio Centón y Tito Annio Lusco ¹⁴⁸, que habían sido enviados a Macedonia ¹⁴⁹ a presentar reclamaciones y denunciar el
 2 tratado de amistad con el rey. Éstos avivaron aún más la hostilidad que el senado por su cuenta sentía ya hacia Perseo cuando hicieron una exposición detallada de lo que habían visto y oído. Habían observado que se estaba preparando la guerra con gran intensidad en todas las ciudades de Mace-
 3 donia. Cuando llegaron al palacio del rey, durante muchos días no se les había dado la posibilidad de entrevistarse con él; por último, cuando habían emprendido el camino de vuelta por haber perdido ya las esperanzas de una entrevista, entonces por fin les hicieron dar la vuelta y fueron conducidos
 4 a su presencia. Sus palabras, a grandes rasgos, fueron las siguientes: se había firmado con Filipo un tratado, renovado con él mismo tras la muerte de su padre, en el cual se le prohibía tajantemente salir armado fuera de sus fronteras así como provocar con actos de guerra a los aliados del
 5 pueblo romano. Seguidamente le expusieron punto por punto los hechos que ellos personalmente le habían oído referir a Éumenes en el senado, verídicos y comprobados en su tota-

¹⁴⁸ Había sido pretor en 175.

¹⁴⁹ Esta embajada no ha sido mencionada anteriormente.

lidad. Además, el rey había estado reunido en secreto durante 6
varios días en Samotracia con legaciones de las ciudades de
Asia. El senado estimaba justo que se le diera una satisfacción 7
por estas irregularidades, y que se devolviera a los romanos
y también a sus aliados todo aquello que tenía en su poder
en contra de las cláusulas del tratado. El rey, ante esto, en un 8
principio habló de forma destemplada, encendido de cólera,
acusando a los romanos de codicia y prepotencia y protes-
tando violentamente por el hecho de que enviaran una em-
bajada tras otra a espiar lo que decía y lo que hacía porque
se creían con derecho a que él tuviera que atenerse a un
gesto o a una orden suya cada vez que hablaba o hacía algo;
por último, después de gritar mucho y durante mucho tiempo, 9
les ordenó que volviesen al día siguiente, que quería darles
su respuesta por escrito. Entonces les entregó un texto re- 10
dactado en este sentido: el tratado suscrito con su padre no
le concernía en absoluto; él había consentido en la renovación
del mismo no porque estuviera de acuerdo sino porque
cuando se acaba de ocupar el trono es preciso tolerarlo
todo. Si querían hacer un nuevo tratado con él, primero 11
debían llegar a un acuerdo sobre las condiciones; si estaban
dispuestos a que se hiciera un tratado en términos de igualdad,
él, por su parte, vería qué le convenía hacer, y suponía que
ellos, por la suya, harían sus consultas de acuerdo con los
intereses de su Estado. Y con esto salió bruscamente, y se 12
comenzó a hacer salir a todos del palacio. Entonces ellos
denunciaron el tratado de alianza y amistad. Encendido por
tales palabras se paró y a voces los conminó a salir de las
fronteras de su reino en un plazo de tres días. Así era como 13
habían partido; ni durante su estancia ni en el momento de
marchar se había tenido con ellos el menor gesto de hospi-
talidad ni de cortesía. A continuación se dio audiencia a los
embajadores tesalios y etolios. El senado, con el objeto de 14

saber cuanto antes con qué generales iba a contar la república, acordó remitir una carta a los cónsules para que uno de los dos, el que pudiera, acudiese a Roma para las elecciones de magistrados.

26 Durante aquel año los cónsules no habían hecho por la república nada especial que merezca la pena recordar. Había parecido más conveniente a los intereses del Estado contener y apaciguar la exasperación de los lígures.

2 Cuando se estaba a la espera de la guerra de Macedonia, también Gencio, el rey de los ilirios ¹⁵⁰, fue puesto bajo sospecha por unos embajadores de los iseos ¹⁵¹, que se quejaron de que había devastado su territorio y al mismo tiempo informaron de que había una total armonía entre el rey de Macedonia y el del Ilírico; que estaban preparando la guerra
3 contra los romanos con una estrategia común y que se encontraban en Roma, aparentemente como embajadores, unos espías ilirios enviados por iniciativa de Perseo para averiguar
4 qué se estaba haciendo. Llamados al senado, los ilirios dijeron que habían sido enviados como embajadores del rey para exculparlo de las eventuales acusaciones que pudieran pre-
5 sentar contra él los iseos; entonces se les preguntó por qué en ese caso no se habían dirigido al magistrado para recibir alojamiento y hospitalidad según la costumbre establecida, y, en todo caso, para que se tuviera conocimiento de su venida y del objeto de la misma. Como se mostraban vacilantes acerca de la respuesta, se les dijo que salieran de la
6 curia; se decidió que no se les respondería como a embajadores puesto que no habían solicitado dirigirse al senado, y se acordó enviar embajadores al rey para poner en su conoci-

¹⁵⁰ Rey, en realidad, de una parte de los ilirios: los labceates, según XLIII 19, 3.

¹⁵¹ De la isla de Isa. Cf. XXXI 45, 10.

miento las quejas de los aliados y hacerle saber que el senado consideraba que no obraba como debía al no mantener al margen de sus desafueros a los aliados de Roma. Para esta embajada fueron enviados Aulo Terencio Varrón¹⁵², Gayo Pletorio y Gayo Cicereyo.

Volvieron de Asia los embajadores enviados a girar una visita a los reyes aliados, e informaron de que se habían entrevistado con Éumenes en Egina, con Antíoco en Siria y con Tolomeo en Alejandría. Todos éstos habían sido tanteados por embajadas de Perseo, pero seguían siendo plenamente leales y se habían comprometido a aportar todo lo que el pueblo romano pidiese. También se habían dirigido a las ciudades aliadas. A los demás los habían encontrado suficientemente fieles; a los rodios, en cambio, vacilantes e influidos por las ideas de Perseo. Habían venido embajadores rodios a justificarse frente a los comentarios acusatorios que sabían que circulaban por todas partes acerca de su ciudad, pero se decidió que el senado no les diera audiencia hasta que entraran en funciones los nuevos cónsules.

Se decidió no retrasar los preparativos de la guerra. Se encomendó al pretor Gayo Licinio la tarea de reparar, de entre las quinquerremes viejas que estaban en el dique seco en los astilleros de Roma, aquellas que pudieran servir, hasta equipar cincuenta navíos. Si le faltaba alguno para completar dicha cifra, que escribiese a su colega Gayo Memio a Sicilia para que hiciese reparar y equipase las naves que había en Sicilia a fin de poder enviarlas a Brundisio lo antes posible. El pretor Gayo Licinio recibió instrucciones de reclutar entre los ciudadanos romanos soldados de marina, con la condición de libertos, para veinticinco navíos; para los otros veinticinco, Gneo Sicinio exigiría a los aliados un

¹⁵² Había sido pretor en 184.

contingente igual; este mismo pretor exigiría ocho mil infantes
 4 y cuatrocientos jinetes a los aliados de derecho latino. Para
 hacerse cargo de estas tropas en Brundisio y enviarlas a
 Macedonia fue elegido Aulo Atilio Serrano, que había sido
 5 pretor el año anterior. Con el fin de que el pretor Gneo
 Sicinio dispusiese de un ejército listo para hacer la travesía,
 el pretor Gayo Licinio, por orden del senado, escribió al
 cónsul Gayo Popilio para que diese orden de que se concen-
 trasen en Brundisio el día trece de febrero la segunda legión,
 que estaba formada sobre todo por veteranos y se encontraba
 en Liguria, y cuatro mil infantes y doscientos jinetes de los
 6 aliados de derecho latino. Con esta flota y este ejército, Gneo
 Sicinio recibió órdenes de mantener el control de la provincia
 de Macedonia hasta la llegada de su sucesor, siéndole pro-
 rrogado el mando por un año. Todas estas disposiciones que
 7 adoptó el senado fueron cumplidas con prontitud. Se sacaron
 treinta naves de los astilleros; Lucio Porcio Lícino fue el
 encargado de conducir las a Brundisio; desde Sicilia se envia-
 8 ron doce. Con el objeto de comprar trigo para la flota y el
 ejército se enviaron a Apulia y a Calabria tres comisarios:
 Sexto Digicio, Tito Juvencio¹⁵³ y Marco Cecilio. Cuando
 estuvo todo dispuesto llegó a Brundisio el pretor Gneo
 Sicinio, que había salido de Roma en uniforme de campaña.

28

Elecciones

El cónsul Gayo Popilio regresó a Roma casi al finalizar el año, bastante más tarde de lo que había decidido el senado, que había estimado conveniente para los intereses del Estado que se hiciera cuanto antes la elección de magistrados, dada la inminencia de una guerra
 2 tan importante. De ahí que el cónsul no tuviera una acogida

¹⁵³ Tito Juvencio Talna, que fue pretor en 194.

favorable cuando los senadores escucharon en el templo de Belona su disertación acerca de las operaciones llevadas a cabo en Liguria. Le interrumpían reiteradamente los gritos 3 y las preguntas de por qué no había devuelto la libertad a los lígures oprimidos por la reprochable acción de su hermano. Los comicios consulares tuvieron lugar en la fecha prefijada, 4 once días antes de las calendas de marzo. Resultaron elegidos 5 cónsules ¹⁵⁴ Publio Licinio Craso y Gayo Casio Longino. Al día siguiente fueron elegidos pretores Gayo Sulpicio Galba, Lucio Furio Filo, Lucio Canuleyo Dívite, Gayo Lucrecio Galo, Gayo Caninio Rebilo y Lucio Vilio Annal. Las pro- 6 vincias asignadas a estos pretores fueron las dos jurisdicciones de Roma, Hispania ¹⁵⁵, Sicilia y Cerdeña, de suerte que el destino de uno de ellos quedaba por entero a expensas de lo que el senado decidiese. El senado ordenó a los cónsules 7 electos que el día de su entrada en funciones hiciesen una inmolación ritual de víctimas adultas elevando una plegaria para que la guerra que el pueblo romano tenía intención de emprender tuviese un desenlace favorable. El mismo día 8 decretó el senado que el cónsul Gayo Popilio prometiese con voto la celebración de unos juegos de diez días de duración en honor de Júpiter Óptimo Máximo y la presentación de ofrendas en todos los altares si la república se mantenía en el mismo estado durante diez años. Tal como habían decidido, 9 el cónsul prometió con voto en el Capitolio la celebración de los juegos y la presentación de las ofrendas con el presupuesto que fijase por decreto el senado en una sesión que contase al menos con ciento cincuenta asistentes. Esta promesa votiva

¹⁵⁴ Para el año 171.

¹⁵⁵ Hispania había sido dividida en dos provincias en 197. A partir de ahora aparece como una sola (de forma que el senado puede disponer de uno de los pretores), y en 167 es dividida de nuevo (cf. XLV 16, 1 y 3).

se hizo repitiendo las palabras que iba pronunciando previamente el pontífice máximo Lépido ¹⁵⁶.

- 10 Aquel año murieron los sacerdotes del culto público Lucio Emilio Papo ¹⁵⁷, decénviro de los sacrificios, y Quinto Fulvio Flaco, pontífice, que el año anterior había sido censor ¹⁵⁸.
 11 Este último tuvo una muerte horrible. Llegó la noticia de que de sus dos hijos, que entonces servían las armas en el Ilírico, uno había muerto y el otro padecía una enfermedad grave y
 12 peligrosa. Su ánimo quedó sumido a la vez en el luto y la inquietud; por la mañana, al entrar en su habitación, los esclavos lo encontraron colgado con una cuerda al cuello. Corrían rumores de que después de la censura no andaba del todo en sus cabales; la gente comentaba que la ira de Juno Lacinia por haber espoliado su templo ¹⁵⁹ le había quitado la
 13 razón. Para ocupar la plaza de Emilio fue elegido decénviro Marco Valerio Mesala; en sustitución de Fulvio fue elegido pontífice un sacerdote muy joven, Gneo Domicio Ahenobarbo ¹⁶⁰.

- 29 Durante el consulado de Publio Licinio
El frente aliado. y Gayo Casio, la atención no sólo de Roma
Asignación de y de la tierra de Italia, sino de todos los
tropas y mandos reyes y las ciudades de Europa y Asia,
 estaba centrada en la preocupación por la
 2 guerra entre Macedonia y Roma. Éumenes tenía el acicate de su odio antiguo y también de su rabia reciente por haber estado a punto de ser inmolado en Delfos como una víctima
 3 por la villanía del rey. Prusias, rey de Bitinia, había decidido

¹⁵⁶ Marco Emilio Lépido, el cónsul de 187 y 175.

¹⁵⁷ Fue pretor en 205.

¹⁵⁸ Cf. XLI 27, 1.

¹⁵⁹ Véase *supra*, 3, 1 ss.

¹⁶⁰ Sería cónsul en 161.

abstenerse de una intervención armada y esperar el desenlace, pues los romanos no podían considerar justo que empuñara las armas en contra del hermano de su mujer, y por otra parte, si Perseo resultaba vencedor, podría conseguir la reconciliación por mediación de su hermana. Ariarates, rey 4 de Capadocia, aparte del hecho de haber prometido personalmente su ayuda a los romanos, desde que había emparentado con Éumenes compartía con él todos los proyectos de guerra y de paz. Antíoco, sin duda, andaba rondando el reino 5 de Egipto, despreocupado dada la corta edad del rey y la ineptitud de sus tutores, y calculaba que a base de suscitar disputas a propósito de Celesiria ¹⁶¹ encontraría un pretexto para una guerra que haría sin el menor obstáculo por estar 6 los romanos enfrascados en la guerra con Macedonia; para esta guerra, sin embargo, había prometido en todo su ayuda sin reservas bien al senado, a través de sus embajadores, bien personalmente a los embajadores romanos. Tolomeo, 7 en razón de su edad, también estaba aún bajo la dependencia de otros; en cuanto a sus tutores, por un lado preparaban una guerra contra Antíoco con la que reivindicar Celesiria y, por otro, prometían toda su colaboración a los romanos para la guerra macedónica. Masinisa ayudaba con trigo a 8 a los romanos y además se disponía a enviar a la guerra tropas auxiliares con elefantes, así como a su hijo Misagenes. Pero tenía planes previstos para cualquier eventualidad de la manera siguiente: si la victoria favorecía a los romanos, su 9 situación seguiría también siendo la misma y no habría necesidad de hacer ningún otro movimiento, pues los romanos no iban a consentir que se empleara la fuerza contra los cartagineses; si saltaba en pedazos el poderío romano que 10 ahora protegía a los cartagineses, África entera sería suya.

¹⁶¹ Cf. XXXIII 19, 8 nota.

- 11 Gencio, el rey de los ilirios, sin tener del todo decidido a qué bando apoyaría, había dado pie a que los romanos recelaran de él, y daba la impresión de que se pondría de parte de unos
12 u otros más por impulso que por reflexión. El tracio Cotis, rey de los odrisas¹⁶², estaba desde hacía ya tiempo¹⁶³ de parte de los macedonios.
- 30 Mientras que ésta era la posición de los reyes con respecto a la guerra, en los pueblos y naciones libres la casi totalidad de la población estaba en todas partes, como es habitual, del lado de la causa peor, proclive al rey y a los macedonios, y entre los dirigentes se podían observar diferentes tendencias.
- 2 Unos eran tan decididamente prorromanos que comprometían
3 su prestigio con su excesiva parcialidad, algunos por estar convencidos de la justicia del poder romano y los más porque pensaban que llegarían a ser poderosos en sus respectivas ciudades si se significaban por su colaboracionismo.
- 4 Otro grupo estaba formado por los aduladores del rey; unos tendían a un cambio total en la situación empujados por las deudas y la falta de perspectivas si las cosas seguían como estaban; otros lo hacían por versatilidad de carácter, ya que el viento de la popularidad soplaba en la dirección de Perseo.
- 5 Un tercer grupo, el de los mejores y los más inteligentes, prefería estar sometido a los romanos antes que al rey, en el caso, claro está, de que se les presentara la disyuntiva de
6 elegir el amo preferible; pero si estuvieran en situación de elegir libremente su suerte, lo que preferían era no que uno de los dos bandos se hiciese más poderoso que el otro, sino que la paz fuese la resultante de un equilibrio entre ambos, conservando íntegras sus fuerzas unos y otros; de este modo, sus ciudades, situadas entre las dos potencias, estarían en

¹⁶² Véase XXXIX 53, 12.

¹⁶³ Traducimos *iamdudum* (GIARRATANO).

inmejorable posición al contar siempre con una de ellas frente a los abusos de la otra. Sintiendo así, observaban en 7 silencio y sin comprometerse los enfrentamientos entre los partidarios de uno y otro bando.

El día en que entraron en funciones, los cónsules, de 8 acuerdo con el decreto del senado, sacrificaron víctimas adultas en todos los altares en los que habitualmente se ofrece un lectisternio durante la mayor parte del año, y, después de obtener el augurio de que sus súplicas habían sido acogidas por los dioses inmortales, comunicaron al senado que se habían ofrecido en la forma ritual el sacrificio y la súplica por la guerra. La respuesta de los arúspices fue 9 la siguiente: si se comenzaba alguna nueva empresa, había que darse prisa; los presagios anunciaban una victoria, un triunfo y una ampliación del imperio. Los senadores dispu- 10 sieron que por el bien, la prosperidad y el bienestar del pueblo romano, los cónsules presentasen cuanto antes al pueblo reunido en comicios centuriados esta propuesta: puesto que Perseo, hijo de Filipo, rey de Macedonia, violando el tratado firmado con su padre Filipo y renovado con él mismo tras la muerte de éste, había atacado a unos aliados del pueblo romano, devastado sus campos y ocupado sus ciudades, y puesto que había urdido planes para preparar 11 una guerra contra el pueblo romano, reuniendo armas y soldados y una flota con ese propósito, si no ofrecía una satisfacción por estos actos se emprendería la guerra contra él. Esta propuesta de ley fue presentada al pueblo.

A continuación se aprobó un decreto del senado dis- 31 poniendo que los cónsules se repartieran de mutuo acuerdo o por sorteo las provincias de Italia y Macedonia; aquel a quien correspondiese Macedonia haría la guerra al rey Perseo y a los que hiciesen causa común con él si no ofrecían una satisfacción al pueblo romano. Se tomó la decisión de reclutar 2

cuatro legiones, dos para cada cónsul. Para la provincia de Macedonia se hizo una concesión especial: mientras que para las legiones del otro cónsul se asignaban, de acuerdo con la práctica establecida desde antiguo, cinco mil doscientos infantes a cada una, para Macedonia se ordenó el reclutamiento de seis mil infantes y el mismo número de jinetes, 3 trescientos, para cada legión. También con respecto a las fuerzas aliadas se aumentó el número de efectivos de uno de los cónsules: pasarían a Macedonia dieciséis mil soldados de infantería y ochocientos de caballería, además de los seiscientos ¹⁶⁴ jinetes que había llevado Gneo Sicinio. Para Italia parecieron suficientes doce mil infantes aliados y seiscientos jinetes. También se adoptó una providencia especial para el cónsul que obtuviese Macedonia en el sorteo: alistaría a los soldados veteranos que quisiera hasta un límite de edad de 5 cincuenta años ¹⁶⁵. En el caso de los tribunos militares se introdujo aquel año una innovación en consideración a la guerra de Macedonia: los cónsules, en virtud de una resolución del senado, presentaron al pueblo la propuesta de que los tribunos militares no fueran elegidos aquel año mediante sufragio ¹⁶⁶, sino que su nombramiento quedase al libre criterio 6 de los cónsules y los pretores. Entre los pretores se repartieron los mandos de la manera siguiente: se acordó que el pretor designado por la suerte para ir a donde el senado lo enviase, 7 se trasladaría a Brundisio, destinado a la flota; allí pasaría revista a los aliados navales y, después de licenciar a los que

¹⁶⁴ Cuatrocientos según 27, 3.

¹⁶⁵ El mismo límite en XL 26, 7. Cuarenta y seis años en XLIII 14, 6. El habitual era el de cuarenta y cinco.

¹⁶⁶ El pueblo elige por primera vez a una parte de los tribunos militares en 362 (cf. VII 5, 9 y nota). Hubo variaciones en cuanto al número de los que elegía, hasta que en 168 (cf. XLIV 21, 2 ss.) el general nombra a la mitad y el pueblo elige a la otra mitad de un total de ocho legiones.

no fuesen aptos, alistaría suplentes entre los libertos, procurando que hubiese dos tercios de ciudadanos romanos y un tercio de aliados. Se decidió encargar a los pretores a los que correspondieran las provincias de Sicilia y Cerdeña la tarea de transportar suministros para la flota y las legiones desde dichas provincias, exigiendo a los sículos y a los sardos un segundo diezmo de contribución en trigo para su transporte a Macedonia, para el ejército. En el sorteo correspondió Sicilia a Gayo Caninio Rebilo, Cerdeña a Lucio Furio Filo, Hispania a Lucio Canuleyo, la jurisdicción urbana a Gayo Sulpicio Galba y la peregrina a Lucio Vilio Annal; a Gayo Lucrecio Galo le tocó en suerte el destino que el senado decidiese.

<i>Provincias.</i>	Hubo entre los cónsules un cruce de su-	32
<i>Leva:</i>	tilezas, más que un conflicto serio, a pro-	
<i>discurso</i>	pósito de la asignación de provincias. Casio	
<i>del centurión</i>	decía que iba a ejercer su opción sobre	
<i>Espurio Ligustino</i>	Macedonia sin echarlo a suertes y que su	

colega no podía entrar en un sorteo con él sin quebrantar su juramento. Cuando era pretor, para no ir a su provincia había jurado ante la asamblea del pueblo que tenía que celebrar, en un lugar y en unas fechas determinadas, unos sacrificios que no se podían celebrar en su ausencia sin incurrir en irregularidad ¹⁶⁷; la posibilidad de celebrarlos en debida forma no era mayor en ausencia del cónsul que en ausencia del pretor, a no ser que el senado considerase que había que tener más en cuenta lo que Publio Licinio quería siendo cónsul que lo que había jurado siendo pretor; él, no obstante, estaría a disposición del senado. Consultados los senadores, consideraron pretencioso por su parte negar una provincia a

¹⁶⁷ Cf. XLI 15, 10.

alguien a quien el pueblo romano no había negado el consulado, y ordenaron que los cónsules hiciesen el sorteo. A Publio Licinio le tocó Macedonia, y a Gayo Casio, Italia.
5 Después sortearon las legiones; la primera y la tercera se trasladarían a Macedonia, la segunda y la cuarta se quedarían en Italia.

6 Los cónsules ponían en el reclutamiento mucha más dedicación que en otras ocasiones. Licinio alistaba también soldados y centuriones veteranos, y muchos se apuntaban como voluntarios porque veían que los que habían militado en la anterior guerra contra Macedonia o contra Antíoco en
7 Asia se habían enriquecido. Como los tribunos militares que...¹⁶⁸ a los centuriones, sino que los alistaban por el orden en que se presentaban, veintitrés centuriones que habían sido primipilos apelaron a los tribunos de la plebe cuando fueron inscritos. Dos miembros de este colegio, Marco Fulvio Nobilior y Marco Claudio Marcelo, eran
8 partidarios de remitir la cuestión a los cónsules: el examen del caso debía corresponder a quienes habían sido encargados del reclutamiento y de la guerra; los demás decían que iban a entrar en el examen de una cuestión sobre la cual se había apelado a ellos, y en caso de producirse un agravio, prestarían apoyo a unos ciudadanos.

33 El examen del caso tenía lugar ante los bancos de los tribunos; allí acudieron el ex cónsul Marco Popilio, asesor
2 de los centuriones, los centuriones y el cónsul. El cónsul solicitó en seguida que se tratara el caso ante la asamblea, a la que fue convocado el pueblo. Marco Popilio, que había sido cónsul hacía dos años, pronunció unas palabras en
3 defensa de los centuriones diciendo que aquellos militares

¹⁶⁸ La conjetura de NOVAK para esta laguna se traduciría: «hacían el alistamiento no seleccionaban».

habían cumplido el período reglamentario de servicio y estaban físicamente agotados por la edad y las continuas fatigas; sin embargo, no se negaban en absoluto a prestar su colaboración al Estado; lo único que pedían era que no se les asignase un rango inferior al que tenían cuando estaban en activo. El cónsul Publio Licinio mandó dar lectura a las 4 resoluciones del senado, primero la que autorizaba la guerra contra Perseo y luego aquella en la que se decidía alistar para dicha guerra el mayor número posible de antiguos centuriones sin concesiones de exención para nadie que no sobrepasase los cincuenta años. Pidió luego encarecidamente 5 que, ante una guerra nueva tan próxima a Italia y contra un rey tan poderoso, no pusieran obstáculos a los tribunos mili- 6 tares que realizaban el reclutamiento ni impidieran que el cónsul asignara a cada uno una graduación acorde con los intereses del Estado. Si había algún punto dudoso en aquella cuestión, que lo remitieran al senado.

Una vez que el cónsul hubo dicho lo que quería decir, 34 Espurio Ligustino, uno de los que habían apelado a los tribunos de la plebe, solicitó del cónsul y de los tribunos permiso para dirigir al pueblo unas breves palabras. Con la 2 autorización de todos ellos habló, dicen, en estos términos: «Quirites, soy Espurio Ligustino, de la tribu crustumina ¹⁶⁹, oriundo de la Sabina. Mi padre me dejó una yugada de tierra y una pequeña cabaña en la que nací y me crié, y en la que vivo en la actualidad. Cuando tuve edad para ello, mi 3 padre me dio por esposa a la hija de su hermano, que lo único que trajo consigo fue su condición de libre y su honestidad, y, además de estas dotes, una fecundidad que incluso para una casa rica sería suficiente. Tenemos seis 4 hijos y dos hijas, ambas casadas ya. Cuatro de los hijos

¹⁶⁹ Cf. II 21, 7, nota.

5 visten la toga viril y dos la pretexta. Me hice soldado cuando el consulado de Publio Sulpicio y Gayo Aurelio ¹⁷⁰. En aquel ejército que se trasladó a Macedonia milité durante dos años como simple soldado en la campaña contra el rey Filipo; al tercer año, Tito Quincio Flaminio me asignó, por mi valor,
6 el décimo manipulo de *hastati*. Una vez derrotados Filipo y los macedonios, volvimos a Italia y fuimos licenciados, e inmediatamente partí hacia Hispania como voluntario con
7 el cónsul Marco Porcio ¹⁷¹. Quienes en su largo servicio han tenido la experiencia de militar a las órdenes de este y de otros generales saben que ningún otro entre todos los generales vivientes ha sido un observador y un juez más riguroso de la valentía. Este general me consideró digno de recibir el
8 mando de la primera centuria de *hastati*. Por tercera vez, de nuevo como voluntario, me incorporé a aquel ejército que fue enviado contra los etolios y el rey Antíoco ¹⁷². Manio Acilio me asignó el rango de primer centurión de la primera
9 centuria de los *principes*. Tras la expulsión del rey Antíoco y el sometimiento de los etolios nos trajeron de nuevo a Italia y después serví dos veces en las legiones, que hacían campañas de un año. Posteriormente hice dos campañas en Hispania, una con el pretor Quinto Fulvio Flaco ¹⁷³ y otra
10 con el pretor Tiberio Sempronio Graco ¹⁷⁴. Flaco me incluyó entre los que se llevaba de la provincia, en consideración a su valor, para el desfile triunfal. A Tiberio Graco lo acompañé
11 a su provincia a petición suya. Fui centurión primipilo ¹⁷⁵

¹⁷⁰ Publio Sulpicio Galba y Gayo Aurelio Cota habían sido cónsules en el año 200.

¹⁷¹ Marco Porcio Catón; año 195.

¹⁷² En 191.

¹⁷³ En el año 181.

¹⁷⁴ En 180.

¹⁷⁵ El grado más alto de la carrera de un centurión, que iba desde el

cuatro veces en el transcurso de pocos años; treinta y cuatro veces recibí de mis generales la recompensa al valor. He recibido seis coronas cívicas ¹⁷⁶. Tengo cumplidos veintidós años de servicio en el ejército, y he superado los cincuenta. Aun cuando no hubiera cumplido por entero mi período de 12 servicio y no estuviera exento en razón de la edad, incluso en ese caso, Publio Licinio, sería justo que se me licenciase, puesto que puedo proporcionaros cuatro soldados en mi lugar. Pero me gustaría que toméis estas palabras como 13 pronunciadas en defensa de mi situación: personalmente no pretenderé nunca quedar exento mientras me considere apto para el servicio cualquiera que lleve a cabo un reclutamiento. A los propios tribunos militares compete decidir de qué rango 14 me consideran digno, y yo pondré los medios para que nadie en el ejército me gane en valor; tanto mis generales como los que hicieron el servicio conmigo son testigos de que siempre actué así. En vuestro caso, camaradas, aunque al apelar 15 estáis ejerciendo vuestro derecho, como al ser tan jóvenes no habéis hecho nunca nada en contra de la autoridad de los magistrados y del senado, justo es que también ahora estéis a disposición de los cónsules y del senado y consideréis honroso cualquier puesto y estéis dispuestos a defender desde él a la república».

Levas
suplementarias.
Embajada de
Perseo

Cuando hubo pronunciado estas pala- 35
bras, el cónsul Publio Licinio le prodigó
multitud de elogios y se lo llevó de la
asamblea al senado. También allí se le 2
dieron las gracias en nombre del senado, y
los tribunos militares, en consideración a su valor, le asigna-

mando del décimo manípulo de los *hastati posteriores* hasta el primer manípulo de los *triarii priores*: sesenta escalones.

¹⁷⁶ Se concedían por salvar la vida a un conciudadano.

ron el rango de primipilo en la primera legión. Los demás centuriones desistieron de la apelación y respondieron disciplinadamente al llamamiento.

3 Con el objeto de que los magistrados marcharan antes a sus provincias se celebraron las Ferias Latinas el día primero de junio, y, una vez celebrada esta festividad, el pretor Gayo Lucrecio salió para Brundisio enviando por delante todo lo
4 necesario para la flota. Además de los dos ejércitos que estaban preparando los cónsules se encomendó al pretor Gayo Sulpicio Galba la tarea de alistar cuatro legiones urbanas con los efectivos reglamentarios de infantería y caballería y de elegir entre los senadores cuatro tribunos militares para
5 mandarlas; a los aliados de derecho latino les exigiría quince mil infantes y mil doscientos jinetes; este ejército estaría
6 preparado para ir a donde el senado decidiese. A petición del cónsul Publio Licinio se añadió a su ejército de ciudadanos y aliados un contingente de tropas auxiliares integrado por dos mil lígures, un número no especificado de arqueros cretenses —los que enviaban los cretenses previa petición—,
7 y también elefantes y jinetes númidas. A tal efecto fueron enviados Lucio Postumio Albino, Quinto Terencio Culeón¹⁷⁷ y Gayo Aburio como embajadores ante Masínisa y los cartagineses. También se acordó que fueran a Creta tres embajadores, Aulo Postumio Albino, Gayo Decimio¹⁷⁸ y Aulo Licinio Nerva¹⁷⁹.

36 Por la misma época llegaron unos embajadores de Perseo. No se juzgó oportuno dejarles entrar en la ciudad dado que ya había decretado el senado y ordenado el pueblo¹⁸⁰ la
2 guerra contra su rey y contra los macedonios. Presentados

¹⁷⁷ Había sido tribuno de la plebe en 189 y pretor en 187.

¹⁷⁸ Sería pretor en 169.

¹⁷⁹ Sería pretor en 166, con destino en una de las Hispanias.

¹⁸⁰ Cf. *supra*, 30, 10 s.

ante el senado reunido en el templo de Belona, pronunciaron unas palabras con el contenido siguiente: el rey Perseo se preguntaba extrañado la razón por la que se habían transportado ejércitos a Macedonia; si podía conseguir que se les hiciera regresar, el rey estaba dispuesto a dar la satisfacción que el senado arbitrara si tenían alguna queja por abusos cometidos con sus aliados. En el senado se encontraba Espurio Carvilio, enviado desde Grecia por Gneo Sicinio precisamente por este motivo. Cuando denunció la agresión armada contra Perrebia, la toma de varias ciudades de Tesalia y las demás operaciones que estaba preparando el rey, se instó a los embajadores a que respondieran a estas acusaciones. Como se mostraban vacilantes diciendo que no tenían más instrucciones, se les indicó que regresaran y comunicaran al rey que dentro de poco se encontraría en Macedonia el cónsul Publio Licinio con su ejército, que le enviase embajadores si tenía intención de ofrecer una reparación; no tenía a qué enviarlos ya a Roma, pues no se le permitiría atravesar Italia a ninguno de ellos. Después de despacharlos de esta manera, se encargó al cónsul Publio Licinio de conminarlos a salir de Italia en un plazo de diez días y de enviar a Espurio Carvilio para que los escoltara hasta que embarcasen. Todo esto ocurrió en Roma cuando aún no habían salido los cónsules hacia sus provincias.

*Oriente:
movimientos de
tropas.
Embajadas*

En ese momento, Gneo Sicinio, que antes de cesar en su cargo había sido enviado por delante a la flota y al ejército a Brundisio y había transportado al Epiro cinco mil soldados de infantería y trescientos de caballería, estaba acampado cerca de Ninfteo¹⁸¹, en el territorio

¹⁸¹ Al suroeste de Apolonia, junto al Aoo.

9 de Apolonia. Desde allí envió tribunos con dos mil soldados para ocupar los enclaves fortificados de los desarecios y los ilirios ¹⁸² que solicitaban guarniciones ellos mismos para estar mejor protegidos frente a un ataque de sus vecinos los macedonios.

37 Pocos días más tarde, Quinto Marcio ¹⁸³, Aulo Atilio, Publio ¹⁸⁴ y Servio ¹⁸⁵ Cornelio Léntulo y Lucio Decimio, enviados a Grecia como embajadores, se llevaron con ellos a Corcira un millar de soldados de a pie; allí se repartieron 2 los soldados, así como las regiones a las que dirigirse. Lucio Decimio fue enviado a Gencio, el rey de los ilirios; se le dieron instrucciones de que, si veía que para el rey significaba algo la amistad con el pueblo romano, tratase de mantenerlo 3 así o incluso de atraerlo a una alianza militar. Los Léntulos fueron enviados a Cefalanía con instrucciones de cruzar al Peloponeso y bordear la costa occidental antes del invierno. 4 A Marcio y Atilio se les asignó la misión de recorrer el Epiro, Etolia y Tesalia con instrucciones de visitar luego Beocia y Eubea y cruzar después al Peloponeso, donde se 5 proponían reunirse con los Léntulos. Antes de que partieran de Corcira en distintas direcciones, les llegó una carta de Perseo en la que preguntaba qué razones tenían los romanos 6 para trasladar tropas a Grecia o para ocupar las ciudades. Se decidió no darle una contestación por escrito, sino decirle al mensajero que había traído su carta que los romanos lo 7 hacían por razones de seguridad de las propias ciudades. Los Léntulos, en su recorrido por las plazas del Peloponeso, animaban a todas las ciudades sin distinción a colaborar con

¹⁸² Ilirios que no eran súbditos de Gencio.

¹⁸³ Quinto Marcio Filipo había sido pretor en 188 y cónsul en 186, y volvería a ser cónsul en 169.

¹⁸⁴ Publio Cornelio Léntulo sería edil curul en 169 y cónsul en 162.

¹⁸⁵ Servio Cornelio Léntulo sería pretor en 169 con destino en Sicilia.

los romanos en la guerra contra Perseo con el mismo ánimo y la misma lealtad con que les habían ayudado en la guerra contra Filipo primero y contra Antíoco después; con ello 8 provocaban murmullos de protesta en las asambleas, indignándose los aqueos por el hecho de que a ellos, que habían prestado toda clase de ayuda a los romanos desde los comienzos de la guerra de Macedonia, se les tuviera en la misma consideración que a los mesemios y los elios, que habían sido enemigos de los romanos en la guerra contra Filipo y posteriormente, además, habían tomado las armas a favor de Antíoco y en contra del pueblo romano y, tras su 9 reciente incorporación a la Liga Aquea, se quejaban de ser entregados como botín de guerra a los aqueos vencedores.

Marcio y Atilio subieron a Gitana¹⁸⁶, ciudad del Epiro 38 situada a diez millas del mar, donde se reunió una asamblea de epirotas que los escucharon con generales muestras de asentimiento y, además, enviaron cuatrocientos jóvenes a los orestas¹⁸⁷ para que sirvieran de protección a los que habían sido liberados de los macedonios. Desde allí prosi- 2 guieron hasta Etolia, donde se detuvieron mientras se procedía al nombramiento de otro pretor¹⁸⁸ en sustitución del que había fallecido, y una vez elegido pretor Licisco, que, como bien se sabía, era favorable a la causa de los romanos, pasaron a Tesalia. Allí se presentaron unos enviados acarnanes y unos exiliados beocios. A los acarnanes se les dijo que 3 comunicaran a los suyos que se les ofrecía la oportunidad de enmendar los errores que habían cometido contra el pueblo romano, engañados por las promesas de los reyes, primero

¹⁸⁶ Hoy Melvino, en Albania.

¹⁸⁷ Eran vecinos de Macedonia, que los había tenido bajo su dominio (cf. XXXI 34, 6).

¹⁸⁸ *Interpretatio* romana de *strategós*.

4 en la guerra contra Filipo y después contra Antíoco. Si después de su mal comportamiento habían experimentado la clemencia del pueblo romano, que experimentasen su generosidad prestándole un buen servicio. A los beocios les re-
5 criminaron haber estrechado una alianza con Perseo. Ellos echaban la culpa a Ismenias¹⁸⁹, el jefe de la otra facción, y decían que algunas ciudades que no estaban de acuerdo se habían visto arrastradas a su posición; entonces respondió Marcio que se pondría en claro este punto, pues se pensaba dar a cada ciudad la posibilidad de decidir sobre sus propios
6 intereses. La asamblea de los tesalios se reunió en Larisa. En ella tuvieron una buena ocasión para que se dieran las gracias por parte de los tesalios a los romanos por el don de la libertad y por parte de los embajadores por la decidida ayuda recibida del pueblo tesalio primeramente en la guerra
7 de Filipo y después en la de Antíoco. Con este recordatorio de los merecimientos mutuos se enardecieron los ánimos de la multitud para tomar cualquier decisión que los romanos quisieran.

8 Inmediatamente después de esta asamblea llegaron unos embajadores del rey Perseo, que confiaba sobre todo en las relaciones personales de hospitalidad que existían entre su padre y Marcio. Comenzando por recordar este vínculo, los embajadores le pidieron que diese al rey la oportunidad de
9 acudir a una entrevista. Marcio dijo que efectivamente su padre le había hablado de la relación de amistad y hospitalidad existente entre él y Filipo, y que había tenido muy
10 presente esa relación al aceptar aquella embajada. En cuanto a la entrevista, si su salud no suponía un inconveniente, no había pensado en aplazarla; de momento, su intención era llegar en cuanto fuera posible hasta el río Peneo, en el punto

¹⁸⁹ *Stratégós* en 173/172. Encabezada el sector promacedonio.

de paso hacia Dión¹⁹⁰ viniendo de Homolio¹⁹¹, enviando previamente mensajeros al rey para hacérselo saber.

*Entrevista
entre Quinto
Marcio Filipo
y Perseo*

Cierto es que Perseo se retiró entonces ³⁹ al interior de su reino, pero con un leve soplo de esperanza, porque Marcio había dicho que había aceptado la embajada por consideración hacia él; pocos días después acudieron al lugar convenido. El séquito del rey era numeroso, ² con una multitud de amigos y escoltas apiñados en torno a él. Los embajadores llegaron con una comitiva no menos numerosa, siguiéndolos mucha gente de Larisa y también las legaciones de las ciudades que habían acudido a la reunión de Larisa y querían llevar a su país noticias seguras de lo que hubieran oído. Sentían la natural curiosidad de los mortales ³ por presenciar el encuentro entre un rey famoso y los embajadores del primer pueblo del mundo. Cuando se detuvieron, ⁴ a la vista unos de otros, separados por el río, hubo un momento de indecisión mientras se intercambiaban mensajes sobre quiénes pasaban al otro lado. Estimaban unos que se debía cierta consideración a la majestad del rey y los otros al nombre del pueblo romano, sobre todo si se tenía en cuenta que la entrevista la había solicitado Perseo. Fue también ⁵ Marcio quien con una broma resolvió la indecisa situación. «Vaya el más joven al encuentro de los de más edad —exclamó—, y el hijo —porque él llevaba el sobrenombre de Filipo— al encuentro del padre». Con esto convenció fácil- ⁶ mente al rey. Había además otro punto de discusión: con cuántos debía pasar al otro lado. El rey consideraba lógico cruzar con todo su séquito; los embajadores le decían que

¹⁹⁰ Cf. XXXIII 3, 5.

¹⁹¹ En Magnesia, al norte del monte Osa.

- pasase con tres acompañantes o que, si cruzaba con una tropa tan numerosa, entregase rehenes para que no hubiese
7 lugar a ninguna traición durante la entrevista. Entregó a Hipias y Pantauco como rehenes, los más importantes de sus amigos ¹⁹², a los que había enviado también como embajadores. Y la razón de que se hubiesen requerido rehenes no era tanto para garantizar la lealtad como para dejar bien claro ante los aliados que el encuentro entre el rey y los embajadores no se producía en absoluto en pie de igualdad. El saludo no fue como entre enemigos, sino amistoso y amable, y una vez colocados los asientos se sentaron.
- 40 Tras unos instantes de silencio habló Marcio: «Supongo que se espera de nosotros que respondamos a la carta que mandaste a Corcira preguntando por qué nosotros, unos embajadores, hemos venido así, con tropas, y por qué mandamos guarniciones a cada ciudad. Ante esta pregunta tuya,
2 temo que no dar respuesta sea una arrogancia y que responder la verdad te parezca demasiado duro cuando la oigas. Pero
3 dado que quien rompe un tratado debe ser castigado de palabra o con las armas, de la misma manera que una guerra contra ti preferiría que se la encargasen a otro antes que a mí, así también afrontaré, como quiera que sea, el mal trago de dirigir unas palabras duras a un huésped, como hacen los médicos que para curar aplican remedios especialmente se-
4 veros. Desde que conseguiste el trono, el senado considera que hiciste algo que debías hacer, enviar embajadores a Roma para renovar el tratado, pero considera, sin embargo, que era preferible que no lo hubieses renovado a que lo
5 violases después de renovarlo. Echaste de su reino a Abrú-

¹⁹² Este término, que aparece con frecuencia, corresponde a un título oficial de determinados miembros de la corte de los reyes de Macedonia.

polis, un aliado y amigo del pueblo romano; acogiste a los asesinos de Artetauro, dejando patente que te alegrabas de su muerte, por no decir algo peor, y habían asesinado a un príncipe que era entre todos los ilirios el más fiel a los romanos; fuiste a Delfos atravesando Tesalia y el territorio maliense con un ejército, contraviniendo el tratado; también en contra del tratado mandaste tropas auxiliares a los bizantinos; con los beocios, aliados nuestros, pactaste bajo juramento una alianza que te afectaba sólo a ti, cosa que no te estaba permitida; acerca de Eversa y Calícrito, embajadores tebanos que iban a nuestro encuentro, prefiero preguntar quién los mató, más que presentar una acusación. ¿Quiénes sino los tuyos parecen haber sido los responsables de la guerra civil de Etolia y de la matanza de sus principales? A los dólopes los arrasaste tú personalmente. El rey Éumenes, cuando volvía de Roma a su reino, estuvo a punto de ser inmolado como una víctima en Delfos, en un lugar sagrado, delante de los altares, y siento rubor en decir a quién hace responsable; por lo que se refiere a los crímenes ocultos denunciados por tu huésped brundisino, estoy seguro de que te lo han contado todo por escrito desde Roma y de que además te han informado tus embajadores. El único medio de poder evitar que yo dijera todo esto era no preguntar por qué motivo se estaban trasladando ejércitos a Macedonia o por qué enviábamos guarniciones a las ciudades de los aliados. Dado que lo preguntaste, hubiera sido una arrogancia mayor por nuestra parte guardar silencio que responder la verdad. De todos modos, en nombre de la hospitalidad que unía a nuestros padres prestaré oídos favorables a tus palabras, deseando que me proporciones algún argumento para defender tu causa ante el senado».

A esto replicó el rey: «Mi causa, que sería buena en caso de ser defendida ante unos jueces imparciales, la tendré que

2 defender ante quienes son a la vez acusadores y jueces. Ahora
bien, entre los cargos presentados contra mí hay algunos de
los que no sé si debería sentirme orgulloso de admitirlos, en
vez de sentir vergüenza, y hay otros que es suficiente con
3 negarlos de palabra, pues son acusaciones de palabra. En
efecto, si yo fuera hoy un acusado sometido a vuestras leyes,
¿qué hay en las alegaciones presentadas contra mí por el
denunciante brundisino o por Éumenes que tenga visos de
4 ser una verdadera acusación y no una difamación? O sea que
ni Éumenes, a pesar de ser odioso para tantos desde el punto
de vista público y privado, tuvo otros enemigos aparte de
mí, ni yo pude encontrar colaborador más a propósito para
mis crímenes que Ramio, al que jamás había visto antes ni
5 iba a ver después. Debo rendir cuentas tanto de la muerte de
los tebanos, que, como está comprobado, murieron en un
naufragio, como de la muerte de Artetauro; en relación con
esta última, sin embargo, no hay ninguna acusación contra
mí aparte del hecho de que quienes le dieron muerte se
6 exiliaron en mi reino. Estoy dispuesto a aceptar este plan-
teamiento carente de base jurídica si también vosotros aceptáis
vuestra responsabilidad en los delitos por los que fueron
condenados todos los exiliados que fueron a refugiarse a
7 Italia o a Roma. Si vosotros rechazáis esta implicación, y lo
mismo hacen las otras naciones, también yo haré como los
demás. Y, ¡por Hércules!, ¿de qué sirve que uno tenga
abierta la vía del exilio si el exiliado no tiene cabida en
8 ninguna parte? No obstante, tan pronto como, advertido por
vosotros, me cercioré de que estaban en Macedonia, los hice
buscar, di orden de que salieran de mi reino y les prohibí el
9 acceso a mis fronteras a perpetuidad. Y, por cierto, estos
cargos han sido presentados contra mí como si fuera un
acusado sometido a juicio; los otros lo son en calidad de rey,
y dependen de la interpretación que se haga del tratado que

tenemos vosotros y yo. En efecto, si en el tratado está estipu- 10
lado que no me está permitido defenderme a mí y a mi reino
ni siquiera en el caso de que alguien me declare la guerra,
tengo que reconocer que se produjo una violación del tratado
porque me defendí con las armas frente a Abrúpolis, aliado
del pueblo romano. Pero si el tratado permite responder a 11
las armas con las armas, y además así lo establece el derecho
de los pueblos, entonces, ¿qué procedía que hiciese, cuando
Abrúpolis había devastado los confines de mi reino hasta
Anfípolis y se había llevado muchos hombres libres, un gran
número de esclavos y muchos miles de cabezas de ganado?
¿Debía quedarme quieto y aguantar hasta que hubiese llegado 12
con sus armas hasta Pela y hasta mi palacio? Pero, tal vez,
le hice frente con una guerra justa, sin duda, mas no estuvo
bien que haya sido derrotado ni que sufriera las demás
consecuencias que sobrevienen a los vencidos. Si yo, que fui
objeto de una agresión armada, corrí el riesgo de padecerlas,
¿cómo puede quejarse de haberlas padecido él que fue el
causante de la guerra? Romanos, no voy a emplear los mis- 13
mos argumentos para justificarme por haber reprimido por
las armas a los dólopes; porque, aun en el caso de que no lo
hubieran merecido, obré de acuerdo con mi derecho, puesto
que pertenecían a mi reino y estaban bajo mi autoridad, al
haber sido adscritos a mi reino en virtud de un decreto
vuestro. Y si tengo que dar explicaciones, no es a vosotros ni 14
a vuestros aliados a quienes puede parecer que me ensañé
con ellos más allá de lo justo y conveniente, sino a quienes
no están de acuerdo con que se haga un uso cruel e injusto
de la autoridad ni siquiera con los esclavos; porque el caso
es que hicieron morir a Eufránor, el gobernador impuesto
por mí, de un modo tan cruel que la muerte fue el más
llevadero de sus tormentos».

42 «Pero como desde allí había seguido adelante para visitar Larisa ¹⁹³, Antronas y Pteleo, por una ruta que pasa cerca de Delfos subí hasta Delfos a ofrecer un sacrificio para cumplir
2 con un voto que me obligaba desde hacía mucho tiempo. Y a estas circunstancias se añade, para dar mayor peso a la acusación, que fui con el ejército; por supuesto, para hacer lo mismo que me quejo de que vosotros estáis haciendo ahora: ocupar las ciudades, establecer guarniciones en las
3 ciudadelas. Convocad una reunión de las ciudades de Grecia por las que pasé; que una sola se queje de un desmán de uno de mis soldados, y no protestaré de que se piense que, con la
4 disculpa del sacrificio, tenía otros propósitos. Enviamos destacamentos de tropas a los etolios y a los bizantinos, e hicimos un tratado de amistad con los beocios. Sobre estos hechos, cualquiera que sea su valoración, mis embajadores no sólo han informado sino que han presentado disculpas en repetidas ocasiones en vuestro senado, donde yo tenía algunos jueces no tan imparciales como tú, Quinto Marcio, el amigo
5 y huésped de mi padre. Pero aún no había llegado Éumenes a Roma como acusador para hacer, a fuerza de calumnias y distorsiones, que todo fuese sospechoso y rechazable, y para tratar de persuadiros de que Grecia no podía vivir en libertad y disfrutar de ese regalo vuestro mientras el reino de Mace-
6 donia estuviese incólume. Este círculo se irá cerrando: muy pronto habrá quien argumente que no sirvió para nada confinar a Antíoco al otro lado de las montañas del Tauro, que Éumenes representa para Asia un peso mucho mayor que Antíoco, que vuestros aliados no pueden estar tranquilos mientras exista un palacio real en Pérgamo, que éste es

¹⁹³ Larisa Cremaste, al oeste de Antronas (cf. XXVIII 5, 2 nota). Pteleo, al sur de Larisa. Las tres estaban en la Ftiótide frente a la parte más noroccidental de Eubea.

como una ciudadela situada sobre las cabezas de las ciudades limítrofes. Yo sé, Quinto Marcio y Aulo Atilio, que el valor 7 de vuestras acusaciones y de mis justificaciones depende de los oídos y la disposición de ánimo de quienes las escuchan, y no importa tanto lo que dice o la intención con que lo dice sino cómo lo interpretáis vosotros. Mi conciencia me dice 8 que no he obrado mal deliberadamente y que, si por inadvertencia he cometido algún desliz, tras esta reprimenda cabe la posibilidad de corregirlo y enmendarlo. Cuando 9 menos, no he cometido ninguna falta irreparable o que consideréis que deba ser castigada por la vía de la guerra y las armas; en caso contrario, de nada habría servido que se extendiese entre las naciones la fama de vuestra clemencia y vuestra ponderación, si por un motivo como éste, que apenas justifica una queja y una petición de reparación, recurrís a las armas y declaráis la guerra a reyes aliados».

*Negociaciones
y embajadas
previas
a la guerra*

Como estas palabras fueron acogidas 43 con muestras de aprobación, Marcio propuso el envío de embajadores a Roma. Dado que el rey había expresado su criterio de que había que intentarlo todo hasta el último momento sin dejar de lado ninguna posibilidad, lo único que quedaba por discutir era la forma de garantizar la seguridad del viaje de los embajadores. Como quiera que a 2 tal efecto parecía necesaria la petición de una tregua, cosa que Marcio deseaba y era lo único que había pretendido con la entrevista, la concedió como de mala gana y en consideración a quien hacía la petición. Los romanos, en efecto, de 3 momento no tenían nada suficientemente a punto para la guerra, ni ejército ni general, mientras que Perseo, a no ser que cegase sus planes una vana esperanza de paz, lo tenía todo preparado y a punto, y estaba en condiciones de co-

menzar la guerra en el momento más conveniente para él y menos favorable para el enemigo.

- 4 Tras esta entrevista, empeñada la palabra sobre la tregua, los embajadores romanos salieron en seguida ¹⁹⁴ para Beocia. Allí habían comenzado ya a producirse movimientos, abandonando algunos pueblos su integración en la confederación beocia ¹⁹⁵ desde el momento en que se había sabido la respuesta dada por los embajadores, según la cual iba a quedar de manifiesto cuáles eran en concreto los pueblos que habían estado en desacuerdo con que se estableciera una alianza
- 6 con el rey. Estaban aún de camino los embajadores cuando fueron a su encuentro unos delegados, primero de Queronea y después de Tebas, asegurando que ellos no habían asistido a la asamblea en la que se había decidido dicha alianza; los embajadores, sin darles ninguna respuesta de momento, les
- 7 invitaron a seguirles hasta Cálcide. En Tebas había estallado un violento conflicto a raíz de otra confrontación. La facción perdedora en las elecciones de pretor y beotarcas, buscando vengar la afrenta, reunió a una multitud y decidió que no se
- 8 dejara entrar a los beotarcas en las ciudades. Exiliados, se concentraron todos en Tespias; de aquí, donde habían sido admitidos sin vacilación, fueron llamados de nuevo a Tebas, pues se había producido ya un cambio de actitud, y aprobaron una resolución condenando al exilio a los doce hombres que
- 9 privada y una asamblea pública. Después, el nuevo pretor —que era Ismenias, un hombre noble y poderoso— condenó mediante un decreto a los ausentes a la pena capital. Habían huido a Cálcide; yendo desde allí a encontrarse con los romanos en Larisa, habían imputado a Ismenias la respon-

¹⁹⁴ Traducimos *confestim profecti* (GIARRATANO).

¹⁹⁵ Véase XXXIII 2, 6.

sabilidad de la alianza con Perseo, y de este enfrentamiento había surgido el conflicto. A los romanos acudieron representantes de ambos sectores, los exiliados y acusadores de Ismenias de una parte, y el propio Ismenias de la otra.

En cuanto llegaron a Cálcide, los jefes de las otras ciudades, en una reacción muy del agrado de los romanos y cada uno por decisión propia, se unían a los romanos desechando la alianza con el rey. Ismenias consideraba lógico que la nación beocia se pusiera bajo la protección de Roma. Como consecuencia de esta postura se originó un altercado y estuvo al borde de morir a manos de los exiliados y sus partidarios si no se hubiera refugiado en el estrado de los embajadores. Incluso en la propia Tebas, que es la capital de Beocia, había una gran agitación, al intentar poner a la ciudadanía unos de parte del rey y otros de parte de los romanos; además, habían acudido en masa los habitantes de Coronea y de Haliarto para defender el decreto de alianza con el rey. Pero gracias a la firme actitud de los principales, que a partir de las derrotas de Filipo y de Antíoco hacían ver lo grande que era la fuerza y la fortuna del poder de los romanos, la multitud, convencida al fin, votó la anulación de la alianza con el rey y además envió a Cálcide, a disculparse ante los embajadores, a los que habían sido promotores de este pacto de amistad, y ordenó que se pusiera la ciudad bajo la protección de los embajadores. Marcio y Atilio escucharon con satisfacción a los tebanos y les propusieron tanto a ellos como a cada una de las delegaciones por separado que enviasen embajadas a Roma para renovar las relaciones de amistad. Antes de nada ordenaron la repatriación de los exiliados y condenaron con un decreto propio a los responsables de la alianza con el rey. Disuelta así la liga beocia, que era su principal objetivo, partieron hacia el Peloponeso después de hacer venir a Cálcide a

7 Servio Cornelio. En Argos se reunió para ellos la asamblea, donde ...¹⁹⁶ la única petición que hicieron a la nación aquea
8 fue que les proporcionara un millar de soldados. Este contingente fue enviado a Cálcide para protegerla hasta que pasara a Grecia el ejército romano. Finalizada la misión que tenían que cumplir en Grecia, Marcio y Atilio regresaron a Roma a principios del invierno.

45 De aquí, por la misma época, se había enviado una em-
2 bajada a Asia y a recorrer las islas. Eran tres los embajadores: Tiberio Claudio, Espurio Postumio y Marco Junio¹⁹⁷. Éstos, en su recorrido, animaban a los aliados a tomar parte en la guerra en contra de Perseo y a favor de los romanos, y cuanto más poderosa era una ciudad, mayor interés ponían en el empeño, ya que las ciudades más pequeñas secundarían
3 el ejemplo de las más grandes. Los rodios eran considerados los más importantes en todos los sentidos, porque aparte de prestar su apoyo podrían, además, colaborar en la guerra con sus propios recursos, con las cuarenta naves que tenían
4 preparadas por iniciativa de Hegesíloco. Éste, cuando ocupaba la más alta magistratura —«pritanía», según su propia denominación—, a fuerza de insistir en sus discursos había logrado convencer a los rodios para que dejaran a un lado la esperanza de halagar a los reyes, vana esperanza, como habían comprobado en repetidas ocasiones, y se atuvieran a la alianza con los romanos, la única estable entonces sobre la tierra
5 tanto por su fuerza como por su fiabilidad. La guerra con Perseo era inminente; los romanos iban a echar de menos un equipamiento naval como el que habían visto recientemente

¹⁹⁶ La propuesta de Goldbacher, *re sedulo tractata nihil*, para la laguna que se supone en el texto, se traduciría: «después de hacer especial hincapié en la cuestión».

¹⁹⁷ Tiberio Claudio Nerón, pretor en 178. Espurio Postumio Albino, cónsul en 174. Marco Junio Bruto, cónsul en 178.

en la guerra de Antíoco y antes en la de Filipo. Si no se ponían 6 ya a preparar las naves y a dotarlas de marinería, después se iban a ver muy apurados para preparar de pronto una flota cuando hubiera que enviarla. Debían poner en ello particular empeño, precisamente para refutar con la evidencia de los hechos los cargos presentados por Éumenes. Estimulados 7 por estos razonamientos, prepararon y equiparon una flota de cuarenta navíos que mostraron a su llegada a los embajadores romanos, para que quedara bien claro que no habían esperado a que se lo pidieran. Esta embajada, además, tuvo 8 una gran trascendencia para ganar las voluntades de las ciudades de Asia. Decimio fue el único que regresó a Roma sin haber conseguido nada, afectado además en su reputación por las sospechas de haber aceptado dinero de los reyes de los ilirios.

Después de retirarse a Macedonia tras la entrevista con 46 los romanos, Perseo envió embajadores a Roma para negociar las condiciones de paz iniciadas con Marcio; también entregó a los embajadores, para que las llevaran a Bizancio y a Rodas y ...¹⁹⁸. El contenido de las cartas era el mismo en todos 2 los casos: había tenido una entrevista con los embajadores romanos; a tenor de lo que había oído y de lo que había dicho, se podía sacar la impresión de que había llevado las de ganar en la discusión. Ante los rodios, los embajadores 3 añadieron que el rey confiaba en que habría paz, pues había enviado embajadores a Roma a propuesta de Marcio y Atilio. Si los romanos persistían en desencadenar la guerra contraviniendo el tratado, entonces los rodios tendrían que poner en juego toda su influencia y todos sus recursos para el restablecimiento de la paz; si con los ruegos no conseguían 4

¹⁹⁸ Diferentes propuestas (así MADVIG y GOLDBACHER) para esta laguna del texto incluyen «cartas» y «a otras ciudades».

nada, habría que actuar para evitar que se concentrasen en un solo pueblo la autoridad y el poder universales¹⁹⁹. Ello iba en interés de los demás, pero especialmente de los rodios, por cuanto destacaban entre las otras ciudades en prestigio y recursos; esta posición sería de esclavitud y dependencia si no había ningún otro sitio adonde volver la vista aparte de
5 Roma. Tanto la carta como las palabras de los embajadores tuvieron una atenta acogida, más que efectividad con vistas a un cambio de actitud; comenzaba a prevalecer la influencia
6 del partido mejor. La respuesta, consecuente con la decisión adoptada, fue que los rodios optaban por la paz; en caso de que hubiese guerra, que el rey no esperase de los rodios ni les pidiese nada que abriera una grieta en su vieja amistad con los romanos, generada a fuerza de muchos e importantes
7 servicios en la paz y en la guerra. A la vuelta de Rodas visitaron también Tebas²⁰⁰, Coronea y Haliarto, ciudades de Beocia a las que se suponía que les había sido arrancada a la fuerza la decisión de abandonar la alianza con el rey y unirse
8 a los romanos. Los tebanos no se dejaron influir lo más mínimo, a pesar de que estaban irritados con los romanos por la condena de sus principales y la repatriación de los
9 exiliados. Los coroneos y los haliarcios, por una especie de predisposición innata a favor de los reyes, enviaron una delegación a Macedonia pidiendo una guarnición con la que defenderse frente a la descarada prepotencia de los tebanos.
10 El rey respondió a esta embajada que no le era posible enviar una guarnición debido a la tregua acordada con los romanos; que, no obstante, les aconsejaba defenderse como pudieran de las tropelías de los tebanos de manera tal que

¹⁹⁹ Cf. XXXIV 57, 7.

²⁰⁰ Sobre las dificultades que implica la lectura *Thebas* y las posibles explicaciones del error puede verse P. JAL, *op. cit.*, nota *ad loc.*

no dieran motivo a los romanos para reaccionar con saña contra ellos.

<i>Roma:</i> <i>informe de</i> <i>Quinto Marcio.</i> <i>Embajada de</i> <i>Macedonia</i>	Marcio y Atilio, una vez llegados a 47 Roma, presentaron en el Capitolio un informe sobre su misión en el que se ufanan sobre todo de haber engañado al rey por medio de la tregua y las esperanzas de
--	---

paz. Y es que tenía tan a punto sus preparativos de guerra, 2 mientras que ellos no tenían nada dispuesto, que habría podido ocupar todos los puntos estratégicos antes de que el ejército se trasladara a Grecia. En cambio, aprovechando el 3 período de tregua, la guerra tendría lugar en términos de igualdad; al iniciarla, él no estaría más preparado en ningún sentido y los romanos estarían mejor equipados en todos los aspectos. También, a fuerza de habilidad, habían descompuesto la liga de los beocios de modo que no pudieran volver a unirse más con ninguna clase de acuerdo con los macedonios. Una gran parte del senado aprobaba estos 4 pasos como dados con la mayor diplomacia; los más viejos y los que recordaban los antiguos hábitos aseguraban no reconocer en aquella embajada el estilo romano. Los ante- 5 pasados no habían hecho las guerras recurriendo a trampas y a combates nocturnos, ni simulando huidas y volviendo sobre el enemigo desprevenido, ni enorgulleciéndose de la astucia más que del valor: tenían por costumbre declarar la guerra antes de hacerla, e incluso, a veces, anunciar una batalla y delimitar el lugar donde pensaban combatir. Con 6 esa misma buena fe se había informado al rey Pirro de que su médico preparaba un atentado contra su vida, y también se había entregado encadenado a los faliscos al hombre que había traicionado a sus hijos²⁰¹; esto era lo que se correspon- 7

²⁰¹ Cf. V 27, 8.

día con el modo de obrar en conciencia de los romanos, no con la doblez púnica o la astucia de los griegos, entre los cuales es mayor motivo de gloria engañar al enemigo que
8 vencerlo por la fuerza. En contadas ocasiones, a la corta se adelanta más con el engaño que con el valor; pero a la larga sólo se obtiene una victoria moral definitiva sobre quien se ve forzado a admitir que ha sido vencido no por astucia ni por azar, sino en una confrontación de fuerza cuerpo a
9 cuerpo y en una guerra justa y legítima. Así pensaban los más viejos, que gustaban menos de la moderna sapiencia, demasiado estudiada; prevaleció, sin embargo, aquel sector del senado que consideraba más importante preocuparse por lo eficaz que por lo honesto, de modo que se aprobó esta primera embajada de Marcio, y fue enviado de nuevo con el mismo destino, Grecia, con ...²⁰² quinquerremes, recibiendo instrucciones de seguir actuando de la manera que considerase
10 más acorde con los intereses del Estado. También enviaron a Aulo Atilio a Tesalia para ocupar Larisa por temor a que Perseo, una vez transcurrido el período de tregua, enviase
11 allí una guarnición y tuviese en su poder la capital de Tesalia. Atilio recibió órdenes de recabar de Gneo Sicinio el envío de dos mil soldados de infantería para llevar a cabo dicha
12 misión. También le fueron asignados a Publio Léntulo, que había regresado de Acaya, trescientos soldados de origen itálico para que se encargara desde Tebas de mantener Beocia bajo control.

48 Realizados estos preparativos, aunque los planes estaban hechos con vistas a la guerra, se decidió, no obstante, que el
2 senado recibiera en audiencia a los embajadores. Éstos expusieron prácticamente los mismos argumentos que había expresado el rey en la entrevista. Con respecto a la acusación

²⁰² Se ha perdido el numeral.

de haber tendido una emboscada a Éumenes hicieron una defensa muy cuidada pero también muy poco convincente, pues los hechos eran evidentes; lo demás fueron ruegos. Pero la actitud de quienes los escuchaban no estaba abierta a los argumentos o la persuasión. Se les comunicó que debían abandonar el recinto amurallado de Roma inmediatamente, e Italia en un plazo de treinta días. Después se comunicó al cónsul Publio Licinio, al que había correspondido Macedonia como provincia, que debía fijar para lo antes posible la fecha de concentración del ejército. El pretor Gayo Lucrecio, que estaba al cargo de la flota, salió de la ciudad con cuarenta quinquerremes, pues se consideró oportuno retener en Roma, para distintos menesteres, algunas de las naves que habían sido reparadas. El pretor envió por delante con una sola quinquerreme a su hermano Marco Lucrecio con instrucciones de salir al encuentro de la flota en Cefalania después de hacerse cargo de las naves entregadas por los aliados de acuerdo con el tratado. Tras recibir una trirreme de los reginos, dos de los locrenses y cuatro de los urites²⁰³, bordeó la costa de Italia, dobló el último promontorio de Calabria y cruzó el mar Jonio hasta Dirraquio. Aquí se topó con diez embarcaciones de los propios dirraquinos, doce de los iseos y cuarenta y cuatro del rey Gencio, y fingiendo creer que habían sido preparadas para los romanos, tras llevárselas todas, cruzó en tres días a Corcira y de allí, sin detenerse, a Cefalania. El pretor Gayo Lucrecio zarpó de Nápoles, cruzó el estrecho y llegó a Cefalania al quinto día. Allí estuvo fondeada la flota a la espera de que fueran transportadas las fuerzas terrestres y al mismo tiempo a la espera de que les dieran alcance las

²⁰³ Se desconoce a qué ciudad correspondían. ¿*Veretum*?

naves de carga que se habían desviado de su formación durante la travesía por alta mar.

- 49 Coincidiendo con estas fechas salió de la ciudad el cónsul Publio Licinio en uniforme de campaña, después de pronun-
2 ciar los votos en el Capitolio. Por cierto que esta ceremonia se desarrolla siempre con gran dignidad y solemnidad; atrae sobre todo la atención y las miradas cuando se hace el acompañamiento a un cónsul que marcha a enfrentarse a un
3 enemigo importante y renombrado por su valentía o su fortuna. Reúne a las gentes, en efecto, tanto la solicitud por
4 cumplir con un deber cuanto la curiosidad por el espectáculo de ver al general a cuya autoridad y buen criterio han con-
fiado la salvaguarda de los más altos intereses del Estado.
5 Después viene a las mentes el pensamiento de cuáles serán las vicisitudes de la guerra, lo inciertos que son los lances de
la fortuna y lo imparcial que es Marte en la guerra; los trances
adversos y favorables, las derrotas que se deben a menudo a
la falta de conocimientos o a la temeridad de los generales,
y los frutos que reportan, por el contrario, la prudencia y el
6 valor. ¿Quién de los mortales sabe cuál es el carácter y cuál la suerte del cónsul que mandan a la guerra? ¿Lo verán muy
pronto remontando el Capitolio con su ejército victorioso al
encuentro de los dioses de los que ahora se despide, o
7 dejarán éstos para los enemigos esa satisfacción? Ahora bien, al rey Perseo, contra el cual se iba, le daban renombre tanto
la brillante tradición guerrera del pueblo macedonio como su padre Filipo, célebre también, entre otras muchas hazañas,
por la guerra contra Roma; además, por lo que se refiere al propio Perseo, desde que había accedido al trono nunca
había dejado de sonar su nombre ante la expectativa de una
8 guerra. Éstas eran las reflexiones de las gentes de todos los
9 estamentos cuando acompañaron al cónsul que partía. Con él fueron enviados como tribunos militares dos excónsules,

Gayo Claudio y Quinto Mucio²⁰⁴, y tres jóvenes ilustres, Publio Léntulo y dos Manlio Acidino, hijo el uno de Marco Manlio y el otro de Lucio Manlio. Con ellos marchó el cónsul 10 a Brundisio al encuentro del ejército, y de allí cruzó con todas las tropas e instaló el campamento cerca de Ninfeo, en territorio apoloniata.

Perseo: Pocos días antes²⁰⁵, y en vista de que 50
consejo sus embajadores al regreso de Roma ha-
de guerra: bían truncado sus esperanzas de paz, Per-
revista y arenga seo reunió al consejo. En él se expusieron
al ejército durante algún tiempo opiniones contra-
 puestas. Había quienes pensaban que se debía pagar un 2
 tributo en caso de que se les exigiera o ceder una parte del
 territorio si se les imponía esa sanción, y, en definitiva, que,
 en aras de la paz, no se debía rehusar ninguna otra imposición
 ni dar ningún paso que le hiciera correr a él o a su reino un
 riesgo tan serio. Si mantenía una posesión de su reino no 3
 controvertida, el tiempo y las circunstancias podían deparar
 muchas oportunidades no sólo de recuperar lo perdido sino
 de hacerse temer a su vez por aquellos a los que ahora temía.
 Pero un sector mucho más numeroso mantenía una postura 4
 más dura. Sostenían que, si cedía en algo, junto con ello iba
 a tener que ceder el reino a continuación. Los romanos, en 5
 efecto, no estaban faltos de dinero ni de territorio, pero si
 algo sabían era que todas las cosas humanas, especialmente
 las más importantes, así como los mayores reinos y los
 mayores imperios, están sujetos a muchas vicisitudes. Ellos 6
 habían quebrantado el poder de los cartagineses y les habían

²⁰⁴ Gayo Claudio Pulcro había sido cónsul en 177 y Quinto Mucio Escévola en 174.

²⁰⁵ Abril de 171.

colocado sobre la cerviz un rey vecino muy poderoso; Antíoco y sus descendientes habían sido relegados más allá de los
7 montes del Tauro; sólo quedaba el reino de Macedonia, geográficamente cercano y que, al mismo tiempo, parecía capaz de devolver a sus reyes su antiguo coraje si la buena
8 estrella del pueblo romano declinaba por algún lado. Mientras su posición se mantenía intacta, Perseo personalmente debía decidir si prefería hacer una concesión tras otra hasta verse despojado de todos sus recursos, expulsado de su reino, teniendo que pedir a los romanos Samotracia o alguna otra isla donde sobrevivir a su reino como un simple particular y envejecer en el desprecio y la indigencia, o bien, reivindicando
9 con las armas su condición y su dignidad, asumir como corresponde a un hombre valeroso todo aquello que le depara- sen los avatares de la guerra, o vencer y liberar al mundo de
10 la dominación romana. Echar a los romanos de Grecia no era un hecho más sorprendente que el de haber echado a Aníbal de Italia. Y no se veía, por Hércules, qué sentido tenía haberse resistido con todas las fuerzas a los intentos de su hermano de apoderarse injustamente del trono y cederlo ahora a unos extranjeros después de conseguirlo en buena
11 lid. Al final la discusión sobre la guerra y la paz se desarrollaba en términos tales que todos estaban de acuerdo en que no había nada más deshonroso que renunciar al reino sin luchar ni más glorioso que afrontar cualquier riesgo en pro de la dignidad y la majestad.

51 El consejo tenía lugar en Pela, en el antiguo palacio real de Macedonia. «Hagamos, pues, la guerra con la benévola asistencia de los dioses —dijo—, puesto que ése es vuestro parecer.» Y después de despachar una circular a los prefectos concentró todas sus tropas en Cicio ²⁰⁶, que es una ciudad de

²⁰⁶ Entre Pela y Berea, al norte del Haliacmón.

Macedonia. Él celebró con regia magnificencia un sacrificio 2 de cien víctimas en honor de Minerva, a la que dan la advocación de Alcidesmos²⁰⁷, y partió hacia Cicio con su séquito de dignatarios y escoltas. Ya se habían concentrado allí todas las tropas de macedonios y de auxiliares extranjeros. Instaló el campamento delante de la ciudad y formó en la 3 llanura a todos los hombres de armas; en total eran cuarenta y tres mil hombres armados, la mitad de los cuales, aproximadamente, eran falangitas mandados por Hipias de Be- 4 rea²⁰⁸. Estaban luego los dos mil hombres escogidos por su fuerza física y su juventud entre el total de los armados de *caetra*; a esta legión le daban ellos el nombre de «agema»²⁰⁹; tenía como prefectos a los euliestas Leonato y Trasipo. El 5 jefe de los demás hombres armados de *caetra*, unos tres mil, era Antifilo de Edesa²¹⁰. También alcanzaban una cifra cercana a los tres mil los peones, procedentes de Paroria²¹¹ y Parastrimonia²¹², que son regiones colindantes con Tracia, y los agrianes²¹³, a los que se habían unido algunos residentes tracios. Los había reunido y armado Didas de Peonia, el que 6 había asesinado al joven Demetrio²¹⁴. Había también dos mil 7 combatientes galos; su jefe era Asclepiódoto de Heraclea de Síntice²¹⁵; tres mil tracios de condición libre tenían su propio jefe. Un contingente casi igual de cretenses seguía a sus jefes, Suso de Falasarnas y Silo de Gnosos. Por su parte, el lace- 8

²⁰⁷ Advocación («defensora del pueblo») que sólo aparece aquí.

²⁰⁸ Cf. XL 24, 7.

²⁰⁹ Compárese con XXXVII 40, 3.

²¹⁰ Al oeste de Pela.

²¹¹ Parorea. Cf. XXXIX 27, 10 nota.

²¹² Nombre que indica márgenes o valle del Estrimón.

²¹³ Véase XXVIII 5, 12.

²¹⁴ Cf. XL 24, 4-6.

²¹⁵ En la margen derecha del Estrimón. Cf. XL 24, 5.

demonio Leónides mandaba a quinientos hombres de Grecia; de él se decía que era de estirpe real, un exiliado condenado en una asamblea plenaria de los aqueos tras haber sido interceptada una carta suya dirigida a Perseo. El prefecto de los etolios y los beocios, que en total no rebasaban los quinientos, era el aqueo Licón. Con esta mezcla de tropas auxiliares de tantos pueblos, de tantas naciones, se completaban en torno a los doce mil hombres armados. Por lo que se refiere a los jinetes, había reunido tres millares en toda Macedonia. También se había presentado allí Cotis, hijo de Seutes, rey del pueblo de los odrisas, con un millar de jinetes escogidos y aproximadamente el mismo número de infantes. Resultaba así un total de treinta y nueve mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería. Parecía indiscutible que, aparte del ejército que Alejandro Magno había llevado a Asia, ningún rey de Macedonia había reunido jamás tantas tropas.

Hacia veinticinco años que se le había concedido la paz a Filipo²¹⁶, a petición suya. Durante todo ese tiempo Macedonia había estado tranquila y había generado una población que en su mayoría estaba en la edad apropiada para el servicio militar, mientras que, por otra parte, había estado en armas ininterrumpidamente debido a las pequeñas guerras con sus vecinos los tracios, guerras que más que agotarla le servían de entrenamiento. Además, la perspectiva de una guerra contra Roma, largo tiempo sopesada primero por Filipo y después por Perseo, había hecho que todo estuviera preparado y a punto. Las tropas, formadas en orden de batalla, realizaron algunos movimientos, aunque no unas maniobras en toda regla, para evitar la impresión de que se habían limitado a estar en armas a pie firme, y Perseo las

²¹⁶ En 196. Cf. XXXIII 30.

convocó, armadas como estaban, a una asamblea. Él se 5 colocó de pie en el estrado, teniendo a los lados a sus dos hijos; el mayor de ellos, Filipo, era hermano suyo por nacimiento e hijo por adopción, y el menor, llamado Alejandro, era hijo suyo por nacimiento. Exhortó a los soldados a la 6 guerra; les recordó las afrentas hechas por los romanos a su padre y a él mismo: a su padre, empujado a responder con 7 la guerra a toda clase de indignidades, lo había sorprendido el destino en plenos preparativos bélicos; a él le habían enviado al mismo tiempo embajadores y soldados que ocupasen las ciudades de Grecia. Luego, con una engañosa 8 entrevista cuyo fin aparente era asegurar la paz, habían dejado que pasara el invierno para que les diera tiempo a prepararse; ahora llegaba un cónsul con dos legiones romanas que tenían cada una seis mil soldados de a pie y trescientos de a caballo y aproximadamente el mismo número de infantes y jinetes aliados. Aun sumando a estos efectivos los auxilia- 9 res de los reyes Éumenes y Masinisa, no debían de ser más de treinta y siete mil infantes y dos mil jinetes. Después de 10 oír las cifras de las tropas enemigas, que considerasen, a la vista de su propio ejército, en qué medida, por el número y la calidad de los soldados, eran superiores a unos reclutas alistados de prisa y corriendo para aquella guerra, ellos que habían sido instruidos desde niños en las artes de la milicia, formados y endurecidos en tantas guerras. Las tropas auxi- 11 liares de los romanos estaban integradas por lidios, frigios y númidas, y las suyas por tracios y galos, los pueblos más aguerridos. Los otros tenían las armas que cada soldado, en su pobreza, había podido agenciarse; los macedonios sacaban las suyas de los arsenales reales, fabricadas a lo largo de tantos años de cuidados e inversiones de su padre. El apro- 12 visionamiento de los otros estaba lejos y además iba a estar expuesto a todos los azares del mar; él había reservado

las ciudades de Macedonia. Habían venido, en efecto, a 3 prometer trigo y dinero para la guerra, cada una a tenor de sus posibilidades. Se les dieron las gracias a todas y se 4 rehusó el ofrecimiento en todos los casos; se les dijo que para ese efecto había suficiente con las reservas hechas por el rey. Tan sólo se les pidieron vehículos de transporte para llevar las máquinas de lanzamiento y la enorme cantidad de armas arrojadizas y de proyectiles que estaban preparados, así como el resto del material bélico.

Salió de allí con todo el ejército dirigiéndose a Eordea²¹⁸; 5 acampó junto al lago llamado Begorritis²¹⁹, y al día siguiente avanzó hasta el río Haliacmón²²⁰, en Elimea. A continuación 6 cruzó los montes llamados Cambunios por un estrecho desfiladero y bajó hacia Azoro, Pitoo y Dolique; lo que llaman Trípolis²²¹ los lugareños. Estas tres plazas, dominadas por el 7 pánico del momento, optaron por la rendición tras dudarlo algunos momentos porque habían entregado rehenes a los lariseos²²². Después de dirigirse a ellos con buenas maneras, 8 convencido de que también los perreos iban a hacer otro tanto, recibió la sumisión de la ciudad de ...²²³ en cuanto llegó, sin que los habitantes se lo pensarán lo más mínimo. Forzado a atacar Cirecias²²⁴, el primer día fue rechazado 9

²¹⁸ Cf. XXXI 39, 7.

²¹⁹ No hay referencias que permitan precisar su situación. Al nordeste de Eordea.

²²⁰ Río que desemboca en el Golfo Termaico, al norte de Pidna.

²²¹ Cf. XXXVI 10, 5. En Perrebia: Azoro, al sur de Dolique en el curso alto del Europo; Dolique, entre los montes Cambunios y el Olimpo; Pitoo, en la falda noroccidental del Olimpo.

²²² Cf. *supra*, 47, 10.

²²³ Se perdió el nombre de la ciudad. ¿Eriçio? (WEISSENBORN, 1864). ¿Malea? (HARANT).

²²⁴ Cf. XXXI 41, 5 y XXXVI 10, 5.

tras un violento choque armado junto a las puertas; al día siguiente atacó con la totalidad de las tropas, y antes del anochecer aceptó la rendición a discreción.

- 54 La siguiente plaza, Milas²²⁵, tan bien fortificada que la confianza en la inexpugnabilidad de sus defensas hacía especialmente fieros a sus habitantes, no se conformó con cerrar sus puertas al rey, sino que incluso lanzó sobre él y sobre los
2 macedonios una sarta de provocadores insultos. Esta circunstancia hizo que el enemigo pusiera mayor saña en el ataque y ellos mayor ardor en la defensa, al no esperar
3 clemencia. Por eso fue atacada y defendida la ciudad durante tres días con enorme coraje por ambas partes. El gran número de los macedonios les alcanzaba fácilmente para afrontar el combate por turnos; los habitantes de la plaza, al defender los muros día y noche los mismos, estaban agotados tanto por las heridas como por las vigili-
4 as y el esfuerzo continuado. Al cuarto día, cuando sobre los muros se colgaban escalas por todas partes y sobre la puerta se lanzaba una acometida más violenta, los habitantes repelieron el ataque de las murallas, corrieron todos a una a defender la puerta
5 e hicieron una salida repentina contra los enemigos. Como se trataba más de una reacción de rabia incontinida que de verdadera confianza en las propias fuerzas, pocos como eran y agotados como estaban fueron rechazados por los que tenían sus fuerzas intactas, y volviendo la espalda en su huida permitieron la entrada a los enemigos por la puerta
6 abierta. Así fue tomada y saqueada la ciudad; además, los hombres de condición libre que habían sobrevivido a la matanza fueron puestos en venta. Después de derruir en gran parte e incendiar la ciudad marchó a acampar a Fa-

²²⁵ Al sur de Cirecias, en la margen derecha del Europo.

lana²²⁶ y desde allí llegó a Girtón²²⁷ al otro día. Enterado de 7
 que Tito Minucio Rufo y el pretor de los tesalios, Hippias,
 habían entrado en la ciudad con una guarnición, pasó de
 largo, sin intentar siquiera un ataque, y recibió la sumisión
 de Elacia²²⁸ y de Gono²²⁹, entre cuyos habitantes había
 cundido el pánico por lo inesperado de su llegada. Se en- 8
 cuentran en la garganta por donde se accede a Tempe las
 dos ciudades, pero sobre todo Gono. Por eso dejó esta
 última asegurada con una guarnición más sólida de caballería
 e infantería y fortificada además con foso triple y empalizada.
 Él siguió adelante hasta Sicurio²³⁰ y decidió esperar allí la 9
 llegada de los enemigos; al mismo tiempo ordenó también
 que el ejército se aprovisionase de trigo aquí y allá en el
 territorio enemigo que tenían delante. Sicurio, en efecto, se 10
 encuentra al pie del monte Osa, y éste, por su cara sur, tiene
 delante las llanuras de Tesalia, y por la cara opuesta, Mace-
 donia y Magnesia. A las ventajas de esta posición se une 11
 su gran salubridad y riqueza por las numerosas fuentes de
 agua perenne que hay en el contorno.

El cónsul romano, que se dirigía a Tesa- 55
 Avance romano. lia con su ejército por las mismas fechas,
 Asedio al principio tuvo una marcha sin problemas
 de Haliarto a través del Epiro; cuando después pasó a 2
 Atamania, de suelo áspero y casi intransi-
 table, a duras penas llegó a Gonfos con gran dificultad y en
 pequeñas etapas. Si el rey, en el lugar y el momento apropia- 3

²²⁶ En Perrebia, al norte de Larisa.

²²⁷ Al este de Falana.

²²⁸ Cf. XXVIII 7, 3.

²²⁹ En la entrada del valle de Tempe. Aparece en la forma plural en XXXIII 10, 6 y XXXVI 10, 10.

²³⁰ Al sur del Peneo, en el lado occidental del Osa.

dos, le hubiera salido al paso cuando marchaba al frente de su bisoño ejército con los hombres y los caballos maltrechos, incluso los propios romanos reconocen que habrían sufrido una severa derrota en caso de tener que combatir. Después de llegar a Gonfos sin librar combate, a la alegría por haber superado un paso peligroso se sumó también el menosprecio hacia un enemigo que desconocía hasta aquel extremo sus oportunidades. El cónsul celebró un sacrificio conforme a los ritos, distribuyó trigo entre los soldados, se detuvo unos pocos días para que descansaran los hombres y las acémilas, y, al enterarse de que los macedonios vagaban a sus anchas por Tesalia y devastaban los campos de los aliados, salió hacia Larisa al frente de unos hombres ya suficientemente recuperados. Cuando estaba a unas tres millas de distancia de allí instaló el campamento cerca de la Trípolis que llaman Escea, a orillas ²³¹ del río Peneo. Por las mismas fechas atracó Éumenes en Cálcide con las naves, acompañado de sus hermanos Átalo y Ateneo después de dejar en Pérgamo a su hermano Filetero para defender el reino. Desde Cálcide se fue con Átalo al encuentro del cónsul con cuatro mil infantes y mil jinetes; en Cálcide había dejado dos mil infantes bajo el mando de Ateneo. También les llegaron al mismo lugar a los romanos otras tropas auxiliares procedentes de todos los pueblos de todos los puntos de Grecia, la mayoría de los cuales, tan reducido era su número, cayeron en el olvido. Los apoloniatas enviaron trescientos soldados de caballería y cien de infantería. Los etolios constituían el equivalente a un ala ²³² con todos los jinetes que habían llegado de toda la nación, y en cuanto a los tesalios, de los que se esperaba la caballería al completo, no había más de trescientos jinetes

²³¹ En la orilla derecha del Peneo, no lejos de Larisa.

²³² 500 hombres.

en el campamento romano. Los aqueos aportaron unos mil quinientos de sus jóvenes, la gran mayoría de ellos con armamento cretense.

También por las mismas fechas el pretor Gayo Lucrecio, ⁵⁶ que estaba al mando de la flota en Cefalania, ordenó a su hermano Marco Lucrecio que se dirigiera a Cálcide con la flota doblando el Cabo Maleo y él embarcó en una trirreme poniendo rumbo al Golfo de Corinto para adelantarse a controlar la situación en Beocia. La travesía fue bastante ² lenta debido a su mal estado de salud. Cuando Marco Lu- ³ crecio llegó a Cálcide se enteró de que Publio Léntulo estaba asediando Haliarto y envió un mensajero para ordenarle en nombre del pretor que se retirara de allí. El legado, que había ⁴ acometido dicha empresa con aquella parte de la juventud beocia que era partidaria de los romanos, se alejó de las murallas. El levantamiento de este asedio dio lugar a otro ⁵ nuevo, pues inmediatamente Marco Lucrecio puso cerco a Haliarto con las tropas de marina, diez mil hombres armados, además de los dos mil soldados del rey que estaban a las órdenes de Ateneo, y cuando ya se disponían a lanzar el asalto llegó de Creúsa ²³³ el pretor. En torno a la misma época ⁶ también llegaron a Cálcide las naves enviadas por los aliados: dos quinquerremes púnicas, dos trirremes de Heraclea del Ponto, cuatro de Calcedón y otras tantas de Samos, así como cinco cuatrirremes rodías. El pretor las devolvió a los ⁷ aliados porque no había guerra naval en ninguna parte. También llegó Quinto Marcio a Cálcide con sus naves después de tomar Álope de Ftiótide ²³⁴ y atacar la Larisa llamada Cremaste.

²³³ Puerto situado en el Golfo de Corinto. Cf. XXXVI 21, 5.

²³⁴ De Ftiótide para distinguirla de la Alope de la Lócride.

- 8 *Primeros combates* Ésta era la situación en Beocia cuando
ecuestres. Perseo, que, como ya se ha dicho, tenía en
Victoria Sicurio su campamento estable, después
de Perseo de hacer acopio de trigo en todos los cam-
9 *en el Calinico* pos de los alrededores mandó tropas a de-
vastar el territorio de los fereos²³⁵, convencido de que podría
coger a los romanos si les hacía alejarse del campamento
10 para ayudar a las ciudades de los aliados. Al percatarse de
que no se inmutaban en absoluto por aquellas correrías,
repartió entre los soldados el botín —exceptuando las per-
sonas, pero se trataba sobre todo de animales de todas
clases— para que se diesen un banquete²³⁶.
- 57 En las fechas que siguieron, tanto el cónsul como el rey
celebraron consejo para decidir por dónde comenzar la gue-
2 rra. La moral de los hombres del rey había subido al consen-
tirles el enemigo que devastaran el territorio de Feras; de ahí
que opinaran que se debía marchar desde allí hacia su
3 campamento y no dar lugar a más vacilaciones. También los
romanos se daban cuenta de que su indecisión era objeto de
comentarios negativos entre los aliados, que estaban indig-
nados sobre todo por el hecho de que no se hubiera prestado
4 ayuda a los fereos. Cuando estaban deliberando qué podían
hacer —Éumenes y Átalo, además, asistían al consejo—
llega despavorido un mensajero con la noticia de que el
enemigo se está acercando con un gran ejército. Disuelto el
consejo, se da inmediatamente la señal para acudir a las
5 armas. Se decide entretanto que salgan cien jinetes e igual
número de soldados de a pie, lanzadores de venablos, perte-

²³⁵ De Feras, ciudad tesalia situada a unos 20 kilómetros al nordeste de Fársalo.

²³⁶ No parece imprescindible suponer lagunas antes de *praedum* y después de *milibus*.

necientes a las tropas auxiliares enviadas por el rey. A eso de 6 la hora cuarta del día cuando estaba a poco más de una milla de distancia del campamento romano, Perseo dio orden a la infantería de hacer alto; él siguió adelante con la caballería y la infantería ligera; también se adelantaron junto con él Cotis y los jefes de otros contingentes de tropas auxiliares. Estaban a menos de quinientos pasos del campamento cuan- 7 do fueron avistados los jinetes enemigos; se trataba de dos alas formadas en gran parte por galos, mandados por Casignato, y unos ciento cincuenta misios y cretenses de armamento ligero. El rey, con la duda de cuántas serían las tropas del 8 enemigo, se detuvo. A continuación destacó de la formación dos escuadrones de tracios y dos de macedonios, con dos cohortes de cretenses y de tracios cada uno de ellos. El com- 9 bate finalizó sin que se decidiera la victoria, pues estaban en igualdad numérica y no llegaron nuevos refuerzos ni de un lado ni del otro. De los hombres de Éumenes fueron muertos unos treinta, cayendo entre ellos el jefe galo Casignato. Y entonces Perseo marchó de nuevo a Sicurio con sus tropas. Al día siguiente, en torno a la misma hora, avanzó el rey 10 hasta el mismo lugar con sus tropas seguidas de carros con agua. A lo largo de las doce millas, en efecto, no había agua en el camino, que además era muy polvoriento, y era evidente que, en el caso de tener que combatir en cuanto se avistasen, se habrían visto afectados por la sed durante el combate. Como los romanos no se habían movido, e incluso habían 11 retirado al interior de la empalizada los puestos de guardia, las tropas del rey regresaron a su vez al campamento. Repitieron la misma operación durante varios días, a la espera de que los jinetes romanos atacasen la zaga de la columna cuando se retirase; al entablarse así el combate, los habrían 12 atraído a bastante distancia del campamento, y ellos, en cualquier lugar que estuviesen, podrían hacerles frente sin

dificultad, puesto que eran superiores con la caballería y la infantería ligera.

58 En vista de que su plan no daba resultado, el rey aproximó el campamento al enemigo y lo fortificó a cinco millas de
2 distancia. Desde allí, al rayar el alba, después de formar las líneas de infantería en el lugar donde solía, salió hacia el campamento enemigo al frente de toda la caballería y de la
3 infantería ligera. La vista de un volumen mayor de tropas y de una polvareda más próxima que de costumbre causó desconcierto en el campamento romano. Al principio, apenas se dio crédito al que daba la noticia, porque en todos los días anteriores nunca había aparecido el enemigo antes de la
4 hora cuarta, y en esta ocasión estaba saliendo el sol. Luego, cuando los gritos de muchos y las carreras desde la puerta no dejaron lugar a dudas, se produjo una enorme confusión. Salieron corriendo los tribunos, prefectos y centuriones hacia
5 el pretorio y los soldados cada uno hacia su tienda. Perseo había alineado a sus hombres a menos de quinientos pasos
6 de la empalizada, sobre un cerro denominado Calínico²³⁷. El rey Cotis estaba en cabeza en el ala izquierda con todas las tropas de su pueblo; las líneas de jinetes estaban separadas por tropas de armamento ligero intercaladas; en el ala derecha estaban los jinetes macedonios, con los cretenses entremez-
7 clados en sus escuadrones; Midonte de Berea mandaba estas tropas ligeras, y Menón de Antigonea la caballería y el
8 conjunto de este sector. Contiguos a las alas estaban formados los jinetes reales y tropas auxiliares de elite de muchos pueblos, de carácter mixto, con Patrocles de Antigonea y el
9 gobernador de Peonia, Didas, al frente de las mismas. En medio de todos se encontraba el rey; en torno a él, la

²³⁷ Sólo aparece aquí el nombre del monte, que pasó a ser el de la batalla.

llamada «agema» y los jinetes de los escuadrones sagrados. Ante él colocó a los honderos y lanzadores, unidades que 10 alcanzaban la cifra de cuatrocientos hombres cada una, al mando de las cuales puso a Ión de Tesalónica y al dólope Artemón. Ésta era la disposición de las tropas del rey. También el cónsul, después de formar a la infantería en el 11 interior de la empalizada, hizo salir a toda la caballería y la infantería ligera, que se formaron delante de la empalizada. Gayo Licinio Craso, el hermano del cónsul, asumió el mando 12 en el ala derecha, con toda la caballería itálica, en la que estaban intercalados los vélites; en el ala izquierda, Marco Valerio Levino²³⁸ tenía el mando de los jinetes aliados procedentes de los pueblos de Grecia y de las tropas de armamento ligero de la misma procedencia; en cuanto al centro 13 del frente, estaba ocupado por Quinto Mucio con los jinetes especiales de elite. Delante de sus enseñas estaban formados doscientos jinetes galos y trescientos soldados auxiliares de Éumenes, del pueblo cirtio²³⁹. Cuatrocientos²⁴⁰ jinetes tesalios 14 se situaron a corta distancia por delante del ala izquierda. Los reyes Éumenes y Átalo se situaron por detrás, entre la última línea y la empalizada, con todas sus tropas.

Formados de esta manera, a grandes rasgos, con un nú- 59 mero casi igual de jinetes y de tropas ligeras por ambas partes, corren a enfrentarse una vez iniciado el combate por los honderos y lanzadores. Igual que las fieras retenidas 2 mucho tiempo en las jaulas, los tracios fueron los primeros que se lanzaron entre grandes gritos contra el ala derecha, contra los jinetes itálicos, con tanto brío que sembraron el 3 desconcierto en unos hombres impertérritos por naturaleza

²³⁸ Había sido pretor en 182.

²³⁹ Cf. XXXVIII 40, 9.

²⁴⁰ Trescientos, había dicho en 55, 10.

y por experiencia en la guerra ... los de infantería golpeaban las lanzas con sus espadas ... ²⁴¹ les seccionaban los tendones
4 a los caballos o los ensartaban por el costado. Perseo, lanzándose a caballo al centro de las líneas, a la primera carga pone en fuga a los griegos; cuando éstos se habían dispersado y el enemigo los acosaba amenazante a sus espaldas, la caballería tesalia, que se había mantenido en la reserva sin intervenir en el choque separada del ala izquierda por un corto espacio, al principio se limitó a mirar, y después, cuando la situación tomó un mal cariz, prestó un valiosísimo
5 servicio. En efecto, replegándose poco a poco sin romper las filas, después de unirse a las tropas auxiliares de Éumenes facilitaba junto con éste a los aliados dispersos por la huida un refugio seguro entre sus filas, y además, cuando la carga de los enemigos era menos nutrida, incluso tuvieron el valor de avanzar y dar acogida a muchos fugitivos que venían en
6 dirección contraria. Tampoco los soldados del rey, que ya se habían dispersado a su vez en su persecución en todas las direcciones, se atrevían a enfrentarse con los que avanzaban
7 en orden y con paso firme. Mientras el rey, vencedor en el combate de la caballería, ... ²⁴² que con una pequeña ayuda que se le hubiese prestado se habría resuelto la guerra, precisamente como oportuna respuesta a su arenga se presentó la falange que Hipias y Leonato, por propia iniciativa y para no perderse la audaz operación, habían traído a toda prisa al enterarse de los buenos resultados del combate de la
8 caballería. Cuando el rey se debatía entre la esperanza y el temor a afrontar una empresa tan ardua, el cretense Evandro, a cuya colaboración había recurrido para tender la emboscada

²⁴¹ No se ha impuesto ninguna de las conjeturas hechas para restituir el mal estado del texto.

²⁴² «Decía a gritos», si adoptamos la adición (*clamaret*) de MADVIG.

al rey Éumenes en Delfos, en cuanto vio venir a la columna de infantería con las enseñas desplegadas corrió junto al rey ⁹ y le advirtió con insistencia que no se dejara llevar por la euforia poniéndolo todo sin necesidad en un brete de forma irreflexiva; si se contentaba con el brillante resultado obte- ¹⁰ nido y se quedaba quieto aquel día, o bien obtendría unas condiciones honrosas de paz, o, si prefería guerrear, tendría en la guerra muchísimos aliados que secundarían su buena estrella. El ánimo del rey estaba más inclinado a este plan. Felicitó, pues, a Evandro y dio orden de que se replegasen las ¹¹ enseñas y regresase al campamento la columna de la infantería, y de que se diese el toque de retirada a la caballería.

En el bando romano cayeron aquel día doscientos solda- ⁶⁰ dos de caballería y no menos de dos mil de infantería, y los prisioneros fueron unos seiscientos. De las tropas del rey, en cambio, fueron muertos veinte jinetes y cuarenta infantes. Cuando retornaron victoriosos al campamento, si bien es ² cierto que todos estaban contentos, llamaba la atención entre el resto la inusual euforia de los tracios, pues regresaban cantando y portando las cabezas de los enemigos clavadas en el extremo de sus lanzas. Entre los romanos había no sólo ³ abatimiento por lo mal que se habían hecho las cosas, sino incluso pánico, por temor a que el enemigo atacase de inmediato el campamento. Éumenes aconsejaba al cónsul que trasladase el campamento al otro lado del Peneo para contar con la protección del río mientras los aterrados solda- ⁴ dos cobraban ánimos de nuevo. El cónsul sentía vergüenza en manifestar miedo; cediendo, no obstante, a la razón, pasó las tropas al otro lado de noche y en silencio y fortificó su campamento en la otra orilla. Al día siguiente el rey avanzó ⁵ para provocar al enemigo a combate, y, al percatarse de que se había instalado el campamento en posición segura al otro lado del río, reconocía que sin duda había sido una equivo-

cación no acosar a los vencidos el día anterior, pero que era bastante más grave su error por haber permanecido quieto durante la noche, pues aun sin hacer que entrase en acción el resto de sus tropas, lanzando a la infantería ligera habría podido destruir una gran parte de las tropas enemigas desorganizadas durante el paso del río. Pero de momento los romanos habían perdido el miedo, ahora que tenían el campamento en posición segura; de todos los daños el que más los afectaba era el sufrido en su reputación. Y en el consejo, en presencia del cónsul, todos cargaban la responsabilidad sobre los etolios: ellos habían sido el origen de la huida y el pánico; los demás aliados de los pueblos griegos se habían contagiado del pánico de los etolios. Cinco jefes etolios a los que se había visto volver la espalda los primeros, según se comentaba, fueron enviados a Roma. Los tesalios fueron felicitados ante la asamblea y, además, sus jefes fueron galardonados por su valor.

Los despojos de los enemigos muertos eran llevados ante el rey. Con ellos recompensaba a unos con armas llamativas, a otros con caballos, y a algunos con prisioneros. Había más de mil quinientos escudos; las cotas de mallas y las corazas sobrepasaban el millar; el número de cascos, espadas y armas arrojadizas de todas clases era bastante superior. Estas cantidades, de por sí importantes y satisfactorias, fueron multiplicadas por el rey en el discurso que pronunció ante la asamblea a la que fue convocado el ejército. «Tenéis una valoración preliminar del resultado de la guerra. Habéis derrotado al mejor componente de las tropas enemigas, la caballería romana, con la que presumían de ser invencibles. Para ellos, en efecto, los jinetes son lo más escogido de la juventud, son el vivero del senado; de entre ellos eligen a los cónsules después de seleccionarlos para senadores, de entre ellos nombran a los generales; a ellos pertenecían los despojos

repartidos hace poco entre vosotros. Y no es menos impor- 6
 tante la victoria que habéis obtenido sobre las legiones de
 infantería, que se pusieron fuera de vuestro alcance con su
 huida nocturna y llenaron el río de náufragos que nadaban
 despavoridos de acá para allá. Pero nos va a ser más fácil 7
 cruzar el río a nosotros, que perseguimos a unos vencidos,
 que a ellos que eran presa del pánico; y una vez en la otra
 orilla atacaremos inmediatamente el campamento que hoy
 habríamos tomado si no hubieran huido; o, si prefieren que 8
 sea el campo de batalla el que decida, contad con que la
 lucha a pie tendrá el mismo resultado que tuvo el combate
 a caballo.» Quienes habían vencido, llevando sobre sus hom- 9
 bros los despojos de los enemigos muertos, escucharon entu-
 siasmados el elogio de su hazaña, forjándose por lo que
 había ocurrido esperanzas sobre lo que iba a ocurrir, y, por 10
 su parte, los soldados de infantería, especialmente los mace-
 donios que componían la falange, enardecidos por la gloria
 de los otros, deseaban también para sí la oportunidad de
 prestar un buen servicio al rey y de conseguir a costa del
 enemigo una gloria parecida. Se disolvió la asamblea y al 11
 día siguiente marchó de allí y acampó en Mopselo. Es ésta
 una altura que se alza delante de Tempe y está a medio
 camino según se va de Larisa a Gono.

*Propuesta de paz
 de Perseo.
 Toma
 de Haliarto*

Los romanos, sin apartarse de la orilla 62
 del Peneo, trasladaron el campamento a
 una posición más segura. Allá llegó el nú- 2
 mida Misagenes con un millar de jinetes y
 el mismo número de infantes, además de
 veintidós elefantes. Por aquellos días el rey reunía al consejo 3
 para tratar de la situación general; y como ya se había
 calmado la euforia por el triunfo conseguido, algunos de sus
 amigos se atrevieron a aconsejarle que aprovecharse la racha

favorable con miras a unas condiciones honrosas de paz, en lugar de exponerse a riesgos irreversibles dejándose llevar de vanas esperanzas. Lo propio de un hombre sabio y merecidamente afortunado es atemperar las situaciones favorables y no fiarse en demasía de la bonanza del buen momento presente. Que enviase embajadores al cónsul para renovar el tratado²⁴³ en las mismas condiciones en que Tito Quincio, victorioso, había concedido la paz a su padre Filipo. No se podía poner a la guerra un broche más brillante que el de tan memorable batalla, ni concebir esperanzas más firmes de una paz duradera que aquéllas, que harían más flexibles en la negociación a unos romanos seriamente afectados por la derrota. Y si también en esta ocasión los romanos, en su connatural tozudez, desdeñaban una propuesta razonable, los dioses y los hombres serían testigos tanto de la moderación de Perseo como del empecinado orgullo de los romanos. El rey, por carácter, nunca se mostraba refractario a los consejos de esta índole. Por eso, al ser aprobada la propuesta con el asentimiento de la mayoría, se enviaron embajadores al cónsul. Se les dio audiencia ante el consejo en pleno. Pidieron la paz con el compromiso de que Perseo entregaría a los romanos un tributo como el que se había pactado con Filipo y se retiraría cuanto antes de las ciudades, tierras y lugares de los que se había retirado Filipo. Esto dijeron los embajadores. Se les hizo salir, y durante el debate se impuso ante el consejo la firmeza romana. Así era la costumbre entonces: poner buena cara en los momentos adversos y atemperar la emoción en los favorables. Se adoptó la decisión de responder que se concedía la paz a condición de que el rey dejara libertad al senado, en lo referente a la situación en su conjunto, para determinar su estatuto jurídico personal y el de

²⁴³ Cf. XXXIII 30.

toda Macedonia. Cuando volvieron los embajadores con esta 13
respuesta, entre los que no conocían la manera de ser de los
romanos causó estupor su obstinación, y eran muchos los
que querían que no se volviese a mencionar la paz, que muy
pronto pedirían por sí mismos aquellos que desdeñaban
cuando les era ofrecido. Perseo temía precisamente aquella 14
arrogancia, pues era síntoma de confianza en las propias
fuerzas, y, aumentando la suma de dinero por si podía
comprar la paz, no cesó de tantear el ánimo del cónsul. En 15
vista de que no se producía el menor cambio en su primera
respuesta, perdidas las esperanzas de paz regresó a Sicurio,
su punto de partida, dispuesto a probar de lleno la suerte de
la guerra.

La noticia de la batalla ecuestre se extendió por Grecia 63
y dejó al descubierto las intenciones de la gente. En efecto,
no sólo los que estaban de parte de los macedonios sino la
mayoría de quienes estaban obligados con los romanos por
sus cuantiosos servicios, e incluso algunos que habían expe-
rimentado la violencia y la prepotencia de Perseo, recibieron 2
dicha noticia con alegría, sin otro motivo que esa torcida
inclinación que la masa manifiesta también en las competi-
ciones de los juegos al ponerse de parte del menos diestro y
del más débil.

Por la misma época²⁴⁴, en Beocia, el pretor Lucrecio 3
asediaba Haliarto con la mayor violencia; y aunque los
sitiados, aparte de los jóvenes coroneos que al principio del
asedio habían entrado en el recinto amurallado, no tenían
ayuda ni la esperaban, a pesar de todo resistían ellos solos
con más moral que fuerza. En efecto, hacían frecuentes salidas 4
contra las obras de asedio, y además, cuando se aproximaba
el ariete, con el peso unas veces de enormes pedruscos y

²⁴⁴ Junio de 171.

otras de masas de plomo daban con él en tierra, y si en algún punto no habían podido desviar el golpe, en el lugar del muro derribado, trabajando de prisa, levantaban otro nuevo amontonando con gran rapidez las piedras de los propios escombros del derrumbe. Como el asedio con máquinas iba bastante despacio, el pretor mandó distribuir escalas entre los manípulos con el propósito de atacar las murallas por todo el contorno con un cordón de soldados, convencido de que habría para ello hombres más que suficiente, puesto que ni tenía objeto ni era posible atacar la ciudad por la parte en que está rodeada de marismas. Él, por el lugar donde se habían venido abajo dos torres y el tramo de muralla comprendido entre ellas, se acercó con dos mil soldados escogidos para que así, al tiempo que trataba de pasar sobre los escombros, como los habitantes de la plaza acudirían en masa a hacerle frente, se pudiera tomar con escalas algún sector de las murallas desguarnecidas de defensores. Los sitiados se dispusieron activamente a repeler su ataque. En efecto, después de extender haces de sarmientos secos sobre la zona cubierta de escombros, a pie firme, sosteniendo antorchas encendidas, amenazaban con prender fuego a aquella barrera para tener tiempo de levantar un muro por la parte de dentro mientras las llamas los separaban del enemigo. Un hecho fortuito impidió este propósito, pues de repente se desencadenó un aguacero tan intenso que hacía difícil que prendiera la llama y apagaba lo que se había prendido. Quedó así abierto el paso por entre los matojos humeantes después de apartarlos a los lados, y, además, al estar todos concentrados en la defensa de un único punto, también fueron asaltados los muros con las escalas en muchos sitios a la vez. En los primeros momentos de confusión que siguieron a la toma de la ciudad, viejos y niños fueron muertos a mansalva según el azar los ponía a tiro; los que

estaban armados se refugiaron en la ciudadela, y al día siguiente, como no les quedaba ninguna esperanza, se rindieron y fueron vendidos a subasta. Eran en torno a los dos 11 mil quinientos. Los ornamentos de la ciudad, las estatuas y pinturas sobre tabla y el botín valioso, todo fue trasladado a las naves; la ciudad fue demolida desde los cimientos. Desde allí condujo el ejército a Tebas; tras ocupar sin lucha 12 esta ciudad, la entregó a los exiliados y a los que estaban a favor de los romanos; los esclavos de los hombres que pertenecían a la facción contraria y de los partidarios del rey y de los macedonios los vendió a subasta²⁴⁵. Una vez llevadas a cabo en Beocia estas operaciones retornó a la costa, a las naves.

*Otras
operaciones
en Tesalia*

Mientras se desarrollaban estos hechos 64 en Beocia, Perseo mantuvo su campamento estable en Sicurio durante algunos días. Informado allí de que los romanos estaban 2 segando y acarreando a toda prisa la mies de los campos del contorno, que después, cada uno delante de su tienda, cortaban con hoces las espigas para triturar el 3 grano con más limpieza, y que habían formado grandes montones de paja por todo el campamento, pensó que era una circunstancia a propósito para un incendio y mandó preparar antorchas, resina y proyectiles de estopa untados con pez; y así emprendió la marcha en mitad de la noche para coger por sorpresa al enemigo atacando al amanecer. De nada sirvió sorprender a los primeros puestos de guardia: 4

²⁴⁵ Semejante trato a la ciudad de Tebas no parece compadecerse con la información dada en 44, 3, en 46, 10 y en 47, 12. De ahí que se haya pensado en una confusión entre *Thebae* y *Thisbae*.

con su confusión y su pánico despertaron a los demás y se dio la señal de coger inmediatamente las armas; y de forma simultánea los soldados estaban formados en la empalizada y junto a las puertas. Pero entonces Perseo, pesaroso de haber comenzado a la ligera y sin pensárselo el ataque al campamento, hizo que el ejército diera media vuelta al instante y dio orden de que fuesen en cabeza los bagajes y que a continuación se portasen las enseñas de la infantería; él esperó para cerrar la marcha con la caballería y la infantería ligera, pensando que el enemigo saldría detrás, como así ocurrió, para hostigar a los últimos desde atrás. Hubo una breve refriega, más que nada entre los soldados de armamento ligero y los primeros de los perseguidores; la caballería y la infantería regresaron ordenadamente al campamento.

Después de segar las mieses de los alrededores, los romanos trasladaron el campamento a Cranón²⁴⁶, un territorio intacto. Cuando estaban allí acuartelados con seguridad, debido tanto a la distancia como a las dificultades del trayecto que hay entre Sicurio y Cranón, en el que falta el agua, de repente un día al amanecer, aparecieron sobre las colinas inmediatas la caballería real y la infantería ligera y provocaron una gran agitación. Habían salido de Sicurio la víspera a eso del mediodía, y al rayar el alba habían dejado a la columna de infantería en la llanura más próxima. Perseo se quedó quieto en las colinas durante un breve espacio, pensando que podría atraer a los romanos a un combate ecuestre; en vista de que éstos no hacían ningún movimiento, envió un jinete para transmitir a la infantería la orden de volver a Sicurio; él salió detrás al poco tiempo. Los jinetes romanos los siguieron a una distancia moderada por si en algún momento podían

²⁴⁶ En el centro de Tesalia, al sur del río Peneo (cf. XXXVI 10, 1 y 14, 10).

atacarlos cuando estuvieran distanciados y dispersos, y cuando vieron que marchaban agrupados guardando la formación y las filas, regresaron también ellos al campamento.

Después, el rey, que estaba a disgusto con el largo trayecto, 65 trasladó el campamento a Mopselo, mientras que los romanos, una vez segadas las mieses en Cranón, pasaron al territorio de Falana. Informado allí el rey por un tráfuga 2 de que los romanos vagaban aquí y allá segando los campos sin ninguna protección armada, salió con un millar de jinetes y dos mil tracios y cretenses, avanzó sin guardar la formación de la columna, acelerando la marcha cuanto podía, y atacó por sorpresa a los romanos. Fueron capturados no menos 3 de mil carros tirados por yuntas, la mayoría de ellos cargados, y hechos prisioneros unos seiscientos hombres. Entregó el 4 botín a trescientos cretenses para su custodia y traslado hasta el campamento; él retiró de la matanza a discreción a 5 los jinetes y al resto de los infantes y los llevó hacia el destacamento más próximo, convencido de poder aplastarlo sin demasiada lucha. Lucio Pompeyo, el tribuno militar que 6 tenía el mando, retiró a una colina cercana a los soldados atemorizados por la repentina llegada de los enemigos, dispuesto a defenderse merced a la protección del terreno ya que en número y fuerzas estaba en desventaja. Allí agrupó 7 a sus hombres en círculo para que se protegieran de los impactos de las flechas y las armas arrojadizas juntando escudo con escudo, y Perseo entonces rodeó la colina con hombres armados y dio orden de que unos intentaran el ascenso y trabaran combate cuerpo a cuerpo mientras otros disparaban desde lejos las armas arrojadizas. Un peligro 8 muy serio amenazaba a los romanos, pues al estar apiñados no podían rechazar a los que trataban de remontar la colina, y si rompían la formación para lanzarse hacia delante quedaban expuestos a los venablos y las flechas. Sobre todo 9

eran alcanzados con los *cestrosphendones*²⁴⁷. Este nuevo tipo de arma ofensiva se inventó en aquella guerra. Una punta de dos palmos iba fija a un astil de medio codo de
10 largo del grosor de un dedo; en torno a éste se adaptaban tres pequeñas aletas de abeto, como suele hacerse con las flechas; la honda tenía en el centro dos correas desiguales; cuando el hondero hacía girar más fuertemente con la correa el proyectil en equilibrio, éste salía despedido, zumbando
11 como una bola de plomo. Cuando habían sido alcanzados la mitad de los soldados por esta y por todas las otras clases de armas de tiro, y en su agotamiento ya no sostenían fácilmente las armas, el rey los instaba a entregarse, les daba garantías y en algunos momentos les prometía recompensas; pero no se plegaba a la rendición la voluntad de ninguno de ellos, y cuando estaban ya resueltos a morir, inesperadamente
12 brilló la esperanza. En efecto, cuando algunos de los forrajeadores que volvían huyendo al campamento informaron al cónsul de que estaba rodeado el destacamento, preocupado por el peligro que corrían tantos ciudadanos —pues eran casi ochocientos, y todos romanos— salió del campamento con la caballería y la infantería ligera, a las que se habían sumado nuevos refuerzos, infantes y jinetes númidas y también elefantes, y ordenó a los tribunos militares que le
13 siguieran las enseñas de infantería. Él marchó por delante hacia la colina después de incorporar vélites a las tropas
14 auxiliares de armamento ligero para reforzarlas. Éumenes, Átalo y Misagenes, el régulo de los númidas, servían de cobertura a los flancos del cónsul.

66 Cuando los que estaban rodeados avistaron las primeras enseñas de los suyos, en verdad la moral de los romanos se

²⁴⁷ Livio toma el vocablo y su explicación (aunque la resume en exceso) de POLIBIO, XXVII 11.

recuperó de su extrema desesperación. Perseo, en primer 2
lugar, debería haberse contentado con su éxito fortuito,
capturando o dando muerte a algunos forrajeadores, y no
malgastar tiempo en asediar al destacamento; y en segundo 3
lugar, una vez que a pesar de todo había intentado aquella
operación, sabiendo que no tenía consigo ninguna fuerza
debería haberse marchado mientras podía hacerlo sin daño;
pero no sólo esperó personalmente, envanecido por su triunfo,
la llegada del enemigo, sino que envió a buscar a la falange
a toda prisa. Ésta, traída con mayor demora de lo que de- 4
mandaban las circunstancias y, además, de manera atrope-
llada, iba a llegar desorganizada por la rápida marcha frente
a quienes estaban formados y preparados con antelación. El
cónsul, que llegó primero, entabló combate inmediatamente.
Al principio, los macedonios resistieron; luego, como eran 5
inferiores en todos los sentidos, trataron de alejarse cuando
ya habían perdido trescientos hombres de infantería y vein-
ticuatro de los mejores jinetes de la que llaman ala sagrada,
entre los cuales cayó también Antímaco, el prefecto de la
misma. Pero su marcha fue casi más desorganizada que el 6
propio combate. Cuando la falange, llamada por un despa-
vorido mensajero, era conducida a toda prisa, primero quedó
atascada al encontrarse en un paso angosto con la columna
de prisioneros y con los carros cargados de trigo. Se originó 7
entonces un tremendo desbarajuste entre unos y otros, pues
nadie esperó a que la columna, de la manera que fuese, se
abriera paso, sino que los hombres armados arrojaban pen-
diente abajo los bagajes, ya que no había otro modo de
abrirse camino, y las acémilas se desbocaban con el barullo
al ser aguijoneadas. Apenas se habían desembarazado de la 8
desordenada columna de los prisioneros cuando se encon-
traron con la columna de las tropas del rey y de los jinetes
derrotados. Entonces sí que los gritos de los que les decían

que dieran media vuelta provocaron un caos casi como en un desastre, hasta el extremo de que, si los enemigos se hubieran decidido a internarse en el desfiladero y hubieran proseguido la persecución, podrían haberles infligido una
 9 severa derrota. Después de rescatar al destacamento de la colina, dándose por contento con su pequeño éxito, el cónsul llevó sus tropas de vuelta al campamento. Algunos historiadores sostienen que aquel día se libró una batalla importante, que se dio muerte a ocho mil enemigos, entre ellos Sópatro y Antípatro, generales del rey, y que se cogieron vivos
 10 alrededor de dos mil ochocientos y se aprehendieron veintisiete enseñas militares. Y que tampoco la victoria fue incruenta, cayendo más de cuatro mil trescientos en el ejército del cónsul y perdiéndose cinco enseñas del ala izquierda.

67 Esta jornada hizo que se recuperara la
 moral de los romanos y al mismo tiempo
 desmoralizó a Perseo hasta el extremo de
 que, después de quedarse unos pocos días
 en Mopselo, más que nada para atender al
 sepelio de los soldados que había perdido, dejó en Gono una
 guarnición suficientemente sólida y retiró sus tropas a Ma-
 cedonia. En Fila²⁴⁸ dejó con un pequeño destacamento a
 uno de los prefectos reales, un tal Timoteo, con instrucciones
 3 de tantear desde cerca a los magnetes. Llegado a Pela mandó
 el ejército a los cuarteles de invierno y él marchó a Tesalónica
 4 en compañía de Cotis. Allí se reciben noticias de que Autles-
 bis, un príncipe tracio, y Corrago, un prefecto de Éumenes,
 han invadido el territorio de Cotis y ocupado la comarca
 5 denominada Marene²⁴⁹. Considerando, pues, que debe dejar

²⁴⁸ Al norte del valle de Tempe.

²⁴⁹ Desconocida.

marchar a Cotis para que defienda sus posesiones, lo despide, haciéndole grandes regalos al partir. A la caballería le entrega doscientos talentos, la paga de un semestre, cuando en un principio se había comprometido a darle la de un año.

Informado el cónsul de la marcha de Perseo, traslada el 6 campamento junto a Gono, por si puede apoderarse de la plaza. Situada justo enfrente de Tempe, en una garganta, constituye un cierre muy seguro para Macedonia y un acceso a Tesalia muy a mano para los macedonios. Como la ciudad 7 resultaba inexpugnable tanto por su emplazamiento como por su fuerte guarnición, desistió del empeño. Dando un giro a la marcha en dirección a Perrebia, tomó Malea al primer asalto y la saqueó, recuperó Trípolis y el resto de Perrebia y regresó a Larisa. Luego, después de mandar de 8 vuelta a casa a Éumenes y a Átalo, proporcionó cuarteles de invierno a Misagenes y los númidas en las ciudades de Tesalia más próximas y distribuyó por toda Tesalia parte de su ejército para que todos dispusieran de cuarteles de invierno cómodos y al propio tiempo sirvieran de guarnición a las ciudades. Mandó al legado Quinto Mucio con dos mil hom- 9 bres a ocupar Ambracia. Mandó marchar a todos los aliados de las ciudades griegas con excepción de los aqueos. Empezó la marcha con una parte del ejército en dirección a la Acaya Ftiótide, arrasó hasta los cimientos Ptéleo, abandonada tras la huida de sus habitantes, y recuperó Antronas por voluntad de sus moradores. Después se acercó con el 10 ejército a Larisa²⁵⁰. La ciudad estaba desierta; toda la población se había refugiado en la ciudadela; se dispuso a atacarla. Los macedonios de la guarnición real habían sido los primeros 11 en marcharse, por miedo; abandonados por ellos, los habitantes de la plaza se rindieron en seguida. Luego, cuando

²⁵⁰ Larisa Cremaste.

estaba dudando si primero debía atacar Demetriad²⁵¹ o
12 examinar cómo estaban las cosas en Beocia, lo llamaron desde
ahí los tebanos, a los que hostigaban los coroneos. Debido
tanto a esta demanda como a que aquella región era más
apropiada que Magnesia para los cuarteles de invierno,
condujo sus tropas a Beocia.

²⁵¹ Cf. XXXIX 23, 12.

LIBRO XLIII

SINOPSIS

AÑO 171 a. C.

Operaciones en Iliria y la Galia. Quejas de los hispanos. Embajadas de África (1 - 3).

AÑO 170 a. C.

Revueltas en Hispania. Abusos de los generales romanos en Grecia. Quejas contra el excónsul Gayo Casio (4 - 5).

Embajadas de Grecia, Asia y África. Medidas contra Lucrecio y Hortensio (6 - 8).

Liguria. Iliria. Comisión investigadora en Macedonia. Elecciones en Roma (9 - 11).

AÑO 169 a. C.

Asignación de tropas. Prodigios (12 - 13).

Elecciones de censores. Distribución de provincias (14 - 15, 5).

Actuación de los censores. Intento de proceso contra ellos (15, 6 - 16).

Embajada romana en Grecia. Campaña de Perseo en Iliria (17 - 19).

Embajada macedonia ante Gencio. Reveses de los romanos (20 - 23).

- 1 *Operaciones* En el mismo verano ²⁵² en que ocurrieron
 en Iliria estos hechos en Tesalia, ... ²⁵³, enviado por
 y en la el cónsul al Ilírico como legado, asedió
 2 *Galia.* dos ciudades ricas en recursos. Obligó a
 Quejas de Ceremia ²⁵⁴ a la rendición, por la fuerza de
 los hispanos. las armas, y dejó a sus habitantes todos
 Embajadas de sus bienes para que, con la noticia de su
 África clemencia, se animasen también los de
 3 Carnunte, ciudad fortificada. Luego, en vista de que no podía
 ni inducirlos a rendirse ni tomar la ciudad asediándola, para
 que los soldados no se cansaran en vano con dos asedios
 saqueó la ciudad que antes había dejado intacta.
 4 Gayo Casio ²⁵⁵, el otro cónsul, no hizo nada digno de
 mención en la Galia, provincia que le había tocado en
 suerte ²⁵⁶, y, por otra parte, intentó infructuosamente conducir
 5 a Macedonia sus legiones a través del Ilírico. El senado tuvo
 conocimiento de que el cónsul había emprendido esta marcha
 por unos embajadores de Aquilea. Se quejaban éstos de que
 su colonia, reciente ²⁵⁷ y débil estaba aún insuficientemente
 6 ilirios, y pedían que el senado buscara el modo de proceder
 a la fortificación de dicha colonia. Y al preguntarles si que-
 rían que se encomendase esta misión al cónsul Gayo Casio
 7 respondieron que Casio había concentrado su ejército en
 Aquilea y había emprendido la marcha hacia Macedonia a
 través del Ilírico. No parecía, en principio, una información

²⁵² Estamos en el año 171 a. C.

²⁵³ Falta el nombre del *legatus*, que podría ser Gayo Claudio Pulcro (o Quinto Mucio, según Kreyssig).

²⁵⁴ Desconocida, lo mismo que Carnunte.

²⁵⁵ Gayo Casio Longino (cf. nota 10).

²⁵⁶ En XLII 32, 4 se dice que le correspondió Italia.

²⁵⁷ Había sido fundada en 181 (cf. XL 34, 2).

creíble, y cada uno para sus adentros pensaba que posiblemente había desencadenado una ofensiva bélica contra los carnos²⁵⁸ o los histros. Entonces los aquilenses dijeron que 8 lo único que sabían y se atrevían a asegurar era que se había distribuido entre los soldados trigo para treinta días, y que se habían buscado y traído guías que conociesen las rutas de Italia a Macedonia. El senado se indignó de veras por el 9 hecho de que el cónsul se hubiera atrevido a tanto, hasta el extremo de abandonar su provincia, pasar a la de otro, marchar al frente de su ejército por un itinerario nuevo y peligroso en medio de pueblos extranjeros, y abrir a tantas naciones una vía hacia Italia. En una sesión plenaria se decide 10 que el pretor Gayo Sulpicio nombre una comisión de tres senadores que deberán salir de Roma aquel mismo día, acelerar la marcha cuanto puedan, dar alcance al cónsul dondequiera que se encuentre, y advertirle que no haga la 11 guerra a ningún pueblo más que a aquel al que el senado haya decidido hacerla. Partieron con esta misión Marco 12 Cornelio Cetego²⁵⁹, Marco Fulvio y Publio Marcio Rege. La inquietud provocada por el cónsul y su ejército aplazó por el momento la preocupación por la fortificación de Aquilea.

A continuación fueron introducidos en el senado los 2 embajadores de varios pueblos de las dos Hispanias. Después 2 de quejarse de la codicia y arrogancia de los magistrados romanos se postraron de rodillas y pidieron al senado que no permitiera que ellos, sus aliados, fueran espoliados y vejados de modo más ignominioso que los enemigos. Se 3 quejaban de diversas humillaciones, pero saltaba a la vista que había habido extorsiones de dinero, y se encargó al

²⁵⁸ Vivían en los alrededores de Aquilea. Eran de origen celta.

²⁵⁹ Sería cónsul en 160.

pretor Lucio Canuleyo, al que había correspondido Hispania en el sorteo, la misión de asignar cinco «recuperadores»²⁶⁰ de rango senatorial frente a cada uno de aquellos a quienes los hispanos reclamaban dinero, dándoles la posibilidad de elegir
 4 los abogados²⁶¹ que quisieran. Se llamó a los embajadores a la curia, se dio lectura al decreto del senado y se les invitó a
 5 nombrar defensores. Nombraron cuatro: Marco Porcio Catón²⁶², Publio Cornelio Escipión²⁶³, hijo de Gneo, Lucio
 6 Emilio Paulo²⁶⁴, hijo de Lucio, y Gayo Sulpicio Galo²⁶⁵. El primer caso que trataron los recuperadores fue el de Marco Titinio, que había sido pretor en la Hispania citerior durante el consulado de Aulo Manlio y Marco Junio²⁶⁶. El proceso fue aplazado por dos veces, y a la tercera fue absuelto el
 7 acusado. Se produjo una desavenencia entre los embajadores de las dos provincias; los pueblos de la Hispania citerior escogieron como abogados a Marco Catón y Publio Escipión,
 8 y los de la ulterior a Lucio Paulo y Gayo Sulpicio. Los pueblos de la citerior llevaron ante los recuperadores a Publio
 9 Furio Filo, y los de la ulterior a Marco Macieno. Habían

²⁶⁰ Árbitros para casos de restitución o indemnización. Los nombraba el pretor, en número impar, entre senadores en los procesos de concusión intentados por pueblos sometidos, pues correspondía al senado la supervisión de las relaciones entre el Estado y dichos pueblos.

²⁶¹ Representantes legales, pues los hispanos, dada su condición de *peregrini*, no podían presentar personalmente la acusación.

²⁶² Catón el censor (cónsul en 195), considerado habitualmente por los hispanos como su protector en Roma.

²⁶³ Escipión Nasica, pretor en la Hispania ulterior en 194 y proprator en 193. Cónsul en 191.

²⁶⁴ Pretor en la Hispania ulterior en 191, con prórroga de mando en los años siguientes. Cónsul en 182. Vencedor de Perseo en Pidna.

²⁶⁵ Sería pretor en 169 y cónsul en 166.

²⁶⁶ En 178, año del consulado de Marco Junio Bruto y Aulo Manlio Vulsón.

sido pretores el primero hacía tres años, durante el consulado de Espurio Postumio y Quinto Mucio ²⁶⁷, y el segundo hacía dos años, durante el consulado de Lucio Postumio y Marco Popilio ²⁶⁸. Pesaban sobre los dos acusaciones gravísimas, y ¹⁰ el proceso fue aplazado; llegado el momento de comenzarlo de nuevo desde un principio, quedó sobreesido porque habían cambiado de residencia exiliándose ²⁶⁹. Furio había marchado al exilio a Preneste y Macieno a Tíbur. Circulaba el rumor ¹¹ de que los abogados no permitían meterse con los nobles y poderosos, y el pretor Canuleyo hizo que fueran a más las sospechas porque se desentendió de aquel proceso y decidió llevar a cabo una leva marchando de pronto a su provincia para evitar que fueran más los atacados por los hispanos. Quedaron así enterrados en el silencio los hechos pasados; ¹² el senado, no obstante, adoptó medidas para el futuro con relación a los hispanos, pues éstos consiguieron que los magistrados romanos no fijasen el valor del trigo ni obligasen a los hispanos a vender las cuotas del cinco por ciento al precio que aquellos quisieran, y que no les fueran impuestos a sus ciudades los prefectos para recaudar dinero.

Llegó también de Hispania una embajada enviada por ³ una nueva clase de gente. Haciendo hincapié en que eran más ² de cuatro mil los que habían nacido de la unión de soldados romanos con mujeres hispanas con las que no existía derecho de matrimonio ²⁷⁰, pedían que se les diera una ciudad donde vivir. El senado dispuso que diera a Lucio Canuleyo su ³

²⁶⁷ Espurio Postumio Albino y Quinto Mucio Escévola, cónsules en 174.

²⁶⁸ Lucio Postumio Albino y Marco Popilio Lenate, cónsules en 173.

²⁶⁹ La ley permitía el exilio voluntario antes de que los tribunales dictaran sentencia. Cf. POLIBIO, VI 14, 7.

²⁷⁰ Los hijos tenían la condición de la madre, eran *peregrini*. Pasarán a obtener el estatuto latino, primer caso que se conoce para un extratálico.

nombre y el de aquellos a los que hubieran manumitido, en caso de que hubiese alguno; su deseo era que fueran a asentarse en Carteya, junto al Océano ²⁷¹; a los carteyenses que quisieran continuar residiendo allí se les ofrecería la posibilidad de formar parte de la colonia, asignándoles tierras. Sería una colonia latina y se llamaría «colonia de los libertos».

5 Por las mismas fechas llegaron de África el régulo Gulusa, hijo de Masinisa, enviado de su padre, y unos cartagineses.
6 Gulusa, introducido el primero en el senado, hizo una enumeración de los recursos enviados por su padre para la guerra de Macedonia; prometió que, si querían pedir alguna otra cosa, la suministraría en reconocimiento por los merecimientos hechos por el pueblo romano, y advirtió a los padres conscriptos que estuviesen en guardia frente a la
7 mala fe de los cartagineses: habían tomado la decisión de preparar una gran flota, teóricamente como apoyo a los romanos frente a los macedonios, y cuando ésta estuviese dispuesta y equipada, serían ellos los que estarían en libertad para decidir a quién considerar enemigo o tener por aliado. Esta ... ²⁷².

²⁷¹ En la bahía de Algeciras. Cf. XXVIII 30, 3 nota.

²⁷² Hay una laguna considerable, al haberse perdido cuatro cuaterniones del ms. Vindobonense (cf. n. 1). En la parte perdida aparecerían las elecciones de nuevos magistrados y la distribución de provincias para el año 170. Al cónsul Aulo Hostilio Mancino le correspondió Macedonia; a Aulo Atilio Serrano, Italia; al pretor Lucio Hortensio, la flota, y a Quinto Menio y Marco Recio, las preturas urbana y peregrina. También figurarían las incidencias de la nueva campaña: la rebelión de los epirotas, los éxitos de Perseo frente a Hostilio, los dárdanos y los ilirios, y la sublevación de Hispania promovida por Olónico, con lo que enlazan las primeras palabras del capítulo 4.

*Revueltas
en Hispania.
Abusos
de los generales
romanos
en Grecia.
Quejas contra
el excónsul
Gayo Casio*

... provocaron tal pánico cuando entra- 4
ron en el campamento mostrando las ca-
bezas²⁷³, que, de haber traído al ejército
inmediatamente, se podía haber tomado
el campamento. También así se produjo 2
un gran desbarajuste; había incluso quienes
opinaban que se debían enviar delegados
a pedir la paz en tono suplicante, y muchas
ciudades, al recibir estas noticias, se rin-

dieron. Trataron de disculparse haciendo recaer la respon- 3
sabilidad sobre dos locos que se habían ofrecido al castigo
espontáneamente, y el pretor, después de concederles el
perdón, partió en seguida hacia otras ciudades; y como todos 4
cumplían con lo que se les mandaba, sin que el ejército
tuviera que entrar en acción recorrió un territorio en paz en
el que poco antes habían ardido las llamas de una grave
revuelta. Esta condescendencia del pretor, con la cual, sin 5
derramamiento de sangre, había sometido a una nación de
las más rebeldes, resultó tanto más grata a la plebe y al
senado cuanto mayor había sido la crueldad y la codicia con
que el cónsul Licinio²⁷⁴ y el pretor Lucrecio²⁷⁵ habían llevado
la guerra en Grecia. Los tribunos de la plebe, en discursos 6
continuos, fustigaban a Lucrecio en su ausencia, aunque se
justificase ésta por un servicio al Estado; pero entonces se
ignoraban incluso hechos tan cercanos como que, en aquel
momento, Lucrecio se encontraba en sus tierras en Ancio, y
con el producto de la venta del botín estaba haciendo una
conducción de agua desde el río Loracina²⁷⁶ hasta Ancio. Se 7

²⁷³ Podría tratarse de las cabezas cortadas de los cabecillas de la revuelta de Hispania.

²⁷⁴ Publio Licinio Craso, cónsul del año 171.

²⁷⁵ Gayo Lucrecio Galo, pretor en 171.

²⁷⁶ El actual Cacamele.

- dice que adjudicó esta obra en ciento treinta mil ases. También decoró el templo de Esculapio²⁷⁷ con cuadros procedentes del botín. El odio y la impopularidad de Lucrecio pasaron a recaer sobre su sucesor Hortensio²⁷⁸ debido a unos enviados de Abdera que lloraban a las puertas de la curia y se quejaban de que éste había asaltado y saqueado su ciudad; el motivo de la destrucción de su ciudad había sido el hecho de que, como exigía cien mil denarios y cincuenta mil medidas de trigo, habían pedido un plazo para enviar embajadores al cónsul Hostilio y a Roma a propósito de tal exigencia. Nada más llegar a presencia del cónsul se había enterado de que había sido asaltada la ciudad, ejecutados con el hacha sus principales y vendidos en subasta los demás.
- Al senado le pareció inadmisibile el hecho y adoptó en el caso de los abderitas la misma resolución que había adoptado el año anterior en el de los coroneos, dando orden el pretor Quinto Menio de hacerla pública ante la asamblea del pueblo.
- También se enviaron dos comisarios, Gayo Sempronio Bleso²⁷⁹ y Sexto Julio César²⁸⁰, a devolver la libertad a los abderitas.
- Se les dio, además, el encargo de hacer saber al cónsul Hostilio y al pretor Hortensio que el senado consideraba injusta la guerra hecha a los abderitas y justo que se buscase a todos los que estaban reducidos a esclavitud y se les devolviese la libertad.
- Por la misma época se presentaron al senado quejas contra Gayo Casio, que el año anterior había sido cónsul y entonces era tribuno militar en Macedonia con Aulo Hostilio, y llegaron embajadores del rey galo Concibilo. Su hermano

²⁷⁷ Más antiguo que el de Roma.

²⁷⁸ Lucio Hortensio, el pretor que tenía el mando de la flota.

²⁷⁹ Había sido edil plebeyo en 187 y pretor en 184.

²⁸⁰ Sería edil curul en 165 y cónsul en 157.

habló ante el senado quejándose de que Gayo Casio había devastado los campos de pueblos alpinos aliados suyos y se había llevado de allí, para hacerlos esclavos, a muchos millares de hombres. Aproximadamente por la misma época 3 llegaron embajadores de los carnos, los histros y los yápides, diciendo que, en primer lugar, el cónsul Casio les había exigido guías que le indicaran el camino en su marcha a Macedonia al frente del ejército; había salido de su país 4 pacíficamente como si fuera a hacer la guerra a otra parte; luego, dando la vuelta a medio camino, había recorrido su territorio hostilizándolo como enemigo; se habían producido muertes, robos e incendios por todas partes; y hasta la fecha ellos no sabían por qué razón los había tratado el cónsul como enemigos. El senado respondió, tanto al régulo galo 5 como a los pueblos mencionados, que no había tenido conocimiento previo de que fuesen a ocurrir los hechos de que se quejaban, y que, si habían ocurrido, no los aprobaba; pero no era justo condenar a un hombre de rango consular que estaba ausente, puesto que la razón de esa ausencia era el servicio al Estado; cuando Gayo Casio estuviese de vuelta 6 de Macedonia, entonces, si querían acusarlo en su presencia, el senado, después de entrar en conocimiento del problema, se ocuparía de que obtuvieran satisfacción. Aparte de res- 7 ponder a estos pueblos se aprobó también el envío de embajadores, dos al régulo transalpino y tres a aquellos otros pueblos, para hacerles saber cuál era el criterio de los senadores. Se acordó hacer llegar regalos por valor de dos mil 8 ases a cada uno de los embajadores, y concretamente los siguientes al hermano del régulo: dos torques de cinco libras de oro, cinco vasos de plata de veinte libras, dos caballos enjaezados con fáleras con sus palafreneros, armas y capotes de caballero, y prendas de vestir para sus acompañantes, libres y esclavos. Éstos fueron los regalos enviados; se accedió 9

a su petición de comprar cada uno diez caballos, y se les dio
 10 autorización para sacarlos fuera de Italia. Como embajadores
 fueron enviados, con los galos, al lado de allá de los Alpes,
 Gayo Lelio y Marco Emilio Lépidio, y a los otros pueblos,
 Gneo Sicinio, Publio Cornelio Blasi6n y Tito Memio.

6 *Embajadas* Coincidieron en Roma al mismo tiempo
 de Grecia, los embajadores de numerosas ciudades
 2 *Asia y 6frica.* de Grecia y Asia. Fueron introducidos pri-
 Medidas mero los atenienses. 6stos manifestaron
 contra Lucrecio que habían enviado al c6nsul Publio Lici-
 y Hortensio nio y al pretor Gayo Lucrecio las naves y
 3 los soldados de que disponían. No los habían utilizado, y les
 habían exigido cien mil medidas de trigo; a pesar de que
 cultivaban una tierra 6rida e incluso alimentaban a sus
 campesinos con trigo importado, no obstante, para no faltar
 a su obligaci6n, lo habían reunido, y estaban dispuestos a
 4 contribuir con cualquier otra cosa que se les ordenara. Los
 milesios, sin hacer menci6n a ninguna aportaci6n que hubie-
 sen efectuado, aseguraron que estaban dispuestos a colaborar
 5 si el senado quería pedirles algo para la guerra. Los alaban-
 denses recordaron que ellos habían erigido un templo a la
 ciudad de Roma y habían instituido unos juegos anuales en
 6 honor de esta divinidad, y que adem6s habían traído una
 corona de oro de cincuenta libras para depositarla en el
 Capitolio como ofrenda a Júpiter 6ptimo M6ximo, así
 como trescientos escudos de caballería que entregarían a
 quien el senado indicase. Pedían que se les permitiese depo-
 7 sitar su ofrenda en el Capitolio y ofrecer un sacrificio. La
 misma petici6n hacían los lampsacenos, que traían una corona
 8 de ochenta libras, recordando que ellos habían roto con Perseo
 despu6s de la llegada del ej6rcito romano a Macedonia,
 siendo así que habían estado bajo el dominio de Perseo y,

anteriormente, de Filipo. A cambio de esto y de haber sumi- 9
nistrado de todo a los generales romanos lo único que
pedían era ser admitidos entre los amigos del pueblo romano
y, en caso de que se llegase a un acuerdo de paz con Perseo,
recibir un trato de excepción para no caer de nuevo bajo el
poder del rey. A los demás embajadores se les dio una res- 10
puesta cortés, y en cuanto a los lampsacenos, se dio orden al
pretor Quinto Menio de inscribirlos en la relación de aliados.
En todos los casos se les hicieron obsequios de dos mil ases
a cada uno. Los alabandenses fueron invitados a llevarse de
nuevo a Macedonia los escudos para entregarlos al cónsul
Aulo Hostilio.

También llegaron simultáneamente de África embajadores 11
de los cartagineses y de Masinisa. Los de Cartago manifes-
taron que tenían almacenados en la costa un millón de
modios de trigo y quinientos mil de cebada para transpor-
tarlos a donde el senado dispusiese; que sabían que aquella 12
aportación, aquel acto de deber, era menos de lo que corres-
pondía a los merecimientos del pueblo romano y a lo que
ellos hubieran deseado, pero que en otras ocasiones, en
situaciones de prosperidad de ambos pueblos, habían cum-
plido con el deber propio de unos aliados agradecidos y
leales. Asimismo los embajadores de Masinisa prometieron 13
la misma cantidad de trigo y mil doscientos jinetes y doce
elefantes; y si se precisaba alguna otra cosa, que el senado la
pidiese: la proporcionaría del mismo buen grado que aquello
que por su cuenta había prometido. Se les dieron las gracias 14
tanto a los cartagineses como al rey y se les rogó que
hicieran llegar al cónsul Hostilio, en Macedonia, lo que
prometían. Se envió a cada uno de los embajadores un
obsequio de dos mil ases.

Los embajadores cretenses manifestaron que habían en- 7
viado a Macedonia todos los arqueros que les había pedido

2 el cónsul Publio Licinio. Como, al preguntarles, tuvieron que admitir que había un contingente de arqueros suyos prestando servicio con Perseo²⁸¹ mayor que con los romanos, se les
3 respondió que cuando los cretenses estuvieran honrada y sinceramente dispuestos a tener más en cuenta la amistad
4 del pueblo romano que la del rey Perseo, también el senado romano les respondería como a aliados seguros. Que, mientras tanto, anunciaran a los suyos el criterio del senado: que los cretenses dieran los pasos pertinentes para llamar cuanto antes a su país a los soldados que tenían en las guarniciones de Perseo.

5 Una vez despachados con esta respuesta los cretenses, se convocó a los calcidenses. Su delegación causó una viva impresión nada más entrar, porque su jefe, Micición²⁸², fue introducido en una litera debido a que tenía paralizadas las
6 piernas. Inmediatamente se tuvo la impresión de que era extremadamente grave la situación si, afectado de aquella manera, había pensado que no debía alegar la excusa de su enfermedad, o la había alegado y no le había sido admitida.
7 Después de comenzar diciendo que la única parte que le quedaba con vida era la lengua para deplorar las calamidades de su patria, recordó en primer lugar los servicios que su ciudad había prestado a los generales y ejércitos romanos,
8 tanto los antiguos como los de la guerra de Perseo; detalló luego los actos de soberbia, codicia y crueldad que había perpetrado contra sus compatriotas primero Gayo Lucrecio, pretor romano, y después los que precisamente entonces
9 estaba perpetrando Lucio Hortensio. De la misma manera que antes de apartarse de su lealtad pensaban que debía

²⁸¹ Cf. XLII 51, 7.

²⁸² Forma restaurada del antropónimo de acuerdo con XXXV 38, 1; 46, 9 y 50, 10.

soportar todas aquellas calamidades, e incluso otras peores que las que estaban padeciendo, así también, en lo que a Lucrecio y Hortensio se refería, sabían que habría sido preferible cerrar las puertas en vez de dejarles entrar en su ciudad. Las ciudades que los habían dejado fuera, Emacia²⁸³, Anfípolis²⁸⁴, Maronea, Eno²⁸⁵, estaban intactas. En la suya, los templos habían sido expoliados de todas sus obras de arte, y Gayo Lucrecio había transportado a sus naves el fruto de los sacrilegios; los hombres libres habían sido arrastrados a la esclavitud; las posesiones de unos aliados del pueblo romano habían sido y estaban siendo saqueadas día tras día. Porque también Hortensio, siguiendo la práctica 11 establecida por Gayo Lucrecio, tenía a los marineros acuartelados en casas particulares tanto en invierno como en verano, y sus hogares estaban repletos de tropa de la flota; pululaban entre ellos y entre sus mujeres e hijos quienes no ponían el menor cuidado en su lenguaje ni en sus actos.

Se decidió convocar a Lucrecio ante el senado para que 8 se explicara personalmente y se exculpara. Pero cuando estuvo 2 presente escuchó muchas más acusaciones que las que se habían vertido contra él en su ausencia, aparte de que se sumaron unos acusadores de mayor peso e influencia, los dos tribunos de la plebe Manio Juvencio Talna²⁸⁶ y Gneo Aufidio. Éstos no se limitaron a fustigarlo en el senado, sino 3 que, además, lo arrastraron a la asamblea del pueblo y, después de echarle en cara muchas acciones denigrantes, le citaron para una comparecencia judicial. El pretor Quinto 4 Menio, siguiendo instrucciones del senado, respondió a los

²⁸³ Ciudad costera próxima a Anfípolis en dirección este.

²⁸⁴ Cf. XL 24, 3.

²⁸⁵ En la desembocadura del Hebro. Cf. XXXVII 33, 1.

²⁸⁶ Sería pretor en 167 y cónsul en 163.

calcidenses que el senado estaba al tanto de que correspondía a la verdad cuanto decían sobre los buenos servicios prestados por ellos al pueblo romano, tanto anteriormente como durante la guerra que se estaba llevando a cabo, y que éstos les eran agradecidos como debían. En cuanto a las acciones que, según sus quejas, habían sido perpetradas por Gayo Lucrecio y lo estaban siendo por Lucio Hortensio, pretores romanos, ¿podía suponer que habían ocurrido o estaban ocurriendo por voluntad del pueblo romano quien supiera que el pueblo romano había emprendido la guerra contra Perseo, y antes contra su padre Filipo, en pro de la libertad de Grecia y no para que sus aliados y amigos fueran víctimas de semejante trato por parte de sus magistrados? Se remitiría una carta al pretor Lucio Hortensio expresándole la desaprobación del senado por los hechos de los que se quejaban los calcidenses; si algún hombre libre había sido reducido a esclavitud, el pretor se ocuparía de que se procediese a su búsqueda y se le devolviese la libertad; en cuanto a los marineros, el senado consideraba improcedente que ninguno de ellos, con excepción de los capitanes, se hospedase en domicilios particulares.

Por orden del senado se comunicó todo esto a Hortensio por escrito. Se enviaron obsequios de dos mil ases a cada uno de los embajadores y se alquilaron vehículos para Micitión a expensas del Estado para trasladarlo cómodamente hasta Brundisio. Cuando llegó la fecha señalada para el juicio los tribunos acusaron a Gayo Lucrecio ante el pueblo y pidieron que fuera condenado a una multa de un millón de ases. Convocados los comicios, todas las tribus lo condenaron.

*Liguria. Iliria.
Comisión
investigadora
en Macedonia.
Elecciones
en Roma*

En Liguria no se hizo nada digno de 9
mención aquel año. En efecto, ni hubo
entre los enemigos ningún movimiento ar-
mado, ni el cónsul entró con las legiones
en su territorio; y después de asegurarse 2
de que habría paz durante aquel año, en los
sesenta días siguientes a su llegada a la provincia licenció a
los soldados de las legiones romanas. Después de retirar, 3
tempranamente, a los cuarteles de invierno de Luna y de
Pisa a los aliados latinos de su ejército, él, con la caballería,
visitó un buen número de ciudades de la provincia de la
Galia.

No había guerra en ningún sitio, aparte de Macedonia. 4
No obstante, había recelos con respecto a Gencio, el rey de
los ilirios. Por ello el senado decidió que se enviasen a Isa 5
desde Brundisio ocho navíos completamente equipados para
el legado Gayo Furio, que tenía el mando en la isla con el
apoyo de dos naves ieseas —se embarcaron en dichos navíos 6
dos mil soldados que el pretor Marco Recio reclutó, de
acuerdo con un decreto del senado, en la parte de Italia que
está situada enfrente del Ilírico—; y, además, el cónsul Hos-
tilio mandó al Ilírico a Apio Claudio²⁸⁷ con cuatro mil
soldados de infantería para proteger a los pueblos colindantes
del Ilírico. No contento con las tropas que había llevado 7
consigo, y pidiendo refuerzos a los aliados aquí y allá,
Claudio armó cerca de ocho mil hombres de diversas proce-
dencias, y después de recorrer toda aquella región se estableció
cerca de Licnido²⁸⁸ de los desarecios.

No lejos de allí se encontraba la ciudad de Uscana²⁸⁹, que 10
pertenecía al territorio y soberanía de Perseo. Contaba con

²⁸⁷ Apio Claudio Centón, pretor en 175.

²⁸⁸ Cf. XXVII 32, 9 y XXXIII 34, 11.

²⁸⁹ Actual Debar (según otros, Kicevo). Al norte de Licnido.

diez mil habitantes y una pequeña guarnición de cretenses para su protección. De allí acudían mensajeros, a escondidas, a decirle a Claudio que habría gente dispuesta para entregarle la ciudad si se acercaba más con sus tropas, y que merecía la pena: se colmarían de botín tanto él y sus amigos como los soldados. La esperanza, unida a la codicia, cegó su mente de tal manera que no retuvo a ninguno de los emisarios ni pidió rehenes que sirviesen de garantía de que no habría traiciones en el desarrollo del plan, ni envió a nadie a hacer un reconocimiento, ni pidió un compromiso formal. Se limitó a salir de Licnido el día prefijado e instaló el campamento a doce millas de la ciudad que constituía su objetivo. Desde allí emprendió la marcha al cuarto relevo de la guardia, dejando un millar de hombres para la protección del campamento. Desordenados, espaciados en una estirada columna, mal agrupados, pues se disgregaban en el nocturno ir de acá para allá, llegaron a la ciudad. La falta de precauciones aumentó al no ver ningún hombre armado sobre las murallas. Pero en cuanto estuvieron a tiro de dardo se efectuó una salida repentina por dos puertas a la vez, y junto con el grito de guerra de los que hacían la salida resonó, procedente de las murallas, el ruido ensordecedor del griterío de las mujeres acompañado por el retumbar del bronce por todas partes y las voces diversas de una confusa multitud en la que se entremezclaba la turba de esclavos. Este múltiple motivo de pánico procedente de todas partes hizo que los romanos no fueran capaces de resistir el huracán de la primera salida, de modo que fueron más los que sucumbieron durante la huida que combatiendo; dos mil hombres apenas, con el propio legado, lograron refugiarse en el campamento. Cuanto mayor era el trecho hasta el campamento, mayores posibilidades tuvieron los enemigos de alcanzar a los que estaban agotados. Sin detenerse siquiera en el campamento para reagrupar a

sus hombres dispersos tras la huida, lo cual habría significado la salvación para los que estaban desperdigados por los campos, Apio condujo precipitadamente a Licnido a los supervivientes del desastre.

De estos y otros desafortunados acontecimientos ocurridos 11 en Macedonia se tuvo noticia por boca de Sexto Digicio, un tribuno militar que había acudido a Roma para ofrecer un sacrificio. Debido a ello, los senadores, temerosos de que se 2 sufriera alguna humillación aún peor, enviaron en comisión a Macedonia a Marco Fulvio Flaco y Marco Caninio Rebilo para averiguar lo que estaba ocurriendo e informar de ello. Además, el cónsul Aulo Atilio debía hacer la convocatoria 3 de los comicios para la elección de cónsules de forma que pudiesen estar finalizados en el mes de enero y debía volver a Roma cuanto antes. Entretanto se encargó al pretor Marco 4 Recio la misión de hacer, mediante un edicto, que volvieran a Roma desde toda Italia todos los senadores, salvo que la razón de su ausencia fuera una misión oficial; los que se en- 5 contraban en Roma no se alejarían de la ciudad más de una milla. Todas estas instrucciones fueron cumplidas de acuerdo con la decisión del senado. Los comicios consulares tuvieron 6 lugar cinco días antes de las calendas de febrero. Resultaron elegidos cónsules ²⁹⁰ Quinto Marcio Filipo, por segunda vez ²⁹¹, y Gneo Servilio Cepión. Tres días después fueron elegidos 7 pretores Gayo Decimio, Marco Claudio Marcelo, Gayo Sulpicio Galo, Gayo Marcio Fígulo ²⁹², Servio Cornelio Léntulo y Publio Fonteyo Capitón. A los pretores designados les 8 fueron asignadas por decreto cuatro provincias, aparte de las dos urbanas: Hispania, Cerdeña, Sicilia, y la flota. Los 9

²⁹⁰ Para el año 169.

²⁹¹ La primera en 186.

²⁹² Sería cónsul en 162 y 156.

integrantes de la comisión regresaron de Macedonia cuando acababa de finalizar el mes de febrero, informando de las operaciones llevadas a cabo con éxito por el rey Perseo durante el verano anterior y del profundo temor que había hecho presa en los aliados del pueblo romano al caer tantas
10 ciudades en poder del rey. El ejército del cónsul estaba mer-
mado de efectivos debido a que se concedían licencias a mansalva para ganar popularidad; el cónsul hacía responsa-
bles de esta situación a los tribunos militares, y éstos, a su
11 vez, al cónsul. Los senadores se percataron de que los miem-
bros de la comisión restaban importancia a la humillante derrota sufrida por la temeridad de Claudio, pues según su informe los soldados de procedencia itálica que se habían
perdido allí eran muy pocos, y buena parte de ellos habían
12 sido reclutados en una leva precipitada. Los cónsules electos
recibieron orden de abrir un debate en el senado acerca de Macedonia en cuanto entrasen en funciones y les fueron
reservadas las provincias de Italia y Macedonia.

13 Aquel año fue intercalar²⁹³, las calendas intercalares fue-
ron introducidas dos días después de los *Terminalia*. En el
transcurso de aquel año fallecieron los sacerdotes Lucio
Flaminino ...²⁹⁴; murieron dos pontífices, Lucio Furio Filo y
Gayo Livio Salinátor. Para la vacante de Furio los pontífices

²⁹³ En el calendario prejuliano, vigente hasta el año 46 a. C., el año normal tenía 355 días (enero, abril, junio, agosto, septiembre, noviembre y diciembre tenían 29 días). Para hacerlo coincidir con el año solar, cada dos años se hacía terminar febrero el día 23 (*Terminalia*, porque terminaba el año. VARRÓN, *Ling. latina* VI 13) o el 24 (*Regifugium*), y se añadía un mes, llamado intercalar, que duraba alternativamente 27/28 días. Los años intercalares tenían, por tanto, 377/378 días.

²⁹⁴ En esta breve laguna del texto constaría qué sacerdocio había ejercido Lucio Flaminino y quién le sucedió.

eligieron a Tito Manlio Torcuato²⁹⁵, y para la de Livio, a Marco Servilio.

*Asignación de
tropas.
Prodigios*

A principios del año siguiente²⁹⁶, cuando 12
los nuevos cónsules Quinto Marcio y Gneo
Servilio sometieron a debate la cuestión
de las provincias, se decidió que se repar-
tieran Italia y Macedonia cuanto antes, de
mutuo acuerdo o por sorteo; antes de que la suerte decidiese 2
sobre el particular, sin saber el resultado para evitar que
hubiera alguna influencia de favoritismo, se acordó asignar
por decreto los efectivos suplementarios que las circunstancias
requerían. Para Macedonia se asignan seis mil infantes ro- 3
manos y seis mil aliados latinos, y doscientos cincuenta
jinetes romanos y trescientos aliados; los soldados veteranos 4
serían licenciados, de manera que cada legión romana no
tendría más que seis mil infantes y trescientos jinetes. En 5
cuanto al otro cónsul no se estableció ninguna cifra para el
número de ciudadanos romanos que alistaría como comple-
mento. Se señaló únicamente que alistaría dos legiones, que
tendría cada una cinco mil doscientos hombres de infantería
y trescientos de caballería. Le fue asignado un contingente 6
mayor de latinos que a su colega: diez mil de infantería y
seiscientos de caballería. Se dispuso, además, que se alistasen
otras cuatro legiones para llevarlas a donde pudieran ser
necesarias. No se permitió que los cónsules nombraran los 7
tribunos militares para ellas: los eligió el pueblo. Se exigieron
a los aliados latinos dieciséis mil soldados de a pie y mil de
a caballo. Se tomó la decisión de limitarse a tener preparado 8

²⁹⁵ Sería cónsul en 165.

²⁹⁶ El 169 a. C.

este ejército para salir si las circunstancias lo requerían en alguna parte. El mayor motivo de preocupación lo constituía
9 Macedonia. Para la flota se ordenó el reclutamiento de mil marineros entre los ciudadanos romanos de la clase de los libertos y quinientos en Italia; se reclutarían en Sicilia otros tantos, y se encargó a aquel a quien correspondiese dicha provincia la misión de transportarlos a Macedonia a donde-
10 quiera que estuviese la flota. Para Hispania se asignó por decreto un suplemento de tres mil infantes romanos y trescientos jinetes. También en este caso se limitó a cinco mil doscientos infantes y trescientos jinetes el contingente de
11 soldados de cada legión. Y se ordenó al pretor a quien hubiese correspondido Hispania que exigiese a los aliados cuatro mil soldados de infantería y trescientos de caballería.

13 No ignoro que oficialmente no se anuncia ningún prodigio, ni los mencionan los anales, debido a ese mismo escepticismo que hace que actualmente sea una creencia generalizada que los dioses no hacen ninguna señal. Pero a mí,
2 cuando escribo acerca de acontecimientos antiguos, por una parte se me vuelve vetusto, no sé cómo, el espíritu, y por otra me constriñe un cierto escrúpulo a la hora de considerar que no merecen figurar en mis anales las cosas que aquellos
hombres llenos de sabiduría consideraron dignas de ser
3 tomadas oficialmente en cuenta. De Anagnia llegó el anuncio de dos prodigios aquel año: se había visto un cometa en el cielo, y había hablado una vaca, que estaba siendo alimentada a expensas del erario público. También había dado la impre-
4 sión, en Minturnas, de estar ardiendo el cielo. En Reate llovió piedra. En Cumas, en la ciudadela, lloró Apolo durante tres días y tres noches. En la ciudad de Roma los guardianes de dos templos anunciaron uno de ellos que había sido vista por muchas personas una serpiente con cresta en el templo
5 de la Fortuna y el otro que se habían realizado dos prodigios

en el templo de la Fortuna Primigenia que está en la Colina ²⁹⁷: había nacido una palmera en la explanada, y había llovido sangre en pleno día. Dos prodigios no fueron tomados en 6 consideración por haber tenido lugar uno de ellos en un espacio privado —Tito Marcio Fígulo anunciaba que había nacido una palmera en el impluvio de su casa— y el otro en territorio extranjero: se decía que en la casa de Lucio Atreo, en Fregelas ²⁹⁸, una lanza que había comprado para un hijo suyo soldado había estado ardiendo en pleno día durante más de dos horas sin que el fuego la consumiera. Con motivo 7 de los prodigios de carácter público los decéviros consultaron los Libros; dictaminaron que los cónsules hiciesen a determinados dioses un sacrificio de cuarenta víctimas adultas, que 8 se celebrase una rogativa, que todos los magistrados hiciesen sacrificios con víctimas adultas en todos los altares, y que el pueblo se tocase con coronas. Se hizo todo tal como prescribieron los decéviros.

*Elecciones
de censores.
Distribución
de provincias*

A continuación se convocaron los co- 14 micios para la elección de censores. Se presentaron candidatos a la censura ciudadanos de primera fila: Gayo Valerio Levino, Lucio Postumio Albino, Publio Mucio

Escévola, Marco Junio Bruto, Gayo Claudio Pulcro, Tiberio Sempronio Graco. El pueblo eligió censores a los dos últimos. Como la preocupación por hacer las levas, debido a la guerra 2 de Macedonia, era mayor de lo habitual, los cónsules acusaban a la plebe en el senado porque los jóvenes no respondían al llamamiento. Frente a ellos, los pretores Gayo Sulpicio y 3

²⁹⁷ El Quirinal. Este templo había sido prometido con voto en 204 (XXIX 36, 8) y dedicado en 194 (XXXIV 53, 5).

²⁹⁸ Colonia desde 328. Cf. VIII 22, 1 y nota.

Marco Claudio asumieron la defensa de la plebe: la leva resultaba difícil no para los cónsules sin más, sino para los cónsules populistas, que no alistaban como soldado a nadie
4 que no quisiera; para que también los padres conscriptos se convencieran de que esto era así, los pretores, a pesar de tener menor poder y menor autoridad, estaban dispuestos a
5 llevar a cabo el reclutamiento si el senado así lo decidía. Se encomendó a los pretores esta tarea con la aprobación de una gran parte de los senadores, no sin desdoro para los cónsules. Los censores, para dar fuerza a esta medida, proclamaron en la asamblea del pueblo que establecerían una norma para la realización del censo según la cual, además del juramento común de todos los ciudadanos, se añadiría la
6 respuesta jurada a esta pregunta: «¿Eres menor de cuarenta y seis años y, de acuerdo con el edicto de los censores Gayo Claudio y Tiberio Sempronio, te presentaste al llamamiento a filas, y cada vez que se haga un alistamiento mientras estén en ejercicio estos censores, en caso de no haber sido llamado
7 te presentarás a la recluta?». Asimismo, como era voz común que muchos soldados de las legiones de Macedonia estaban lejos del ejército con permisos dudosos debido a la permisividad interesada de los generales, promulgaron un edicto en relación con los soldados alistados para Macedonia durante el consulado de Publio Elio y Gayo Popilio²⁹⁹ o con poste-
8 rioridad al mismo, disponiendo que aquellos que se encontraran en Italia retornasen a la provincia en un plazo de treinta días después de presentarse a los censores para apuntarse; aquellos que estuvieran bajo la autoridad de su padre
9 o de su abuelo darían a conocer el nombre de éste. También tenían intención de investigar los motivos de los licencia-

²⁹⁹ Publio Elio Lígur y Gayo Popilio Lenate habían sido cónsules en 172.

mientos y pensaban dar orden de que se incorporaran al servicio aquellos que, a su entender, hubiesen obtenido de favor la licencia antes de cumplir el período reglamentario de servicio. Cuando se envió a los centros de mercado y de 10 reunión ³⁰⁰ este edicto y la circular de los censores, se concentró en Roma tan elevado número de mozos que la inhabitual multitud representaba un grave inconveniente para la ciudad.

Aparte del reclutamiento de los efectivos que debían ser 15 enviados como refuerzo, el pretor Gayo Sulpicio alistó cuatro legiones, cuya recluta estuvo finalizada en un plazo de once días. Después sortearon sus provincias los cónsules, pues los 2 pretores lo habían hecho antes por exigencias de la administración de la justicia. Había correspondido a Gayo Sulpicio 3 la pretura urbana y a Gayo Decimio la peregrina. Hispania le había tocado en suerte a Marco Claudio Marcelo, Sicilia a Servio Cornelio Léntulo, Cerdeña a Publio Fonteyo Capitón, y la flota a Gayo Marcio Fígulo. En cuanto a los cónsules, le tocó Italia a Gneo Servilio y Macedonia a Quinto Marcio; finalizadas las Ferias Latinas, Marcio partió inmediatamente. Después Cepión preguntó al senado qué 4 dos de las nuevas legiones llevaba consigo a la Galia, y los senadores decidieron que los pretores Gayo Sulpicio y Marco Claudio entregasen al cónsul las legiones que ellos quisieran de las que habían alistado. Sintiendo indignado por el hecho 5 de que un cónsul quedara sometido al arbitrio de los pretores levantó la sesión del senado y solicitó, de pie ante el tribunal de los pretores, que, de acuerdo con el senadoconsulto, le asignaran las dos legiones. Los pretores dieron al cónsul la opción de elegir las.

³⁰⁰ *Fora et conciliabula*, fórmula habitual de Livio para referirse a la parte rural del territorio romano.

6 *Actuación* A continuación los pretores hicieron la
 de los censores. lista del senado. Marco Emilio Lépido,
 Intentos por tercera vez³⁰¹, fue elegido cabeza de
 de proceso lista por los censores. Los excluidos del
 7 *contra ellos* senado fueron siete. Al registrar las declara-
 ciones del censo de la población obligaban a volver a la
 provincia a los soldados del ejército de Macedonia —el
 censo demostró que era muy elevado el número de los que
 8 habían abandonado el servicio—, investigaban las razones
 de los licenciamientos³⁰² y, si había alguien cuya licencia les
 parecía que no era aún reglamentaria, le exigían una respuesta
 bajo juramento a esta pregunta: «De acuerdo con tu con-
 ciencia, ¿retornarás a la provincia de Macedonia, conforme
 al edicto de los censores Gayo Claudio y Tiberio Sempronio,
 en la medida en que, sin subterfugios, te sea posible ha-
 cerlo?».

16 A la hora de censar a los caballeros, fue la suya una censura
 especialmente rigurosa y estricta, privando a muchos del
 2 caballo. Además de crear descontento en el estamento ecuestre
 por esta cuestión, atizaron la llama del resentimiento con un
 edicto por el que prohibieron que nadie en quien hubiese
 recaído una adjudicación de impuestos o de obras públicas
 durante la censura de Quinto Fulvio y Aulo Postumio³⁰³ se
 presentase a sus subastas o figurase como socio o copartícipe
 3 en una adjudicación. Los antiguos publicanos, a pesar de sus
 reiteradas protestas, no pudieron conseguir que el senado
 pusiese un límite al poder de los censores, pero al fin encon-
 traron un valedor de su causa en el tribuno de la plebe
 Publio Rutilio, resentido con los censores por un litigio

³⁰¹ Las anteriores en 179 (XL 51, 1) y en 174 (XLI 27, 1).

³⁰² Traducimos la adición de (HARTEL).

³⁰³ Censura del año 174.

sobre un asunto privado. Habían ordenado a un liberto 4
cliente suyo que derribase una pared que daba a la Vía
Sacra, frente a los edificios públicos, por haber sido cons-
truida en suelo público. El particular apeló a los tribunos. Como, 5
salvo Rutilio, ninguno de ellos puso el veto, los censores
hicieron que se recabase una fianza y delante de la asamblea
del pueblo impusieron una multa al ciudadano privado. Esto 6
provocó un conflicto; entonces, los antiguos publicanos acu-
dieron al tribuno, y, de pronto, suscrita por un solo tribuno,
se presentó una propuesta de ley según la cual las adjudica- 7
ciones de impuestos u obras públicas realizadas por Gayo
Claudio y Tiberio Sempronio quedaban anuladas; se harían
de nuevo desde el principio, y todo el mundo sin distinción
tendría derecho a tomar por contrata los impuestos y las
obras públicas. El tribuno de la plebe fijó la fecha de la 8
asamblea para votar la propuesta de ley. Llegado ese día,
cuando los censores se levantaron para rebatir el proyecto,
al tomar Graco la palabra se hizo silencio; como los murmu-
llos ahogaban la voz de Claudio, ordenó al heraldo que
impusiera silencio. Ante esto el tribuno se quejó de haber 9
sido desautorizado delante de la asamblea y reducido a la
condición de simple particular y se marchó del Capitolio,
lugar de reunión de la asamblea. Al día siguiente se dedicaba 10
a provocar graves desórdenes. En primer lugar consagró a
los dioses infernales los bienes de Tiberio Graco porque al
imponer una multa y exigir fianza a quien había apelado a
un tribuno no había respetado el derecho de intercesión,
reduciéndolo a él a la condición de ciudadano privado. 11
Presentó demanda contra Gayo Claudio por haberle des-
autorizado ante la asamblea, y anunció que presentaba una
acusación por delito de alta traición contra los dos censores
y pidió al pretor urbano Gayo Sulpicio que señalara fecha
para los comicios. Como los censores no se oponían a que el 12

pueblo los juzgara cuanto antes, se fijó para los días octavo y séptimo antes de las calendas de octubre la fecha de los
 13 comicios para el proceso por delito de alta traición. Los censores subieron en seguida al Atrio de la Libertad³⁰⁴, sellaron los registros y cerraron el archivo, mandaron marchar a los esclavos públicos, y declararon que no gestionarían ningún asunto oficial hasta que hubiese tenido lugar el juicio
 14 del pueblo sobre su caso. El primero en defender su causa fue Claudio, y cuando ocho de las doce centurias de caballeros y muchas otras de la primera clase habían condenado al censor³⁰⁵, inmediatamente los ciudadanos principales, a la vista del pueblo, se quitaron los anillos de oro y cambiaron
 15 la vestimenta para dirigirse a la plebe vestidos como suplicantes. No obstante, fue Tiberio Graco, dicen, quien más influyó en que se produjera un cambio de opinión, porque, cuando la plebe gritaba en todas partes que Graco no estaba en peligro, juró, empleando la fórmula solemne, que, en el caso de que su colega fuera condenado, marcharía con él al
 16 exilio sin esperar a su propio juicio. Con todo, el acusado estuvo al borde de perder toda esperanza ya que sólo faltaron para su condena los votos de ocho centurias. Una vez absuelto Claudio, el tribuno de la plebe dijo que no mantenía la acusación contra Graco.

17 *Embajada* Como en aquel año unos diputados de
 romana en Grecia. Aquilea pidieron que se incrementara el
 Campaña número de colonos, se inscribieron mil
 de Perseo quinientas familias en virtud de un decreto
 en Iliria del senado, y para conducirlos fueron en-
 viados como triúmviros Tito Annio Lusco, Publio Decio

³⁰⁴ Contenía los archivos y oficinas de los censores.

³⁰⁵ Se deduce que doce de las centurias de caballeros (las más recientes) votaban junto con la primera clase. Y que a medida que votaban las centurias se hacía público el resultado de la votación. Cf. Cíc., *Phil.* 2, 82.

Subulón y Marco Cornelio Cetego. Aquel mismo año, Gayo 2
Popilio y Gneo Octavio³⁰⁶, que habían sido enviados a Grecia
como embajadores, primero leyeron públicamente en Tebas
y después difundieron por todas las ciudades del Peloponeso
el senadoconsulto en el que se disponía que nadie entregase
a los magistrados romanos cosa alguna para la guerra salvo
aquello que el senado hubiese decidido. Esta medida les había 3
inspirado también para el futuro la esperanza de verse ali-
viados de las cargas y gastos con que los esquilaban unos
y otros con sus exigencias. En la asamblea de los aqueos que 4
se reunió para los embajadores en Egio hablaron y fueron
escuchados con buena disposición, y, dejando a aquella
fidelísima nación muy esperanzada con respecto a su situación
futura, pasaron a Etolia. Ciertamente que aquí no había aún una 5
rebelión, pero sí reinaba un ambiente pleno de desconfianzas
y acusaciones mutuas; debido a ello, los embajadores pidie- 6
ron rehenes y sin dar una salida a la situación marcharon de
allí hacia Acarnania. Los acarnanes reunieron en Tirreo³⁰⁷ la 7
asamblea para los embajadores. También allí había enfren-
tamientos entre facciones; algunos principales pedían que se
introdujeran guarniciones en sus ciudades como protección
frente a la locura de los que trataban de empujar la nación
hacia los macedonios; otra parte se oponía, para evitar que 8
unas ciudades pacíficas y aliadas soportasen una humillación
reservada de ordinario a las ciudades enemigas y conquistadas
en la guerra. Esta demanda pareció justa. Los embajadores 9
retornaron a Larisa, junto al procónsul Hostilio, pues era
éste quien los había enviado. A Octavio lo retuvo a su lado 10
y a Popilio lo envió a los cuarteles de invierno de Ambracia
con unos mil soldados.

³⁰⁶ Había sido edil curul en 172, y sería pretor en 168 y cónsul en 165.

³⁰⁷ Cf. XXXVII 11, 10.

18 Perseo no se había aventurado a salir de las fronteras de
Macedonia al principio del invierno ³⁰⁸ por temor a que los
romanos invadieran por algún sitio su reino desgarnecido;
al llegar el solsticio de invierno, época en que la altura de la
2 nieve hace intransitables las montañas desde Tesalia, pensó
que era el momento de quebrar las esperanzas y la moral de
sus vecinos para que éstos no representaran ningún peligro
cuando él estuviese entregado a la guerra contra los romanos.
Como la paz estaba garantizada desde Tracia por Cotis y
desde el Epiro por Céfalo tras su repentina ruptura con los
romanos ³⁰⁹, mientras que a los dárdanos los había doblegado
3 la reciente guerra, en vista de que el único flanco de Macedonia
que estaba amenazado era el que se abría al Ilírico,
pues los ilirios hacían sus propios movimientos y además
permitían el paso a los romanos, y en vista de que, si sometía
a los ilirios más próximos, podía también atraer a una
alianza al rey Gencio, indeciso desde hacía tiempo, emprendió
4 la marcha con diez mil soldados de infantería, parte de los
cuales pertenecían a la falange, y con dos mil soldados de
armamento ligero y quinientos jinetes, y llegó a Estuberra ³¹⁰.
5 Luego, después de aprovisionarse de trigo para muchas jornadas
y de ordenar que fuera detrás el material de asedio de
ciudades, al tercer día instaló su campamento junto a Uscana,
6 que es la ciudad más importante del territorio penestiano. No
obstante, antes de emplear la fuerza envió emisarios a sondear
la disposición de ánimo tanto de los prefectos de la guarnición
como de los habitantes de la plaza. Y es que allí había, junto
7 con los combatientes ilirios, una guarnición romana. En vista

³⁰⁸ Hay una vuelta atrás en la narración: se refiere al invierno de 170/169.

³⁰⁹ Se supone que la referencia a esta sublevación figuraría en la laguna del final del capítulo 3.

³¹⁰ Véase XXXI 39, 4.

de que no traían referencia alguna a una actitud de no beligerancia, se dispuso a asaltar la plaza e intentó tomarla acordonándola con tropas. A pesar de que, relevándose día y noche ininterrumpidamente, aplicaban unos escalas a los muros y otros fuego a las puertas, los defensores de la ciudad resistían aquel huracán porque tenían la esperanza ⁸ de que los macedonios no pudiesen soportar durante mucho tiempo los rigores del invierno a la intemperie y que tampoco el rey tendría, en su guerra contra los romanos, un respiro tan largo como para poder quedarse. Pero cuando vieron que ⁹ se acercaban los manteletes y se levantaban las torres se quebró su determinación, pues aparte de que estaban en inferioridad para hacer frente al ataque, ni siquiera tenían dentro suficiente reserva de trigo ni de ninguna otra cosa, como era lógico en un asedio inesperado. De modo que, ¹⁰ cuando no quedaba ninguna esperanza de resistir, fueron enviados Gayo Carvilio Espoletino y Gayo Afranio, integrantes de la guarnición romana, para pedir a Perseo en primer lugar que les dejara marchar con sus armas y llevándose todas sus pertenencias, y, en segunda instancia, si tenían dificultad para conseguir esto, que al menos se les dieran garantías sobre su vida y su libertad. El rey fue más ¹¹ generoso en prometerlo que en cumplirlo, pues, después de mandarles marchar llevándose sus pertenencias, les quitó primero las armas y luego la libertad. Cuando los romanos salieron de la ciudad, tanto la cohorte de ilirios, que eran quinientos, como los uscanenses se rindieron y entregaron la plaza.

Dejando una guarnición en Uscana, llevó a Estuberra a ¹⁹ toda la multitud de los que se habían rendido, cuyo número igualaba casi el de un ejército. Allí distribuyó a los romanos ² —que, por cierto, eran cuatro mil— para su custodia por las ciudades, con excepción de los jefes, y vendió a los uscanenses

y los ilirios, y después volvió otra vez con su ejército contra los penestas para someter a su autoridad a la ciudad de Oeneo³¹¹, situada estratégicamente por otros aspectos y lugar de paso, además, hacia el territorio de los labeates, donde reinaba Gencio. Cuando pasaba ante un enclave fortificado llamado Draudaco³¹², muy poblado, alguien de los que conocían bien aquella región dijo que de nada servía tomar Oeneo si no tenían también en su poder Draudaco, cuyo emplazamiento era aún más estratégico en todos los sentidos. Al acercarse el ejército, se rindió todo el mundo inmediatamente. Animado por esta rendición, más rápida de lo que cabía esperar, en cuanto cayó en la cuenta del pánico que infundía su ejército sometió a su poder, con idéntica amenaza, a otros once poblados fortificados. Sólo en muy contados casos fue necesaria la fuerza, los demás se rindieron voluntariamente; también apresó en estos enclaves mil quinientos soldados romanos que estaban repartidos entre las distintas guarniciones. El espoletino Carvilio prestaba un gran servicio en las negociaciones al declarar que contra ellos no se habían tomado medidas duras. Después llegaron a Oeneo, cuya toma era imposible sin un asedio en toda regla. Era una ciudad fuerte, debido tanto al número de jóvenes, bastante mayor que el de las otras plazas, como a sus murallas. Estaba rodeada además, por un lado, por un río llamado Artato³¹³, y por una montaña de gran altura y de difícil acceso por el otro. Estas circunstancias daban a sus habitantes esperanzas de resistir. Perseo estableció una línea de circunvalación en torno a la ciudad y decidió levantar en la parte

³¹¹ ¿En el valle del Axio, donde la moderna Tetovo?

³¹² Sin identificar.

³¹³ Hay discrepancias acerca de su identificación (¿Vardar, Fani, Velcka...?).

más alta un terraplén cuya altura superase la de las murallas. Mientras se llevaba a cabo esta operación, en los frecuentes 10 combates con que los defensores en sus salidas protegían sus murallas, a la vez que obstaculizaban los trabajos de asedio del enemigo, sucumbió un gran número de ellos en lances diversos, y los supervivientes no eran de utilidad debido al agotamiento, diurno y nocturno, y a las heridas. En cuanto 11 el terraplén entró en contacto con la muralla, la cohorte real, los que ellos llaman «nicatores», saltó adentro, y las escalas, colocadas en muchos puntos a la vez permitieron el asalto a la ciudad. Se dio muerte a todos los hombres adultos 12 y se puso bajo custodia a las mujeres y los hijos; el resto del botín fue cedido a los soldados. De allí volvió victorioso a 13 Estuberra y envió como embajadores ante Gencio al ilirio Pléurato, que se había exiliado a su lado, y al macedonio Adeo de Berea, encargándoles que informaran de las opera- 14 ciones de aquel verano y aquel invierno contra los romanos y los dárdanos, que añadieran las recientes acciones de su expedición invernal en el Ilírico, y que animaran a Gencio a unirse en amistad con él y los macedonios.

<i>Embajada macedonia ante Gencio. Reveses de los romanos</i>	Los embajadores, después de salvar 20 la cadena del Monte Escordo ³¹⁴ , atravesaron las regiones desérticas del Ilírico que los macedonios habían despoblado a propósito por medio de saqueos para evitar que los dárdanos pudieran pasar fácilmente en dirección al Ilírico y a Macedonia, y después de ímprobos trabajos llegaron por fin a Escodra ³¹⁵ . El rey Gencio se encontraba en 2 Liso ³¹⁶ . Se hizo que fueran hasta allí los embajadores, que
---	--

³¹⁴ También es discutida su identificación. ¿El Schar-Dagh?

³¹⁵ La actual Scútari, a unos 25 Kms. del mar.

³¹⁶ Puerto del Adriático (Alessio o Lesch), al norte de Dirraquio.

fueron escuchados amablemente cuando dieron cuenta de su misión. Pero volvieron con una respuesta que no resolvía nada: a Gencio no le faltaban ganas de combatir contra los romanos, pero para hacer efectivo su deseo le faltaba, sobre
3 todo, dinero. De vuelta en Estuberra informaron de esto al rey, que precisamente entonces estaba vendiendo los prisioneros hechos en el Ilírico. Inmediatamente hizo que volvieran los mismos embajadores con la incorporación de Glaucia, uno de los miembros de su guardia personal, pero sin hacer
4 mención al dinero, la única cosa que podía empujar a la guerra a un bárbaro falto de recursos. Luego, tras saquear Ancira³¹⁷, Perseo marcha de nuevo al frente de su ejército contra los penestas, y tras reforzar las guarniciones de Uscana y de todos los enclaves fortificados que había conquistado en el contorno, se retira a Macedonia.

21 El legado romano Lucio Celio tenía el mando en el Ilírico. No se había aventurado a moverse mientras estaba el rey en aquella región, pero cuando éste por fin partió intentó recuperar Uscana, en el territorio de los penestas; rechazado, con multitud de heridos, por la guarnición macedonia que se
2 encontraba allí, llevó sus tropas de vuelta a Licnido. Desde allí, pocos días después, envió al fregelano Marco Trebelio con un destacamento bastante numeroso al país de los penestas para recibir rehenes de aquellas ciudades que se habían
3 mantenido leales y amigas. También le dio orden de seguir hasta el país de los partinos, que se habían comprometido asimismo a entregar rehenes. Consiguió que ambos pueblos se los entregaran sin problemas. Los jinetes de los penestas fueron enviados a Apolonia y los de los partinos a Dirraquio,
4 más conocida entonces por el nombre de Epidamno. Apio Claudio, deseoso de borrar la humillación sufrida en el

³¹⁷ Desconocida.

Ilírico, se dispuso a atacar Fanote³¹⁸, un poblado fortificado del Epiro. Llevó consigo tropas auxiliares de Caonia y de Trespocia³¹⁹, unos seis mil hombres, aparte del ejército romano. Pero no consiguió gran cosa, pues estaba la plaza 5 defendida por Clevas, al que había dejado allí Perseo con una fuerte guarnición. Por su parte, Perseo partió hacia Elimea, pasó revista a su ejército en las cercanías de dicha ciudad, y lo condujo a Estrato, llamado por los epirotas. Estrato era entonces la ciudad más poderosa de Etolia. Está 6 situada más allá del Golfo de Ambracia junto al río Ínaco³²⁰. Marchó hacia allí con diez mil infantes y trescientos jinetes, efectivos relativamente reducidos debido a la estrechez y aspereza de los caminos. Dos días después llegó al Monte 7 Cicio³²¹; lo cruzó con dificultad a causa de la altura de la nieve, y tampoco le resultó fácil encontrar un lugar donde emplazar el campamento. Partió de allí porque no podía 8 quedarse, no tanto porque la marcha o el tiempo fueran soportables, y al día siguiente, no sin grave quebranto de los animales de carga sobre todo, acampó junto al templo de Júpiter llamado Niceo. Después de cubrir una enorme distancia desde allí en dirección al río Arato³²² se detuvo, retenido por la profundidad del río ...³²³. Durante ese tiempo construyó un puente, pasó las tropas al otro lado y tras la etapa de un día se encontró con Arquidamo, un jefe etolio que estaba intentando que se le entregara Estrato.

³¹⁸ ¿Gardiki, cerca del Adriático?

³¹⁹ En Caonia y Trespocia vivían dos de las principales tribus epirotas.

³²⁰ Más bien junto al Aqueloo, del que es afluente el Ínaco.

³²¹ ¿El paso de Milia, a 1.536 metros de altura?

³²² Desemboca en el Golfo de Ambracia.

³²³ Breve laguna, para la que se han propuesto las restituciones «un día», «dos días», etc.

22 Aquel día instaló el campamento en la frontera del territorio etolio; al día siguiente llegó desde allí hasta Estrato, 2 acampando entonces cerca del río Ínaco, y, cuando esperaba que los etolios salieran en masa por todas las puertas para ir a ponerse bajo su protección, se encontró con que las puertas estaban cerradas y precisamente la noche de su llegada se había recibido a una guarnición romana mandada por el 3 legado Gayo Popilio. Los principales, que habían llamado al rey influidos por la autoridad de Arquidamo cuando éste estaba en la ciudad, se mostraron más remisos una vez que Arquidamo salió al encuentro de Perseo y dejaron a la facción oponente la posibilidad de hacer venir de Ambracia 4 a Popilio con un millar de infantes. Muy a tiempo llegó también Dinarco, prefecto de la caballería de los etolios, con 5 seiscientos infantes y cien jinetes. Estaba comprobado que había ido a Estrato con el propósito de unirse a Perseo, pero que luego, cambiando de idea al cambiar la suerte, se había 6 unido a los romanos a los que había ido a enfrentarse. Por su parte, Popilio estaba tan alerta como debía entre gente tan tornadiza. Inmediatamente tomó el control de las llaves 7 y la vigilancia de las murallas y retiró a la ciudadela, aparentemente para protegerla, a Dinarco y los etolios y a los 8 jóvenes de Estrato. Perseo intentó parlamentar desde las colinas que dominaban la parte más alta de la ciudad, y al ver que los habitantes estaban empeñados y que incluso lo mantenían a distancia con sus armas arrojadizas, instaló el campamento a cinco millas de la ciudad al otro lado del río 9 Petitaro³²⁴. Allí convocó el consejo de guerra. Arquidamo y los trófugas epirotas trataban de que se quedara, mientras que los jefes macedonios estimaban que no se debía luchar contra las inclemencias de la época del año, y como, al no

³²⁴ Podría tratarse de un pequeño afluente (el Krikuki) del Aqueloo.

estar preparados los aprovisionamientos, los sitiadores iban 10 a sentir la escasez antes que los asediados, sobre todo teniendo en cuenta que el campamento de invierno de los enemigos no estaba lejos de allí, amedrentado, trasladó su campamento a Aperancia³²⁵. Los aperantos, debido a la gran popularidad 11 e influencia de que gozaba Arquidamo entre aquellas gentes, fueron unánimes en su decisión de recibirlo. El propio Arquidamo, con una guarnición de ochocientos soldados, quedó al mando de la ciudad.

El rey regresó a Macedonia con tantos quebrantos para 23 los hombres y las acémilas como en la marcha de ida. Sin embargo, la noticia de que Perseo se dirigía a Estrato apartó a Apio del asedio de Fanote. Saliendo en su persecución con 2 un destacamento de jóvenes decididos, por senderos casi impracticables al pie de las montañas, Clevas dio muerte aproximadamente a un millar de hombres de la embarazada columna y cogió prisioneros a unos doscientos. Apio, después 3 de superar los estrechos desfiladeros, estuvo acampado durante varios días en una llanura llamada Meleón³²⁶. Clevas, entretanto, uniéndose a Filóstrato, que tenía consigo seiscientos epirotas, pasó al territorio de Antigonea³²⁷. Los 4 macedonios salieron a saquear. Filóstrato se apostó con su cohorte emboscado en un paraje sombrío. De pronto salieron de Antigonea hombres armados contra los saqueadores que estaban dispersos, y, persiguiendo con bastante desorden a los fugitivos, se precipitaron en la vaguada donde estaban apostados los enemigos. Éstos, después de dar muerte allí 5 a seiscientos y coger prisioneros a un centenar, tras una acción victoriosa en todos los terrenos acamparon cerca del

³²⁵ Cf. XXXVI 33, 7.

³²⁶ Sin otras referencias.

³²⁷ Véase XXXII 5, 9.

- campamento fijo de Apio para evitar la posibilidad de que el ejército romano diese algún golpe de fuerza contra sus aliados.
- 6 Apio, como malgastaba inútilmente el tiempo en aquella comarca, mandó a casa los contingentes de caonios, trespocios y otros epirotas que pudiera haber, regresó al Ilírico, repartió las tropas por los cuarteles de invierno de las ciudades partinas aliadas y él retornó a Roma para celebrar un sacrificio. Perseo retiró del país de los penestas un millar de soldados de infantería y doscientos de caballería y los envió a
- 8 Casandrea para que sirvieran de guarnición. Sus embajadores volvieron trayendo la misma respuesta de Gencio. En adelante no cesó de tantearlo enviando una embajada tras otra, pues saltaba a la vista que su apoyo podía ser muy importante, pero a pesar de todo no fue capaz de decidirse a invertir dinero en una empresa de la mayor trascendencia en todos los sentidos.

LIBRO XLIV

SINOPSIS

AÑO 169 a. C.

Macedonia: 1 - 13.

Ofensiva romana en Macedonia (1 - 5).

Retirada de Perseo. Apuros del ejército romano (6 - 7).

Retirada de los romanos, que ocupan Heraclea (8 - 9).

Operaciones de la flota romana. Revés en Melibea (10 - 13).

Roma: 14 - 22.

Roma: embajadas de los galos, Prusias y los rodios. Medidas militares. Actividad de los censores (14 - 16).

AÑO 168 a. C.

Elecciones. Provincias. Comisión. Prodigios. Juegos. Embajada de Egipto (17 - 19).

Informe de la comisión sobre Macedonia. Medidas del senado.

Discurso de Emilio Paulo (20 - 22).

Macedonia: 23 - 46.

Oriente: Perseo busca la alianza con Gencio, Antíoco y Éumenes (23 - 25).

Perseo incumple sus promesas a los galos y a Gencio (26 - 27).

Cálcida. Aulo Hostilio tenía entonces su campamento en 5
Tesalia, en las cercanías de Palefársalo, y aunque no había
llevado a cabo ninguna acción bélica memorable, sin embargo
sí había formado a la tropa llevándola de una permisividad
incontrolada a una rígida³³¹ disciplina militar, y a los aliados
los había tratado lealmente, protegiéndolos de cualquier
clase de desafuero. Enterado de la llegada de su sucesor, 6
inspeccionó cuidadosamente armas, hombres y caballos y
fue al encuentro del cónsul con el ejército en orden de
revista. Su primer encuentro fue acorde con la dignidad de 7
ambos y del nombre de Roma, y, además, en el desarrollo de
las operaciones que siguieron —pues el procónsul permaneció 8
en el ejército— mantuvieron un buen nivel de entendimiento.
Pocos días más tarde dirigió el cónsul una arenga a los sol- 9
dados. Comenzando por el parricidio de Perseo cometido 10
contra su hermano y planeado contra su padre, pasó a
referirse a su comportamiento tras obtener el trono mediante
el delito: los envenenamientos, los asesinatos, el atentado
contra Éumenes en un impío asalto, los desafueros contra el
pueblo romano, el pillaje de ciudades aliadas contraviniendo
los tratados; y cómo el desenlace de sus empresas iba a
hacerle comprender en qué medida también los dioses veían 11
todo esto con desagrado, pues los dioses favorecen la piedad 11
y la buena fe con que el pueblo romano ha llegado tan alto.
Y luego pasó a comparar las fuerzas del pueblo romano, que 12
abarcaba ya el mundo entero, con las de Macedonia, y unos
ejércitos con otros: mucho mayores eran las fuerzas de
Filipo y de Antíoco, y habían sido destrozadas por tropas
no más numerosas.

Enardecidos los ánimos de los soldados con una arenga 2
de este estilo, comenzó sus consultas acerca de la estrategia

³³¹ Traducimos *intentam* (GIARRATANO).

general de la guerra. También acudió allí desde Cálcide el pretor Gayo Marcio después de tomar el mando de la flota.

2 Se acordó no perder más tiempo en Tesalia con demoras y
3 directamente hacia Macedonia; el pretor pondría los medios
4 para que la flota por su parte atacase al mismo tiempo las
5 costas enemigas. Después de despedir al pretor, el cónsul dio
6 orden a la tropa de llevar consigo trigo para un mes y
7 levantó el campamento diez días después de haber tomado
8 el mando del ejército; tras avanzar cubriendo la etapa de un
9 día, convocó a los guías de las rutas, les dijo que expusieran
10 ante el consejo qué itinerario elegiría cada uno de ellos, les
11 mandó retirarse y preguntó al consejo qué ruta les parecía
preferible. Unos eran partidarios de pasar por Pitoo, otros
atravesando los montes Cambunios, por la ruta que había
seguido el cónsul Hostilio el año anterior, otros por la orilla
del Lago Ascúride³³². Como quedaba un buen trecho de ruta
común, se aplazó la decisión sobre esta cuestión para el
momento en que se acampase cerca del punto donde se
diversificaban las rutas. Empezó la marcha desde allí hacia
Perrebia y estableció un campamento fijo entre Azoro y
Dolique para estudiar de nuevo qué camino era preferible
tomar. Por las mismas fechas, Perseo, que sabía que el enemigo
se acercaba pero desconocía qué ruta iba a seguir, decidió
apostar destacamentos en todos los pasos. A la cima de los
montes Cambunios —ellos le dan el nombre de Volus-
tana³³³— envió diez mil hombres de armamento ligero man-
dados por Asclepiodoto. Hipias recibió orden de ocupar el
desfiladero próximo al enclave fortificado que domina el
lago Ascúride —un lugar llamado Lapatunte³³⁴— con una

³³² Actual Nezero.

³³³ Hoy Vigla.

³³⁴ Muy cerca de la actual Rapsani.

guarnición de doce mil macedonios. Él, con el resto de las 12 tropas, primero estuvo acampado en los alrededores de Dión; después, falto de ideas hasta el extremo de que parecía haberse atrofiado, recorría la costa con la caballería ligera, en dirección unas veces a Heracleo y otras a Fila, regresando luego a Dión sin detenerse.

Mientras tanto, el cónsul se afianzó en la idea de tomar 3 la ruta del desfiladero donde tenía su campamento el general del rey, cerca de Otolobo³³⁵. Consideró oportuno, sin em- 2 bargo, enviar por delante cuatro mil hombres armados para ocupar las posiciones estratégicas, al mando de los cuales iban Marco Claudio y Quinto Marcio, hijo del cónsul. Al 3 poco salía también detrás la totalidad de las tropas. Pero la ruta era tan difícil, áspera y accidentada, que cuando acamparon las tropas ligeras enviadas por delante, habían cubierto apenas una distancia de quince millas en dos días. El lugar que ocuparon se llama Diero³³⁶. Desde allí avanzaron siete 4 millas al día siguiente, y después de ocupar una altura no muy alejada del campamento enemigo enviaron un mensajero al cónsul con la noticia de que habían llegado hasta el enemigo; que habían ocupado una posición segura y bien situada en todos los sentidos, que acelerase la marcha cuanto pudiera para darles alcance. El mensajero se encontró, a 5 orillas del lago Ascúride, con un cónsul preocupado tanto por las dificultades de la ruta que había emprendido como por la suerte de los poco numerosos efectivos que había mandado por delante en medio de las posiciones enemigas. Así pues, se reforzó también en él la confianza, y cuando sus 6 tropas entraron en contacto se adaptó el campamento a la altura que había sido ocupada, allí donde mejor se prestaba

³³⁵ Hoy Cuculi. Sin relación con su homónimo de XXXI 36, 6 y 40, 10.

³³⁶ Al norte del Peneo y al suroeste de Lapatunte.

7 a ello la configuración del terreno. Desde una cima tan elevada se ofrecía a la vista no sólo el campamento enemigo, que estaba a poco más de una milla de distancia, sino toda la región hasta Dión y Fila en una amplia panorámica de la
8 costa. Esto encandiló de entusiasmo a los soldados al ver tan de cerca la totalidad del escenario de la guerra, de las tropas
9 del rey y de la tierra enemiga. Así pues, a pesar de que en su impaciencia urgían al cónsul a que los condujera sin demora hacia el campamento enemigo, se les concedió un día de descanso, dado que estaban agotados por las fatigas de la
10 marcha. Al otro día, dejando una parte de las tropas para la defensa del campamento, el cónsul avanzó en dirección al enemigo.

4 Hipias, que había sido enviado hacia poco por el rey para defender el desfiladero, nada más ver el campamento romano sobre aquella altura preparó la moral de combate de sus hombres y salió al encuentro de la columna del cónsul que se acercaba. Los romanos habían dejado sus equipos para
2 salir a la lucha y, por su parte, las fuerzas enemigas eran ligeras, la clase de tropas que mejor se presta para desencadenar
3 el combate. Por eso, cuando se produjo el encuentro, inmediatamente lanzaron sus armas arrojadizas; fueron muchas las heridas causadas y recibidas por ambas partes en aquel
4 fortuito choque; los caídos fueron pocos tanto en uno como
5 en otro campo. Los ánimos se enardecieron para el día siguiente; entonces se enfrentaron con más tropas y mayor encarnizamiento, y habrían decidido la suerte de la guerra si hubiesen tenido espacio suficiente para desplegar las líneas; pero la cima del monte, apuntada de forma de cuña, cada vez más estrecha, apenas dejaba sitio para un frente de tres
5 filas de combatientes de cada lado. Por esto, mientras unos pocos combatían, todos los demás, especialmente los que tenían armamento pesado, permanecían allí como especta-

dores del combate; los que tenían armamento ligero podían 6 también adelantarse corriendo por las sinuosidades del monte y trabar combate desde los flancos con las otras tropas ligeras, fuese más o menos favorable el terreno. Aquel día hubo más heridos que muertos y la noche interrumpió el combate.

Al tercer día, el general romano no sabía qué hacer; no 7 podía, en efecto, ni quedarse en una cima desprovista de recursos, ni volver atrás sin desdoro, ni tampoco sin peligro si al retroceder lo acosaba el enemigo desde posiciones más elevadas; y no quedaba más salida que corregir la temeridad 8 de la acción emprendida persistiendo en la temeridad, la cual a veces, por su desenlace, acaba convirtiéndose en prudencia. Lo cierto es que se había llegado a una situación 9 tal que se podría haber sufrido una severa derrota si el cónsul hubiera tenido enfrente a un enemigo del estilo de los antiguos reyes macedonios. Pero cuando el rey andaba dando vueltas por la costa cerca de Dión con la caballería y casi oía a doce millas de distancia los gritos y el fragor del combate, ni reforzó sus tropas mandando soldados de refresco para relevar a los que estaban agotados ni se personó en el combate, detalle que tenía enorme importancia, mientras que 10 el general romano, con más de sesenta años y demasiado peso encima, cumplió, personalmente y con energía, con todos sus deberes militares. Se mantuvo hasta el final con 11 notable perseverancia en su temerario empeño y dejando a Popilio para defender la cumbre, se dispuso a cruzar por caminos intransitables, y envió hombres por delante para abrir paso, ordenando a Átalo y a Misagenes que cubriesen con tropas auxiliares de sus respectivos pueblos a los que abrían brecha en el desfiladero. Situó en cabeza a la caballería 12 y la impedimenta y él cerraba la marcha con las legiones.

5 Las penalidades del descenso fueron indescriptibles, con
caídas de acémilas y bagajes. Cuando apenas habían avanzado
cuatro millas, su mayor deseo habría sido desandar lo andado
2 si les fuera posible. Los elefantes causaban en la columna casi
tanta confusión como causa el enemigo: cuando llegaban a
donde no había paso se sacudían de encima a los cornacas
entre horrisonos barritos y provocaban un gran pánico sobre
todo entre los caballos, hasta que por fin se encontró un
3 sistema para hacerles seguir adelante. Calculando el desnivel
de una pendiente, se clavaban bien en el suelo por su parte
inferior dos estacas largas y fuertes a una distancia, una de
4 otra, un poco mayor que el largo del animal; colocando sobre
ellas un madero en sentido transversal, se ataban a éste unos
palos de treinta pies cada uno formando una plataforma, y
5 encima se echaba tierra. Luego, un poco más abajo, se cons-
truía otra plataforma similar, y después una tercera y otra
6 más, sucesivamente, donde había rocas abruptas. El elefante
pasaba a la plataforma desde suelo firme y, antes de que
llegase a su extremo, se cortaban las estacas, y la plataforma
caía obligándolo a deslizarse poco a poco hasta donde co-
7 menzaba otra plataforma. Unos elefantes se deslizaban afian-
zándose sobre las patas y otros dejándose caer sobre sus
cuartos traseros. Cada vez que entraban en la tarima de una
nueva plataforma, de nuevo la caída de la plataforma de
debajo los obligaba a deslizarse, hasta que se llegó a un valle
8 de suelo menos desigual. Aquel día los romanos avanzaron
poco más de siete millas. Sólo una mínima parte del camino
se hizo andando: avanzaron más bien echándose a rodar con
armas y demás equipo, con toda suerte de penalidades,
hasta el extremo de que incluso el propio general responsable
de la elección de la ruta tenía que reconocer que con una
pequeña tropa se podía haber aniquilado a todo el ejército.
9 Por la noche llegaron a una pequeña planicie, y no hubo

tiempo para examinar alrededor en qué medida era hostil aquel paraje cerrado por todas partes, puesto que al fin, inesperadamente, habían encontrado a duras penas un terreno estable para apoyar el pie. También al día siguiente fue 10 preciso esperar en un valle tan profundo a Popilio y las tropas que habían quedado con él, y también a éstos, a pesar de que el enemigo no los amenazó por ningún lado, los dejó malparados la aspereza del terreno como si fuera un enemigo. 11 Al tercer día, con las tropas ya reunidas, avanzan a través de un desfiladero que los lugareños llaman Calipeuce³³⁷. El 12 cuarto día, atravesando parajes igualmente intransitables, pero con mayor habilidad, debida a la práctica, y con mayor confianza porque el enemigo no aparecía por ninguna parte y porque además se estaban acercando al mar, descendieron al llano e instalaron entre Heracleo y Libetro el campamento, que en su mayor parte ocupaba elevaciones del terreno. Allí 13 tenía sus tiendas la infantería. Una parte de la llanura, donde acampaba la caballería, estaba rodeada por una empalizada.

*Retirada
de Perseo.
Apuros
del ejército
romano*

Se dice que el rey estaba tomando 6 un baño cuando le comunicaron que se acercaba el enemigo. Sobresaltado por esta noticia, saltó de la bañera y salió a la carrera gritando que había sido vencido sin

combatir. Luego, pasando precipitadamente de un plan a otro, 2 de una orden a otra, presa del pánico envió a dos de sus amigos uno a Pela para que tirase al mar el dinero que estaba depositado en Faco³³⁸ y el otro a Tesalónica para que prendiese fuego a los astilleros. Hizo que volviesen de las

³³⁷ («Hermoso pinar»). Al sur del Olimpo, al norte del Lago Ascúride.

³³⁸ Véase su descripción *infra*, 46, 6-8.

guarniciones Asclepiódoto e Hippias y los que estaban a sus órdenes, y dejó abiertos todos los accesos para una ofensiva
3 bélica. Él se llevó de Dión todas las estatuas de oro para que no sirviesen de botín al enemigo y obligó a emigrar a Pidna
4 a todos los habitantes de aquella comarca, y convirtió así en un acto de audacia calculada lo que hubiera podido parecer una temeridad del cónsul, el hecho de avanzar hasta el
5 punto del que no podía retornar si el enemigo no quería. En efecto, los romanos tenían dos desfiladeros por los que podían salir de su posición, uno a través de Tempe, en dirección a Tesalia, y el otro en la dirección de Macedonia, dejando Dión a un lado; estos dos pasos estaban bloqueados
6 por destacamentos del rey. Por tanto, si, defendiendo sus posiciones sin echarse a temblar, hubiese aguantado lo que en los primeros momentos aparecía como una amenaza que se acercaba, los romanos no habrían tenido a través de Tempe la posibilidad de retirarse hacia Tesalia ni una vía
7 abierta por donde hacer llegar aprovisionamientos. Tempe, en efecto, es una sucesión de gargantas difíciles de atravesar
8 aunque la guerra no las convierta en terreno hostil; aparte de lo angosto del paso en un tramo de cinco millas, en el que hay un sendero apenas suficiente para una acémila cargada, las rocas de ambos lados están cortadas a pico de tal modo que difícilmente se puede mirar hacia abajo sin sentir una especie de mareo en la vista y en la mente. Da miedo el ruido y la profundidad del río Peneo, que discurre por el centro de
9 la garganta. Este paraje tan hostil por naturaleza estuvo ocupado por cuatro destacamentos del rey en cuatro puntos
10 diferentes. Uno estaba a la entrada misma, junto a Gono, otro en Córdilo, una fortaleza inexpugnable, el tercero en las
11 cercanías de Lapatunte, llamada también Carace, y el cuarto por encima del camino, donde el valle está en su mitad y es más estrecho, punto que hasta una decena de hombres ar-

mados puede defender sin dificultad. Al estar cerrada, a través 12
de Tempe, tanto la entrada para los aprovisionamientos
como su propia retirada, tenían que remontar de nuevo las
montañas por donde habían efectuado el descenso. Habían 13
burlado a los enemigos pasando furtivamente, pero no podían
hacerlo abiertamente cuando los enemigos ocupaban las
cimas más altas, y las dificultades que conocían por expe-
riencia les habrían cercenado cualquier esperanza. No les 14
quedaba más alternativa en su temeraria empresa que abrirse
paso hacia Dión por entre los enemigos, en dirección a
Macedonia, lo cual, si los dioses no habían privado al rey de
sentido común, presentaba también una enorme dificultad.
En efecto, como entre la falda del monte Olimpo y el mar 15
sólo queda un espacio de poco más de una milla y la mitad
de ese espacio está ocupada por la desembocadura del río
Bafiro ³¹⁹, que forma una ancha marisma, y como una parte
de la llanura restante está ocupada por el templo de Júpiter
o por la ciudad, el espacio que queda, muy reducido, podía 16
ser cerrado con un foso no muy grande y una empalizada,
aparte de que había a mano tal cantidad de piedras y madera,
que incluso se habría podido construir un muro y levantar
unas torres. Como, obcecada su mente por la inopinada 17
alarma, no se percató de ninguna de estas posibilidades, se
refugió en Pidna, dejándolo todo desguarnecido de defensa
y abierto para una ofensiva bélica.

Viendo el cónsul que la estupidez y la falta de iniciativa 7
del enemigo representaban una gran ayuda y una gran espe-
ranza, envió de vuelta a Larisa un mensajero para decir a
Espurio Lucrecio que ocupase las posiciones fortificadas
abandonadas por el enemigo a los lados de Tempe, mandó
a Popilio por delante para que explorase los lugares de paso

³¹⁹ El actual Potoki.

por las cercanías de Dión, y, cerciorado de que se podía
2 pasar libremente en cualquier dirección, llegó a Dión en dos
días y dio orden de buscar un emplazamiento para el cam-
pamento al pie mismo del templo para evitar cualquier acto
3 sacrílego en el sagrado recinto. Él entró en la ciudad, que no
era muy grande, pero en cambio estaba dotada de espacios
públicos, gran número de estatuas y muy bien fortificada,
y le costaba trabajo convencerse del todo de que no escondía
alguna trampa el abandono sin motivo de cosas de tanto
4 valor. Después de dedicar un día a explorar a fondo los
alrededores, levantó el campamento, y, convencido de que
habría en Pieria³⁴⁰ trigo en abundancia, avanzó aquel día
5 hasta un río llamado Miti³⁴¹. Al día siguiente prosiguió la
marcha y recibió la sumisión espontánea de la ciudad de
Agasas³⁴², y para ganarse la voluntad del resto de Macedonia
se contentó con rehenes, dijo que les dejaba la ciudad sin
guarnición y les prometió que vivirían sin pagar tributos y
6 conforme a sus propias leyes. Avanzando desde allí un día
de marcha, acampó a orillas del río Ascordó³⁴³, y al caer en
la cuenta de que, cuanto más se alejaba de Tesalia, más
7 grave era la escasez de toda clase de recursos, regresó a Dión
sin que a nadie le quedaran ya dudas sobre lo que habría
tenido que sufrir si perdía del todo el contacto con Tesalia
8 quien ya corría peligro alejándose demasiado. Perseo reunió
todas sus tropas y sus generales en un único lugar y recriminó
a los prefectos de las guarniciones, especialmente a Ascle-
9 piódoto y a Hispias. Decía que éstos habían entregado a los
romanos las llaves de Macedonia, y que de este hecho no se
podía responsabilizar a nadie con mayor razón que a él

³⁴⁰ Al sur de Macedonia, entre el Olimpo y el mar.

³⁴¹ El Mavroneri.

³⁴² ¿Palcostene, al norte de Pidna?

³⁴³ El Krasupoli.

mismo. El cónsul, al ver la flota procedente de alta mar, 10 concibió esperanzas de que llegaran naves con aprovisionamiento —pues la carestía de los alimentos era enorme y ya casi no los había—, pero cuando ya habían entrado en el puerto se enteró de que las naves de transporte habían quedado en Magnesia. Cuando estaba desconcertado sobre 11 lo que procedería hacer a partir de ahí (hasta ese extremo se imponía luchar contra las dificultades de la situación en sí, sin falta de que el enemigo interviniera para agravarlas), muy oportunamente llegó una carta de Espurio Lucrecio comunicándole que había ocupado todas las posiciones for- 12 tificadas situadas sobre Tempe y en los alrededores de Fila, y que había encontrado en ellas abundancia de trigo y otras cosas necesarias.

*Retirada
de los romanos,
que ocupan
Heraclea*

Vivamente satisfecho por esta noticia, 8 marchó el cónsul de Dión a Fila con el doble propósito de reforzar la guarnición y distribuir trigo entre la tropa, pues su transporte por mar iba lento. Esta marcha 2 suscitó comentarios nada favorables. Unos, en efecto, decían que se había alejado del enemigo por miedo, pues en caso de permanecer en Pieria habría tenido que librar batalla, y 3 otros que, ignorando cómo cambia de un día a otro la suerte de la guerra, como si los acontecimientos esperaran por él, había dejado escapar unas oportunidades que no se podrían recuperar a corto plazo. Efectivamente, su abandono de la 4 ocupación de Dión espabiló a los enemigos, de tal modo que entonces por fin se dieron cuenta de que era preciso reconquistar lo que antes se había perdido por su culpa. Enterado, 5 en efecto, de la marcha del cónsul, Perseo retornó a Dión, reconstruyó lo que había sido arrasado por los romanos, repuso las almenas caídas de las murallas, reforzó los muros

en todos los puntos, y luego instaló el campamento a cinco millas de la ciudad, al lado de acá del río Elpeo ³⁴⁴, con la idea de contar con el propio río, muy difícil de cruzar, como
6 defensa. Fluye éste desde un valle del monte Olimpo con escaso caudal en verano, pero cuando cobra fuerza con las lluvias del invierno forma enormes remolinos por encima de las rocas, mientras que por debajo arrastra hacia el mar la tierra arrancada, produciendo profundos pozos y orillas escarpadas a ambos lados al ir excavando el lecho por el
7 centro. Persuadido de que este río cerraba el paso al enemigo, tenía la idea de dejar que transcurriera el resto del verano.

8 Entretanto, el cónsul envió a Popilio desde Fila con dos
9 mil hombres armados a Heracleo, que está a unas cinco millas de distancia de Fila, a medio camino entre Dión y Tempe, situada sobre un saliente rocoso que domina un río ³⁴⁵.

9 Antes de aproximar hombres armados a las murallas, Popilio envió emisarios para tratar de convencer a los magistrados y a los principales de que era preferible para ellos experimentar la lealtad y la clemencia de los romanos antes
2 que su fuerza. Estos consejos no surtieron el menor efecto porque estaban a la vista las fogatas del campamento del rey junto al Elpeo. Comenzó entonces el asedio por tierra y por mar —había llegado también la flota y estaba fondeada cerca de la playa— con armas y con obras y máquinas
3 simultáneamente. Incluso algunos jóvenes romanos tomaron la parte más baja de la muralla adaptando a las necesi-
4 dades de la guerra un ejercicio del circo. Entonces, cuando aún no se había introducido el despilfarro actual de llenar el circo de animales ³⁴⁶ procedentes de todo el mundo, era

³⁴⁴ El Mavrolongo.

³⁴⁵ El Apilas.

³⁴⁶ Cf., no obstante, XXXIX 22, 2.

costumbre buscar diferentes clases de espectáculos, pues desde que se daba la salida a las cuadrigas y luego a los caballistas acróbatas³⁴⁷, apenas si se llenaba el espacio de una hora con ambas carreras. Entre otras exhibiciones se presentaban jóvenes armados en grupo de sesenta aproximadamente, a veces más, en los juegos más suntuosos. Su entrada presentaba en parte el aspecto de un ejército haciendo maniobras y en parte era un ejercicio más elaborado en su técnica, que más que militar parecía la técnica de combate de los gladiadores. Después de ejecutar otros movimientos en sus evoluciones se formaban en cuadro juntando los escudos sobre la cabeza, erguidos los de la primera fila, ligeramente inclinados los de la segunda y más los de la tercera y cuarta, e incluso rodilla en tierra los últimos, y formaban una «tortuga» en pendiente como los tejados de los edificios. A continuación, jóvenes armados, colocados a una distancia aproximada de cincuenta pies, se lanzaban a la carrera y, después de amenazarse unos a otros, subían desde la parte más baja a la más alta de la tortuga por encima de los escudos adosados, y, unas veces como si se defendieran en los bordes de la tortuga y otras lanzándose hacia el centro uno contra otro, daban saltos como si estuvieran sobre suelo firme. Una tortuga parecida a ésta se acercó a la parte más baja de la muralla. Cuando los hombres armados subidos encima llegaron hasta la parte más elevada se encontraban a la misma altura que los defensores de la muralla; rechazados éstos, los soldados de dos manípulos saltaron adentro de la ciudad. La única diferencia con el número circense fue que los que se encontraban en los extremos, tanto por delante como por los lados, y sólo ellos, no tenían los escudos levantados sobre la cabeza, para no

³⁴⁷ Hacían sus exhibiciones con dos caballos, saltando de uno a otro.

dejar desprotegido el cuerpo, sino extendidos hacia delante al modo de los combatientes. Así no les alcanzaban a ellos los dardos disparados desde la muralla cuando se acercaban, y, cayendo sobre la tortuga como la lluvia sobre la pendiente resbaladiza, se deslizaban hasta el suelo sin causar daño.

- 10 Después de tomar Heracleo, el cónsul trasladó hasta allí su campamento como si tuviera intención de marchar sobre Dión y luego incluso Pieria adentro, una vez desalojado de
11 allí el rey. Pero, preparando ya sus cuarteles de invierno, da orden de que se arreglen los cambios para transportar avituallamientos desde Tesalia, se elijan los lugares apropiados para los graneros, y se construyan alojamientos en los que puedan pernoctar los portadores de las vituallas.

- 10 *Operaciones
de la flota
romana.
Revés
en Melibea* Cuando al fin se recuperó Perseo del susto, que lo había dejado paralizado, hubiera preferido que no se hubiesen cumplido las órdenes que había dado, despa-

- 2 en Pela y prender fuego a los astilleros en Tesalia. Andronico, enviado a Tesalónica, había dejado que pasara tiempo para dar lugar a una marcha atrás en la decisión, cosa que efectivamente ocurrió. En Pela, Nicias fue menos previsor y tiró
3 parte del dinero que había en Facó; pero parece que había cometido un fallo corregible, pues casi todo el dinero fue recuperado por medio de buceadores. Y el rey se avergonzó tanto de aquella reacción suya de pánico que dio orden de matar en secreto a los buceadores y después también a Andronico y a Nicias, para que no quedase vivo nadie que estuviera al
5 tanto de una orden tan desatinada. Entretanto, Gayo Marcio zarpó de Heracleo con la flota rumbo a Tesalónica, y desembarcando hombres armados en numerosos puntos a lo largo de la costa devastó una gran extensión del territorio, y tras

algunos combates favorables rechazó al interior de las murallas, despavoridos, a los que salían de la ciudad a hacerle frente. Y ya amenazaba a la propia ciudad, mientras que, ⁶ como resultado del emplazamiento de máquinas de lanzamiento de todas clases, resultaban alcanzados por piedras lanzadas con catapultas no sólo los que andaban en torno a los muros acercándose de modo temerario, sino incluso los que se encontraban en las naves. Hizo, pues, que regresaran ⁷ a las naves los soldados y, abandonando el ataque de Tesalónica, marchan de allí a Enia ³⁴⁸. Se trata de una ciudad ⁸ situada a quince millas enfrente de Pidna, cuyo suelo es fértil. Tras devastar sus confines llegan, bordeando la costa, hasta Antigonea ³⁴⁹. Allí saltaron a tierra y en un principio devastaron los campos a discreción, trasladando a las naves un botín considerable. Después les atacaron los macedonios ⁹ con tropas mixtas de infantería y caballería cuando estaban dispersos, los persiguieron cuando huían en desorden hacia el mar, dieron muerte a unos quinientos y cogieron otros tantos. Sólo la extremada gravedad de su situación, pues se ¹⁰ veían en la imposibilidad de retirarse a salvo a las naves, avivó el coraje de los romanos, ante la falta de esperanzas de salvarse por otros medios y al mismo tiempo por pundonor. El combate se restableció de nuevo en la orilla del mar, ¹¹ interviniendo también los que estaban en las naves. Allí se dio muerte a unos doscientos macedonios y se cogieron prisioneros otros tantos. Zarpando de Antigonea rumbo al territorio de Palene ³⁵⁰, la flota hizo un desembarco para una

³⁴⁸ En la costa este de la península calcídica, al sur de Tesalónica.

³⁴⁹ Al sur de Enia, también en la costa. Su homónima estaba en el Epiro.

³⁵⁰ La más occidental de las tres lenguas del sur de la península calcídica.

12 operación de saqueo. Se trataba de un territorio perteneciente a la demarcación de Casandrea, el más fértil, con mucho, de toda la costa que habían dejado atrás. Allí salieron a su encuentro el rey Éumenes, que había zarpado de Elea ³⁵¹ con veinte naves cubiertas ³⁵², y otras cinco que había enviado el rey Prusias.

11 Con la suma de estas fuerzas el pretor cobró ánimos para
2 atacar Casandrea. Fundada por el rey Casandro justo en el istmo que une el territorio de Palene con el resto de Macedonia, está rodeada por los mares de Torone ³⁵³ a un lado y
3 de Macedonia al otro. Se adentra en el mar, en efecto, la lengua de tierra sobre la que está situada, y no se destaca menos que el monte Atos, famoso ³⁵⁴ por su magnitud; se estira en dirección a Magnesia ³⁵⁵ en dos promontorios desiguales, llamados Posideo el mayor y Canastreo el más pequeño.
4 Después de repartirse los cometidos se dispusieron al ataque. El romano construyó una fortificación, en las proximidades de lo que llaman Clitas ³⁵⁶, desde el mar de Macedonia al de Torone, colocando incluso una barrera de caballos de Frisia ³⁵⁷ para interceptar el paso. Por el otro lado hay
5 una canal; desde allí llevaba Éumenes el asedio. Los romanos tenían serias dificultades para cegar la zanja abierta hacia

³⁵¹ Cf. XXXV 13, 6.

³⁵² Livio «traduce» por *naues tectae* o *naues constratae* el término griego *katáfraktoi* cuando utiliza como fuente a Polibio. Cuando la fuente es analística, el correspondiente latino es *naues longae* —que solemos traducir como «naves de guerra».

³⁵³ En el promontorio central (cf. nota 350), al sudoeste.

³⁵⁴ Traducimos *inclitus* (KREYSSIG).

³⁵⁵ La región situada al sudeste de la península calcídica. Posideo y Canastreo: al oeste y al este respectivamente.

³⁵⁶ No hay ninguna otra referencia que permita su identificación.

³⁵⁷ Traducimos así el término *cerui*, maderos con púas de hierro utilizados como defensa sobre todo contra la caballería.

poco por Perseo como defensa. Como no se veía tierra amontonada por ningún sitio, el pretor preguntó adónde se habría transportado la tierra sacada de la zanja, y entonces le mostraron unos arcos abovedados que no habían sido contruidos con el mismo grosor que el muro antiguo sino con una sola hilada de ladrillos. Concibió, pues, la idea de 6 abrir camino hacia la ciudad horadando la pared; podía pasar inadvertido si atacaba las murallas por otro lado, creando confusión y haciendo que los defensores de la ciudad se alejasen para defender dicho punto. Aparte del contingente 7 no desdeñable de jóvenes habitantes de la plaza había en la guarnición de Casandrea ochocientos agrianes y dos mil penestas ilirios, pueblos ambos muy aguerridos, enviados por Pléurato. Mientras éstos defendían las murallas y los 8 romanos ponían todo su esfuerzo en asaltarlas, en un instante quedaron perforadas las paredes de los arcos abriendo el paso hacia la ciudad, y si hubieran tenido hombres armados para hacer irrupción la habrían tomado en el acto. Cuando 9 se anunció a los soldados que estaba finalizada esta tarea lanzaron de pronto el grito de guerra, dispuestos a irrumpir en la ciudad unos por un lado y otros por otros.

Al principio, el enemigo, que no comprendía el significado 12 del repentino grito, fue presa del estupor. Cuando los pre- 2 fectos de la guarnición, Pitón y Filipo, se dieron cuenta de que la ciudad estaba al descubierto, convencidos de que la brecha abierta favorecería al que tomase la iniciativa en el ataque salieron de repente con un numeroso contingente de agrianes e ilirios y, cuando los romanos iban llegando desde 3 distintos puntos y recibían órdenes de agruparse para avanzar hacia la ciudad, los pusieron en fuga antes de que se agruparan y organizaran y los persiguieron hasta la zanja donde los amontonaban según caían al ser empujados. Allí murieron cerca de seiscientos, resultando heridos casi todos los que

4 habían sido atrapados entre la muralla y la zanja. Malparado
así en su propio intento, el pretor se volvió más remiso con
respecto a otras iniciativas. Y tampoco Éumenes, que atacaba
desde el mar y desde tierra simultáneamente, hacía ningún
5 progreso satisfactorio. Decidieron, pues, de común acuerdo,
reforzar la vigilancia para evitar que pudiera penetrar algún
destacamento procedente de Macedonia, y atacar las murallas
con obras de asedio, ya que el ataque directo no había dado
6 resultado. Mientras ellos hacían estos preparativos, diez
lembos del rey enviados desde Tesalónica con auxiliares
galos escogidos, después de avistar las naves enemigas en
alta mar aprovecharon la oscuridad de la noche, avanzaron
en fila india manteniendo el rumbo lo más cerca posible de
7 la costa y penetraron en la ciudad. La noticia de este nuevo
refuerzo obligó tanto a los romanos como al rey a desistir
del asedio. Doblando el promontorio, arribaron con la flota
8 cerca de Torone. También intentaron el asalto a esta plaza,
pero al darse cuenta de que estaba defendida por una fuerte
guarnición pusieron rumbo a Demetriadé sin llevar a cabo
su propósito. Cuando se acercaron y vieron allí llenas de
hombres armados las murallas, siguieron de largo y arribaron
con la flota a Yolco ³⁵⁸ con la intención de atacar también
Demetriadé después de devastar el territorio.

13 Entretanto, el cónsul, para no limitarse a permanecer sin
hacer nada en territorio enemigo, envió a Marco Popilio a
2 atacar la ciudad de Melibea ³⁵⁹ con cinco mil hombres. Está
situada al pie del monte Osa por la cara que da a Tesalia,
3 dominando estratégicamente Demetriadé. La llegada del
enemigo sobresaltó a los habitantes del lugar; después, recuperados los ánimos del inopinado susto, corrieron armados

³⁵⁸ Ciudad y puerto, al noroeste de Demetriadé. ¿Actual Volo?

³⁵⁹ Desconocida su localización.

hacia las puertas y las murallas donde había peligro de penetración, y en seguida cercenaron la esperanza de poder tomar la ciudad al primer asalto. Se preparaba, pues, el asedio, 4 y comenzaron a hacerse las obras de asalto. Cuando Perseo se enteró de que el cónsul estaba atacando Melibea, y al mismo tiempo la flota estaba fondeada en Yolco para pasar desde allí a atacar Demetríade, envió a Melibea a uno de sus generales, un tal Eufránor, con dos mil hombres escogidos. Le dio también orden de que, si alejaba de Melibea a los 5 romanos dejaran Yolco y fuesen a acampar cerca de la ciudad. Los que asediaban Melibea, por su parte, cuando 6 Eufránor apareció de repente en las alturas, abandonaron las obras de asedio con gran precipitación y les prendieron fuego. Así fue como se produjo la retirada de Melibea. Li- 7 berada del asedio una de las ciudades, Eufránor condujo de inmediato sus hombres a Demetríade. Entró en el recinto amurallado e infundió moral a sus habitantes hasta el punto de que confiaban en poder defender no sólo la ciudad sino también los campos del pillaje; incluso se efectuaron salidas contra los enemigos que saqueaban dispersos, causándoles heridas. No obstante, el pretor y el rey navegaron en torno 8 a las murallas, examinando el emplazamiento de la ciudad por si podían hacer un intento por alguno de los lados con obras de asedio o a viva fuerza. Circuló el rumor de que el 9 cretense Cidante y Antímaco, que tenía el mando en Demetríade, habían mediado entre Éumenes y Perseo con vistas a la negociación de una relación de amistad. Lo cierto es que hubo retirada de Demetríade. Éumenes navegó al encuentro 10 del cónsul y, después de felicitarle por el éxito de su entrada en Macedonia, marchó a Pérgamo, a su reino. El pretor 11 Marcio Fígulo envió una parte de la flota a Escíatos³⁶⁰; a los

³⁶⁰ Cf. XXXI 28, 6.

cuarteles de invierno, y con el resto de las naves se dirigió a Oreo³⁶¹ de Eubea, en la idea de que esta ciudad era la que mejor se prestaba para la posibilidad de enviar desde allí el avituallamiento a los ejércitos que operaban en Macedonia y en Tesalia. En lo que se refiere al rey Éumenes hay versiones muy diferentes. Si creemos lo que cuenta Valerio Anciate, ni ayudó con su flota al pretor, a pesar de que éste se lo había pedido por carta varias veces, ni fue amistosa su despedida del cónsul cuando marchó a Asia indignado por el hecho de que no se le hubiera permitido instalar sus reales en el mismo campamento; ni siquiera se pudo conseguir que dejase los jinetes galos que había traído consigo; su hermano Átalo se quedó junto al cónsul y, además, su sincera lealtad y su notable colaboración se mantuvieron constantes en aquella guerra.

- 14 *Roma:*
embajadas
de los galos,
Prusias
y los rodios.
Medidas
2 *militares. Actividad*
de los centros
- Mientras se desarrollaba la guerra en Macedonia llegaron a Roma, prometiendo tropas auxiliares para la guerra macedónica, unos embajadores transalpinos enviados por un régulo galo. Su nombre era Bálano, según la tradición, pero no consta a qué pueblo pertenecía. El senado les dio las gracias y se les mandaron como obsequio una torques de oro de dos libras, páteras de oro de cuatro libras y un caballo con fáleras y armas de caballería. Después de los galos se presentaron en la curia unos embajadores panfilios con una corona de oro hecha con veinte mil filipos³⁶²; pidieron permiso para depositar este presente en el

³⁶¹ Cf. XXVIII 5, 16 y nota.

³⁶² Lo desmesurado de la cifra ha llevado a pensar que podría ser un error por «dos mil» o «mil».

santuario de Júpiter Óptimo Máximo y celebrar un sacrificio en el Capitolio, y el permiso les fue concedido. Como los 4 embajadores querían renovar su amistad con Roma, se les respondió con buenas palabras y se mandó un obsequio de dos mil ases a cada uno. A continuación fueron oídos los 5 embajadores del rey Prusias, y poco después los de los rodios, que decían cosas muy diferentes acerca de los mismos hechos. Las dos embajadas trataron del establecimiento de 6 la paz con el rey Perseo. Prusias hizo más un ruego que una petición, dejando sentado que él hasta entonces siempre había estado de parte de los romanos y así pensaba seguir mientras hubiera guerra; pero como Perseo le había enviado 7 embajadores para tratar de que se pusiera fin a la guerra con los romanos, se había comprometido con ellos a mediar ante el senado, y pedía que, en el caso de que pudieran decidirse a poner fin a sus iras, se reconociesen también sus méritos en el restablecimiento de la paz. Esto fue lo que dijeron los em- 8 bajadores del rey. Los rodios recordaron con orgullo sus merecimientos por los servicios que habían prestado al pueblo romano, y, después de reclamar para sí mismos la mayor parte del mérito de la victoria al menos sobre el rey Antíoco, añadieron que su relación de amistad con Perseo había co- 9 menzado cuando había paz entre Macedonia y Roma; muy a su pesar, y sin que Perseo les hubiera hecho nada, la habían roto porque los romanos habían querido comprometerlos en una alianza bélica; llevaban tres años seguidos su- 10 friendo las numerosas incomodidades de la guerra por estar cerrado el mar; su isla carecía de recursos y era inhabitable si no recibía la ayuda de los suministros llegados por mar. Por 11 eso, como ya no podían soportar más la situación, habían enviado una embajada a Perseo, a Macedonia, para hacerle saber que a los rodios les gustaría que llegase a un acuerdo de paz con los romanos, y ellos habían sido enviados a

- 12 Roma con el mismo propósito. Los rodios considerarían qué
procedía hacer con respecto a quienes fuesen los responsables
13 de que no se pusiese fin a la guerra. Estoy seguro de que ni
siquiera en la actualidad se pueden escuchar cosas así sin
sentir indignación, de lo cual se puede deducir cuál sería el
estado de ánimo de los senadores al oír algo semejante.
- 15 Claudio³⁶³ sostiene que no se dio respuesta alguna, que
simplemente se dio lectura al senadoconsulto mediante el
cual el pueblo romano ordenaba que fuesen libres los carios
y los licios, y que se enviase inmediatamente una carta a uno
2 y otro pueblo; que al oír esto el jefe de la embajada, cuya
grandilocuencia de hacía unos instantes apenas había tenido
3 cabida en la curia, se desplomó sin sentido. Según otros, se
les respondió que el pueblo romano al principio de aquella
guerra habían sabido de buena fuente que los rodios habían
hecho planes secretos con el rey Perseo en contra de la
4 república, y que si anteriormente quedaba alguna duda sobre
el particular, las palabras que acababan de pronunciar los
embajadores la habían convertido en certeza, que la mayoría
de las veces la mentira acaba por descubrirse por sí sola
5 aunque al principio se muestre más cauta. Ahora los rodios
hacían el papel de árbitros de la paz y de la guerra en el
mundo; los romanos tendrían que tomar o deponer las
armas a un simple gesto de los rodios. Ya no tomarían a los
6 dioses sino a los rodios como testigos de los tratados. ¿No era
así, en definitiva? ¿Si no eran obedecidos retirando los ejér-
citos de Macedonia verían qué procedía hacer? Lo que los
7 rodios iban a ver, ellos mismos lo sabían. Ciertamente,
después de vencer a Perseo, cosa que esperaban que ocurriría
en breve, el pueblo romano vería el modo de agradecer a las
distintas ciudades como se merecían los servicios prestados

³⁶³ Cuadrigario.

por cada una en aquella guerra. Con todo, se mandó un ob- 8
sequio de dos mil ases a cada embajador, obsequio que no
aceptaron.

A continuación se dio lectura a la carta del cónsul Quinto 16
Marcio, en la que contaba cómo había pasado a Macedonia
cruzando el desfiladero: allí tenía perspectivas de provisiones 2
para el invierno procedentes de diversas localidades, y además
había recibido de los epirotas veinte mil modios de trigo y
diez mil de cebada con la condición de que en Roma se
procuraría a sus delegados el importe de dicho trigo. Era 3
preciso que se enviase desde Roma ropa para los soldados.
Hacían falta unos doscientos caballos, númidas a poder ser,
y él no tenía ninguna posibilidad de conseguirlos allí. Se re- 4
dactó un senadoconsulto disponiendo que se hiciese todo
esto de acuerdo con la carta del cónsul. El pretor Gayo
Sulpicio adjudicó en subasta el envío a Macedonia de seis
mil togas, treinta túnicas y doscientos caballos para su entrega
a criterio del cónsul; abonó a los delegados epirotas el
importe del trigo, e introdujo en el senado a Onésimo, noble 5
macedonio hijo de Pitón. Éste siempre había recomendado
al rey la paz y le había aconsejado que, de igual modo que
su padre Filipo había conservado hasta el último día de su
vida la costumbre de leer íntegro dos veces al día el tratado
suscrito con los romanos, se habituase también él a hacer
otro tanto, si no todos los días, al menos con cierta frecuencia.
En vista de que no podía disuadirle de la idea de la guerra, 6
de momento comenzó por ponerse al margen, con pretextos
diversos, para no intervenir en proyectos con los que estaba
en desacuerdo; por último, viendo que suscitaba recelos, y
que a veces incluso era acusado de traición, se pasó a los
romanos y fue de gran utilidad para el cónsul. Cuando, tras 7
ser introducido en la curia, recordó estos detalles, el senado
dio orden de inscribirlo en la relación de aliados, proporcio-

narle residencia y hospedaje, asignarle doscientas yugadas de tierra tarentina del dominio público del pueblo romano, y comprarle una casa en Tarento. El pretor Gayo Decimio fue el encargado de dar cumplimiento a estas disposiciones.

8 Los censores ³⁶⁴ realizaron el censo en los idus de diciembre con mayor rigor que en ocasiones anteriores. Suprimieron el caballo a muchos, entre otros a Publio Rutilio, que siendo tribuno de la plebe había lanzado violentas acusaciones contra ellos; éste, además, fue excluido de su tribu y reducido
9 a la condición de erario. En virtud de un decreto del senado fue asignada por los cuestores para la construcción de obras públicas la mitad de la recaudación de los impuestos de
10 aquel año, y Tiberio Sempronio, con los fondos de su asignación, adquirió para el Estado la casa de Publio Africano situada detrás de las Tiendas Viejas ³⁶⁵, cerca de la estatua de Vortumno ³⁶⁶, así como las carnicerías y las tiendas contiguas,
11 e hizo construir la basílica que después se llamó Sempronia ³⁶⁷.

17 *Elecciones.* El año tocaba ya a su fin, y, en su
 Provincias. preocupación sobre todo por la guerra de
 Comisión. Macedonia, la gente se preguntaba en sus
 Prodigios. conversaciones a quiénes elegiría cónsules
 Juegos. para el año siguiente ³⁶⁸ con el objeto de
2 *Embajada de* poner fin de una vez a aquella guerra. De
 Egipto modo que se promulgó un senadoconsulto
disponiendo que Gneo Servilio viniera lo antes posible para

³⁶⁴ Traducimos *censores* siguiendo la ed. *Frobeniana*, Basilea, 1531.

³⁶⁵ Reconstruidas tras el incendio de 209 (XXVII 11, 16), eran «viejas» con respecto a las del norte del foro, construidas probablemente en 192.

³⁶⁶ Esta estatua, de bronce, había sido traída de Volsinios. El dios era etrusco.

³⁶⁷ Donde después se construyó la Basílica Julia, al suroeste del foro.

³⁶⁸ El 168 a. C.

la celebración de los comicios. El pretor Sulpicio envió al 3
cónsul el senadoconsulto, y pocos días más tarde leyó una
carta remitida por el cónsul en la que convocaba los comicios
para el día ...³⁶⁹; él llegaría a Roma antes de esa fecha. El
cónsul se dio prisa y los comicios estuvieron finalizados en
la fecha prevista. Fueron elegidos cónsules Lucio Emilio Paulo 4
por segunda vez, catorce años después de su primer consu-
lado, y Gayo Licinio Craso. Al día siguiente fueron elegidos 5
pretore Gneo Bebio Tánfilo, Lucio Anicio Galo³⁷⁰, Gneo
Octavio, Publio Fonteyo Balbo, Marco Ebucio Helva y
Gayo Papirio Carbón. La preocupación por la guerra de 6
Macedonia servía de acicate para que se hiciera todo con
celeridad: por eso se decidió que los magistrados electos 7
sortearan inmediatamente sus provincias para que, en cuanto
se supiera a qué cónsul le había tocado Macedonia y a qué
pretor la flota, éstos pudieran ya ir pensando y preparando
desde ese momento lo que se pudiera necesitar para la
guerra y consultar al senado en caso de ser necesaria la
consulta sobre alguna cuestión. Se decidió que tras la entrada 8
en funciones se celebrasen las Ferias Latinas en cuanto lo
permitiesen las obligaciones de carácter religioso, para que
nada retuviese al cónsul que tuviera que ir a Macedonia. Una 9
vez tomadas por decreto estas medidas, fueron asignadas a
los cónsules como provincias Italia y Macedonia y a los
pretore la flota, Hispania, y Sicilia y Cerdeña, además de
las dos jurisdicciones urbanas. En cuanto a los cónsules, a 10
Emilio le tocó en suerte³⁷¹ Macedonia y a Licinio Italia. Los
pretore obtuvieron en el sorteo, Gneo Bebio la pretura

³⁶⁹ Laguna, en la que aparecería la fecha de los comicios.

³⁷⁰ Sería cónsul en 160 y 154.

³⁷¹ Otras fuentes (PLUTARCO, *Aem.* 10; JUSTINO, 33, 1...) hablan de una asignación *extra ordinem* de la dirección de la guerra de Macedonia.

urbana, Lucio Anicio la peregrina y otro posible destino si el senado así lo decidía, Gneo Octavio la flota, Publio Fonteyo, Hispania, Marco Ebucio, Sicilia, y Gayo Papirio Cerdeña.

- 18 En seguida resultó evidente para todo el mundo que Lucio Emilio iba a poner interés en la dirección de aquella guerra, porque, aparte de ser un militar³⁷², estaba además entregado día y noche a pensar únicamente en lo que tenía relación con dicha campaña. Como primera medida solicitó al senado que se enviasen delegados a Macedonia para inspeccionar los ejércitos y la flota y volver con la información de lo que hubieran averiguado acerca de las necesidades de las fuerzas terrestres y navales; además, recogerían información acerca de las tropas del rey, qué fuerza tenían, qué zona era controlada por nosotros y cuál por el enemigo, si acaso los romanos tenían su campamento en un desfiladero o ya estaban salvados todos los pasos y habían llegado a terreno llano; quiénes eran aliados seguros para nosotros y quiénes indecisos con la lealtad condicionada a tenor de las circunstancias, quiénes parecían enemigos indudables; cuántas provisiones estaban preparadas y desde dónde serían transportadas, por vía terrestre o por mar; qué operaciones se habían llevado a cabo aquel verano por tierra y por mar. A partir de un adecuado conocimiento de estos aspectos se podían hacer provisiones seguras para el futuro. El senado encargó al cónsul Gneo Servilio enviar como delegados a Macedonia a tres hombres que gozaran de la confianza de Lucio Emilio. Dos días más tarde partieron como delegados Gneo Domicio Ahenobarbo, Aulo Licinio Nerva y Lucio Bebio.
- 6 En dos ocasiones, hacia finales del año, llegaron noticias de que había llovido piedra, una vez en territorio romano y

³⁷² Traducimos *militaris* (Koch, 1867).

la otra en el de Veyes. Por dos veces se celebró una novena. Aquel año murieron los sacerdotes Publio Quintilio Varo, 7 flamen de Marte, y Marco Claudio Marcelo, decénviro, cuya vacante fue cubierta por Gneo Octavio. Y, en un proceso 8 de suntuosidad creciente, se dejó constancia escrita de que en los juegos circenses organizados por los ediles curules Publio Cornelio Escipión Nasica y Publio Léntulo intervinieron sesenta y tres panteras y cuarenta osos y elefantes.

Siendo cónsules Lucio Emilio Paulo y Gayo Licinio, en 19 los idus de marzo, comienzo del año siguiente, cuando los senadores estaban esperando más que nada el informe que presentaría acerca de Macedonia el cónsul al que había correspondido dicha provincia, Paulo manifestó que no tenía nada de que informar al no haber regresado aún los delegados; que, por lo demás, éstos se encontraban ya en Brundisio, 2 después de haber sido desviados dos veces de su rumbo hacia Dirraquio. Tan pronto como tuviese conocimiento de 3 los datos que más urgía conocer presentaría su informe, y ello ocurriría en el transcurso de muy pocos días. Y para que 4 nada retrasara su marcha había fijado la fecha de las Ferias Latinas para la víspera de los idus de abril³⁷³. Después de celebrar en debida forma el sacrificio, tanto él como Gneo Octavio estarían en disposición de partir tan pronto como el senado lo decidiese. En su ausencia, su colega Gayo Licinio 5 se ocuparía de la preparación y el envío de todo lo que hubiese que preparar y enviar para aquella guerra. Mientras tanto se podía dar audiencia a las embajadas de los pueblos extranjeros. Fueron convocados en primer lugar los embaja- 6 dores de Alejandría enviados por los reyes Tolomeo y Cleo-

³⁷³ Esta celebración en honor de Júpiter Laciari, común a romanos y latinos, tenía lugar en el monte Albano en una fecha fijada por los magistrados de cada año.

7 patra. Desaliñados, larga la barba y el cabello, entraron en
la curia con ramos de olivo y se postraron, y su discurso
8 movió a lástima más aún que su porte. Antíoco, rey de Siria,
que había estado en Roma como rehén, con el honesto
pretexto de reponer en el trono al mayor de los Tolomeos
hacía la guerra al hermano menor de este último, que entonces
9 ocupaba el poder en Alejandría; había resultado vencedor en
un combate naval en Pelusio, y, después de construir un
puente improvisado y cruzar el Nilo, estaba aterrorizando a
la propia Alejandría con un asedio, y parecía que no estaba
10 muy lejos de adueñarse de tan opulento reino. Lamentándose
por esta situación, los embajadores rogaban al senado que
acudiese prontamente en ayuda de un reino y unos reyes
11 amigos. Eran tales los buenos servicios prestados a Antíoco
por el pueblo romano, era tal su prestigio entre todos los
reyes y pueblos que, si enviaban embajadores a hacerle saber
que al senado no le gustaba que se hiciese la guerra a los
reyes aliados, Antíoco se alejaría inmediatamente de las
12 murallas de Alejandría y se llevaría a Siria el ejército. Si se
mostraban remisos en hacerlo, muy pronto llegarían a Roma
Tolomeo y Cleopatra expulsados de su reino, para vergüenza,
en algún sentido, del pueblo romano por no haber prestado
13 ayuda alguna cuando la situación era más crítica. Afectados
por las súplicas de los alejandrinos, los senadores enviaron
al instante como embajadores a Gayo Popilio Lenate, Gayo
Decimio y Gayo Hostilio para poner fin a la guerra entre los
14 reyes. Llevaban instrucciones de dirigirse primero a Antíoco
y después a Tolomeo y anunciarles que no se consideraría
amigo ni aliado a aquel que fuese responsable de la conti-
nuación de la guerra.

*Informe
de la comisión
sobre Macedonia.*

*Medidas
del senado.*

*Discurso
de Emilio Paulo*

Partieron éstos al cabo de tres días junto 20
con los embajadores de Alejandría, y el
último día de las *Quinquatres*³⁷⁴ llegaron
de Macedonia los miembros de la comi-
sión. Eran tan esperados que, de no haber
estado ya anocheciendo, los cónsules ha-
brían convocado al senado en el acto. Al 2
día siguiente se reunió el senado y se escuchó a los comisio-
nados. Éstos informaron de que el ejército había penetrado
en Macedonia por desfiladeros intransitables, con mayores
riesgos que ventajas. La Pieria, hasta donde había llegado 3
su avance, estaba en poder del rey; los campamentos estaban
tan cerca uno del otro que sólo los separaba el curso del río
Elpeo. Ni el rey ofrecía la posibilidad de combatir, ni los
nuestros tenían fuerza para obligarle. Además había llegado 4
el invierno, interrumpiendo el desarrollo de las operaciones.
Se mantenía a los soldados en la inactividad, y no había
trigo más que para seis días. Se comentaba que los macedo-
nios tenían treinta mil hombres armados. Si Apio Claudio 5
hubiese tenido un ejército con suficiente fuerza en las cercanías
de Licnido, habría podido arrastrar al rey a dos frentes
bélicos; pero ahora Apio y las fuerzas que tenía consigo
corrían el mayor peligro si no se enviaba allí, a toda prisa,
un ejército en toda regla o se retiraban de allí aquellas tropas.
Del campamento se habían trasladado a la flota, y habían 6
oído que a una parte de los marinos se los había llevado una
enfermedad, mientras que otra parte, los que eran de Sicilia
sobre todo, había marchado a casa, y había falta de hombres
en las naves; los que quedaban no habían recibido la paga
militar ni tenían qué ponerse. Éumenes y su flota, como naves 7
a merced del viento, habían venido sin razón y sin razón se

³⁷⁴ *Quinquatres*: cf. XXVI 27, 1 y nota.

habían ido; había dado la impresión de que la actitud de este rey no era del todo clara. Si en lo que se refiere a Éumenes todo eran dudas, la lealtad de Átalo, según ellos manifestaban, era claramente inalterable.

- 21 Después de escuchar a los enviados, Lucio Emilio dijo
2 que abría un debate a propósito de la guerra. El senado decretó que los cónsules y el pueblo eligieran para las ocho legiones un número igual de tribunos; pero decidió que aquel año no se eligiera a nadie que no hubiera desempeñado
3 una magistratura. Luego, de entre todos los tribunos militares, Lucio Emilio escogería a los que quisiera para las dos legiones destinadas a Macedonia, y una vez celebradas las Ferias Latinas marcharían a sus destinos el cónsul Lucio Emilio y el pretor Gneo Octavio, al que había correspondido el mando
4 de la flota. A estos dos se sumó un tercero, el pretor Lucio Anicio, que tenía la jurisdicción sobre los extranjeros; se decidió que fuera a suceder a Apio Claudio en su destino del
5 Ilírico en la región de Licnido. Se hizo recaer sobre el cónsul Gayo Licinio la responsabilidad del reclutamiento. Recibió orden de alistar siete mil ciudadanos romanos y doscientos
6 jinetes y exigir a los aliados latinos siete mil soldados de
7 infantería y cuatrocientos de caballería, y, también, de comunicar por carta a Gneo Servilio, que tenía el mando en la
8 provincia de la Galia, que alistara seiscientos jinetes. Se le dio orden de enviar cuanto antes este ejército a su colega a Macedonia. En esta provincia había tan sólo dos legiones; se completarían sus efectivos de modo que tuvieran seis mil
9 infantes y trescientos jinetes cada una; los restantes soldados de a pie y de a caballo serían distribuidos en guarniciones.
9 De éstos, los que no fuesen aptos para el servicio militar serían licenciados. También se exigieron a los aliados diez mil
10 infantes y ochocientos jinetes. Se asignó a Anicio este refuerzo, aparte de las dos legiones que tenía orden de llevar a Mace-

donia, y que contaba cada una con cinco mil doscientos infantes y trescientos jinetes. También fueron alistados cinco mil marinos para la flota. El cónsul Licinio recibió orden de 11 hacerse cargo de su provincia con dos legiones, añadiéndoles diez mil aliados de infantería y seiscientos de caballería.

Aprobados los senadoconsultos, el cónsul Lucio Emilio 22 salió de la curia para dirigirse a la asamblea del pueblo y pronunció el siguiente discurso: «Creo haber observado, 2 Quirites, que se me dieron más parabienes cuando me tocó en suerte la provincia de Macedonia que cuando fui proclamado cónsul o el día en que tomé posesión de la magistratura, y la única explicación radica en que pensasteis que yo podría 3 dar a la guerra de Macedonia, que se alarga en demasía, un digno desenlace acorde con la majestad del pueblo romano. Espero que también los dioses hayan propiciado este resultado del sorteo y que me asistirán, igualmente, en el desarrollo de las operaciones. Esto puedo en parte presagiarlo y en par- 4 te esperarlo; lo que sí me atrevo a afirmar como cierto es que pondré todo mi empeño para que no resulten fallidas las ilusiones que sobre mí os habéis hecho. En cuanto a las cosas 5 que se necesitan para la guerra, el senado ha adoptado sus resoluciones y, además, puesto que se quiere que mi partida sea inmediata y por mi parte no se va a retrasar, mi colega Gayo Licinio, hombre eminente, hará los preparativos con tanto celo como si fuera él mismo quien fuese a dirigir aquella campaña. Vosotros dad crédito únicamente a lo que 6 yo comunique por escrito, al senado y a vosotros, y guardaos de dar pábulo con vuestra credulidad a los rumores de los que nadie se haga responsable. Pues ciertamente en los 7 tiempos actuales, y lo mismo he notado que ocurre comúnmente, pero sobre todo en esta guerra, nadie está tan por encima de las habladuras como para que no puedan minarle la moral. En todos los corrillos, e incluso, ¡los dioses nos 8

valgan!, en los banquetes, hay alguien capaz de llevar los ejércitos a Macedonia, que sabe dónde se debe emplazar el campamento, qué posiciones se deben ocupar con guarniciones, en qué momento o por qué desfiladero se debe penetrar en Macedonia, dónde se deben colocar los graneros, cuáles son las rutas, por tierra y por mar, para hacer llegar los avituallamientos, en qué momento procede entrar en combate con el enemigo, cuándo es mejor quedarse quieto.

- 9 Y no sólo dictaminan qué se debe hacer, sino que acusan al cónsul, como si se tratara de un proceso, de todo aquello que se haya hecho de modo distinto a como ellos opinaron.
- 10 Estos comentarios son un grave inconveniente para quienes están al cargo de las operaciones, pues no todo el mundo tiene una actitud tan firme y constante como la tuvo Quinto Fabio³⁷⁵, que prefirió que la ligereza de la gente restringiera su mando antes que prestar un mal servicio al Estado para
- 11 ganar popularidad. Yo, Quirites, no soy de los que piensan que no hay que hacer recomendaciones a los generales; pero a quien actúe siempre teniendo sólo en cuenta su propio criterio lo considero un presuntuoso más que un sabio.
- 12 ¿Cuál es, entonces, la conclusión? Los generales han de ser aconsejados en primer lugar por personas competentes, por los expertos en cuestiones específicamente militares y por los que han aprendido de la experiencia; en segundo lugar, por aquellos que intervienen en el curso de las operaciones, que ven el terreno, el enemigo, las circunstancias propicias, que comparten el peligro, por así decirlo, en el mismo barco.
- 13 Por consiguiente, si hay alguien que esté convencido de poder aconsejarme en lo que es interés del Estado en esa guerra que voy a hacer, que no niegue su colaboración a la

³⁷⁵ Quinto Fabio Máximo Cunctátor, dictador en 217. Véase el episodio en XXII 25-26.

república y que se venga conmigo a Macedonia. Yo le proporcionaré nave, caballo, tienda, incluso dinero para el viaje; el que tenga reparos en hacerlo y prefiera el descanso 14 de la ciudad a las fatigas de la milicia, que no maneje el timón desde tierra. La ciudad por sí misma proporciona 15 suficientes temas de conversación; que limite su locuacidad a esos temas, que sepa que me daré por contento con los consejos recibidos en el campamento». Inmediatamente des- 16 pués de este discurso y de la celebración ritual en el monte Albano del sacrificio de las Ferias Latinas, que tuvieron lugar la víspera de las calendas de abril, tanto el cónsul como el pretor Gneo Octavio partieron hacia Macedonia. Según está recogido en la tradición, se congregó en torno al 17 cónsul una multitud de acompañantes más numerosa de lo habitual, y la gente, con una esperanza que era casi certeza, presagiaba el fin de la guerra macedónica y un pronto regreso del cónsul con un triunfo glorioso.

<p><i>Oriente:</i> <i>Perseo busca</i> <i>la alianza</i> <i>con Gencio,</i> <i>Antíoco y Éumenes</i></p>	<p>Mientras que en Italia ocurrían estos 23 hechos, Perseo no acababa de decidirse a llevar hasta el final la operación que había comenzado ³⁷⁶ —atraer a una alianza a Gencio, el rey de los ilirios—, porque había que hacer un desembolso de dinero. Pero cuando advirtió 2 que los romanos habían penetrado en el desfiladero y que se avecinaba el momento decisivo de la guerra, pensó que la operación no admitía más demora y, después de pactar a través de su enviado Hipias el pago de trescientos talentos de plata condicionado a un canje de rehenes, envió a Pantauco, uno de sus más fieles amigos, a ultimar estos extremos.</p>
--	--

³⁷⁶ Cf. XLIII 20, 2-4.

3 En Meteón³⁷⁷, en territorio de Labeátide, Pantauco se encontró con el rey ilirio, y allí recibió del rey el juramento y los rehenes. Gencio, por su parte, envió un embajador llamado Olimpión a requerir de Perseo el juramento y los
4 rehenes. Con éste fueron enviados otros para recoger el dinero, y, a propuesta de Pantauco, los elegidos para ir a Rodas como embajadores acompañando a los macedonios fueron
5 Parmenión y Morco. Se les dieron instrucciones de partir para Rodas sólo después de recibir el juramento, los rehenes y el dinero: en nombre de los dos reyes juntos se podía
6 impulsar a los rodios a la guerra contra los romanos. La incorporación de la ciudad que entonces monopolizaba la gloria del poder naval dejaría a los romanos sin esperanza
7 alguna ni por tierra ni por mar. Al llegar los ilirios salió Perseo de su campamento a orillas del río Elpeo con toda la
8 caballería y se encontró con ellos cerca de Dión. Allí se dio cumplimiento a lo acordado, estando los jinetes de la columna desplegados en torno, pues el rey quería que asistiesen a la ratificación del tratado de alianza con Gencio por estar convencido de que este acontecimiento contribuiría bastante
9 a elevarles la moral. También se hizo a la vista de todos el intercambio de rehenes, y, después de mandar a Pela a los que debían recibir el dinero del tesoro real, los que debían ir a Rodas acompañando a los embajadores ilirios recibieron
10 orden de embarcar en Tesalónica. Allí se encontraba Metrodoro, que había llegado recientemente de Rodas y que, basándose en la autoridad de Dinón y Poliarato, principales de dicha ciudad, aseguraba que los rodios estaban preparados para la guerra. Él fue puesto al frente de la embajada conjunta con los ilirios.

³⁷⁷ Cerca del actual Medun.

Simultáneamente se envió a Éumenes y Antíoco un mismo 24
mensaje, el que se podía hacer al hilo de las circunstancias:
un Estado libre y un rey eran irreconciliables por naturaleza.
El pueblo romano los atacaba uno a uno, y además, lo cual 2
es inadmisibile, atacaba a los reyes con las fuerzas de los
reyes. Su padre había sido aplastado con la ayuda de Átalo; 3
con la colaboración de Éumenes y, en cierta medida, también
de su padre Filipo, había sido atacado Antíoco; ahora se
habían levantado en armas contra él tanto Éumenes como
Prusias. Si el reino de Macedonia era eliminado, a continuación 4
le tocaría a Asia, de la que ya se habían adueñado en parte
con el pretexto de liberar las ciudades, y después a Siria. Ya 5
se rendían a Prusias más honores que a Éumenes, ya Antíoco,
victorioso, era alejado de Egipto, su recompensa de guerra.
Los invitaba a reflexionar sobre estos hechos y a dar pasos 6
para instar a los romanos a hacer la paz con él o, en caso de
que se obstinasen en aquella guerra injusta, considerarlos
enemigos comunes de todos los reyes. En el caso de Antíoco 7
el mensaje era patente; en el caso de Éumenes iba bajo la
apariencia de un intermediario enviado para el rescate de
prisioneros; de hecho se trataban algunas propuestas más
secretas que enredaron a Éumenes, que, por cierto, de mo-
mento ya suscitaba recelos y era mal visto por los romanos,
en acusaciones falsas y más graves. Fue considerado, en 8
efecto, como un traidor y casi un enemigo mientras los dos
reyes rivalizaban en trampas y avaricia tratando de engañarse
mutuamente. Uno de los íntimos de Éumenes era el cretense 9
Cidas. Éste había tenido conversaciones primero en Anfípolis
con un tal Quimaro, paisano suyo, que servía en el ejército
de Perseo, y luego en Demetriadé, al pie mismo de las
murallas de la ciudad, una vez con un tal Menécrates y otra
con Antímaco, uno y otro generales del rey. También Hero- 10
fonte, el que fue enviado en esta ocasión, se había encargado

ya anteriormente de dos misiones asimismo ante Éumenes.

11 Estas entrevistas clandestinas y estas embajadas suscitaban, sin duda, comentarios negativos, pero no se sabía qué se había tratado o a qué acuerdos habían llegado los reyes. Pues bien, las cosas ocurrieron como sigue.

25 Éumenes no fue partidario de una victoria de Perseo ni tuvo intención de favorecerla en el curso de la guerra, no tanto porque la enemistad que había entre ellos fuera una herencia paterna como porque habían encendido su llama
2 con una animosidad personal. La rivalidad entre los reyes no era como para que Éumenes viera con resignación que Perseo alcanzara todo el poder y toda la gloria que le estaban
3 reservados si los romanos eran derrotados. Observaba también que Perseo, desde el comienzo mismo de la guerra, había tanteado por todos los medios la posibilidad de la paz, y, a medida que pasaban los días y la amenaza estaba más cerca,
4 no hacía ni pensaba en ninguna otra cosa; tampoco a los romanos, tanto a los propios generales como al senado, dado que la guerra se prolongaba más de lo que ellos espe-
5 raban, les disgustaría la idea de poner fin a una guerra tan llena de inconvenientes y de dificultades. Comprobada esta disposición de ánimo de las dos partes, convencido de que esto era algo que podía llegar espontáneamente por cansancio del más fuerte y miedo del más débil, le entraron ganas de poner precio a su colaboración en el restablecimiento de la
6 paz. Así pues, mercadeaba con una recompensa, a cambio, unas veces, de no ayudar a los romanos en la guerra por tierra o por mar y otras de propiciar la paz con los romanos: por no intervenir en la guerra, mil talentos; por propiciar la
7 paz, mil quinientos. En uno y otro caso se mostraba dispuesto no sólo a comprometer su palabra sino a entregar rehenes.
8 Bajo la presión del miedo, Perseo se mostraba enteramente dispuesto a poner en marcha la operación y trataba de que

se hiciese sin demora la entrega de rehenes; se había convenido que una vez en sus manos serían enviados a Creta. Pero cada 9 vez que se pasaba a hablar del dinero, entonces se mostraba vacilante. Tratándose de reyes de tanto prestigio, afirmaba, el abono de dinero, al menos en el primero de los supuestos, era algo sórdido y vergonzoso para quien lo entregaba y más aún para quien lo recibía; por la esperanza de paz con Roma 10 no rehusaba el gasto, pero entregaría el dinero una vez cumplido el objetivo; mientras tanto lo depositaría en el templo de Samotracia. Como esta isla estaba bajo el dominio 11 de Perseo, Éumenes veía que no había ninguna diferencia entre que el dinero estuviera allí o en Pela, y de lo que trataba era de llevarse una parte en el acto. Así, después de 12 intentar en vano engañarse mutuamente, no consiguieron más que descrédito.

*Perseo
incumple
sus promesas
a los galos
y a Gencio*

Y no fue ésta la única oportunidad que 26 Perseo dejó escapar por avaricia, cuando mediante el desembolso de dinero habría podido conseguir a través de Éumenes una paz que debería haber sido recuperada incluso a costa de una parte de su reino, o bien, en caso de ser engañado, desenmascarar a su adversario con el dinero encima aún, volviendo contra él la hostilidad de los romanos. Pero por avaricia dejó escapar primero la alianza con el rey 2 Gencio cuando estaba a punto y, después, la valiosísima ayuda ofrecida por los galos que se habían extendido por el Ilírico. Estaban en camino diez mil soldados de caballería 3 y otros tantos de infantería que corrían tan rápido como los caballos y a su vez cogían para combatir los caballos sin jinete cuando éste caía. Se había pactado con ellos la cantidad 4 de diez monedas de oro, al contado, para cada jinete, cinco para cada infante y mil para su jefe. Cuando éstos se acerca- 5

ban, salió Perseo de su campamento del Elpeo con la mitad de sus tropas para ir a su encuentro y comenzó a mandar instrucciones a todos los pueblos y ciudades situadas cerca del camino para que preparasen provisiones de modo que 6 hubiera trigo, vino y ganado en abundancia. Él, por su parte, llevaba caballos y fáleras y capotes militares como obsequio para los jefes y una pequeña cantidad de oro para repartir entre unos pocos, convencido de que con la esperanza podría 7 atraer a la multitud. Llegó hasta la ciudad de Almaná³⁷⁸ y acampó a orillas del río Axio. El ejército de los galos había acampado en las cercanías de Desudaba³⁷⁹, en la Médica, a 8 la espera del dinero convenido. Envioó hasta allí a Antígono, uno de sus dignatarios, a dar instrucciones de que la tropa de los galos fuese a acampar a Bilazora³⁸⁰ —es ésta una localidad de Peonia— y que los jefes, en bloque, se presentasen a él. Estaban a una distancia de setenta y cinco millas 9 del río Axio y del campamento del rey. Antígono les transmitió estas instrucciones y además se refirió a la abundancia de provisiones de todas clases que iban a encontrar a lo largo de la ruta, preparadas por la previsión del rey, así como a los obsequios en ropa, plata y caballos con que el rey iba a recibir a los jefes cuando llegaran. Ellos respondieron que, sin duda, esto lo verían personalmente en su momento, 10 y preguntaron por el abono inmediato de lo que habían pactado; ¿había traído consigo el oro que debía ser entregado 11 a cada infante y a cada jinete? Como a esto no se dio ninguna respuesta, Clondico, su régulo, dijo: «Márchate, pues, y haz saber al rey que sin haber recibido el oro y los rehenes, los galos a partir de aquí no darán ni un paso hacia

³⁷⁸ Posiblemente cerca de Idomene. El Axio es el Vardar.

³⁷⁹ Cerca de Kumanovo.

³⁸⁰ Actual Titov Veles.

ninguna parte». Cuando fue informado de esta respuesta, el 12 rey convocó el consejo y, como resultaba evidente qué era lo que iban a aconsejar todos, él, mejor guardián de su dinero que de su reino, se puso a disertar acerca del carácter desleal y salvaje de los galos, comprobado ya en el pasado con los desastres de muchos pueblos; era peligroso dejar que en- 13 trase en Macedonia una multitud tan numerosa, no fueran a crear más problemas ellos como aliados que los romanos como enemigos. Era suficiente con cinco mil jinetes; podrían 14 emplearlos en la guerra, y además no tendrían miedo de su número.

Era evidente para todos que lo que le preocupaba era el 27 dinero y nada más, pero como nadie se atrevió a hacer sugerencias cuando los consultó, de nuevo se envió a Antigono con el mensaje de que el rey únicamente utilizaría los servicios de cinco mil jinetes, que no retenía a los demás. Cuando los bárbaros oyeron esto hubo murmullos de pro- 2 testa entre los demás, indignados por el hecho de que se les hubiera sacado para nada de sus lugares de residencia; de nuevo preguntó Clondico si a esos cinco mil les hacía efectivo lo convenido. En vista de que también a esta pregunta se 3 respondía con una mezcla de evasivas, emprendieron la vuelta en dirección al Histro, sin maltratar al falaz mensajero, posibilidad que él mismo no tenía esperanzas de que ocurriera, pero arrasando por completo la parte de Tracia que estaba próxima a su ruta. Si el rey hubiera hecho que estas tropas 4 pasaran a Tesalia a través del desfiladero de Perrebia mientras él permanecía acampado tranquilamente enfrente de los romanos junto al Elpeo, habría podido no sólo saquear los campos dejándolos desnudos para que los romanos no esperaran provisiones de allí, sino también destruir las ciudades, 5 mientras Perseo retenía a los romanos junto al Elpeo evitando que pudieran prestar ayuda a las ciudades aliadas. Incluso 6

los romanos habrían tenido que preocuparse de sí mismos, pues no hubieran podido ni quedarse una vez perdida Tesalia, de donde se aprovisionaba el ejército, ni seguir adelante, 7 dado que enfrente estaba el campamento macedonio. Al dejar escapar este refuerzo, Perseo debilitó considerablemente la moral de los macedonios, que estaban pendientes de esta 8 posibilidad. La misma tacañería indispuso al rey Gencio. En efecto, cuando hizo efectivos en Pela los trescientos talentos a los enviados de Gencio, permitió que éstos pusieran su 9 marca en el dinero; después envió diez talentos a Pantauco con orden de entregárselos al rey inmediatamente; en cuanto al resto del dinero, en el que habían puesto su marca los ilirios, ordenó que sus portadores lo llevaran en etapas 10 cortas y que luego, cuando llegasen a la frontera de Macedonia, se parasen y esperasen allí a sus mensajeros. Recibida 11 una pequeña parte del dinero, Gencio, que continuamente era incitado por Pantauco para que provocase a los romanos con una acción hostil, metió en prisión a los embajadores Marco Perpena y Lucio Petilio, que casualmente acababan 12 de presentarse a él. Enterado de ello, Perseo pensó que se había puesto en el brete de tener que hacer la guerra a los romanos en cualquier caso y envió un mensajero para hacer que diera la vuelta el encargado del transporte del dinero. Era como si no tuviera otro propósito que reservar a los romanos el mayor botín posible para después de su propia 13 derrota. También regresó Herofonte de su entrevista con Éumenes sin que se conociera el contenido de sus negociaciones secretas. Los macedonios hicieron correr el rumor de que se había hablado de prisioneros, y Éumenes, por su parte, dio esta misma información al cónsul, para evitar sospechas.

*Ofensiva naval
de Perseo.
Embajadas
de Perseo y
Gencio
a Rodas*

Frustradas sus esperanzas tras la vuelta 28
de Herofonte de su entrevista con Éume-
nes, Perseo envió a Ténedos a los prefectos
de la flota Anténor y Calipo con cuarenta
lembos —número éste al que se habían
añadido cinco *pristes*³⁸¹.— para que prote- 2
gieran desde allí a las naves que se dirigían a Macedonia
cargadas de trigo, dispersas entre las islas Cícladas. Las naves 3
fueron botadas en Casandrea; primero hicieron escala en los
puertos situados al pie del monte Atos, y desde allí cruzaron
a Ténedos con mar en calma, y, sin hacerles daño e incluso
enviándoles saludos amistosos, dejaron marchar a las naves
rodías descubiertas que estaban fondeadas en el puerto y a
su prefecto Eudamo. Luego, al tener conocimiento de que en 4
el otro lado de la isla cincuenta naves suyas de transporte
estaban bloqueadas por navíos de espolón de Éumenés fon-
deados en la bocana del puerto bajo el mando de Damio,
rápidamente dio la vuelta a la isla, y alejándose los navíos 5
enemigos ante la amenaza, mandó a Macedonia las naves de
transporte, a las que asignó diez lembos con instrucciones de
escoltarlas y regresar a Ténedos después de ponerlas a salvo.
Ocho días después se incorporaron de nuevo a la flota, que 6
estaba ya fondeada en Sigeo³⁸². De allí cruzaron a Subota³⁸³,
isla situada entre Elea y Quíos. Se dio la coincidencia de que, 7
al día siguiente de recalar la flota en Subota, treinta y cinco
naves de las llamadas «hipagogos»³⁸⁴, que habían salido de

³⁸¹ Naves de guerra, no de transporte. Otras veces Livio lo traduce por *navis rostrata* (nave de espolón).

³⁸² Al nordeste de Ténedos, en la costa de Asia Menor.

³⁸³ No es segura su localización.

³⁸⁴ Etimológicamente, «para llevar caballos»; con capacidad para 30 cada nave.

Elea con jinetes galos y caballos, pasaban rumbo a Fanas³⁸⁵, promontorio de Quíos, desde donde podrían proseguir hacia
8 Macedonia. Se las enviaba Éumenes a Átalo. Cuando Anténor recibió la señal de su paso por alta mar transmitida desde un puesto de vigía, zarpó de Subota y les salió al paso en el lugar en que el estrecho entre el Cabo de Eritras y Quíos es
9 más angosto. Lo que menos pensaban los prefectos de Éumenes era que la flota macedonia anduviese por aquel mar: debía de tratarse de romanos, o de Átalo, o de alguien enviado por Átalo que iba rumbo a Pérgamo desde el campamento romano. Pero cuando ya no dejó lugar a dudas la forma de los lembos que estaban aproximándose, y el vivo ritmo del movimiento de los remos y la orientación de las proas, de frente, hicieron evidente que se acercaban enemigos,
10 entonces se produjo una reacción de pánico. Como no había ninguna esperanza de resistir, y sus embarcaciones eran de un tipo poco maniobrable, y los galos soportaban mal el mar
11 incluso cuando está en calma, algunos de ellos, los que estaban más próximos a tierra, llegaron a nado al territorio de Eritras, otros izaron las velas y atracaron las naves en Quíos, y abandonando los caballos se dirigían a la ciudad huyendo
12 en total confusión. Pero como los lembos desembarcaron las tropas en un lugar más cercano y de más fácil acceso a la ciudad, los macedonios atraparon a los galos y los hicieron pedazos, a unos cuando huían y a otros delante de la puerta, pues no pudieron entrar debido a que los habitantes de Quíos habían cerrado sus puertas al no saber quiénes eran
13 los que huían y quiénes los perseguidores. Cerca de ochocientos galos fueron muertos y doscientos fueron apresados vivos. Una parte de los caballos se perdió en el mar, y a otros les cortaron los tendones en la orilla los macedonios.

³⁸⁵ Cf. XXXVI 43, 11.

Anténor ordenó a los mismos lembos que había enviado la 15 vez anterior que transportaran a Tesalónica los diez caballos de mejor presencia junto con los prisioneros y que volvieran cuanto antes a unirse a la flota; él los esperaba en Fanas. La flota estuvo anclada casi tres días cerca de la ciudad. Luego 16 prosiguieron hasta Fanas, y cuando regresaron los diez lembos —más deprisa de lo que se esperaba— navegaron hasta Delos a través del mar Egeo.

Mientras se desarrollaban estas operaciones, los enviados 29 romanos Gayo Popilio, Gayo Decimio y Gayo Hostilio³⁸⁶ zarparon de Cálcide con tres quinquerremes y llegaron a Delos, y allí se encontraron con los cuarenta lembos macedonios y las cinco quinquerremes del rey Éumenes. El carácter 2 sagrado de la isla les garantizaba a todos la inviolabilidad³⁸⁷, de ahí que anduvieran entremezclados por el templo los romanos, los macedonios y los marinos de Éumenes, pues la santidad del lugar les ofrecía una tregua. Anténor, el prefecto 3 de Perseo, cada vez que se transmitía desde las atalayas la señal del paso de algún navío de carga por alta mar, saliendo 4 en su persecución personalmente con algunos de los lembos o por medio de los que estaban distribuidos por las Cícladas hundía o despojaban cualquier nave que no se dirigiera a Macedonia. Popilio acudía en ayuda de los navíos con cuantas naves le era posible, suyas o de Éumenes; pero los macedonios se les escapaban, pasando de noche la mayoría 5 de las veces en grupos de dos o tres lembos. Por las mismas 6 fechas llegaron a la vez a Rodas los embajadores macedonios e ilirios; su misión se vio reforzada no sólo por la llegada de los lembos que patrullaban por las Cícladas y el mar Egeo, sino además por el acuerdo entre los reyes Perseo y Gencio

³⁸⁶ Cf. *supra*, 29, 13.

³⁸⁷ Es decir, ofrecía derecho de asilo.

y la noticia de que llegaba un gran número de galos de 7 infantería y caballería. Como, por otra parte, Dinón y Poliarato, que eran partidarios de Perseo, contaban con más adhesiones, aparte de dar una respuesta amistosa a los reyes se hizo una declaración pública manifestando que los rodios, 8 con su autoridad, iban a poner fin a la guerra; que, por consiguiente, también los propios reyes se dispusiesen a aceptar tranquilamente la paz.

30 *Tiranía de* Era ya el comienzo de la primavera, y
 Gencio. los nuevos generales habían llegado a sus
 Victoria romana destinos, el cónsul Emilio a Macedonia,
 en Iliria. Octavio a Oreó, a la flota, y Anicio, que
 Captura tenía que hacer la guerra contra Gencio,
 de Gencio al Ilírico. Hijo del rey de los ilirios Pléu-
 2 rato³⁸⁸ y de Eurídice, Gencio tuvo dos hermanos, Plator,
 hijo de los mismos padres, y Caravancio, hermano por parte
 3 de madre. Como este último, debido al humilde origen de
 su padre, suscitaba en él menos recelos, dio muerte a Plator
 y a dos amigos suyos, Etrito y Epicado, hombres competentes,
 4 para reinar con mayor tranquilidad. Circuló el rumor de que
 envidiaba a su hermano porque se había comprometido con
 Etuta, hija de Monuno, rey de los dárdanos, y suponía que
 con este matrimonio tendría el apoyo del pueblo dárdano; el
 5 Plator hizo muy verosímil esta suposición. Después, liberado
 del temor a su hermano, comenzó a oprimir a sus compa-
 triotas; además, su incontinencia con el vino inflamaba su
 6 carácter, violento por naturaleza. Pues bien, empujado a la
 guerra contra los romanos como queda dicho, concentró en
 Liso todas sus tropas. Eran quince mil hombres en armas.

³⁸⁸ Pléurato II, que reinó desde 206 hasta 180.

Desde allí envió a su hermano con mil hombres de a pie y 7 cincuenta de a caballo a someter por la fuerza o por miedo al pueblo de los cavios y él marchó hacia la ciudad de Basania³⁸⁹, situada a cinco millas de Liso. Era aliada de los 8 romanos, por lo cual, aunque fue tanteada por los mensajeros que se enviaron por delante, prefirió sufrir asedio antes que rendirse. Cuando Caravancio llegó al país de los cavios, la 9 ciudad de Durnio³⁹⁰ lo recibió amistosamente; otra ciudad, Caravandis, le cerró las puertas, y cuando se dedicaba a devastar sus campos a discreción, algunos soldados dispersos fueron muertos en un ataque de los campesinos. También por 10 entonces Apio Claudio, tras incorporar al ejército con que contaba las tropas auxiliares de bulinos³⁹¹, apoloniatas y dirraquinos, había abandonado los cuarteles de invierno y estaba acampado en las cercanías del río Genuso³⁹². Al ente- 11 rarse de la alianza entre Perseo y Gencio y de la ofensa por los malos tratos a los enviados se encendió de rabia, decididamente dispuesto a hacer la guerra contra Gencio. El pro- 12 pretor Anicio, que entonces estaba en Apolonia, se enteró de lo que estaba ocurriendo en el Ilírico, mandó por delante una carta a Apio para que le esperase junto al Genuso y él llegó al campamento en tres días; y después de añadir a las 13 fuerzas auxiliares dos mil combatientes partinos de infantería y doscientos de caballería —Epicado mandaba a los infantes y Algalso a los jinetes— se disponía a marchar sobre el Ilírico con el especial propósito de liberar del asedio a los basanitas. La noticia de que había unos lembos devastando la costa frenó su impulso. Eran ochenta lembos enviados por 14

³⁸⁹ ¿Actual Pëdahne?

³⁹⁰ Desconocida, lo mismo que Caravandis.

³⁹¹ Vivían entre Orico y Apolonia.

³⁹² Actualmente Skumbi, en Albania.

Gencio, a propuesta de Pantauco, para hacer botín en los
15 campos de los dirraquinos y los apoloniatas. Entonces la
flota ...³⁹³ se rindieron.

31 Poco después las ciudades de la región también hacían
otro tanto, viéndose favorecida esta tendencia por la clemencia y la equidad mostradas por el pretor romano en
2 todos los casos. Llegó luego a Escodra, que era el centro
de la guerra, no sólo porque Gencio la había convertido en
una especie de ciudadela de todo su reino, sino porque es,
con gran diferencia, la plaza mejor fortificada de la nación
3 de los labeates y su acceso es difícil. La rodean dos ríos, el
Clausal³⁹⁴, que discurre por el lado este, y el Barbana³⁹⁵, por
4 el oeste, que nace en el lago Labeátide. Estos dos ríos
confluyen y vierten sus aguas en el río Oriunde³⁹⁶, que nace
en el monte Escordo y se alimenta de otros muchos afluentes,
5 hasta a desembocar en el Adriático. El monte Escordo es
con mucho el más alto de aquella región y a sus pies se
extienden por el este Dardania, por el sur Macedonia y por
6 el oeste el Ilírico. Aunque la ciudad tenía la protección
natural de su emplazamiento y era defendida por toda la
nación iliria y por el propio rey, el pretor romano, sin
embargo, como las primeras operaciones habían tenido éxito
pensó que la suerte de toda la empresa seguiría el mismo
camino y que resultaría efectivo un golpe inesperado, y
avanzó hacia las murallas con el ejército en orden de batalla.
7 Si sus habitantes hubiesen cerrado las puertas y defendido
las murallas y los torreones de las puertas colocando hombres
armados, habrían rechazado de las murallas a los romanos

³⁹³ Se perdió una hoja del manuscrito; en ella se relataría la victoria naval de Anicio.

³⁹⁴ El actual Kiri.

³⁹⁵ Hoy Bojana.

³⁹⁶ El Drin.

frustrando el intento; pero salieron de puertas afuera y 8
entablaron combate, poniendo más moral en comenzar lo
que en sostenerlo. Rechazados, en efecto, y apelotonados en 9
su huida, cuando habían caído a la entrada misma de la
puerta más de doscientos, provocaron tal pánico que Gencio
inmediatamente envió al pretor unos parlamentarios, Teutico
y Belo, hombres principales de aquella nación, para pedir
una tregua que le permitiera deliberar acerca de su situa-
ción. Concedidos tres días con ese fin, como el campamento 10
estaba a unos quinientos pasos de la ciudad subió a una
embarcación y navegó por el río Barbana hasta el lago de los
labeates en busca, aparentemente, de un lugar apartado
para reflexionar, pero en realidad, como después quedó 11
demostrado, animado por la vana esperanza de que estaba
al llegar su hermano Caravancio con los muchos miles de
hombres armados que había reunido en el país adonde
había sido enviado. Al resultar falso este rumor, 12
bajó tres días después en la misma nave siguiendo la corriente
del río hasta Escodra y mandó por delante unos mensajeros
para pedir que se le concediera la oportunidad de dirigirse al
pretor; concedida la entrevista, acudió al campamento. Co- 13
menzó su discurso reconociendo su propia estupidez, y,
deshaciéndose al final en ruegos y lágrimas, se echó a los
pies del pretor y se puso en sus manos. De momento se le 14
dijo que se animase y luego incluso fue invitado a cenar, y
regresó a la ciudad junto a los suyos. Aquel día fue el
invitado de honor del pretor en un banquete, y a continuación 15
fue entregado al tribuno militar Gayo Casio para su custodia.
Él, un rey, había recibido de otro rey diez talentos, escasa-
mente la paga de un gladiador, para verse reducido a aquella
situación.

Después de recibir la sumisión de Escodra, lo primero 32
que hizo Anicio fue dar orden de buscar y conducir a su

2 presencia a los embajadores Petilio y Perpena. Tras devol-
 verles la dignidad de su rango envió inmediatamente a Per-
 3 pena a detener a los amigos y parientes del rey. Partió hacia
 Meteón, ciudad del país de los labeates, y volvió al campamento, a Escodra, trayendo a Etleva³⁹⁷, la esposa, con sus
 dos hijos Escerdiledo y Pléurato, y a Caravancio, el hermano.
 4 Finalizada la guerra del Ilírico en un plazo de treinta días,
 Anicio envió a Roma a Perpena como mensajero de la
 victoria y pocos días después al propio rey Gencio con la
 5 madre, la esposa, los hijos, el hermano y otros jefes ilirios. Fue
 ésta la única guerra de la que se conoció en Roma el final
 antes que el comienzo.

*Preparativos de
 Perseo.*

*Preparativos
 de Emilio Paulo*

Por las fechas en que ocurrían estos hechos vivía también Perseo momentos de temor debido a la llegada simultánea del nuevo cónsul, Emilio, que, según había oído, se estaba acercando con serias ame-

6 nazas, y del pretor Octavio. No era menor el miedo que le
 producía la flota romana y el peligro que corría la costa. En
 Tesalónica había una pequeña guarnición de dos mil *caetrati*
 7 bajo el mando de Éumenes y Atenágoras. Allí envió también
 al pretor Androcles con orden de acampar justo al lado de
 8 los astilleros. A Enea fueron enviados mil jinetes con Creonte
 de Antigonea para proteger la zona costera, con la misión de
 prestar ayuda a los habitantes del campo en cualquier punto
 de la costa en que se enterasen de que habían arribado con
 9 sus naves los enemigos. Para la guarnición de Pitos y Petra
 fueron enviados cinco mil macedonios mandados por Histeo,
 10 Teógenes y Midonte. Tras la partida de éstos se dedicó a
 fortificar la orilla del río Elpeo, porque se podía atravesar

³⁹⁷ Sin embargo, cf. *supra*, 30, 4.

por estar seco el cauce. Con el objeto de que toda su gente 11
estuviese disponible para esta tarea requisó mujeres en las
ciudades vecinas que traían alimentos al campamento; los
soldados recibieron orden de ... ³⁹⁸ de los bosques cercanos ...

... acarrear... Por último ordenó ³⁹⁹ a los aguadores que 33
lo siguieran hasta el mar, que estaba a menos de trescientos
pasos, y que cavaran hoyos en distintos puntos de la playa
a intervalos regulares. La considerable altura de las mon- 2
tañas, unida a la especial circunstancia de que no hacían
emerger ninguna corriente visible, daba pie a esperar que
hubiera venas acuíferas ocultas que manaran hasta el mar
mezclándose con sus aguas. Apenas se había retirado la arena 3
de la superficie cuando comenzaron a brotar hilos de agua
débiles y turbios al primipilo y chorros limpios y abundantes
después, como si fuera un regalo de los dioses. También esta 4
circunstancia contribuyó a reforzar en buena medida entre
los soldados el prestigio y la autoridad del general. A conti-
nuación ordenó a sus hombres que preparasen las armas y él
se adelantó con los tribunos y los primeros centuriones para
examinar los sitios de paso por donde pudieran descender
fácilmente los hombres armados y la subida a la otra orilla
fuera menos pendiente. Tras estudiar suficientemente estos 5
detalles adoptó también otras medidas; en primer lugar se
ocupó de que en el ejército en marcha se ejecutase todo con
disciplina y sin barullo a la menor señal del general; cuando 6
se transmitían de viva voz instrucciones para todos al mismo
tiempo y no todos alcanzaban a oír con claridad, como no
estaban seguros de las órdenes recibidas, unos hacían más

³⁹⁸ Se perdieron dos hojas del código; probablemente se detallarían en ellas los preparativos de Perseo y las medidas adoptadas por el cónsul una vez llegado al campamento de Fila.

³⁹⁹ Emilio Paulo.

de lo que se había ordenado, haciendo añadidos por su cuenta, y otros menos; en seguida surgían gritos discordantes por todas partes, y los enemigos sabían antes que ellos 7 mismos qué era lo que se pretendía. Se decidió, en consecuencia, que el tribuno militar transmitiera la orden por separado al primipilo de la legión, y que éste comunicara lo que había que hacer al más próximo, y luego cada centurión al siguiente en la formación, tanto si la orden tenía que transmitirse de la vanguardia a la retaguardia de la columna 8 como desde los últimos a los de cabeza. Además prohibió, con una disposición innovadora, que los centinelas llevaran el escudo a la guardia nocturna, pues el centinela no iba a combatir, de modo que tuviera que hacer uso de las armas, sino a vigilar, de suerte que, al percatarse de la llegada del enemigo, debía retirarse y llamar a las armas a los demás. 9 Permanecían de pie, con el casco puesto, manteniendo delante el escudo en vertical; luego, cuando estaban cansados, se apoyaban sobre el pilo colocando la cabeza sobre el borde del escudo y dormitaban de pie, de suerte que el enemigo podía avistarlos a distancia por el brillo de las armas y ellos 10 no veían nada. También modificó la costumbre de los puestos de avanzada. Permanecían todos en armas, y los jinetes con los caballos embridados, durante todo el día. Cuando esto ocurría en los días de estío en que el sol abrasa de modo permanente, ellos y los caballos acababan extenuados por tantas horas de calor y lasitud, y a menudo los atacaban los enemigos frescos y les hacían pasarlo mal aunque fuesen 11 inferiores en número. Por ello ordenó que la guardia de la mañana se retirara a mediodía y que otros tomaran el relevo por la tarde; así, nunca podría un enemigo de refresco atacar a unos hombres agotados.

34 Después de convocar la asamblea de soldados y anunciar su decisión de que se cumplieran estas disposiciones, añadió

un discurso acorde con el que había pronunciado en Roma ante la asamblea del pueblo: en un ejército, el único que debe prever y determinar qué procede hacer es el general, bien por sí mismo o bien con aquellos a los que convoca al consejo; quienes no son convocados no deben andar aireando sus consejos ni en público ni en privado. El soldado debe preocuparse de estas tres cosas: mantener su cuerpo con la mayor fortaleza y agilidad; tener las armas a punto, y tener alimentos preparados para una orden repentina. En lo demás debe saber que los dioses inmortales y su general velan por él. En un ejército en el que los soldados deliberan y el general anda a merced de los rumores de la tropa no hay ninguna posibilidad de salvación. Él se encargaría, porque ése es el deber de un general, de proporcionarles la oportunidad de combatir con éxito; ellos no tenían que preguntar en absoluto qué iba a ocurrir en adelante, sino cumplir celosamente sus deberes de soldados cuando se diera la señal. Inmediatamente después de dar estas instrucciones disolvió la asamblea, y todos sin distinción, incluidos los veteranos, reconocían que habían aprendido por primera vez aquel día, como si fueran reclutas, qué es lo que hay que hacer en la vida militar. El alto grado de asentimiento con que escucharon las palabras del cónsul no sólo quedó de manifiesto en comentarios de este estilo, sino que se traducían en resultados prácticos inmediatos. Al poco tiempo no se veía ni un solo soldado inactivo en todo el campamento: unos afilaban las espadas, otros sacaban brillo a los cascos y sus baberoles, otros a los escudos⁴⁰⁰ y corazas, otros se ajustaban las armas y comprobaban la libertad de movimientos con ellas, otros blandían el pilo, otros esgrimían las espadas y probaban su corte, de modo que cualquiera veía fácilmente que, en

⁴⁰⁰ Traducimos *scuta alii loricasque* (ed. Frobeniana, 1535).

cuanto que se les brindase la oportunidad de venir a las manos con el enemigo, la guerra terminaría para ellos con una victoria brillante o con una muerte memorable. Perseo, por su parte, al ver que con la llegada del cónsul, coincidente con el comienzo de la primavera, en el campo enemigo todo era agitación y movimiento como si se tratase de una nueva guerra, que habían levantado su campamento de Fila y lo habían situado en la orilla de enfrente, y que su general hacía salidas, unas veces para inspeccionar sus trabajos, buscando, sin duda, sitios de paso, y otras ...⁴⁰¹ era de los romanos.

- 35 *Embajada rodia* Esta noticia elevó la moral de los roma-
 ante Emilio nos y provocó una alarma considerable en
 2 *Paulo.* los macedonios y en su rey. En un principio
 Operaciones trató de mantener en secreto dicho acon-
 menores tecimiento enviando mensajeros a Pan-
 en el Elpeo tauco, que venía de allí, para prohibirle que
 3 se acercara al campamento. Pero ya habían sido vistos por
 sus familiares algunos niños que eran conducidos entre los
 rehenes ilirios, aparte de que, cuanto más empeño se pone
 en ocultar algo, más fácil es que trascienda, por la locuacidad
 de los que están al servicio de los reyes.
 4 En torno a las mismas fechas se presentaron en el cam-
 pamento unos embajadores rodios con las mismas propuestas
 de paz que habían suscitado en Roma una profunda irritación
 entre los senadores. Mucho más viva fue la animosidad con
 5 que fueron oídos por el consejo castrense. Así, mientras unos
 opinaban que los embajadores debían ser encarcelados y

⁴⁰¹ En esta laguna, debida a la pérdida de una hoja del manuscrito, se contarían los preparativos del rey y del cónsul junto al Elpeo, así como la difusión de la noticia de la derrota de Gencio.

otros que debían ser sacados a viva fuerza del campamento sin darles respuesta, el cónsul declaró que les contestaría pasados quince días. Entretanto, para que quedase claro el efecto que había tenido la autoridad de los rodios con su propuesta de paz, se puso a hacer consultas sobre la manera de conducir la guerra. Algunos, especialmente los más jóvenes, eran partidarios de un golpe de fuerza a través de la orilla del Elpeo y sus fortificaciones: si se lanzaba un ataque en formación cerrada con una sola columna, no podrían resistirles los macedonios, que el año anterior habían sido desalojados de tantos enclaves, bastante más elevados y mejor fortificados, en los que se habían asentado con fuertes guarniciones. Otros eran partidarios de que Octavio se dirigiese a Tesalónica con la flota y, arrasando la costa, atrajese a las tropas del rey, con el objeto de que se viese obligado a desguarnecer algún lugar de paso del Elpeo al tener que dar un rodeo para defender el interior de su reino cuando apareciese otro frente bélico a su espalda. El cónsul consideraba infranqueable la orilla del río, en razón del terreno y de las fortificaciones; y, aparte de que había máquinas de artillería dispuestas por todos lados, también había oído que los enemigos manejaban mejor y con mayor acierto los proyectiles. Los pensamientos del general apuntaban en otra dirección, y después de levantar la reunión del consejo mandó llamar a los mercaderes perrebos Ceno y Menófilo, personas cuya lealtad y competencia conocía ya, y les preguntó en privado cómo eran los pasos que conducían a Perrebia. Cuando dijeron que no eran parajes difíciles de atravesar, pero que estaban ocupados por destacamentos del rey, concibió esperanzas sobre la posibilidad de desalojar de allí las guarniciones si atacaba de improviso con un fuerte destacamento cuando no se lo esperasen: los venablos y las flechas y las demás armas arrojadizas, en efecto, son inútiles en la

oscuridad, cuando no es posible ver el blanco desde lejos; en la lucha cuerpo a cuerpo, en la que están todos mezclados, se combate con la espada, y con ésta el soldado romano
13 lleva las de ganar. Decidido a emplear a los mercaderes como guías, manda llamar al pretor Octavio, le explica lo que pretende y le ordena que se dirija a Heracleo con la flota y que tenga preparados alimentos cocidos para diez días y
14 para un millar de hombres. Él manda a Heracleo a Publio Escipión Nasica y a Quinto Fabio Máximo, su propio hijo⁴⁰², con cinco mil hombres escogidos, aparentemente con el propósito de embarcarlos para devastar la costa de la Macedonia central, propuesta que se había barajado en el consejo.
15 En privado se les había indicado que había alimentos preparados en la flota para que nada les hiciese demorarse. Luego, los guías recibieron instrucciones de distribuir la marcha en etapas de modo que se pudiera atacar Pitoo
16 durante el cuarto relevo de la guardia del tercer día. Para desviar la atención del rey de cualquier otra operación, el cónsul, al amanecer del día siguiente⁴⁰³, se enzarzó en un combate contra los puestos de avanzada enemigos en medio del cauce del río. Se combatió con tropas ligeras por ambas partes; tampoco se podía combatir con armas más pesadas
17 en un cauce tan accidentado. Hasta el lecho del río había una bajada de unos trescientos pasos por cada orilla; el espacio ocupado en el centro por la corriente, más o menos profunda según las zonas, tenían un ancho de algo más de una milla.
18 El combate se desarrolló allí en medio, mientras desde las empalizadas de ambos campamentos observaban a un lado
19 el rey y, al otro, el cónsul con sus legiones. A distancia, con

⁴⁰² Nacido en 186, había sido adoptado por Quinto Fabio Máximo (pretor en 181). Sería pretor en 149 y cónsul en 145.

⁴⁰³ El 18 de junio de 168.

las armas de lanzamiento, se batían mejor las tropas auxiliares del rey; en el cuerpo a cuerpo, los romanos guardaban mejor el equilibrio y se protegían mejor con el escudo redondo o el escudo ligur. A eso del mediodía el cónsul mandó dar a los suyos el toque de retirada. Así se interrumpió el combate aquel día, con no pocas bajas por uno y otro bando. Al día siguiente, a la salida del sol con los ánimos más caldeados por el combate, el choque fue aún más enconado. Pero los romanos eran heridos no sólo por los enemigos con los que habían trabado el combate, sino, en mucho mayor medida, con toda clase de proyectiles y sobre todo piedras, por el gran número de los que estaban apostados en las torres. Cuando se acercaban a la orilla enemiga, los proyectiles lanzados por las máquinas alcanzaban incluso a los más alejados. Aquel día el cónsul retiró a sus hombres un poco más tarde, después de sufrir pérdidas mucho más cuantiosas. El tercer día se abstuvo de combatir y descendió a la parte más baja del campamento como si fuera a intentar el paso a través del brazo de la fortificación que se extendía en pendiente hacia el mar. Perseo ...⁴⁰⁴ a lo que estaba a la vista ...

*Batalla de
Pidna*

Era la época del año en que acababa de pasar el solsticio; estaba próxima la hora del mediodía; se había realizado la marcha en medio de una espesa polvareda y bajo un sol cada vez más ardiente. El cansancio 2

y la sed ya se hacían sentir, y como era obvio que en breve, con el mediodía, el calor iría a más, el cónsul decidió no enfrentar a sus hombres, en aquellas condiciones, con un

⁴⁰⁴ Se perdieron cuatro hojas del códice, donde se narraría la expedición a través del paso de Petra y el repliegue de Perseo desde el Elpeo hasta Pidna, hasta donde lo siguió Emilio Paulo tras reunir sus tropas con las de Escipión Nasica.

3 enemigo fresco e intacto; pero era tal la fiebre por combatir
como quiera que fuese, que el cónsul necesitaba el mismo
tacto para manejar a sus hombres que para engañar al
4 enemigo. Cuando la formación estaba aún incompleta,
apremiaba a los tribunos militares para que se diesen prisa
en formar; recorría personalmente las filas; con sus exhorta-
5 ciones avivaba el espíritu combativo de los soldados. Entonces,
al principio reclamaban con viveza la señal; luego, a medida
que el calor iba en aumento, la expresión de los rostros era
menos viva y las voces más apagadas, y algunos se mantenían
en pie doblándose sobre el escudo y apoyándose sobre el
6 pilo. En ese momento, ahora ya sin rodeos, dio orden a los
primeros centuriones de trazar la línea frontal de un campa-
7 mento y depositar los bagajes. Cuando los soldados se dieron
cuenta de lo que se estaba haciendo, los demás se alegraban
ostensiblemente de que el cónsul no los hubiera obligado a
combatir, agotados por las fatigas de la marcha, cuando
8 más apretaba el calor; los legados y los jefes extranjeros
—incluido Átalo— que rodeaban al general se mostraban
todos de acuerdo mientras estaban convencidos de que el
cónsul pensaba combatir (pues ni siquiera a ellos les había
9 comunicado su decisión); ahora, ante el súbito cambio de
postura, mientras los demás guardaban silencio, Nasica fue
el único que tuvo el valor de advertir al cónsul que no dejase
escapar de las manos a un enemigo que se había burlado de
10 los anteriores generales rehuendo el combate; era de temer
que se alejara durante la noche y fuera preciso ir tras él, con
enormes trabajos y peligros, hasta el interior de Macedonia,
y que él se pasara el verano, como en el caso de los generales
precedentes, vagando por los senderos y las gargantas de los
11 montes macedonios. Le aconsejaba encarecidamente que
atacase mientras tenía al enemigo en campo abierto y no
12 dejase escapar la ocasión que se le presentaba de vencer. El

cónsul, nada molesto por la franqueza de la llamada de atención de un joven tan brillante, dijo: «También yo, Nasica, tuve la misma convicción que tú tienes ahora, y tú tendrás la misma que ahora tengo yo. En las muchas peripecias de la guerra he aprendido cuándo se debe combatir y cuándo hay que abstenerse de hacerlo. No es ahora, cuando estamos en el campo de batalla, el momento de explicar las razones por las que es preferible no entrar hoy en acción. Ya pedirás otras explicaciones en otro momento, ahora has de contentarte con la razón de la autoridad de un viejo general». El joven guardó silencio: sin duda, el cónsul veía en la batalla algunos inconvenientes que a él se le escapaban.

Cuando Paulo advirtió que estaba hecho el trazado del campamento y depositados los bagajes, retiró de la última línea primero a los triarios, después a los *principes*, mientras que se mantenían en primera línea los *hastati* por si el enemigo hacía algún movimiento, y por último a los *hastati*, retirando gradualmente a los soldados de cada uno de los manípulos comenzando por el ala derecha. Así, mientras que la caballería y la infantería ligera se mantenían enfrente del enemigo delante de la formación, se retiró sin barullo la infantería, y no fue retirada de su posición la caballería hasta que estuvieron finalizados tanto la línea frontal de la empalizada como el foso. También el rey, a pesar de su previa y decidida disposición a combatir aquel día, se dio por contento con que se supiera que el aplazamiento se debía al enemigo y retiró a su vez sus tropas al campamento.

Una vez fortificado el campamento, Gayo Sulpicio Galo, tribuno militar de la segunda legión, que había sido pretor el año precedente, con el permiso del cónsul convocó a los soldados a una asamblea y anunció, para que nadie lo interpretase como un prodigio, que durante la noche siguiente se eclipsaría la luna desde la hora segunda hasta la cuarta. Que

era posible conocer con antelación y predecir dicho fenómeno porque se produce, siguiendo el orden natural, en momentos
 7 determinados. Por tanto, del mismo modo que no se sorprendían, dado que el sol y la luna salen y se ponen invariablemente, de que la luna brillase unas veces en su plenitud y otras, al ir disminuyendo, en un pequeño cuerno, así, tampoco debían interpretar como un prodigio el hecho de que se oscureciera cuando estaba oculta por la sombra de la tierra.
 8 Cuando, en la noche que siguió a la víspera de las nonas de septiembre⁴⁰⁵, la luna se eclipsó a la hora señalada, a los
 9 soldados les pareció casi divina la ciencia de Galo. En los macedonios tuvo el efecto de un prodigio funesto que presagiaba el ocaso de su reino, y tampoco dieron otra interpretación sus adivinos. En el campamento macedonio hubo gritos y lamentos hasta que la luna apareció de nuevo con su propio brillo.

10 Al día siguiente —la fiebre por combatir había sido tan intensa en uno y otro ejército que tanto el rey como el cónsul eran acusados por algunos de los suyos por haberse retirado
 11 sin combatir— el rey tenía a mano una justificación, porque el enemigo había sido el primero en retirar sus tropas al campamento rehusando abiertamente el combate y porque, además, se había situado en una posición en la que la falange no podía avanzar, pues las irregularidades del terreno,
 12 aunque sean poco pronunciadas, anulan su efectividad. El cónsul, aparte de haber dado la impresión de que el día anterior había desperdiciado una oportunidad de combatir y proporcionado al enemigo la posibilidad de alejarse durante

⁴⁰⁵ La noche del 3 al 4 de septiembre. Sobre la importancia de la fecha de este eclipse para la cronología de la primera mitad del siglo II a. C. puede verse G. PASCUCCI, *Storie. Libri XLI-XLV di Tito Livio*, Turin, 1986, págs. 35 s.

la noche si quería, también ahora parecía perder el tiempo con el pretexto de ofrecer un sacrificio, cuando se debía haber dado al amanecer la señal de combate y salido al campo de batalla. Por fin, a la hora tercera, tras haber rea- 13 lizado ritualmente el sacrificio, convocó el consejo; en él, hablando y haciendo preguntas que no venían a cuento, daba a algunos la impresión de estar malgastando un tiempo que se debía dedicar a la acción. En respuesta a tales comentarios, el cónsul pronunció el siguiente discurso:

«Publio Nasica, un joven sobresaliente, fue el único, entre 38 todos cuantos eran partidarios de que se librara batalla ayer, que me desveló su pensamiento; después, también él guardó silencio, de modo que se podía pensar que había asumido mi punto de vista. Algunos otros consideraron preferible criticar 2 al general a sus espaldas en vez de aconsejarlo de frente. A 3 ti, Publio Nasica, así como a todos los que compartían, sin manifestarlo, tu manera de pensar, no tengo inconveniente en exponeros las razones del aplazamiento de la batalla. Estoy, 4 en efecto, tan lejos de arrepentirme de no haber entrado ayer en acción, que creo haber salvado al ejército con esa decisión. Para que nadie de vosotros piense que mi criterio está falto de base, ¡vamos!, que cada uno eche cuentas conmigo, si le parece, de cuántos elementos jugaban a favor del enemigo y en contra nuestra. En primer lugar, su gran superioridad 5 numérica. Estoy seguro de que todos vosotros la conocíais antes y la palpasteis ayer al ver desplegadas sus líneas. Siendo 6 como éramos nosotros tan pocos, habíamos dejado a una cuarta parte de los hombres para proteger la impedimenta; y sabéis que no se deja precisamente a los más flojos para custodiar los bagajes. Pero aun suponiendo que estuviéramos 7 todos, ¿creemos realmente, en todo caso, que tiene poca importancia el hecho de que, desde este campamento en el que hemos pasado la noche, estamos en condiciones de salir

al campo de batalla hoy o a más tardar mañana, si así nos
8 parece, con la ayuda propicia de los dioses? ¿No hay ninguna
diferencia entre ordenar que coja sus armas en su propia
tienda un soldado que no se ha cansado ese día con el
esfuerzo de la marcha ni con los trabajos de la fortificación,
que está descansado y con sus fuerzas intactas, haciendo que
9 salga al campo de combate en pleno vigor físico y mental, y
enfrentarlo fatigado por una larga marcha, cansado por la
carga, empapado de sudor, con la garganta reseca de sed,
con el rostro y los ojos cubiertos de polvo, cuando abrasa el
sol del mediodía, a un enemigo fresco, descansado, que
acude al combate con unas fuerzas que no se han agotado
10 con ningún esfuerzo anterior? ¡En nombre de los dioses!,
¿quién, en unas condiciones así, aunque sea un incapaz y un
inepto para la guerra, no vencería al más valeroso de los
11 combatientes? ¿Qué? Cuando los enemigos habían formado
el frente de combate con toda tranquilidad, se habían prepara-
do anímicamente, ocupaban ordenadamente su puesto
cada uno en su fila, ¿entonces debíamos nosotros de pronto
formar precipitadamente en orden de batalla y entrar en
combate sin estar organizados?»

39 «Pero, ¡por Hércules!, habríamos tenido, es cierto, una
formación de combate confusa y desordenada, pero teníamos
fortificado el campamento, previsto el aprovisionamiento de
agua, dispuestos destacamentos para asegurar el acceso a
ella, explorado por completo los alrededores. ¡O, por el
contrario, sin tener nada nuestro aparte del desnudo campo
2 donde combatir...? Vuestros antepasados consideraban que
un campamento fortificado constituye, frente a todas las
eventualidades de un ejército, un puerto de donde salen al
combate, donde tienen un abrigo cuando son zarandeados
3 por la tempestad de una batalla. Por eso, después de rodearlo
de fortificaciones lo aseguraban además con una fuerte guar-

nición, ya que aquel que era despojado del campamento era considerado como vencido aunque peleando en el campo de batalla hubiese resultado vencedor; el campamento es un lugar de acogida para el vencedor, un lugar de refugio para el vencido. ¿Cuántos ejércitos que en la batalla tuvieron 4 menos de cara la fortuna y fueron rechazados hasta dentro de la empalizada, después, en circunstancias oportunas para ellos, a veces transcurridos unos instantes, no hicieron una salida repentina y repelieron al enemigo? Este recinto es la 5 segunda patria del soldado, y la empalizada hace las veces de las murallas y la tienda es para cada soldado su casa y sus penates. ¿Deberíamos haber combatido, errantes, sin un lugar seguro adonde retirarnos tanto si éramos vencidos como si resultábamos vencedores? Frente a estas dificultades 6 e inconvenientes de entrar en batalla, se aduce lo siguiente: y si el enemigo, al mediar el transcurso de esta noche, se hubiera marchado, ¿qué? ¿Cuántos trabajos habría que afrontar persiguiéndolo de nuevo hasta el interior, hasta los últimos confines de Macedonia? Pues bien, yo estoy seguro de que 7 no se habría quedado ni habría sacado sus tropas al campo de batalla si tuviera decidido alejarse de aquí. ¿No le resultaba mucho más fácil en efecto, marcharse cuando estábamos lejos que ahora cuando nos tiene encima y su marcha no puede pasarnos inadvertida ni de día ni de noche? Después 8 de haber intentado asaltar su campamento protegido por la orilla del río y rodeado además por una empalizada y numerosas torres, ¿qué podría haber más deseable para nosotros que atacarlos por retaguardia, en llanuras abiertas, cuando marchasen en desorden tras abandonar sus fortificaciones? Éstas fueron las razones del aplazamiento de la batalla desde ayer hasta hoy. Porque también yo, en efecto, soy 9 partidario de combatir; y precisamente porque el camino hacia el enemigo a través del río Elpeo estaba cortado, he 6

abierto una vía nueva por otro paso tras desalojar los puestos de vigilancia enemigos, y no cejaré hasta librar la batalla definitiva.»

- 40 Tras este discurso se guardó silencio, porque unos asumieron su planteamiento y otros tuvieron reparo en ofenderle inútilmente en lo que, en todo caso, era una oportunidad
2 perdida sin que hubiera la posibilidad de hacerla retornar. De hecho, tampoco aquel día querían combatir ni el cónsul ni el rey; el rey, porque no se iba a enfrentar, como en el caso del día anterior, a unos enemigos fatigados por la marcha, que formaban precipitadamente el frente de combate y apenas estaban organizados, y el cónsul porque no se había acarreado leña ni forraje al nuevo campamento y una buena parte de los soldados había salido del campamento en su búsqueda
3 por los campos cercanos. Aunque ninguno de los dos generales lo quería, el azar, que puede más que las decisiones humanas,
4 desencadenó el combate. Había un pequeño río ⁴⁰⁶, más cerca del campamento enemigo, en el que tanto los macedonios como los romanos se aprovisionaban de agua después de disponer puestos de guardia en una y otra orilla para poder hacerlo con seguridad. Por el lado romano había dos cohortes,
5 una marrucina y otra peligna, y dos escuadrones de jinetes samnitas, a las órdenes del legado Marco Sergio Silo ⁴⁰⁷.
6 Además había delante del campamento otro destacamento fijo mandado por el legado Gayo Cluvio: tres cohortes de firmianos, vestinos y cremonenses, y dos escuadrones de jinetes
7 placentinos y eserninos ⁴⁰⁸. Cuando reinaba la calma junto

⁴⁰⁶ Probablemente el actual Mavroneri. La batalla, llamada «de Pidna» aunque esta población (*Paleokritos*) estaba a 120 estadios, podría haber tenido lugar en la confluencia de este río y el actual Pelikas.

⁴⁰⁷ Abuelo de Catilina.

⁴⁰⁸ Cf. XXVII 10, 8.

al río al no producirse provocaciones por ninguno de los dos lados, a eso de la hora novena se escapó una acémila de las manos de sus cuidadores y huyó hacia la orilla opuesta. Tres 8 soldados fueron tras ella por el agua, que llegaba a la altura de la rodilla más o menos, y entonces dos tracios cogieron al animal en el centro del cauce, tirando de él hacia su orilla; los tres soldados los persiguieron, y, después de dar muerte a uno de ellos y recuperar el jumento, se retiraban hacia su puesto de avanzada. En la orilla enemiga había un destaca- 9 mento de ochocientos tracios. Al principio, alguno de ellos, encolerizados porque se hubiera dado muerte a un compatriota suyo ante sus propios ojos, cruzaron el río para perseguir a los autores de su muerte; después los siguieron más, y por último todos, y con el destacamento... ⁴⁰⁹

10

... conduce al combate ⁴¹⁰. Causaba impresión la dignidad 41 del mando, la gloria del guerrero, y sobre todo la edad, porque, teniendo más de sesenta años, asumía las tareas de los jóvenes cargando con una parte importante del trabajo y el peligro. El espacio que mediaba entre los *caetrati* y las falanges lo ocupó la legión, que rompió la formación enemiga. A su espalda estaban los *caetrati*, y delante tenía a los que 2 iban armados con escudos, los llamados «calcáspides». El excónsul Lucio Albino recibió orden de enfrentarse con la segunda legión a la falange «leucáspide», que constituía el centro de la formación enemiga. Frente al ala derecha, donde 3 se había desencadenado la batalla cerca del río, dispuso a los elefantes y las alas de los aliados, y fue allí donde primero comenzó la huida de los macedonios. Porque, igual que 4 frecuentemente las nuevas invenciones humanas son consis-

⁴⁰⁹ Se perdieron dos hojas del manuscrito, donde se contaría la fase inicial de la batalla.

⁴¹⁰ El sujeto es, con toda probabilidad, Emilio.

tentes de palabra pero se desvanecen sin el menor resultado cuando de lo que se trata es de llevarlas a la práctica y no de disertar acerca de su funcionamiento, también en este caso los cuerpos antielefantes resultaron sólo una etiqueta sin efectividad. Tras la carga de los elefantes intervinieron los aliados latinos, y provocaron la huida en el flanco izquierdo. En el centro, la acometida de la segunda legión dispersó a la falange. Y la causa más evidente de su victoria fue el hecho de que se lanzaran muchos ataques y en muchos puntos, que primero sembraron el desconcierto haciendo que fluctuase y después destrozaron por completo la falange, cuyas fuerzas son irresistibles cuando es compacta y erizada de picas erectas; si, a fuerza de ataques aislados, se les obliga a dirigirse en una dirección y luego en otra, las picas, poco maniobrables debido a lo largas que son y a lo que pesan, se entrelazan en una masa confusa; si, por otra parte, resuena por los lados o por detrás el ruido de un ataque, se descomponen como si se vinieran abajo; así ocurrió entonces, cuando se vieron obligados a hacer frente, con su formación rota en numerosos puntos, a los romanos que atacaban en pequeños grupos y se infiltraban entre sus filas por dondequiera que quedaban espacios libres. Si los romanos se hubiesen lanzado a un choque frontal con toda su formación contra la falange formada en orden de combate, entonces, como les ocurrió a los pelignos que cometieron la imprudencia de cargar contra los *caetrati* al comienzo de la batalla, se habrían ensartado en las picas y no habrían resistido a la compacta formación.

Pero mientras que los infantes caían muertos por todas partes, con excepción de los que arrojaron las armas y huyeron, en cambio la caballería escapó casi intacta de la batalla. El primero en la huida era el propio rey. Desde Pidna se dirigía ahora a Pela con los escuadrones sagrados de la caballería. Al poco los seguían Cotis y los jinetes

odrisas. Igualmente los demás escuadrones macedonios se 3 retiraban con sus filas intactas, ya que la formación de infantería ocupaba el centro y los vencedores, ocupados en destrozarla, se habían olvidado de perseguir a la caballería. La falange fue machacada durante largo tiempo por el 4 frente, por los lados y por la espalda. Finalmente, los que habían logrado escapar de las manos del enemigo huyeron, desarmados, hacia el mar; algunos incluso se metían en el agua, tendían las manos hacia los que estaban en las naves, y suplicaban, implorantes, por su vida; y cuando vieron que 5 por todas partes llegaban botes desde las naves, creyendo que venían a cogerlos para hacerlos prisioneros y no para matarlos, se metieron muchos más en el agua, algunos incluso nadando. Pero como desde los botes se les daba muerte con 6 saña, los que podían daban la vuelta, dirigiéndose a nado de nuevo a tierra, y se topaban con otro azote aún más horrible, pues los elefantes, conducidos hasta la orilla por sus guías, los pisoteaban y los aplastaban al salir del agua. No es difícil 7 estar de acuerdo en que jamás los romanos dieron muerte a tantos macedonios en una sola batalla. Los muertos fueron, en efecto, aproximadamente veinte mil; cerca de seis mil, que habían huido a Pidna desde el campo de batalla, cayeron vivos en poder de los romanos, y cinco mil fueron hechos prisioneros cuando andaban dispersos después de la huida. En el bando vencedor no cayeron más de un centenar, y en 8 su mayoría pelignos. El número de heridos fue bastante más elevado. Y si se hubiera empezado más temprano el combate, 9 de suerte que les hubiese quedado a los vencedores día suficiente para la persecución, habría sido aniquilada la totalidad de sus fuerzas; pero la proximidad de la noche protegió a los que huían e hizo que los romanos se retrajeran de perseguirlos por parajes que no conocían.

- 43 *Después* Perseo huyó a la selva de Pieria, si-
 de la derrota: guiendo la ruta militar con una nutrida
 huida de Perseo, columna de jinetes y con la comitiva real.
- 2 *sumisión* Nada más llegar a la selva, como había
 de Macedonia muchos caminos en direcciones diferentes
 y la noche estaba al caer, se desvió de la ruta principal con
- 3 un reducido grupo de los más fieles. Los jinetes, al quedarse
 sin jefe, se dispersaron en dirección a sus ciudades por
 caminos diferentes. Algunos de ellos, muy pocos, llegaron
 desde allí a Pela bastante más deprisa que el rey mismo
- 4 porque siguieron el camino directo y sin obstáculos. El rey,
 aproximadamente hasta la medianoche, lo pasó mal debido
- 5 a los extravíos y a las diversas dificultades del camino. En el
 palacio se encontraban a disposición de Perseo los goberna-
 dores de Pela, Eucto y Euleo, y los pajes reales. En cambio,
 a pesar de haberlos convocado repetidas veces, ninguno de
 los amigos que por una u otra circunstancia habían sobrevi-
- 6 vido a la batalla se presentó a él. Sólo tres, que lo habían
 acompañado en la huida, estaban a su lado: el cretense
- 7 Evandro, el beocio Neón y el etolio Arquidamo. Temiendo
 ya que de un momento a otro se atrevieran a algo más grave
 los que se negaban a presentarse a él, huyó con estos tres
- 8 durante el cuarto relevo de la guardia. Lo siguieron, como
 mucho, quinientos cretenses. Su intención era llegar a Anfí-
 polis; pero había salido de Pela todavía de noche, dándose
 prisa en cruzar el río Axio antes del amanecer, convencido
 de que allí pondrían fin a la persecución los romanos por la
 dificultad que presentaba el paso del río.
- 44 Cuando el cónsul se retiró al campamento tras la victoria,
 la preocupación por su hijo menor le atormentaba, impi-
 2 diéndole disfrutar de una satisfacción plena. Se trataba de
 Publio Escipión, llamado Africano también él a raíz de la
 destrucción de Cartago; era hijo del cónsul Paulo por naci-

miento, y nieto del Africano por adopción. Andaba entonces 3 por los diecisiete años, circunstancia que por sí misma acentuaba la preocupación; cuando perseguía a rienda suelta al enemigo, el tropel lo había llevado en una dirección equivocada; regresó con bastante retraso, y entonces, tras recuperar a su hijo sano y salvo, experimentó por fin el cónsul la alegría de una victoria tan importante.

Las noticias de la batalla habían llegado ya a Anfípolis, 4 y las matronas acudían en masa al templo de Diana llamado Taurópolo⁴¹¹ a implorar su ayuda. Entonces Diodoro, que gobernaba la ciudad, temió que los doscientos tracios que había en la guarnición saquearan la ciudad aprovechando la confusión. Urdiendo un engaño, sobornó a un hombre para que se hiciese pasar por correo y recibió de él una carta en pleno foro. En ella se decía que la flota romana había abor- 5 dado cerca de Emacia y estaba causando destrozos en los campos de los alrededores; los prefectos de Emacia le pedían que enviase a la guarnición contra los saqueadores. Leído 6 este mensaje, instó a los tracios a que marcharan a defender la costa de Emacia; podrían hacer una gran matanza y hacerse con un cuantioso botín, al andar los romanos desperdigados por los campos. Al mismo tiempo restó impor- 7 tancia a los comentarios sobre la derrota: si fueran ciertos, tendrían que haber llegado uno tras otro los fugitivos inmediatamente después de la huida. Alejados los tracios con este 8 pretexto, en cuanto vio que cruzaban el Estrimón cerró las puertas.

Perseo llegó a Anfípolis el tercer día después de haberse 45 librado la batalla⁴¹². Desde allí envió parlamentarios a Paulo 2

⁴¹¹ Artemisa, asimilada a la diosa de la luna, era representada montando un toro.

⁴¹² El 24 de junio.

portando el caduceo⁴¹³. Entretanto, Hippias, Midonte y Pantauco, los principales amigos del rey, salen de Berea, adonde habían ido a refugiarse desde el campo de batalla, y por su cuenta van al encuentro del cónsul y se entregan a los romanos. También otros, presa del pánico, se disponían a 3 continuación a hacer otro tanto. El cónsul envió a Roma a su hijo Quinto Fabio, a Lucio Léntulo y a Quinto Metelo con una carta con el anuncio de la victoria. A los soldados de infantería les concedió los despojos del ejército enemigo 4 abatido, y a los de caballería el botín de los campos circundantes, con la condición de que no se ausentasen del campamento más de dos noches. Él trasladó el campamento a las 5 proximidades de Pidna, más cerca del mar. En el término de dos días se rindieron primero Berea, después Tesalónica 6 y Pela, y a continuación casi toda Macedonia. Los habitantes de Pidna, que eran los que estaban más cerca, aún no habían enviado delegados; el confuso conglomerado de gentes de muchos pueblos, y la masa que había confluído en el mismo punto huyendo del campo de batalla, impedían cualquier deliberación o acuerdo de la ciudadanía. Las puertas 7 estaban no sólo cerradas sino tapiadas. Midonte y Pantauco fueron enviados a entrevistarse al pie de las murallas con Solón, comandante de la guarnición, por cuya mediación se efectuó la salida de la tropa de soldados. La ciudad se rindió 8 y fue entregada al saqueo de las tropas. Perseo, después de intentar su única esperanza, la posibilidad de una ayuda por parte de los bisaltas⁴¹⁴, a los que habían enviado emisarios infructuosamente, se presentó ante la asamblea llevando 9 consigo a su hijo Filipo. Su intención era fortalecer con sus palabras la moral tanto de los propios habitantes de Anfípolis

⁴¹³ Distintivo de los que son portadores de propuestas de paz.

⁴¹⁴ Vivían al oeste del Estrimón.

como de los soldados de infantería y caballería que le habían seguido o que, en su huida, habían llegado hasta allí. Comenzó 10 varias veces a hablar, pero se lo impedían las lágrimas, y como él no era capaz de abrir la boca, comunicó al cretense Evandro lo que quería que se expusiese ante la multitud y descendió del recinto sagrado ⁴¹⁵. La muchedumbre, a la vista 11 del rey y de su llanto, que movía a compasión, había llorado y gemido a su vez, pero del discurso de Evandro no quería saber nada; algunos, incluso, se atrevieron a gritar en medio de la asamblea: «Marchaos de aquí, no vaya a ser que por culpa vuestra perezcamos todos los que hemos sobrevivido». Su actitud desafiante obligó a Evandro a callar. El rey se 12 retiró de allí a su morada y, después de hacer trasladar el dinero, el oro y la plata a los lembos que estaban fondeados en el Estrimón, bajó también él hasta el río. Los tracios 13 no se aventuraron a confiar sus vidas a las embarcaciones y se dispersaron hacia sus lugares de residencia, al igual que la restante masa de carácter militar. Los cretenses le siguieron ante la expectativa del dinero. Y, como un reparto implicaba más resentimientos que gratitudes, se depositaron en la orilla cincuenta talentos para quien los cogiera. Como, después 14 de arramblar con ellos, embarcaron en tropel, provocaron el hundimiento de uno de los lembos, en la desembocadura del río, debido a la sobrecarga de gente. Llegaron aquel día a Galepso ⁴¹⁶ y el siguiente a Samotracia, su punto de destino. Hasta allí se transportaron, según dicen, cerca de dos mil 15 talentos.

Paulo envió hombres a tomar el mando en todas las ciu- 46 dades rendidas, en prevención de que, en la situación de paz

⁴¹⁵ El podio del orador es calificado como *templum*: ¿por analogía con los *rostra* del Foro?

⁴¹⁶ Puerto situado al sureste de Anfípolis.

reciente, se cometiera algún desmán contra los vencidos. Retuvo a su lado a los parlamentarios reales y, desconociendo la huida del rey, envió a Anfípolis a Publio Nasica con un pequeño destacamento de soldados de infantería y caballería para devastar Síntice y al mismo tiempo impedir cualquier intento por parte del rey. Mientras tanto, Melibea era tomada y saqueada por Gneo Octavio; en Eginio⁴¹⁷ —se había enviado al legado Gneo Anicio a atacar esta plaza— se perdieron doscientos hombres al efectuar una salida repentina desde la ciudad los eginienenses, ignorantes de que la guerra había terminado. El cónsul salió de Pidna con todo el ejército, llegó a Pela al día siguiente, acampó a una milla de la ciudad y mantuvo allí fijo el campamento durante varios días, y después de examinar por todos los lados el emplazamiento de la ciudad comprendió que con razón había sido elegida para residencia real. Está situada en la vertiente sudoeste de una colina, rodeada de marismas formadas por el agua que se desborda de los ríos, tan profundas que no es posible atravesarlas ni en verano ni en invierno. Faco, la ciudadela, sobresale como una isla en el pantano mismo, en su parte más cercana a la ciudad, y fue asentada sobre un terraplén de enormes proporciones que tiene por objeto servir de base a la muralla e impedir la erosión del agua del pantano circundante. Desde lejos parece unida a la muralla de la ciudad, pero está separada por un río que discurre entre ella y el muro y, al mismo tiempo, unida mediante un puente, de modo que quien la ataque desde el exterior no tiene acceso por ninguna parte, y en el caso de que el rey encierre allí a alguien, tan sólo hay salida a través del puente, muy fácil de vigilar. Allí se encontraba también el tesoro real, pero entonces no se encontraron más que los trescientos talentos

⁴¹⁷ En las cercanías de la actual Milia.

destinados al rey Gencio, que después quedaron retenidos. Durante los días en que permaneció en Pela el campamento 9 se dio audiencia a numerosas embajadas que habían venido, sobre todo de Tesalia, a dar sus parabienes. Luego, al recibir 10 la noticia de que Perseo había cruzado a Samotracia, el cónsul salió de Pela y llegó a Anfípolis en cuatro días de marcha. El hecho de que saliera a su encuentro la población 11 en masa era para cualquiera una señal de que no se la había privado de un rey bueno y justo...⁴¹⁸.

⁴¹⁸ Se perdió la última hoja del cuaternión número 28, con el final del libro XLIV. Su contenido probable sería la entrada de Emilio Paulo en Anfípolis y la expedición a la Odomántica (cf. XLV 4, 2).

LIBRO XLV

SINOPSIS

AÑO 168 a. C.

Roma: 1-4, 1.

Llega a Roma la noticia de la victoria de Pidna (1-3, 2).

Embajada de los rodios ante el senado. Retorno de Marcelo desde Hispania (3, 3-4, 1).

Oriente: 4, 2-12, 8.

Perseo cae prisionero. Fin del reino de Macedonia (4, 2-9, 7).

Embajada a Egipto: parada en Rodas; entrevista de Popilio Lenate con Antíoco IV (10-12, 8).

Roma: 12, 9-25, 13.

Roma e Italia. Embajadas de Egipto y Numidia. Actuación de los censores (12, 9-15, 10).

AÑO 167 a. C.

Provincias. Prodigios (16).

Comisión para la reorganización de Macedonia e Iliria. Discurso de Átalo ante el senado (17-20, 3).

Nueva embajada de los rodios: discurso de Astímedes; respuesta del senado (20, 4-25, 13).

Grecia y Asia: 26-34, 9.

Operaciones en el Epiro. Represión y gira de Emilio Paulo en Grecia (26-28).

Asamblea de Anfípolis: redistribución de Macedonia (29 - 30).
Investigaciones y represión en Grecia. Macedonia: depuraciones,
leyes, juegos, botín (31 - 33, 7).

Marcha del ejército de Emilio Paulo hacia Italia (33, 7 - 34, 9).

Roma: 34, 10 - 44.

Embajada romana a los gálatas (34, 10 - 14).

Triunfo de Emilio Paulo (35 - 40).

Discurso de Emilio Paulo al pueblo (41 - 42, 1).

Triunfo de Gneo Octavio. Embajada de Tracia. Triunfo de
Lucio Anicio (42, 2 - 43, 10).

Elecciones para el año 166. Llegada del rey Prusias a Roma (44).

- 1 *Llega a Roma la noticia de la victoria de Pidna* Los mensajeros de la victoria, Quinto Fabio, Lucio Léntulo y Quinto Metelo ⁴¹⁹, apresurándose cuanto pudieron, llegaron en seguida a Roma; sin embargo, se encontraron con que se había anticipado la
- 2 alegría por aquel acontecimiento. Tres días después de haberse librado la batalla contra el rey, cuando se estaban celebrando unos juegos ⁴²⁰ en el circo, un rumor popular se extendió de pronto entre todos los asistentes al espectáculo: había habido una batalla en Macedonia y el rey había sido definitivamente
- 3 derrotado. Después el murmullo se hizo más intenso, y por último hubo un estallido de gritos y aplausos como si hubiesen
- 4 llegado noticias seguras de la victoria. Los magistrados estaban sorprendidos y trataban de saber quién había dado pie al inesperado alborozo. Como no había nadie, el júbilo correspondiente a una noticia confirmada no tomó cuerpo, es cierto, pero sí quedó alojado en los ánimos un feliz presen-

⁴¹⁹ XLIV 45, 3.

⁴²⁰ A juzgar por la fecha, se trataba de los Juegos Romanos, en los que había espectáculos teatrales y circenses.

timiento. Cuando, con la llegada de Fabio, Léntulo y Metelo, 5 se confirmó este presagio con las noticias auténticas, todos se alegraban tanto por la victoria en sí como por su propia corazonada. Hubo además, según la tradición, otra manifes- 6 tación de alegría, no menos verosímil, entre la masa reunida en el circo. El día quince antes de las calendas de octubre ⁴²¹, el segundo día de los Juegos Romanos, cuando el cónsul Gayo Licinio subía a dar la salida a las cuadrigas, cuentan que un correo ⁴²² que decía venir de Macedonia le entregó una carta laureada. Después de la salida de las cuadrigas 7 subió a su carro el cónsul, y mientras cruzaba el circo en dirección al palco oficial, mostró al pueblo las tablillas laureadas. Al verlas, el pueblo se olvidó de repente del es- 8 pectáculo y bajó corriendo a la arena. El cónsul convocó al senado en el acto, y después de leer en voz alta las tablillas, delante del palco anunció al pueblo en nombre del senado que su colega Lucio Emilio se había enfrentado al rey Perseo en batalla campal; el ejército macedonio había sido derrotado 9 y deshecho, el rey había huido con unos pocos hombres, y todas las ciudades de Macedonia habían pasado a poder del pueblo romano. Al oír estas palabras se alzó un clamor 10 acompañado de grandes aplausos; muchos abandonaron los juegos y se fueron a casa a llevar la feliz noticia a sus mujeres y a sus hijos. Habían pasado doce días desde que 11 había tenido lugar la batalla en Macedonia.

Al día siguiente se reunió el senado en la curia, se decretó 2 una acción de gracias pública y se aprobó un senadoconsulto disponiendo que el cónsul licenciase a los hombres que, aparte de los soldados regulares y los marinos, estaban

⁴²¹ El 17 de septiembre, o el 16 si este mes tenía 29 días en el calendario prejuliano.

⁴²² Según otras «versiones» (Cic., *De nat. deorum* 2, 6 y 3, 11 ss.), la victoria fue anunciada por los Dioscuros.

2 sirviendo a sus órdenes por medio de un juramento en
3 masa ⁴²³; la cuestión del licenciamiento de los soldados y ma-
4 rinos sería debatida cuando hubiesen llegado los enviados
5 de Lucio Emilio que habían mandado al correo por delante.
6 El día sexto antes de las calendas de octubre, a la hora segunda
7 aproximadamente, entraron en la ciudad los enviados; lle-
8 vando con ellos a la ingente multitud de los que salían a su
9 encuentro por dondequiera que pasaban y marchaban tras
10 ellos, se fueron derechos al foro. Casualmente se encontraba
11 el senado en la curia, adonde hizo pasar el cónsul a los
12 enviados. Allí se los retuvo sólo el tiempo imprescindible
13 para informar de cuántos eran los soldados de infantería y
14 caballería del rey, cuántos miles de ellos habían muerto o
15 habían sido hechos prisioneros, con qué reducido número de
16 bajas se habían causado semejantes estragos al enemigo, de
17 qué forma tan precipitada había huido el rey; se creía que
18 pretendía dirigirse a Samotracia; estaba preparada la flota
19 para perseguirlo, no podía escaparse ni por tierra ni por
20 mar. Poco después, tras desplazarse hasta la asamblea del
21 pueblo, presentaron esta misma información, y cuando el
22 cónsul anunció que se abrirían todos los edificios sagrados
23 se reprodujo el júbilo; y desde la asamblea cada uno por su
24 cuenta se iba a dar gracias a los dioses, y los templos de los
25 dioses inmortales se llenaron en toda la ciudad con una
26 afluencia masiva tanto de hombres como de mujeres. Llamado
27 de nuevo a la curia, el senado aprobó una acción de gracias
28 de cinco días en todos los templos por la importante victoria
29 obtenida por el cónsul Lucio Emilio, y dispuso que se ofre-

⁴²³ Estaban los *milites*, enrolados regularmente, que juraban *in consulis uerba*, y los *coniurati*, enrolados por el procedimiento de urgencia en situaciones de emergencia (juramento colectivo). Otra categoría sería la de los *euocati*, llamados después de haber cumplido el período de servicio.

ciesen sacrificios con víctimas adultas. Las naves que estaban 9 fondeadas en el Tíber, listas y equipadas para ser enviadas a Macedonia si las circunstancias lo requirían, serían sacadas a tierra y guardadas en los astilleros; los marineros recibirían 10 la paga de un año y serían licenciados, y con ellos todos los que habían prestado juramento de obediencia al cónsul; y en 11 cuanto a los soldados que había en Corcira, en Brundisio, en las costas del mar Adriático y en el territorio de Larino —en todos estos sitios se habían dispuesto contingentes de tropas para que Gayo Licinio mandase ayuda a su colega si la situación así lo requiría—, se decidió licenciarlos a todos. Ante la asamblea del pueblo se fijaron los cinco días de una 12 acción de gracias a partir del once de octubre, éste inclusive.

Procedentes del Ilírico, dos emisarios, Gayo Licinio Nerva 3 y Publio Decio, dieron la noticia de que el ejército de los ilirios había sido deshecho, el rey Gencio había caído prisionero, y el Ilírico estaba bajo dominio del pueblo romano. Por 2 estas empresas llevadas a cabo bajo el mando y los auspicios del pretor Lucio Anicio, el senado decretó un triduo de acción de gracias. Fue fijado por el cónsul para los días diez, once y doce de noviembre.

*Embajada
de los rodios
ante el senado.*

*Retorno
de Marcelo
desde Hispania*

Algunos escribieron que los embajadores 3 rodios, que aún no habían sido despedidos, tras el anuncio de la victoria fueron llamados al senado, como para burlarse de su necia arrogancia; allí su jefe Agépolis habló 4 en estos términos: los rodios habían enviado embajadores para acordar la paz entre los romanos y Perseo porque aquella guerra era una carga y un perjuicio para Grecia 5 entera, y era costosa y perjudicial para los propios romanos; la fortuna del pueblo romano había obrado en buena direc- 6 ción porque, terminada de otro modo la guerra, les había

- brindado a ellos la oportunidad de felicitar a los romanos por su espléndida victoria. Esto dijo el rodio. El senado respondió que los rodios habían enviado aquella embajada no porque se preocupasen por los intereses de Grecia o por los gastos del pueblo romano, sino para favorecer a Perseo.
- 7 Porque si su preocupación hubiese sido la que querían dar a entender, en ese caso tendrían que haber enviado embajadores cuando Perseo, después de meter su ejército en Tesalia, llevaba dos años asediando a unas ciudades griegas y amedrentando a otras con la amenaza de las armas; entonces los rodios no habían hecho la menor alusión a la paz. Cuando habían oído que los romanos habían franqueado los desfiladeros y pasado a Macedonia y que tenían cercado a Perseo, entonces habían enviado los rodios una embajada, con el único propósito de salvar a Perseo de un peligro inminente. Con esta respuesta fueron despachados los embajadores.
- 4 Por aquellos mismos días también Marco Marcelo ⁴²⁴ volvió de su provincia de Hispania habiendo conquistado la renombrada ciudad de Marcólica ⁴²⁵ y aportó al tesoro diez libras de oro y de plata por la suma de un millón de sestericios.

⁴²⁴ Marco Claudio Marcelo. Cf. nota 29.

⁴²⁵ Desconocida. Sobre la posible relación de su nombre con el denominativo celta de caballo, Marca, cf. J. M. BLÁZQUEZ, «Economía de los pueblos prerromanos del área no ibérica hasta la época de Augusto», en *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*, Barcelona, 1968, pág. 214.

*Perseo
cae prisionero.
Fin del reino de
Macedonia*

El cónsul Emilio Paulo estaba acampado, ² como se ha dicho más arriba ⁴²⁶, en las proximidades de Siras ⁴²⁷, en territorio de Odomántica ⁴²⁸, cuando recibió una carta remitida por el rey Perseo a través de tres emisarios desconocidos. Dicen que, al verlos llorando y vestidos de duelo, también él derramó lágrimas por la condición humana: quien poco antes, no contento con el reino ³ de Macedonia, había atacado a los dárdanos y a los ilirios y llamado en su ayuda a los bastarnas, ese mismo, ahora, perdido el ejército, expulsado de su reino, refugiado a la fuerza en una pequeña isla, como suplicante buscaba protección no en sus propias fuerzas, sino en la inviolabilidad de un lugar sagrado. Pero cuando leyó «el rey Perseo saluda al ⁴ cónsul Paulo», la estulticia de quien no reconocía cuál era su situación borró cualquier forma de compasión. Por eso, a ⁵ pesar de que el resto de la carta contenía súplicas nada propias de un rey, con todo, aquella embajada fue despachada sin carta y sin respuesta. Perseo comprendió que un vencido ⁶ debía olvidarse de aquel título, de modo que, en una segunda carta remitida con su simple nombre en el encabezamiento, pidió y consiguió que se le enviasen algunas personas con las que poder hablar acerca de su situación y de su suerte futura. Se enviaron tres embajadores: Publio Léntulo ⁴²⁹, Aulo ⁷ Postumio Albino y Aulo Antonio. Esta embajada no resolvió nada, porque Perseo se aferraba al título de rey con todas sus fuerzas mientras que Paulo se empeñaba en que confiase su persona y todos sus bienes a la buena fe y la clemencia del pueblo romano.

⁴²⁶ ¿En la laguna del final del libro XLIV?

⁴²⁷ Hoy Seres.

⁴²⁸ Al este del Estrimón, en su curso bajo.

⁴²⁹ Sería pretor en 155 y cónsul en 151.

5 Mientras ocurrían estos hechos la flota de Gneo Octavio arribó a Samotracia. También él, con el miedo que representaba esta presencia, intentaba, unas veces con amenazas y otras con promesas, convencerlo para que se entregase, y entonces vino a ayudarle en su propósito una circunstancia
2 debida al azar o a un plan deliberado. Lucio Atilio, un joven ilustre, al darse cuenta de que el pueblo de Samotracia estaba reunido en asamblea, pidió a los magistrados autori-
3 zación para dirigir unas palabras al pueblo. Concedido el permiso dijo: «¿Es o no cierto, samotracios que nos dais hospitalidad, lo que hemos oído acerca de que esta isla es
4 sagrada y su suelo es todo él venerable e inviolable?». Al mostrarse todos de acuerdo en que era sagrada como suponía, continuó: «¿Por qué entonces la mancilló un asesino y la profanó con la sangre del rey Éumenes, y, siendo así que en la fórmula con que se abren todas las ceremonias se aparta de los sagrados ritos a los que no tienen limpias las manos, vosotros vais a permitir que vuestros santuarios se contaminen
5 con el cuerpo manchado de sangre de un bandido?». En todas las ciudades de Grecia era bien conocido el episodio del asesinato del rey Éumenes que Evandro había estado a
6 punto de consumir en Delfos. Por eso, aparte de observar que tanto ellos mismos como el templo y la isla entera estaban en poder de los romanos, convencidos de que sin duda las acusaciones que se les hacían tenían su fundamento, enviaron a Teonda, que era su magistrado supremo —ellos mismos le llaman rey—, para que comunicase a Perseo que
7 el cretense Evandro estaba acusado de asesinato; que en su país se venían instruyendo procesos, según el uso de una antigua tradición, contra quienes eran acusados de haber penetrado en el recinto sagrado del templo con las manos
8 impuras; si Evandro estaba convencido de ser inocente del crimen del que se le acusaba, que viniese a ejercer su defensa;

si no tenía el valor de someterse a un proceso, que liberase el templo del sacrilegio y velase por su propia seguridad. Perseo, tomando aparte a Evandro, lo instaba a que en ningún caso se sometiese a un proceso: estaría en situación de inferioridad, tanto por la causa como por su falta de crédito. (Además lo asaltaba el temor de que, en caso de ser condenado, lo implicase a él como instigador del impío atentado.) ¿Qué otra salida le quedaba sino morir valerosamente? Evandro no dijo que no abiertamente a nada. Pero, después de manifestar que prefería una muerte por veneno antes que por el hierro, preparaba la huida en secreto. Cuando el rey fue informado de ello tuvo miedo a volver sobre sí mismo la ira de los samotracios si daba la impresión de que había sustraído al acusado a su castigo y dio orden de matar a Evandro. Una vez cometida la imprudencia de perpetrar esta muerte, inmediatamente lo asaltó el pensamiento de que, sin lugar a dudas, había recaído sobre él mismo el estigma que había tenido Evandro: éste había herido a Éumenes en Delfos, él había asesinado a Evandro en Samotracia; habían sido así profanados con sangre humana los dos santuarios más venerables de la tierra y él era el único responsable. La acusación por este crimen la desvió sobornando a Teonda para que anunciase al pueblo que Evandro se había suicidado.

Con todo, al perpetrar tan horrible acción contra el único amigo que le quedaba, de cuya amistad había tenido pruebas en tantas vicisitudes y al que había traicionado por no haber sido traicionado por él, se enajenó las simpatías de todos. Se pasaban a los romanos cada uno por su cuenta, y al dejarlo prácticamente solo, le obligaron a pensar en la huida. Acabó por llamar al cretense Oroandes, que conocía la costa de Tracia porque había comerciado por aquella zona, para que lo embarcase en un lembo y lo llevase ante Cotis. En uno de

los promontorios de Samotracia hay un puerto llamado Demetrio⁴³⁰; allí estaba fondeado el lembo. A la puesta del sol se llevan hasta allí los pertrechos necesarios, y se traslada también el dinero, todo el que fue posible llevar a escondidas.

4 A media noche, el rey, acompañado por tres cómplices de la huida, salió de la casa por una puerta trasera a un jardín que estaba próximo a su habitación y, después de saltar la tapia

5 no sin dificultad, llegó hasta el mar. Oroandes había esperado sólo el tiempo necesario hasta que llevaron el dinero, y al caer la noche había soltado amarras y navegaba hacia Creta

6 por alta mar. No encontraron la nave en el puerto, Perseo anduvo dando vueltas por la orilla del mar durante algún tiempo, y, finalmente, temiendo la luz del día que ya estaba próxima, no se atrevió a volver a donde se hospedaba y se escondió en un rincón oscuro junto a una pared de un

7 templo. Entre los macedonios se daba el nombre de pajes reales a los hijos de los principales que eran elegidos para atender al rey. Este grupo había seguido al rey en su huida y ni siquiera ahora se apartaba de su lado, hasta que, por orden de Gneo Octavio, el pregonero anunció que si los

8 pajes reales y cualquier otro macedonio que se encontrase en Samotracia se pasaban a los romanos, conservarían la vida y la libertad y todos sus bienes, tanto los que tenían consigo

9 como los que habían dejado en Macedonia. Ante esta proclama se pasaron todos y daban sus nombres al tribuno militar Gayo Postumio. También fueron entregados a Octavio los hijos pequeños del rey por Ión de Tesalónica, y salvo Filipo, el mayor de sus hijos, no quedó nadie al lado del rey.

10 Entonces se entregó él mismo a Octavio junto con su hijo, denostando a la fortuna y a los dioses en cuyo templo se

⁴³⁰ En el extremo occidental de la isla. Relacionado su nombre con un santuario de Deméter.

encontraba por no haber prestado ninguna ayuda a un suplicante. Se le hizo subir a la nave pretoria, donde también 11 fue embarcado el dinero que quedaba, e inmediatamente la flota zarpó de nuevo rumbo a Anfípolis. Desde allí envió 12 Octavio al rey al campamento del cónsul, mandándole antes una carta para que supiera que el rey estaba en su poder y que se lo enviaba.

Considerando que aquello era una segunda victoria —y 7 así era—, Paulo sacrificó víctimas al recibir estas noticias y, después de convocar el consejo y dar lectura a la carta del pretor, envió a Quinto Elio Tuberón al encuentro del rey y ordenó a los demás que permaneciesen en pleno en el pretorio. En ninguna otra ocasión se concentró tanta gente en espec- 2 táculo alguno. En la anterior generación, el rey Sífax, hecho prisionero, había sido conducido al campamento romano; pero, aparte de que no se le podía comparar ni por su renombre ni por el de su nación, había sido un apéndice en la guerra púnica, lo mismo que Gencio en la guerra de Macedonia. Perseo era el centro de la guerra, y no sólo des- 3 pertaba interés a causa del renombre de su padre y de su abuelo ⁴³¹ y de aquellos con los que estaba emparentado por la sangre o por la raza, sino que proyectaban su brillo sobre él Filipo y Alejandro Magno, que habían convertido el imperio de los macedonios en el más grande del mundo. Perseo, vestido de negro, entró con su hijo en el campamento 4 sin que lo acompañase ninguno de los suyos, que al compartir su desgracia lo harían más digno de lástima. No podía avanzar a causa del gran número de los que acudían a ver el espectáculo; finalmente el cónsul mandó a los lictores que apartasen a la gente y le abriesen paso hasta el pretorio. El 5 cónsul se levantó, dijo a los demás que permaneciesen sen-

⁴³¹ Demetrio II el Etólico, que reinó de 239 a 229.

tados y, adelantándose un poco, tendió la diestra al rey en el momento en que entraba, y cuando trató de echarse a sus pies lo incorporó, sin permitir que le abrazara las rodillas; después de hacerle entrar en la tienda le invitó a tomar asiento de cara a los que habían sido convocados al consejo.

- 8 La primera pregunta fue qué ofensa le había empujado a emprender con ánimo tan hostil contra el pueblo romano una guerra que le hacía correr a él y a su reino el más grave
2 de los riesgos. Mientras todos esperaban, expectantes, su respuesta, estuvo un largo rato mirando al suelo y llorando
3 en silencio; entonces el cónsul prosiguió: «Si hubieses sido joven cuando recibiste el trono, estarías, sin duda, menos sorprendido de que desconocieses lo importante que es la
4 amistad o la enemistad del pueblo romano; ahora bien, puesto que habías tomado parte en la guerra que hizo tu padre contra nosotros y recordabas la paz, que respetamos con la mayor lealtad hacia él, ¿cuál fue tu propósito al preferir la guerra a la paz con aquellos cuya fuerza en la guerra y cuya
5 lealtad en la paz habías comprobado?». Como no respondía ni a las preguntas ni a las acusaciones, continuó: «No obstante, como quiera que esto haya ocurrido, sea debido a un error humano o al azar o a la fatalidad, mantén el ánimo. La clemencia del pueblo romano, reconocida en las desventuras de muchos reyes y de muchos pueblos, te proporciona no ya
6 la esperanza sino la certeza casi absoluta de salvarte». Esto dijo a Perseo en griego; luego, a los suyos, en latín: «Estáis viendo un ejemplo notable de lo mudables que son las cosas humanas. Os lo digo sobre todo a vosotros los jóvenes. Por eso, en la prosperidad no es conveniente adoptar medidas arrogantes o violentar contra nadie, ni fiarse de la fortuna del momento, puesto que no se está seguro de lo que traerá
7 la tarde. Será realmente un hombre aquel cuyo ánimo no se infla con el soplo de la prosperidad ni se quebranta con la

adversidad». Se disolvió el consejo y se encomendó a Quinto 8 Elio la responsabilidad de cuidar del rey. Aquel día Perseo fue el invitado del cónsul y se tuvieron con él todas las demás consideraciones que se podían tener en una situación como la suya. Seguidamente el ejército fue mandado a los cuarteles de invierno.

Anfípolis acogió a la mayor parte de las tropas y las 9 ciudades vecinas al resto.

Así fue el final de la guerra entre los romanos y Perseo, 2 que se había prolongado cuatro años ininterrumpidos, y fue también el final de un reino cuya fama se extendió por la mayor parte de Europa y por Asia entera. Desde Carano ⁴³², 3 que fue el primero, con Perseo contaban veinte reyes. Perseo accedió al trono durante el consulado de Quinto Fulvio y Lucio Manlio ⁴³³. El senado le reconoció el título de rey cuando el consulado de Marco Junio y Aulo Manlio ⁴³⁴. Fue rey durante once años. La nación macedonia fue muy poco 4 conocida hasta Filipo ⁴³⁵, hijo de Amintas; aunque, gracias a él, comenzó su expansión, sin embargo se mantuvo dentro de los límites de Europa, abarcando Grecia entera, parte de Tracia, y el Ilírico. Seguidamente se expandió hacia Asia, 5 y Alejandro, durante los trece años de su reinado, extendió primero su dominio a todo el ámbito casi inconmensurable que había constituido el imperio de los persas, y apartir de 6 ahí recorrió Arabia y la India, donde el mar Rojo rodea los últimos confines del mundo. Entonces el reino y el nombre 7 de Macedonia fue el más grande sobre la tierra; luego, a la

⁴³² El término, que en un principio designaba un título o función (jefe o rey), pasó a ser nombre propio. Cf. A. MOMIGLIANO en *Atene e Roma* (2 (1931), págs. 203-210.

⁴³³ Año 179.

⁴³⁴ Cónsules en 178.

⁴³⁵ Filipo II, rey de 359 a 336. Amintas reinó desde 393 hasta 369.

muerte de Alejandro, se desmembró en muchos reinos, al tirar del poder cada uno hacia sí, y con las fuerzas quebrantadas se mantuvo en pie por un espacio de ciento cincuenta ⁴³⁶ años desde el cenit de su fortuna hasta su final definitivo.

- 10 *Embajada* Cuando se extendió hasta Asia la noticia
 a Egipto: de la victoria romana, Anténor, que se
 parada en Rodas: encontraba frente a Fanas con la flota de
 entrevista lembos, se trasladó de allí a Casandrea.
2 *de Popilio Lenate* Gayo Popilio, que estaba en Delos para dar
 con Antioco IV protección a los navíos que se dirigían a
Macedonia, al enterarse de que había terminado la guerra
de Macedonia y que los lembos enemigos se habían retirado
de donde estaban fondeados, mandó marchar a su vez a las
naves de Átalo y continuó su travesía rumbo a Egipto para
3 cumplir con la embajada que tenía a su cargo, a fin de en-
contrarse con Antíoco antes de que se acercase a las murallas
4 de Alejandría. Cuando los embajadores, costeando Asia,
habían llegado a Lórima ⁴³⁷, puerto situado a poco más de
5 veinte millas de Rodas, justo enfrente de la ciudad, fueron a
su encuentro los dirigentes rodios —pues la noticia de la
victoria había llegado también hasta allí— pidiéndoles que
se desplazasen hasta Rodas, que era importante para el
nombre y la supervivencia de la ciudad que conociesen por
sí mismos lo que había ocurrido y estaba ocurriendo en
Rodas y llevasen información a Roma sobre hechos com-
probados personalmente, no sobre los rumores que se habían
6 difundido. A pesar de su insistente negativa, consiguieron
convencerlos para que, por la salvación de una ciudad aliada,
consintiesen en una pequeña demora en su viaje. Llegados a

⁴³⁶ En realidad, desde la muerte de Alejandro, 155.

⁴³⁷ Cf. XXXVII 17, 8.

Rodas, los mismos dirigentes lograron llevarlos, a fuerza de ruegos, ante la asamblea del pueblo. La llegada de los em- 7
bajadores acentuó los temores de la población en lugar de disminuirlos, pues Popilio recordó todas las cosas hostiles que individual y colectivamente habían dicho y hecho durante aquella guerra, y, como hombre de carácter acre, con su 8
expresión hosca y su tono de voz acusatorio imprimía mayor dureza a lo que decía, de modo que, como no tenía ningún 9
motivo personal para estar resentido contra la ciudad, por la aspereza de un solo senador romano podían deducir cuál era el sentir de todo el senado con respecto a ellos. Más moderado 10
fue el discurso de Gayo Decimio; dijo que la responsabilidad de la mayor parte de los actos mencionados por Popilio no era del pueblo, sino de unos pocos agitadores de la masa; éstos, que tenían una lengua venal, habían adoptado resolu- 11
ciones llenas de adulación hacia el rey y habían enviado una embajada de las que los rodios se iban a sentir siempre tan avergonzados como pesarosos. Todo ello recaería sobre la cabeza de los culpables si el pueblo razonaba con sensatez. Fue escuchado con vivas muestras de asentimiento, no tanto 12
porque atenuaba la responsabilidad del pueblo como porque cargaba la culpa sobre sus instigadores. Por eso, cuando los 13
dirigentes rodios respondieron a los romanos, no fue en modo alguno tan bien acogido el discurso de los que, por todos los medios, trataban de diluir las acusaciones hechas por Popilio como el de quienes se mostraron de acuerdo con Decimio en enfrentar a los responsables con la expiación de su culpa. Así pues, se adoptó inmediatamente la resolución 14
de que fueran condenados a muerte los convictos de haber dicho o hecho algo en favor de Perseo y en contra de los romanos. Algunos habían abandonado la ciudad a la llegada de los romanos, y otros se suicidaron. Después de detenerse 15
en Rodas no más de cinco días, los embajadores partieron

hacia Alejandría. Pero no por ello se mostraban los rodios menos diligentes en instruir procesos de acuerdo con el decreto aprobado en su presencia. Este empeño en dar cumplimiento al decreto fue resultado de la suavidad de Decimio tanto como de la dureza de Popilio.

- 11 Mientras tenían lugar estos hechos, Antíoco, tras un frustrado intento contra las murallas de Alejandría, se había retirado y se había adueñado del resto de Egipto; dejando en Menfis al mayor de los Tolomeos ⁴³⁸, y cuyas pretensiones al trono simulaba apoyar con sus propias fuerzas con la intención de atacar en seguida al ganador, se llevó su ejército a
- 2 Siria. Tolomeo, que estaba al tanto de estas intenciones suyas, pensó que, mientras tenía a su hermano menor amedrentado por temor al asedio, podía él retornar a Alejandría si su hermana le ayudaba y los amigos de su hermano no se
- 3 oponían, y no cesó de mandar misivas primero a su hermana y después a su hermano y a los amigos de éste hasta que tuvo
- 4 asegurada la paz con ellos. Había despertado en él recelos hacia Antíoco el hecho de que éste le hubiera entregado el resto de Egipto pero dejando una fuerte guarnición en Pelusio.
- 5 Era evidente que retenía la llave de Egipto con el objeto de traer de nuevo el ejército cuando quisiera. La guerra intestina con su hermano tendría el siguiente desenlace: el ganador, agotado por la contienda, no estaría en absoluto en condiciones de medirse con Antíoco. Estas sagaces observaciones
- 6 del hermano mayor recibieron el asentimiento del menor y los que estaban de su lado; la hermana prestó una valiosísima
- 7 ayuda tanto con sus consejos como con sus ruegos. Y así, estando todos de acuerdo, se concluyó la paz y fue repuesto en Alejandría sin que tampoco se opusiera el pueblo, que se había debilitado en el transcurso de la guerra debido a la

⁴³⁸ Tolomeo IV.

total escasez de recursos, no sólo durante el asedio sino después de retirarse el enemigo de las murallas, ya que no llegaba de Egipto ninguna ayuda. Lo lógico habría sido que 8 Antíoco se alegrase con estos acontecimientos si hubiera metido su ejército en Egipto para reponer a Tolomeo, magnífico pretexto que había utilizado ante todas las ciudades de Asia y de Grecia cuando recibía embajadas y escribía cartas; sin embargo, se irritó de tal manera que se puso a preparar contra los dos una guerra mucho más dura y encarnizada que antes contra uno solo. Inmediatamente 9 envió la flota a Chipre, y al comienzo de la primavera, dirigiéndose él a Egipto al frente del ejército, avanzó hasta Celesiria. En las cercanías de Rinocolura ⁴³⁹ unos embajado- 10 res de Tolomeo le dieron las gracias porque por mediación suya había sido repuesto en el trono paterno y le pidieron que salvaguardase su dádiva y dijese qué quería que se hiciera, en lugar de convertirse de aliado en enemigo y actuar por la fuerza de las armas. Les respondió que no 11 pensaba retirar la flota ni dar la vuelta con el ejército si no se le cedía toda Chipre, Pelusio y el territorio que rodeaba la desembocadura pelusíaca del Nilo; y fijó una fecha límite para recibir respuesta sobre el cumplimiento de sus condiciones.

Transcurrido el plazo concedido para la tregua, mientras 12 sus prefectos navegaban por la desembocadura del Nilo en dirección a Pelusio, él emprendió la marcha a través de los desiertos de Arabia y, después de ser bien acogido por los que habitaban en torno a Menfis y por el resto de los egipcios, 2 en unos casos por simpatía y en otros por miedo, bajó hacia Alejandría en etapas cortas. Cuando había cruzado el río cerca 3 de Eleusia, localidad distante cuatro millas de Alejandría,

⁴³⁹ No se ha podido precisar su localización.

4 fueron a su encuentro los embajadores romanos. Al acercarse los saludó y tendió la diestra a Popilio; entonces Popilio le entregó las tablillas que contenían el texto del decreto del
 5 senado y le mandó que, antes de nada, leyera aquello. Después de leerlo hasta el final declaró que consultaría con personas de su confianza sobre lo que debía hacer, y entonces Popilio, de acuerdo con la habitual rudeza de su carácter, trazó un círculo en torno al rey con el bastón que llevaba en la mano y exclamó: «Antes de salirte de este círculo dame una res-
 6 puesta para trasladarla al senado». Estupefacto ante una orden tan perentoria, tras unos instantes de indecisión, dijo: «Actuaré conforme a la decisión del senado». Entonces, por fin, Popilio tendió su diestra al rey como a un aliado y
 7 amigo. Antíoco salió de Egipto en la fecha señalada y los embajadores consolidaron también con su autoridad el buen entendimiento entre los hermanos —trabajo había costado que llegaran a un acuerdo de paz—, navegaron hacia Chipre y mandaron marchar de allí a la flota de Antíoco, que ya
 8 había vencido en un combate a los navíos egipcios. Aquella embajada se hizo famosa entre las naciones porque, sin lugar a dudas, se le arrebató Egipto a Antíoco cuando ya lo tenía en sus manos y se le devolvió a la dinastía de los Tolomeos el reino de sus padres.

9 *Roma e Italia.* Así como el consulado de uno de los
 Embajadas de cónsules de aquel año fue brillante por su
 Egipto y Numidia. señalada victoria, el del otro ⁴⁴⁰ pasó sin
 Actuación pena ni gloria porque no tuvo ocasión de
 10 *de los censores* llevar a cabo gesta ninguna. Ya antes,
 cuando señaló la fecha para que se concentrasen las legiones,
 entró en el espacio consagrado sin haber tomado los auspicios.
 Los augures, cuando se les hizo la consulta, dictaminaron

⁴⁴⁰ Gayo Licinio Craso.

que se había fijado la convocatoria de forma irregular. Des- 11
pués de marchar a la Galia instaló un campamento estable
en los Campos Macros, al pie de los montes Sicimina y
Papino; seguidamente pasó el invierno en aquellos mismos
parajes con los aliados del estatuto latino, pues las legiones 12
romanas, al haberse fijado de forma irregular la fecha de la
concentración del ejército, habían permanecido en Roma.
También se fueron a sus provincias los pretores, exceptuado 13
el caso de Gayo Papirio Carbón, al que había tocado en
suerte Cerdeña. Los senadores habían decidido que admi-
nistrase la justicia en Roma entre ciudadanos y extranjeros,
pues también le había correspondido este cometido ⁴⁴¹.

Popilio regresó a Roma con la embajada enviada a An- 13
tíoco. Informó de que se habían resuelto las diferencias
entre los reyes y que el ejército había sido retirado de Egipto
a Siria. Posteriormente llegaron embajadas de los reyes mis- 2
mos. Los embajadores de Antíoco manifestaron que el rey
había considerado más importante que cualquier victoria la
paz decidida por el senado y que había obedecido las órdenes
de los embajadores romanos como si se tratara de un man-
damiento de los dioses; a continuación se congratularon por 3
la victoria, a la que el rey habría contribuido con su apoyo
en caso de haberle sido demandado. Los embajadores de 4
Tolomeo dieron las gracias en nombre tanto del rey como de
Cleopatra: estaban más en deuda con el senado y el pueblo 5
romano que con sus propios padres, más que con los dioses
inmortales, pues gracias a su intervención se habían visto
liberados de un penoso asedio y habían recuperado el reino
paterno, casi perdido. El senado respondió que Antíoco 6

⁴⁴¹ Con alguna frecuencia encargaba el senado alguna otra misión al pretor destinado a Cerdeña, prorrogándole el mando a su predecesor en la isla. Pero resulta poco explicable que esa otra misión fuese la pretura peregrina.

- había actuado correcta y debidamente al hacer caso a los embajadores, y esto era del agrado del senado y el pueblo romano; el senado se alegraba profundamente si de su intervención se había derivado algo bueno y provechoso para los reyes de Egipto, Tolomeo y Cleopatra, y haría lo posible para que comprendiesen que la mejor garantía de su reino radicaba en la protección del pueblo romano. Se encomendó al pretor Gayo Papirio que se ocupase de hacer llegar obsequios a los embajadores según la costumbre establecida.
- Después llegó de Macedonia una carta que redobló la alegría de la victoria: el rey Perseo había caído en poder del cónsul.
- Una vez despedidos los embajadores de los reyes hubo una disputa entre delegados de Pisa y de Luna. Los pisanos se quejaban de que los colonos romanos los echaban de su territorio, y los lunenses aseguraban que el territorio en cuestión les había sido adjudicado a ellos por los triúmviros.
- El senado envió una comisión de cinco hombres, Quinto Fabio Buteón⁴⁴², Publio Cornelio Blasió, Tito Sempronio Musca, Lucio Nevio Balbo y Gayo Apuleyo Saturnino, a investigar y fijar los límites.
- También llegó una embajada enviada en común por los hermanos Éumenes, Átalo y Ateneo para dar sus parabienes por la victoria. Cuando Másgaba, hijo del rey Masinisa, desembarcó en Putéolos, se puso a su disposición el cuestor Lucio Manlio, enviado a su encuentro con dinero para conducirlo hasta Roma a expensas del Estado. A su llegada fue recibido inmediatamente en audiencia por el senado. El joven se expresó en tales términos que con sus palabras hizo más grato lo que ya de por sí era agradable. Recordó el número de soldados de infantería y de caballería y la cantidad

⁴⁴² Había sido pretor en 181 con mando en la Galia, prorrogado para 180.

de trigo que su padre había enviado a Macedonia en los últimos cuatro años. Había dos cosas que le habían producido 14 rubor: la primera, que el senado, por medio de embajadores, le hubiera pedido lo que hacía falta para la guerra en lugar de ordenárselo, y la segunda, que le hubiera enviado dinero como pago por el trigo. Masinisa tenía presente que disponía 15 de un reino conseguido, acrecentado, multiplicado gracias al pueblo romano; dándose por contento con el usufructo del reino, sabía que la propiedad legítima era de quienes se lo habían concedido. Era justo, por tanto, que éstos cogiesen, 16 y no que le pidiesen, ni comprasen, parte de los frutos que procedían de un territorio cedido por ellos. A Masinisa le bastaba ahora y le bastaría en el futuro con lo que le sobrase al pueblo romano. Éstas eran las instrucciones que su padre 17 le había dado al partir, y posteriormente le habían dado alcance unos jinetes para anunciarle la victoria definitiva sobre Macedonia y encargarle que felicitase al senado y le hiciese saber que su padre se había alegrado tanto con esta noticia que quería ir a Roma y hacer un sacrificio y dar las gracias a Júpiter Óptimo Máximo en el Capitolio; solicitaba del senado que, si no resultaba inoportuno, se le concediera autorización para hacerlo.

Se respondió al príncipe que su padre Masinisa estaba 14 obrando como corresponde a un hombre agradecido y bueno, añadiendo valor y honor al buen comportamiento a que estaba obligado. El pueblo romano, por su parte, había re- 2 cibido de él una cooperación decidida y leal durante la Guerra Púnica, y él, por la suya, había conseguido su reino gracias al apoyo del pueblo romano; estando, así, igualados, después había cumplido con todas sus obligaciones durante las guerras sucesivas contra tres reyes⁴⁴³. Realmente no tenía 3

⁴⁴³ Filipo, Antíoco y Perseo.

nada de extraño que se alegrase de la victoria del pueblo romano un rey que había ligado enteramente su suerte y la de su reino a la situación de Roma. Que diera las gracias a los dioses por la victoria ante sus propios penates; en Roma lo haría su hijo en representación suya. También éste había dado parabienes suficientes en nombre propio y en el de su padre. El hecho de que Masinisa abandonase su reino y saliese de África, aparte de no representar ningún beneficio para él mismo, a juicio del senado no era conveniente para los intereses del pueblo romano. A la petición de Másgaba de que se exigiese como rehén a Hannón, el hijo de Amílcar, en lugar de... ⁴⁴⁴, se respondió que el senado no consideraba procedente exigir rehenes a Cartago a criterio de Masinisa. Por medio de un senadoconsulto se dieron instrucciones al cuestor para que comprase presentes para el príncipe por un valor de cien libras de plata, lo acompañase hasta Putéolos, corriese con todos los gastos mientras estuviera en Italia, y contratase dos naves para conducirlo a África a él y a su séquito. También se obsequió con vestimentas a todos sus acompañantes, tanto hombres libres como esclavos. No mucho después se recibió una carta con noticias sobre Miságenes, el otro hijo de Masinisa: tras la definitiva derrota de Perseo, Lucio Paulo lo había enviado a África con sus tropas de caballería; la flota había sido dispersada en el mar Adriático durante la travesía, y él había sido llevado a Brundisio, enfermo, con tres naves. Se envió a Brundisio al cuestor Lucio Estertinio a llevarle unos regalos como los que se le habían hecho a su hermano en Roma, con instrucciones de procurarle una casa donde hospedarse... ⁴⁴⁵.

⁴⁴⁴ Falta el nombre propio.

⁴⁴⁵ Se perdió la hoja del manuscrito donde figuraría la elección de nuevos magistrados (cf. *infra*, 16, 1-4), la actuación de los censores (Tiberio

Los libertos habían sido repartidos entre las cuatro tribus urbanas⁴⁴⁶, con la excepción de aquellos que tuvieran un hijo natural mayor de cinco años —ordenaron que éstos se censasen donde habían estado censados durante el último lustro— y de aquellos que fueran propietarios de una o varias fincas rústicas valoradas en más de treinta mil sesteracios...⁴⁴⁷ se concedió el derecho a ser inscrito en el censo. Siempre se había mantenido este criterio, y Claudio⁴⁴⁸ sostenía que sin un mandato del pueblo un censor no podía quitar el derecho de sufragio a ninguna persona, cuanto menos a un estamento social en su conjunto. En efecto, si podía excluir de una tribu, que eso viene a ser la orden de cambiar de tribu, entonces podía excluir de todas y cada una de las treinta y cinco tribus, lo cual equivalía a suprimir los derechos de ciudadano y de hombre libre, no ya a establecer dónde hay que censarse, sino a excluir del censo. Éstas fueron las cuestiones sobre las que discutieron entre ellos; al final se llegó al compromiso de que, de las cuatro tribus urbanas, se sacase una sola en sorteo público en el Atrio de la Libertad y quedasen agrupados en ella todos los que habían sido esclavos. La suerte designó a la tribu Esquilina. Tiberio Graco hizo pública la decisión de que se censasen en ella todos los libertos. Esta solución hizo que el senado quedara muy reconocido a los censores. Se les dieron las gracias tanto a Sempronio, por haber insistido en su justa iniciativa, como a Claudio, por no haber puesto impedimentos. Los

Sempronio Graco y Gayo Claudio Pulcro) y la cuestión del confinamiento de los libertos en las cuatro tribus urbanas.

⁴⁴⁶ Hay precedentes en IX 46, 14 y *Per.* 20, y en PLUTARCO, *Flamin.* 18, I.

⁴⁴⁷ Breve laguna, que Crevier restituye *in tribubus rusticis*, «en las tribus rurales».

⁴⁴⁸ Gayo Claudio Pulcro.

excluidos del senado y los que recibieron orden de vender sus caballos fueron más que con los censores precedentes. En todos los casos excluyeron de la tribu y privaron de derechos civiles a las mismas personas, ambos censores, y ninguno de los dos atenuó la ignominia de alguien a quien el otro le hubiera puesto una nota infamante. Cuando pidieron que se les prorrogara el mandato de un año y seis meses para supervisar la restauración de edificios y verificar las obras adjudicadas en subasta, según la práctica habitual, el tribuno Gneo Tremelio puso el veto porque no había sido elegido para el senado.

10 El mismo año Gayo Cicereyo dedicó un templo a Moneta en el monte Albano cinco años después de haberlo prometido con voto ⁴⁴⁹. Lucio Postumio Albino fue consagrado flamen de Marte aquel año.

16 Cuando los cónsules Quinto Elio y Marco Junio ⁴⁵⁰ sometieron a debate la cuestión de las provincias, los senadores decidieron que Hispania, que había sido una sola provincia durante la guerra de

Provincias.
Prodigios

2 Macedonia, se dividiese de nuevo en dos; que siguiesen al cargo de Macedonia y del Ilírico los mismos, Lucio Paulo y Lucio Anicio, hasta que, de acuerdo con los criterios de los miembros de la comisión, hubiesen dado salida a la situación de estos países que estaban convulsionados por la guerra y que debían pasar del régimen monárquico a otro diferente.

3 A los cónsules les fueron asignadas Pisa y la Galia, uno y otro con dos legiones integradas por cinco mil doscientos soldados de infantería y cuatrocientos de caballería cada una. En

⁴⁴⁹ En 173. Cf. XLII 7, 1.

⁴⁵⁰ Quinto Elio Peto y Marco Junio Peno, cónsules del año 167.

cuanto a los pretores, el sorteo asignó a Quinto Casio⁴⁵¹ la pretura urbana y a Manio Juvencio Talna la peregrina, Sicilia a Tiberio Claudio Nerón, la Hispania citerior a Gneo Fulvio y la ulterior a Gayo Licinio Nerva. Aulo Manlio⁴⁵² Torcuato⁴⁵³ había obtenido Cerdeña, pero no pudo marchar a su provincia, retenido por un decreto del senado para llevar a cabo una investigación sobre delitos capitales.

Después se pidió el parecer del senado acerca de los⁵ prodigios de que se había tenido noticia. El templo de los dioses Penates de la Velia⁴⁵³ había sido alcanzado por un rayo, al igual que dos puertas y un tramo considerable de la muralla en la ciudad de Minervio⁴⁵⁴. En Anagnia había llovido tierra, y en Lanuvio se había visto un cometa en el cielo; y en Calacia, en terreno público, el ciudadano romano Marco Valerio anunciaba que había manado sangre de su hogar durante tres días y dos noches. A causa, sobre todo,⁶ de este prodigio se ordenó a los decénviro que consultaran los Libros⁴⁵⁵, y prescribieron al pueblo un día de rogativas e hicieron un sacrificio de cincuenta cabras en el foro. También por los demás prodigios hubo otro día de rogativas en todos los santuarios, se hizo un sacrificio de víctimas adultas y se purificó la ciudad. Asimismo, en lo concerniente a los honores⁷ debidos a los dioses inmortales, el senado decretó que por haber sido vencidos los enemigos en guerra y por estar los reyes Perseo y Gencio con Macedonia y el Ilírico en poder del pueblo romano, los pretores Quinto Casio y Manio⁸ Juvencio se ocupasen de que se presentaran en todos los

⁴⁵¹ Quinto Casio Longino sería cónsul en 164.

⁴⁵² Sería cónsul en 164.

⁴⁵³ Donde había estado la mansión de Tulo Hostilio.

⁴⁵⁴ Desconocida.

⁴⁵⁵ Los Libros Sibilinos.

santuarios unas ofrendas como las que se habían ofrecido durante el consulado de Apio Claudio y Marco Sempronio ⁴⁵⁶ por haber sido definitivamente derrotado el rey Antioco.

- 17 *Comisión para la reorganización de Macedonia e Iliria.* Después nombraron por decreto dos comisiones, una de diez miembros para Macedonia y otra de cinco para el Ilírico, de acuerdo con cuyos criterios los generales
- Discurso de Átalo ante el senado* Lucio Paulo y Lucio Anicio arreglarían allí la situación. Se nombró primero para Macedonia a Aulo Postumio Lusco, Gayo Claudio, excensores ambos, Quinto Fabio Labeón, Quinto Marcio Filippo, y Gayo Licinio Craso, colega de Paulo en el consulado, que gobernaba la provincia de la Galia tras haberle sido prorrogado el mando. A estos excónsules fueron añadidos Gneo Domicio Ahenobarbo, Servio Cornelio Sula, Lucio Junio,
- 2 Tito Numisio Tarquiniense y Aulo Terencio Varrón. Y para el Ilírico fueron nombrados los siguientes: Publio Elio Ligo, excónsul, Gayo Cicereyo y Gneo Bebio Tánfilo —este último había sido pretor el año anterior, y Cicereyo muchos años antes—, Publio Terencio Tuscivicano y Publio Manilio.
- 3 Después los cónsules fueron advertidos por los senadores de que llegaran entre sí a un acuerdo o echaran a suertes las provincias cuanto antes, puesto que uno de ellos tenía que reemplazar en la Galia a Gayo Licinio, que había sido
- 4 nombrado comisario. Hicieron sorteo. A Marco Junio le tocó Pisa, y se acordó que antes de marchar a su provincia introdujera en el senado a las embajadas que habían llegado a Roma de todas partes para dar sus parabienes. A Quinto
- 5 Elio le tocó la Galia. Por otra parte, aunque se enviaba a
- 6
- 7

⁴⁵⁶ Apio Claudio Pulcro y Marco Sempronio Tuditano habían sido cónsules en 185.

hombres tan cualificados que cabía esperar que con su consejo los generales no adoptarían ninguna resolución incompatible con la clemencia y la dignidad del pueblo romano, aun así se discutieron en el senado las líneas políticas fundamentales, para que los comisionados pudieran llevarlo a los generales todo esbozado desde Roma.

Ante todo se quería que los macedonios y los ilirios fuesen libres, para dejar patente a todas las naciones que las armas del pueblo romano no llevaban la esclavitud a los que eran libres, sino, bien al contrario, la libertad a los que estaban esclavizados; de esta forma, los pueblos que gozaban de libertad se convencerían de que esta libertad estaría asegurada a perpetuidad bajo la tutela del pueblo romano, y los que vivían bajo el poder de los reyes estarían convencidos de que de momento iban a tener unos reyes menos duros y más justos por respeto al pueblo romano y, además, si en algún momento había una guerra entre sus reyes y el pueblo romano, el desenlace de la misma les traería a los romanos la victoria y a ellos la libertad. También se estaba por suprimir el arriendo de las minas de Macedonia, que era una fuente de recursos considerable, y de las fincas rústicas, pues no era posible mantenerlo sin publicanos y, por otra parte, allí donde había un publicano los derechos del Estado no eran efectivos o bien la libertad de los aliados quedaba anulada. Tampoco podían explotar estos recursos los propios macedonios; donde hubiera un botín al alcance de los administradores, nunca iban a faltar motivos de revueltas y enfrentamiento. Finalmente, para evitar que, si había un consejo común a toda la nación, algún malintencionado agitador de las masas en un momento dado convirtiera en permisividad corrosiva la libertad concedida con moderación saludable, se decidió dividir Macedonia en cuatro circunscripciones, cada una con su propio consejo, y que pagasen al pueblo romano

8 la mitad del tributo que venían pagando a los reyes. Con respecto al Ilírico se adoptaron unas medidas similares. Las decisiones restantes quedaron a criterio de los propios generales y comisionados, a quienes el hecho de tratar las cuestiones sobre el terreno permitiría adoptar resoluciones más seguras.

19 Entre las muchas embajadas de reyes, naciones y pueblos, Átalo, hermano del rey Éumenes, atrajo sobre sí de un
2 modo especial las miradas y la atención de todos. En efecto, los que habían combatido a su lado en aquella guerra lo recibieron con una simpatía bastante más viva que si hubiese
3 venido el rey Éumenes en persona. Lo habían traído dos propósitos de apariencia honrosa: el primero, dar los lógicos parabienes por una victoria a la que él mismo había contribuido, y el segundo, lamentarse por la invasión gálica⁴⁵⁷ y la
4 derrota sufrida, que había llevado a su reino a una situación crítica. Subyacía también la secreta esperanza de unos honores y recompensas del senado que difícilmente podía recibir sin menoscabo de la lealtad fraterna. Tampoco faltaba, en
5 efecto, algún romano, mal consejero, para despertar su ambición dándole esperanzas: de acuerdo con lo que en Roma se pensaba de Átalo y de Éumenes, el primero era un amigo
6 fiable de los romanos y el segundo no era un aliado leal ni de los romanos ni de Perseo; por eso resultaba difícil establecer si conseguiría más fácilmente del senado las peticiones que hiciera en favor propio o las que hiciera en contra de su hermano: tan general era la disposición a concedérselo todo
7 a uno y negárselo al otro. Tal como los hechos demostraron, Átalo era uno de esos hombres que ambicionan todo cuanto les han dejado entrever sus esperanzas, a menos que el prudente consejo de un solo amigo haya puesto una especie

⁴⁵⁷ Cf. POLIBIO, XXIX 22, 4.

de freno en su ánimo exaltado por el curso favorable de las circunstancias. Estaba con él un médico, Estracio, enviado a 8 Roma por Éumenes, que no las tenía todas consigo, con el preciso propósito de observar lo que hacía su hermano y aconsejarlo fielmente si veía que se desviaba de la lealtad. Llegó cuando los oídos de Átalo estaban ya atiborrados y 9 su mente había sido ya seducida, y dirigiéndose a él con observaciones oportunas restableció la comprometida situación, recordándole que los reinos se engrandecen unos por un medio y otros por otro; el suyo era un reino reciente, no 10 estaba basado en un poder que viniera de antiguo, y se sostenía por la concordia fraterna, porque uno solo llevaba el título de rey y el principal distintivo sobre su cabeza, pero todos los hermanos reinaban. Y en cuanto a Átalo, que era 11 el siguiente en edad, ¿quién no lo consideraba ya rey? Y no sólo porque veían su enorme influencia en el presente, sino porque no había duda de que muy pronto sería rey, dada la falta de fuerzas y la edad de Éumenes, que no tenía descendencia alguna (pues aún no había reconocido al hijo que reinó a continuación)⁴⁵⁸. ¿Qué sentido tenía utilizar la fuerza 12 para algo que iba a venir en breve por sí solo? Al reino le había sobrevenido además la nueva borrasca de la invasión gálica, a la que difícilmente se había podido hacer frente con la concordia y el buen entendimiento entre los reyes; pero si 13 a la guerra externa se sumaba una revuelta interna, no había posibilidad de resistir. Lo único que iba a conseguir, para evitar que su hermano muriera siendo rey, era privarse a sí mismo de la expectativa inminente de reinar. Aun en el caso 14 de que le reportara gloria tanto el preservar el trono para su hermano como el arrebatarlo, aun así el mérito por haber preservado el reino, a lo que se uniría el afecto fraternal,

⁴⁵⁸ El futuro Átalo III.

habría sido preferible. Ahora bien, como de hecho una de las alternativas era detestable y cercana al parricidio, ¿qué
15 duda quedaba a la hora de tomar una decisión? ¿La duda entre pretender, en efecto, una parte del reino, o llevárselo entero? Si una parte, debilitados los dos por la división de fuerzas, iban a estar abiertamente expuestos a toda clase de injurias; si todo, ¿iba pues a ordenar que su hermano mayor pasase a ser un simple ciudadano, o que fuese al exilio a aquella edad, con aquel deterioro físico, o, en fin, que mu-
16 riese? Para no hablar de la suerte de los hermanos impíos contada en las tragedias, parecía sobresaliente el ejemplo de Perseo, el cual, postrado a los pies del enemigo victorioso, en el templo de Samotracia, como si los dioses allí presentes se tomaran venganza, había depositado la corona arrebatada
17 a su hermano después de darle muerte. Los mismos que lo estaban azuzando, no por amistad hacia él sino por hostilidad hacia Éumenes, alabarían su afecto fraterno y su entereza si se mantenía leal hacia su hermano hasta el final.

20 Estas consideraciones pesaron más en el ánimo de Átalo. Así pues, cuando fue introducido en el senado, dio el parabién por la victoria; refirió sus méritos en aquella guerra, y los de su hermano, si alguno había, y la revuelta de los galos que había tenido lugar recientemente causando una enorme per-
2 turbación; pidió que se enviase a éstos una embajada que con su autoridad los disuadiese del recurso a las armas. Una vez hechas estas demandas en interés del reino, pidió para él
3 Eneo y Maronea Frustradas así las esperanzas de los que habían creído que acusaría a su hermano y pediría la partición del reino, salió de la curia. Pocas veces ningún otro rey o ciudadano privado fue escuchado con tanta simpatía y mues-
tras de asentimiento por parte de todos. Se le rindió homenaje con toda clase de honores y obsequios durante su permanencia y al acompañarlo en su partida.

*Nueva embajada de
los rodios:
discurso
de Astímedes;
respuesta del
senado*

Entre las muchas embajadas de Asia y 4
de Grecia, los que más atraieron la atención
de la ciudadanía fueron los embajadores
de los rodios. En efecto, primero apare- 5
cieron con vestimentas blancas, que era lo
propio de quienes venían a dar los para-
bienes; si hubiesen venido vestidos de duelo, podían dar la
impresión de que estaban apenados por la suerte de Perseo;
mientras los embajadores permanecían en el comicio, el 6
cónsul Marco Junio consultó a los senadores si se les concedía
alojamiento, hospitalidad y audiencia en el senado, y deci-
dieron que no había por qué respetar con ellos ninguna de
las obligaciones de la hospitalidad; entonces el cónsul salió 7
de la curia, y mientras que los rodios manifestaban que
habían venido a congratularse por la victoria y a exculpar a
su ciudad de las acusaciones que había contra ella e insistían
en ser recibidos por el senado, declaró oficialmente que los 8
romanos tenían por costumbre ofrecer a los aliados y amigos
una acogida afectuosa y hospitalaria y concederles audiencia
en el senado, pero los rodios, en el curso de aquella guerra,
no habían hecho méritos como para contarlos entre los
amigos y aliados. Al oír esto se postraron todos por tierra, 9
suplicando al cónsul y a todos los presentes que no conside-
rasen justo que las acusaciones recientes y falsas contra los
rodios pesasen más que sus méritos antiguos, de los que eran
testigos ellos mismos. Inmediatamente se pusieron la vesti- 10
menta de duelo y recorrieron las casas de los principales
rogándoles, entre súplicas y lágrimas, que conocieran su
caso antes de condenarles.

El pretor Manio Juvencio Talna, que tenía a su cargo la 21
jurisdicción entre ciudadanos y peregrinos, se dedicaba a
incitar al pueblo en contra de los rodios y había presentado
una propuesta de ley para que se les declarase la guerra y 2

se escogiera a alguien entre los magistrados de aquel año para mandarlo con la flota a dicho frente, y contaba con ser él ese alguien. Los tribunos de la plebe Marco Antonio y Marco Pomponio⁴⁵⁹ se oponían a esta medida. Pero el pretor había sentado un nuevo y peligroso precedente al emprender la acción, porque, sin haber consultado previamente al senado, sin ponerlo en conocimiento de los cónsules, siguiendo exclusivamente su propio criterio, presentaba la propuesta de preguntar al pueblo si quería y mandaba que se declarase la guerra a los rodios, mientras que hasta entonces siempre se había consultado antes al senado a propósito de una guerra y después, contando con el autorizado criterio de los senadores, se presentaba al pueblo la propuesta; lo mismo ocurría con los tribunos de la plebe, siendo la práctica tradicional que nadie pusiera el veto a una propuesta de ley antes de que se hubiera dado a los ciudadanos privados la posibilidad de hablar a favor o en contra de dicha propuesta, y por eso había ocurrido con mucha frecuencia no sólo que quienes no habían declarado su intención de poner el veto lo ponían, al caer en la cuenta de los defectos del proyecto de ley gracias a los discursos de los que estaban en contra del mismo, sino que también desistían quienes habían venido con intención de oponerse, convencidos por las autorizadas razones de los que apoyaban la propuesta de ley. En esta ocasión el pretor y los tribunos competían en hacerlo todo de forma extemporánea: los tribunos, poniendo el veto antes de tiempo ante las prisas del pretor ... a la llegada del general...⁴⁶⁰.

⁴⁵⁹ Sería pretor en 161.

⁴⁶⁰ Se perdió la última hoja del cuaternión número 30, con el final del enfrentamiento entre el pretor y los tribunos, y con la concesión de audiencia a los rodios y el comienzo del discurso de Astímedes.

«...es. Si incurrimos o no en falta aún es dudoso; pero 22
estamos sufriendo ya todos los castigos, todas las humilla-
ciones. En otros tiempos, cuando vinimos a Roma después
de la derrota de los cartagineses, después de la victoria sobre
Filipo o sobre Antíoco, desde una residencia a cargo del
Estado nos dirigíamos a la curia para daros los parabienes,
padres conscriptos, y desde la curia al Capitolio, llevando
presentes a vuestros dioses; ahora, desde un albergue mu- 2
griento, donde fuimos acogidos de mala gana y pagando,
después de casi ordenársenos como a enemigos que perma-
neciéramos fuera de la ciudad, hemos venido a la curia
romana con este atuendo de duelo, nosotros, los rodios, a
los que concedisteis hace poco las provincias de Licia y de
Caria y obsequiasteis con recompensas y honores magníficos.
Disponéis, además, que los macedonios y los ilirios serán 3
libres, según hemos oído, cuando antes de hacer la guerra
contra vosotros estaban esclavizados —y no es que envidie- 4
mos la suerte de nadie, más bien reconocemos la clemencia
del pueblo romano—, y, en cambio, a los rodios, que lo
único que han hecho ha sido mantenerse inactivos en esta
guerra, ¿vais a convertirlos de aliados en enemigos? Vosotros 5
sois seguramente los mismos romanos que pretendéis que
vuestras guerras salen bien porque son justas, que os sentís
ufanos no tanto por el resultado, porque las ganáis, sino por
el comienzo, porque nunca las emprendéis sin razón. A los 6
cartagineses los convirtió en enemigos vuestros el ataque a
Mesina, en Sicilia, y a Filipo lo convirtió en vuestro enemigo
el ataque a Atenas, el intento de reducir a Grecia a la
esclavitud, el haber ayudado a Aníbal con dinero y con
tropas. Antíoco, llamado por vuestros enemigos los etolios, 7
tomó la iniciativa y pasó personalmente a Grecia con una
flota; ocupó Demetriade y Cálcide y el desfiladero de las
Termópilas, y trató de desbancaros de la posición hegemónica

8 que teníais. El motivo para la guerra contra Perseo fue la
agresión a vuestros aliados, o la muerte de los régulos y los
9 dirigentes de naciones o pueblos. Pues bien, ¿con qué pre-
texto se justificará nuestra desgracia, si hemos de perecer?
Aún no estoy separando la causa de nuestra ciudad de las de
Poliarato y Dinón, nuestros conciudadanos, y de aquellos
que hemos traído para entregároslos. Si todos los rodios
somos igualmente culpables, ¿cuál sería nuestra culpa en
10 esta guerra? ¿Que apoyamos la causa de Perseo y, de igual
modo que en la guerra contra Antíoco y contra Filipo nos
pusimos de vuestra parte en contra de los reyes, así esta vez
11 nos pusimos de parte del rey en contra vuestra? Preguntad
a Gayo Livio y a Lucio Emilio Regilo⁴⁶¹, que comandaron
vuestras flotas en Asia, de qué manera solemos ayudar a los
aliados, con qué entrega solemos meternos en una guerra.
12 Jamás vuestras naves combatieron sin nosotros. Nosotros
combatimos con nuestra flota una vez en Samos y una
13 segunda vez en Panfilia contra Aníbal como comandante; y
esta última victoria es para nosotros tanto más gloriosa por
cuanto, después de haber perdido en Samos, en una batalla
desfavorable, una gran parte de las naves y lo mejor de
nuestra juventud, no nos acobardamos ni siquiera por seme-
jante desastre y tuvimos el valor de salir de nuevo al encuentro
14 de la flota real cuando venía de Siria. No he contado estos
hechos para alardear —pues no es como para eso nuestra
situación—, sino para recordar de qué manera acostumbran
los rodios a ayudar a sus aliados.»

23 «Después de la derrota de Filipo y de Antíoco recibimos
de vosotros recompensas muy considerables⁴⁶². Si la buena

⁴⁶¹ Gayo Livio Salinátor, pretor en 202 y 191 y cónsul en 188, comandante de la flota en 199 y 191, y Lucio Emilio Regilo, pretor con mando sobre la flota en 190.

⁴⁶² Cf. XXXIII 30, 11, y XXXVIII 39, 13.

suerte que ahora tenéis vosotros por la benevolencia de los dioses y por vuestro valor, la hubiera tenido Perseo y hubiéramos ido a Macedonia a pedir recompensas al rey victorioso, ¿qué podríamos decir, a fin de cuentas? ¿Que le habíamos 2 ayudado con dinero o con trigo? ¿Con fuerzas auxiliares, terrestres o navales? ¿Que habíamos defendido qué posición? ¿Que habíamos combatido dónde, a las órdenes de sus generales o por nuestra propia cuenta? Si preguntase dónde había 3 habido un soldado nuestro entre sus fuerzas, dónde una nave entre las suyas, ¿qué responderíamos? Probablemente estaríamos defendiéndonos delante del vencedor igual que ahora lo estamos haciendo ante vosotros. Enviando embaja- 4 das de paz a ambas partes, lo que hemos conseguido, en efecto, es que, sin ganar el reconocimiento de ninguna de las dos, de una de ellas incluso recibamos acusaciones peligrosas. Y eso que Perseo podría reprocharnos con razón, cosa que 5 no podéis hacer vosotros, padres conscriptos, el haberos enviado embajadores al comienzo de la guerra para prometer que os ayudaríamos con lo que hiciera falta, que estaríamos preparados en todos los sentidos con naves, con armas, con nuestra juventud, igual que en las guerras anteriores. De 6 vosotros dependió el que no hiciéramos esta aportación, pues por la razón que fuese rechazasteis entonces nuestra oferta de ayuda. En nada nos comportamos, pues, como enemigos, ni faltamos a nuestro deber de buenos aliados, sino que vosotros nos impedisteis cumplir con él. “¿Entonces 7 qué, rodios, en vuestra ciudad no se hizo ni se dijo nada que vosotros no deseaseis y por lo que el pueblo romano se sienta ofendido con razón?”. A partir de este punto ya no pretendo justificar lo que se hizo —no estoy loco hasta ese extremo—, sino que trataré de separar la causa de la colectividad y la responsabilidad de los ciudadanos privados. No 8 hay ninguna ciudad que no tenga, en algunas ocasiones,

ciudadanos sin principios y, en todas, una masa ignorante.

9 También entre vosotros, según he oído, hubo quienes hicieron carrera a costa de adular a la masa, y que en alguna ocasión hubo una secesión de la plebe⁴⁶³ y que perdisteis el

10 control del Estado. Si esto pudo ocurrir en una ciudad de tan buenas costumbres como ésta, ¿puede alguien sorprenderse de que entre nosotros haya habido algunos que buscando la amistad del rey corrompieran a nuestra plebe con sus consejos? Esos tales, sin embargo, no tuvieron ninguna influencia aparte de hacernos remisos en el cumplimiento de nuestro

11 deber. No voy a pasar por alto lo que constituye la acusación más grave contra nuestra ciudad en esta guerra: enviamos a Perseo y a vosotros al mismo tiempo embajadores en mediación de paz; un portavoz que no estaba en sus cabales, según oímos después, convirtió en completamente

12 insensata esta desafortunada iniciativa; está constatado que habló como habría podido hacerlo el embajador romano Gayo Popilio, al que enviasteis a disuadir a los reyes Antíoco

13 y Tolomeo de hacer la guerra. Sin embargo, ese comportamiento que tuvimos con vosotros, llámese arrogancia o

14 estupidez, fue el mismo que tuvimos con Perseo. Las ciudades tienen hábitos de comportamiento igual que los individuos; también los pueblos son iracundos unos, audaces otros, algunos timoratos, unos más dados al vino y otros a los

15 placeres de Venus. El pueblo ateniense tiene fama de ser rápido y osado para empeños que sobrepasan sus fuerzas, y el lacedemonio, de ser indeciso y remiso para dar el primer paso incluso en aquellas empresas que le inspiran confianza.

16 No voy a negar que toda la región de Asia hace nacer caracteres más bien superficiales y que el lenguaje de nuestra gente es bastante ampuloso porque nos creemos superiores

⁴⁶³ En 494. Cf. II 31-33.

a las ciudades vecinas, y esto no tanto por nuestra capacidad como por los honores y la valoración que vosotros nos concedéis. Bastante castigo recibió, sin duda, allí y entonces 17 aquella embajada, despedida con una respuesta tan amarga por parte vuestra. Suponiendo que entonces se hubiese sufrido poca humillación, en todo caso esta embajada, que mueve a compasión con su actitud tan suplicante, sería una expiación suficiente incluso para otra más insolente que aquélla. La 18 arrogancia, sobre todo la de las palabras, es aborrecida por los iracundos, pero los sensatos la toman a broma, especialmente si es empleada por el inferior frente al superior; nadie la ha considerado nunca merecedora de la pena capital. Ciertamente que había el peligro de que los rodios menospreciasen 19 a los romanos. También increpan algunos a los dioses con palabras bastante temerarias, y no hemos oído de nadie que por eso fuese alcanzado por un rayo.»

«Por consiguiente, ¿queda algo más de que disculparnos, 24 si no ha habido ninguna acción hostil por nuestra parte y las palabras un tanto altisonantes de un embajador han dado pie a que se ofendieran vuestro oídos pero no a la ruina de una ciudad? He oído decir, padres conscriptos, que cuando 2 conversáis entre vosotros, en una especie de proceso judicial, hacéis una valoración de nuestras intenciones ocultas: nos pusimos de parte del rey y habríamos preferido que fuese él el vencedor, por lo cual algunos creen que debemos ser castigados con la guerra; otros de los vuestros están conven- 3 cidos de que efectivamente es eso lo que habríamos querido, pero no hay que castigarnos por ello con una guerra, pues no está previsto en ninguna ley o costumbre de ningún país que alguien sea condenado a la pena capital por querer la muerte de su adversario si no ha hecho nada para que ésta se produzca. A estos que nos eximen de castigo pero no de 4 culpa les estamos ciertamente agradecidos, pero nosotros

mismos nos aplicamos esta norma: si quisimos todos eso de los que somos acusados —no hacemos distinción entre intenciones y hechos—, castiguesenos a todos. Si algunos de nuestros dirigentes se pusieron de parte vuestra y otros de parte del rey, no pido que los partidarios del rey queden indemnes por consideración a los que apoyamos vuestra causa; lo que ruego es que no perezcamos nosotros por culpa suya. No es mayor vuestra hostilidad hacia ellos que la de la propia ciudad, y, precisamente porque lo sabían, la mayoría de ellos huyeron o se suicidaron; otros, condenados por nosotros, serán puestos a vuestra disposición, padres conscriptos. Los demás rodios de la misma forma que no nos hemos hecho acreedores a ninguna clase de agradecimientos en esta guerra, así tampoco lo somos al castigo. El cúmulo de nuestros buenos servicios anteriores sirva de compensación al hecho de haber sido remisos en esta ocasión en el cumplimiento de nuestro deber. En el transcurso de estos últimos años hicisteis la guerra contra tres reyes. Que no se nos tenga más en cuenta el hecho de no haber colaborado durante una de las guerras que el hecho de haber combatido a vuestro lado en las otras dos. Considerad a Filipo, Antíoco y Perseo como tres veredictos: dos nos absuelven, uno es dudoso; suponiendo que éste tuviera más peso, seríamos considerados culpables si ellos nos juzgasen. Vosotros decidís, padres conscriptos, si Rodas seguirá existiendo sobre la tierra o será destruida por completo; porque el objeto de vuestra deliberación, padres conscriptos, no es la guerra: podéis declararla, pero no podéis hacerla, ya que nadie entre los rodios está dispuesto a empuñar las armas contra vosotros. Si os obstináis en vuestra ira, os pediremos un tiempo para volver a casa a informar de esta funesta embajada; todas las personas libres, todos y cada uno de los rodios, hombres y mujeres, embarcaremos con todo nuestro

dinero y, abandonando nuestros penates públicos y privados, 12 vendremos a Roma, amontonaremos en el comicio, en el vestíbulo de vuestra curia, todo el oro y la plata tanto del Estado como de los particulares, y pondremos a vuestra disposición nuestras personas y las de nuestras mujeres e hijos, dispuestos a sufrir aquí todo lo que haya que sufrir; que 13 nuestra ciudad sea saqueada e incendiada lejos de nuestros ojos. Los romanos pueden pensar que los rodios son sus 14 enemigos, pero no pueden hacer que lo sean; porque nosotros también tenemos nuestro modesto juicio sobre nosotros mismos, a tenor del cual nunca nos consideraremos enemigos vuestros ni haremos nada hostil aunque tengamos que soportar todas las penalidades».

Tras un discurso como éste se postraron todos de nuevo, 25 suplicantes, agitando ramos de olivo. Al fin se les hizo levantarse y salieron de la curia. A continuación se comenzó a pedir pareceres. Los más hostiles a los rodios eran los que 2 habían hecho la guerra en Macedonia como cónsules, pretores o legados. Quien más contribuyó en favor de su causa fue Marco Porcio Catón, el cual, aun siendo de carácter agrio, en esta ocasión se comportó como un senador moderado y 3 suave. No voy a insertar una semblanza de este hombre elocuente⁴⁶⁴ haciendo referencia a lo que dijo. Se conserva, escrito, su discurso auténtico, incluido en el libro quinto de sus *Origines*. La respuesta que se envió a los rodios estaba 4 formulada de tal manera que ni se los convertía en enemigos ni se les mantenía la condición de aliados. Filócrates y Astímedes eran los jefes de la embajada. Se acordó que una 5 parte marchara a Rodas con Filócrates a informar de su misión, y que otra se quedara en Roma con Astímedes para estar al tanto del desarrollo de los acontecimientos y mantener

⁴⁶⁴ Traducimos *uiri copiosi* (ed. *Frobeniana*, Basilea, 1531).

6 informados a los suyos. Por el momento se les ordenó que retirasen de Licia y de Caria a sus gobernadores antes de una fecha determinada. Estas noticias, que en sí mismas habrían sido tristes, al ser comunicadas en Rodas se convirtieron en alegría porque se había mitigado el miedo a un
7 desastre mayor, pues se había temido una guerra. De ahí que inmediatamente votaran una corona de veinte mil monedas de oro, y enviaran a Teódoto, el almirante de la flota, para esta embajada. Querían pedir a los romanos una alianza con la condición de que no se hiciese ninguna consulta al pueblo sobre dicha cuestión ni fuese formulada por escrito, porque si no conseguían lo que pedían, la humillación por el rechazo
8 sería mayor. El almirante de la flota tenía en exclusiva atribuciones para negociar en esta materia sin la previa
9 aprobación de ninguna propuesta legal. De hecho habían mantenido durante muchos años una relación amistosa con los romanos sin llegar a comprometerse con ellos mediante un tratado de alianza, por la única razón de no truncar a los reyes la esperanza de su ayuda en caso de necesidad ni a sí mismos la esperanza de recoger los frutos de la benevolencia
10 y la buena fortuna de los reyes. Ahora les parecía que a toda costa había que pedir una alianza, no para que les diera a ellos mayor seguridad frente a otros —pues a los únicos que temían era a los romanos—, sino para que mitigara el recelo de los romanos hacia ellos. Aproximadamente por la misma época rompieron con ellos los caunios, y los milasenses ocuparon plazas fortificadas de los euromenses ⁴⁶⁵.
12 No estaba tan hundida la moral de los ciudadanos como para no darse cuenta de que, si los romanos les quitaban Licia y Caria y si las demás posesiones se liberaban a sí

⁴⁶⁵ De Cauno (cf. XXXIII 20, 12), Milasa (cf. XXXVIII 39, 8) y Euromos, situada al noroeste de Milasa.

mismas mediante una revuelta o eran ocupadas por sus vecinos, ellos quedaban reducidos a la franja costera de una isla pequeña y de suelo estéril que de ninguna manera podría alimentar a la población de una ciudad tan grande. Enviaron, ¹³ pues, tropas a toda prisa, y, aunque los caunios habían llamado en su ayuda a los cibiratas ⁴⁶⁶, los obligaron a someterse a su autoridad; y vencieron en batalla campal cerca de Ortosia ⁴⁶⁷ a los milasenses y alabandenses, que a su vez habían unido sus fuerzas y habían venido a quitarles la provincia de los euromenses.

*Operaciones en
el Epiro.
Represión y
gira de
Emilio Paulo
en Grecia*

Mientras ocurrían allí estos aconteci- ²⁶
mientos, otros en Macedonia y otros en
Roma, en el Ilírico, entretanto, Lucio Ani-
cio, después de coger prisionero al rey
Gencio, como queda dicho ⁴⁶⁸, impuso una ²
guarnición en Escodra, donde había estado
el palacio real, y confió el mando a Gabinio. En las ciudades
de Rizón ⁴⁶⁹ y Olcinio ⁴⁷⁰, importantes desde el punto de vista
estratégico, dejó el mando a Gayo Licinio. Quedando éstos ³
al frente del Ilírico, marchó con el resto del ejército al Epiro,
donde se le rindió en primer lugar Fánote saliendo toda la
población a su encuentro con las cintas de los suplicantes.
Dejó allí una guarnición y pasó a la Molósida, donde, des- ⁴
pués de recibir la rendición de todas las plazas excepto
Pasarón, Tecmón, Fílax y Hórreo ⁴⁷¹, marchó primero sobre

⁴⁶⁶ De Cibira (cf. XXXVIII 14, 3).

⁴⁶⁷ Se desconoce su emplazamiento.

⁴⁶⁸ Cf. XLIV 31, 13 ss.

⁴⁶⁹ Hoy Risano.

⁴⁷⁰ Puerto situado al sur del también puerto de Rizón, al suroeste de Escodra.

⁴⁷¹ Se desconoce la localización de estas cuatro poblaciones.

5 Pasarón. Los principales de esta ciudad eran Antínoo y Teódoto, significados tanto por sus simpatías hacia Perseo como por su odio hacia los romanos; ellos habían sido también los responsables de que la nación entera se sublevase
6 contra los romanos. Conscientes de su personal responsabilidad, como para ellos no había ninguna esperanza de perdón, cerraron las puertas, para caer aplastados en la ruina común de su patria, y exhortaron a la población a preferir la muerte
7 antes que la esclavitud. Nadie se atrevía a abrir la boca frente a unos hombres tan poderosos. Al fin, un tal Teódoto, un joven perteneciente también él a la nobleza, prevaleciendo su miedo a los romanos sobre su temor a los principales, exclamó: «¿Qué arrebatado de locura os arrastra, que hacéis de
8 la ciudad un apéndice de la culpa de dos individuos? De hombres que se enfrentaron a la muerte por su patria sí que he oído hablar repetidas veces; pero que considerasen justo que la patria pereciera por ellos son éstos los primeros que he encontrado. ¿Por qué no abrimos las puertas y aceptamos
9 un dominio que el mundo entero ha aceptado?». Como la multitud se iba tras él cuando dijo esto, Antínoo y Teódoto se lanzaron bruscamente contra el primer puesto de avanzada del enemigo, ofreciéndose ellos mismos a los golpes, y allí
10 fueron abatidos; la ciudad se rindió a los romanos. Tecmón cerró sus puertas, debido a un empecinamiento similar de su principal Cefalón, y una vez muerto éste se tomó la plaza por capitulación. Ni Fílax ni Hórreo aguantaron el asedio.
11 Pacificado el Epiro y distribuidas las tropas por los cuarteles de invierno de las ciudades idóneas, él regresó al Ilírico, convocó a los dirigentes de toda la provincia y celebró una reunión en Escodra, adonde habían llegado procedentes de
12 Roma los cinco miembros de la comisión. Allí, ateniéndose a una resolución del consejo, anunció desde lo alto de la tribuna que, según el mandato del senado y el pueblo romano,

los ilirios serían libres; él retiraría las guarniciones de todas las ciudades, ciudadelas y fortalezas. Se concedería la libertad ¹³ y además la exención de tributo a los isenses y los taulancios ⁴⁷² y, entre los dasarecios, a los pirustas ⁴⁷³, a los rizonitas y a los olciniatas, porque se habían pasado a los romanos cuando Gencio estaba aún incólume. También se les concedía la ¹⁴ exención de tributo a los daorsos porque habían abandonado a Caravancio para pasarse con sus armas a los romanos. A los escodrenses, los dasarenses, los selepitanos ⁴⁷⁴ y a los demás ilirios se les imponía como tributo la mitad de lo que habían pagado al rey. Después dividió el Ilírico en tres partes, ¹⁵ formando la primera con lo que queda al norte de Dicta ⁴⁷⁵, la segunda con todos los labeatas, y la tercera con los agravonitas ⁴⁷⁶, los rizonitas y los olciniatas y sus vecinos. Una vez establecido este ordenamiento en el Ilírico, él retornó de allí a Pasarón, en el Epiro, a los cuarteles de invierno.

Mientras ocurría esto en el Ilírico, Paulo envió a su ²⁷ hijo Quinto Máximo, que había vuelto ya de Roma, a saquear Eginio y Agasas antes de la llegada de los diez miembros de la comisión. Agasas, porque sus habitantes ² habían entregado la ciudad al cónsul Marcio por propia iniciativa pidiendo una alianza con Roma y después se habían pasado de nuevo a Perseo. El delito de los eginienenses era reciente: no dando crédito a las noticias sobre la victoria ³ romana, habían agredido como a enemigos a algunos soldados que habían entrado en la ciudad. También mandó a ⁴

⁴⁷² Ilirios, pero no es seguro que hubieran formado parte del reino de Gencio.

⁴⁷³ Vivían al este de Escodra.

⁴⁷⁴ Desconocidos tanto los dasarenses como los selepitanos.

⁴⁷⁵ Desconocida. Se han propuesto diversas correcciones a este nombre (*Issa*, *Pista*, *Pistum* —hoy Bisa—...).

⁴⁷⁶ Desconocidos.

Lucio Postumio a saquear la ciudad de los enios porque habían continuado la resistencia armada con mayor obstinación que las ciudades vecinas. Estaba ya entrando el otoño. Decidió aprovechar el comienzo de esta estación⁴⁷⁷ para hacer una gira por Grecia y visitar los lugares celebrados por la fama que la tradición ha magnificado por encima de lo que revela su contemplación. Dejando a Gayo Sulpicio Galo al mando del campamento, emprendió viaje con un séquito no muy numeroso, escoltado por su hijo Escipión y por Ateneo, hermano del rey Éumenes, y atravesando Tesalia llegó a Delfos, sede del famoso oráculo. Allí ofreció un sacrificio a Apolo y reservó para sus propias estatuas, como vencedor, las columnas que se habían comenzado a levantar en el vestíbulo del templo con intención de colocar sobre ellas las estatuas del rey Perseo. También visitó en Lebadia el templo de Júpiter Trofonio⁴⁷⁸; allí vio la entrada de la caverna por donde bajan a hacer sus consultas a los dioses los que recurren al oráculo, y después de ofrecer un sacrificio a Júpiter y a Hercinna, que tienen su templo en aquel lugar, bajó a Cálcide para contemplar el espectáculo del Euripo y de la gran isla de Eubea, unida al continente mediante un puente. De Cálcide pasó a Áulide, a tres millas de distancia, puerto famoso por haber fondeado en él, tiempo atrás, la flota de mil navíos de Agamenón⁴⁷⁹, y visitó el templo de Diana donde aquel famoso rey de reyes, llevando hasta el altar como víctima a su propia hija, pidió que sus naves hicieran la travesía hasta Troya. Desde allí se llegó hasta Oropo, en Ática, donde es venerado como un dios un antiguo

⁴⁷⁷ Sobre la diversidad de opiniones acerca de la fecha del viaje de Emilio Paulo puede verse P. JAL, *op. cit.*, nota *ad loc.*

⁴⁷⁸ Advocación pregriega de Zeus que era objeto de culto en Lebadia (Livaddia).

⁴⁷⁹ Cf. *Ilíada* II 303 ss.

adivino y donde hay un viejo templo que las fuentes y arroyos del entorno hacen agradables. Luego se fue a Atenas, 11 llena a su vez de fama desde antiguo, sin duda, pero que tiene mucho que ver: la acrópolis, los puertos, las murallas que unen el Pireo con la ciudad, los astilleros, los monumentos de grandes generales, las estatuas de dioses y de hombres, que llaman la atención por los materiales y los estilos artísticos de todo género.

Después de ofrecer en la ciudad un sacrificio a Minerva, 28 patrona de la acrópolis, partió hacia Corinto y llegó al día siguiente. Entonces, antes de su destrucción, era una ciudad 2 preclara; también constituyeron para él un espectáculo la ciudadela y el Istmo: la ciudadela alzándose a una altura enorme en el interior de las murallas, abundante en fuentes, y el Istmo separando con una estrecha lengua de tierra dos mares que se aproximan por poniente yaciente. A conti- 3 nuación visitó las famosas ciudades de Sición y Argos, y luego Epidauro, que no tiene el mismo nivel de riqueza pero es renombrada por el famoso templo de Esculapio, distante cinco millas de la ciudad, rico actualmente en restos de las antiguas ofrendas que le fueron arrebatadas y rico entonces en ofrendas que los enfermos habían consagrado al dios como pago por sus salutíferos remedios. Luego se dirige a 4 Lacedemón, digna de memoria no por la magnificencia de sus construcciones sino por su disciplina y sus instituciones. Desde allí sube a Olimpia pasando por Megalópolis. Hubo 5 también allí otras cosas que le parecieron dignas de ver, sin duda, pero quedó profundamente impresionado, como si el propio dios estuviera presente, al fijar sus ojos en la estatua de Júpiter. Por eso mandó preparar un sacrificio más suntuoso de lo habitual, como si se dispusiera a hacer una inmolación en el Capitolio. Hizo así un recorrido por Grecia 6 sin hacer ninguna indagación sobre los sentimientos que

cada cual, individual o colectivamente, había tenido durante la guerra de Perseo, con el fin de que ningún temor inquietase a los aliados, y cuando hacía el camino de vuelta⁴⁸⁰ hacia Demetriade salió a su encuentro una multitud de etolios 7 vestidos de duelo. Al preguntar, sorprendido, de qué se trataba, se le informó de que quinientos cincuenta principales habían sido ejecutados por Licisco⁴⁸¹ y Tisipo después de haber sido rodeado el senado por soldados romanos enviados por el prefecto de la guarnición Aulo Bebio, que otros habían sido mandados al exilio, y que se habían confiscado 8 los bienes tanto de los ejecutados como de los exiliados. Dio orden de que comparecieran en Anfípolis los inculpados, se reunió con Gneo Octavio en Demetriade, y al recibirse la noticia de que los diez comisarios habían cruzado ya el mar, se desentendió de todos los demás asuntos y marchó a 9 Apolonia a recibirlos. Hasta allí fue Perseo a su encuentro desde Anfípolis —hay un día de marcha—, donde había quedado libre de toda vigilancia. Personalmente, Paulo le habló a él en términos ciertamente amables, pero cuando llegó a Anfípolis, al campamento, dicen que soltó una dura 10 reprimenda a Gayo Sulpicio primero por haber permitido que Perseo se desplazase tan lejos de él por la provincia y, en segundo lugar, por haber sido condescendiente con los soldados hasta el extremo de consentir que levantaran las tejas de los muros de la ciudad para cubrir sus barracones. Dio orden de devolver las tejas y reparar las partes descu- 11 biertas dejándolas como estaban. En cuanto a Perseo y su hijo mayor Filipo, los puso bajo custodia, entregándolos a Aulo Postumio; a la hija y al hijo más pequeño hizo que los trasladaran de Samotracia a Anfípolis y les dio por entero trato de personas libres.

⁴⁸⁰ Traducimos *cum reuerteretur* (WESENBERG).

⁴⁸¹ *Strategós* en 178/177 y 172/171.

*Asamblea
de Anfípolis:
redistribución
de Macedonia*

Llegada la fecha en que había ordenado 29
que se presentasen en Anfípolis diez prin-
cipales de cada ciudad portando todos los
documentos que se hubieran depositado
dondequiera que fuese y también el dinero
del rey, tomó asiento en el tribunal en compañía de los diez
miembros de la comisión, con toda la multitud de los mace-
donios alrededor. Aunque habituados al poder de los reyes, 2
sin embargo el nuevo poder soberano les ofrecía un aspecto
sobrecogedor: el tribunal, la entrada dividiendo a la gente a
los lados, el heraldo, el asistente, todo esto era una novedad
para sus ojos y sus oídos capaz de atemorizar incluso a unos
aliados, cuánto más a unos enemigos derrotados. Paulo, una 3
vez que el pregonero impuso silencio, anunció en latín las
decisiones que había tomado el senado y las que había
tomado él mismo de acuerdo con el criterio del consejo. El
pretor Gneo Octavio —pues también él estaba presente—
iba repitiendo sus palabras traducidas al griego. Se disponía, 4
en primer lugar, que los macedonios fuesen libres, conser-
vando las mismas ciudades y los mismos territorios, aplicando
sus propias leyes, nombrando cada año sus magistrados;
pagarían al pueblo romano como tributo la mitad de lo que
habían pagado a los reyes. En segundo lugar, Macedonia 5
quedaría dividida en cuatro circunscripciones. Una, la pri-
mera, sería el territorio comprendido entre los ríos Estrimón
y Neso ⁴⁸²; a ésta se añadirían al otro lado del Neso en direc- 6
ción este las aldeas, enclaves fortificados y plazas fuertes a
las que Perseo había extendido su dominio, con las excep-
ciones de Eno, Maronea y Abdera; y al lado de acá del
Estrimón, en dirección oeste, toda la Bisáltica junto con la
Heraclea llamada Síntice. La segunda sería la región delimi- 7

⁴⁸² El Nestos.

tada al este por el río Estrimón, con las excepciones de Síntice, Heraclea y la Bisáltica, y al oeste por el río Axio, con el añadido de los peones⁴⁸³, que habitaban cerca del Axio hacia el oriente. La tercera era la circunscripción comprendida entre el Axio por el este y el río Peneo por el oeste, con el Monte Bora⁴⁸⁴ como barrera en dirección norte; a ésta se añadió la parte de Peonia que se extiende hacia el oeste a lo largo del río Axio; también se incorporaron Edesa y Berea al mismo distrito. La cuarta demarcación quedaba al otro lado del monte Bora, colindando por un lado con el Ilirico y por el otro con el Epiro. Como capitales de las demarcaciones, donde se celebrarían las asambleas, nombró a Anfípolis para la primera, Tesalónica para la segunda, Pela para la tercera y Pelagonia⁴⁸⁵ para la cuarta. Según dispuso, sería allí donde se convocarían las asambleas de cada circunscripción, donde se recogería el dinero y donde se elegiría a los magistrados. Después anunció que se había decidido que nadie tendría derecho de matrimonio ni de comercio con tierras o edificios fuera de los límites de su demarcación. No se explotarían minas de oro o plata, sí se permitían las de hierro y cobre. Se imponía como tributo a quienes las explotasen la mitad de lo que habían pagado al rey. También prohibió el consumo de sal de importación. Como los dárdanos reclamaban la Poenia porque les había pertenecido a ellos y además colindaba con su territorio, declaró que se concedía la libertad a todos los que hubieran sido súbditos del rey Perseo. Pero, después de negarles Peonia, les concedió el derecho a comerciar con la sal, mandó a la tercera demarcación que la transportase hasta Estobos⁴⁸⁶, en

⁴⁸³ Peonia era la región comprendida entre el Axio y el Estrimón.

⁴⁸⁴ El Bermion, al sur de Edesa.

⁴⁸⁵ ¿Ciudad, o región?

⁴⁸⁶ Cf. XXXIII 19, 3 y nota.

Peonia, y fijó el precio. Les prohibió cortar ellos y dejar que 14
 otros cortaron madera para barcos. A las demarcaciones
 que eran limítrofes con los bárbaros —y todas lo eran salvo
 la tercera— les permitió tener destacamentos armados en los
 confines más alejados.

El anuncio de estas disposiciones en el primer día de la 30
 reunión provocó en los ánimos impresiones diversas. La
 concesión de la libertad, que no esperaban, y la reducción
 del tributo anual los confortó; pero les parecía, al quedar 2
 interrumpidas las relaciones comerciales entre demarcaciones,
 que Macedonia había sido despedazada como un ser vivo al
 que se le cortan los miembros que se necesitan unos a otros:
 hasta ese extremo los propios macedonios desconocían lo
 grande que era Macedonia, lo fácil que era su partición, en
 qué medida cada parte se bastaba a sí misma. La primera 3
 circunscripción tiene a los bisaltas, hombres muy valerosos
 (viven al otro lado del río Neso y en ambas orillas del
 Estrimón), tiene frutos típicos muy variados, y minas, y la
 favorable posición de Anfípolis, que se levanta como una
 barrera cerrando todos los accesos desde el este. La segunda 4
 demarcación tiene las ciudades muy populosas de Tesalónica
 y Casandrea, y además Palene, tierra fértil de frutos abun-
 dantes; cuenta, también, con las ventajas marítimas que le
 proporcionan los puertos de Torone, del monte Atos y de
 Enea y Acantos⁴⁸⁷ oportunamente orientados unos hacia
 Tesalia y la isla de Eubea y otros hacia el Helesponto. La 5
 tercera demarcación tiene las conocidas ciudades de Edesa,
 Berea y Pela, y el belicoso pueblo de los vetios⁴⁸⁸, y también
 un asentamiento muy numeroso de galos e ilirios, cultivadores
 laboriosos. Habitan la cuarta región los cordeos, los lince- 6

⁴⁸⁷ Cf. XXXI 45, 15.

⁴⁸⁸ Desconocidos.

tas⁴⁸⁹ y los pelagonios, y, contiguas a éstos, Atintania⁴⁹⁰,
 7 Tinfeide⁴⁹¹ y Elimiótide⁴⁹². Toda esta comarca es fría, difícil
 de cultivar y dura, y cuenta asimismo con unos habitantes
 cuyo carácter se asemeja a la tierra. Contribuyen a darles
 mayor fiereza sus vecinos bárbaros, unas veces poniéndolos
 a prueba con la guerra y otras, en tiempos de paz, con la
 8 penetración de sus costumbres. Así pues, la partición de
 Macedonia, poniendo de relieve las ventajas de sus diferentes
 partes, demostró lo grande que era en su conjunto.

- 31 *Investigaciones
 y represión en
 Grecia.
 Macedonia:
 depuraciones,
 leyes, juegos,
 botín*
- Una vez dictado el ordenamiento de Macedonia y después de manifestar que también le daría leyes, fueron citados a continuación los etolios. En la investigación concerniente a éstos se trató más bien de averiguar qué sector había apoyado a los romanos y cuál al rey, y no tanto cuál de ellos
 2 había cometido o sufrido desafueros. Los autores de las
 muertes fueron absueltos de culpa; el exilio de los desterrados fue ratificado, al igual que la muerte de los que
 habían sido ejecutados; el único condenado fue Aulo Bebio,
 por haber proporcionado soldados romanos para colaborar
 3 en la matanza. Este desenlace del caso de los etolios hizo
 que en todas las naciones y pueblos de Grecia se crecieran
 hasta un grado intolerable de arrogancia los ánimos de
 quienes habían sido partidarios de los romanos, y dejó,
 indefensos, a sus pies a aquellos que en alguna medida

⁴⁸⁹ Vivían al norte de Eordea.

⁴⁹⁰ En el Epiro norte, al este del Aoo.

⁴⁹¹ Al oeste de la frontera con Tesalia, al sur del Haliacmón.

⁴⁹² Entre Eordea, Perrebia y Tinfeide. Livio emplea también la forma *Elimeia*.

habían dado base a la sospecha de haber sido favorables al rey. En las ciudades había tres tipos de principales, dos 4 que a fuerza de adular al poder romano o la amistad de los reyes ganaban influencia para sus intereses particulares a costa de oprimir a la ciudadanía, y un grupo intermedio, enfrentado a estos otros dos tipos, que era el único en defender la libertad y las leyes. Estos últimos contaban en 5 mayor medida con el cariño de sus conciudadanos, pero en la misma medida eran menores sus simpatías entre los de fuera. Los seguidores del partido prorromano, crecidos por el éxito de los romanos, acaparaban en exclusiva las magistraturas y las embajadas. Como eran muchos los que habían 6 acudido del Peloponeso, de Beocia y de otras ligas de Grecia, cargaron los oídos de los diez miembros de la comisión: los 7 que habían ayudado al rey no eran sólo aquellos que, fatuamente, sin rebozo alardeaban de huéspedes y amigos de Perseo, sino otros muchos, más numerosos, que le habían dado su apoyo a escondidas, que, so pretexto de defender la libertad, en las asambleas lo habían amañado todo en contra de los romanos, y la única forma de que aquellos pueblos se 8 mantuvieran leales era quebrar la moral de las facciones contrarias y alimentar y reforzar la autoridad de quienes tenían puesta la mirada únicamente en el poder de Roma. Dieron nombres, y se hizo venir de Etolia, de Acarnania, del 9 Epiro y de Berea a los nombrados, mediante una carta del general, para que lo siguieran a Roma a fin de defender su causa. Dos miembros de la comisión de los diez, Gayo Claudio y Gneo Domicio, se trasladaron a Acaya para hacer personalmente la citación mediante un edicto. Se hizo así por 10 dos razones. La primera, porque había el convencimiento de que los aqueos tenían más confianza en sí mismos y más coraje para negarse a obedecer, aparte de que probablemente corrían peligro Calícrates y los demás acusadores y delatores;

- 11 y la segunda razón para hacer la citación de modo presencial era que, en el caso de los otros pueblos, tenían cartas de los dirigentes que habían sido aprehendidas en los archivos reales, mientras que en el caso de los aqueos no se había encontrado ninguna carta, y la acusación no tenía en qué basarse.
- 12 Después de despedir a los etolios se citó a la nación acarnania. En su caso no se hizo ninguna modificación salvo
13 apartar a Léucate de la liga acarnania. Después, ampliando el ámbito de la investigación sobre quiénes habían dado su apoyo al rey de forma oficial o a título particular, extendieron
14 también a Asia las pesquisas y enviaron a Labeón a destruir Antisa ⁴⁹³, en la isla de Lesbos, y trasladar a los antiscos a Metimna, por haber ayudado con suministros, después de dejar entrar en su puerto al prefecto real Anténor, cuando
15 navegaba con sus lembos en torno a Lesbos. Fueron decapitados dos personajes insignes: el etolio Andronico, hijo de Andronico, por haber secundado a su padre tomando las armas contra el pueblo romano, y el tebano Neón, por ser el responsable de que los suyos hubiesen hecho una alianza con Perseo.
- 32 Tras el paréntesis debido a estas investigaciones sobre los hechos ocurridos en el exterior se reunió de nuevo la asamblea
2 de los macedonios. Por lo que hacía relación al estatuto de Macedonia, se anunció que era preciso elegir senadores (sinedros los llaman ellos) para dirigir los asuntos públicos
3 con su consejo. A continuación se dio lectura pública a los nombres de los principales macedonios que, según se había decidido, partirían por delante hacia Italia en compañía de
4 sus hijos de más de quince años. Esta medida era cruel a primera vista, pero a la masa de los macedonios pronto les

⁴⁹³ Antisa y Metimna eran dos puertos situados al norte de la isla.

pareció que había sido tomada en favor de su libertad. En efecto, se dieron los nombres de los confidentes del rey y los dignatarios de la corte, los generales de los ejércitos, los almirantes de las flotas y los prefectos de las guarniciones, gente que tenía por costumbre obedecer al rey con servilismo y mandar a los demás con arrogancia; unos eran enormemente 5 ricos, otros se equiparaban a éstos en gastos sin tener el mismo nivel de fortuna; todos comían y vestían como reyes, ninguno tenía el talante del ciudadano, incapaces de aceptar unas leyes y una libertad igual para todos. Por consiguiente, 6 todos los que habían ejercido alguna función en la corte o habían formado parte de las embajadas recibieron la orden de abandonar Macedonia e ir a Italia, anunciándose la pena de muerte para quien no obedeciese la orden. Paulo, poniendo 7 en ello tanto cuidado que parecía legislar no para unos enemigos vencidos sino para unos aliados beneméritos, dio a Macedonia unas leyes en las que ni siquiera su uso prolongado en el tiempo, que es lo único que las cambia, pudo revelar defectos al ponerlas en práctica.

Después de los asuntos serios ofreció en Anfípolis el es- 8 pectáculo de unos juegos muy fastuosos. Habían sido preparados con gran antelación; había enviado mensajeros a las ciudades de Asia y a los reyes para anunciarlos y él personalmente había informado a los dirigentes al hacer su recorrido por las ciudades de Grecia. Acudieron de todo el mundo, en 9 efecto, muchísimos artistas de todo tipo que se dedicaban al arte del espectáculo, atletas y caballos famosos y delegaciones con víctimas; se hizo todo cuanto suele hacerse en Grecia en unos grandes juegos en honor de los dioses y de los hombres, a tal escala que causaron admiración no sólo por su magni- 10 ficencia sino por el dominio del arte de presentar un espectáculo, en lo cual por entonces los romanos carecían de experiencia. También se ofrecieron banquetes a todas las 11

delegaciones preparados con la misma suntuosidad y el mismo esmero. Circulaba entre la gente una frase del propio Paulo: el que sabe vencer en una guerra, también sabe preparar un banquete y organizar unos juegos.

33 Tras la celebración de los juegos se cargaron en las naves
los escudos de bronce y se hizo un gran montón con el resto
2 de las armas de todo tipo, y, después de invocar a Marte, a
Minerva y a la Madre Lúa y a los demás dioses a los que,
conforme a las leyes humanas y divinas, se dedican los
despojos de los enemigos, el propio general aplicó su antorcha
y prendió el fuego, y a continuación aplicó la suya cada uno
3 de los tribunos militares que estaban alrededor. En aquel
encuentro entre Europa y Asia, en el que se había congregado
una multitud llegada de todos los sitios, en parte para dar
sus parabienes y en parte para ver el espectáculo, con tantas
tropas terrestres y navales, llamó la atención la abundancia
4 de artículos y el precio tan bajo de los comestibles, de tal
modo que el general regaló una buena parte de los artículos
de este género tanto a los particulares como a las ciudades y
a los pueblos, no sólo para las necesidades del momento
5 sino incluso para llevar a sus casas. Tanto como las repre-
sentaciones teatrales, para la multitud que había acudido
constituían un espectáculo los combates entre hombres, las
carreras de caballos y la exhibición del botín aprehendido en
Macedonia, expuesto a la vista en su totalidad: estatuas,
pinturas y tejidos, y vasos de oro, de plata, de bronce y de
6 marfil, trabajados en aquel palacio con esmero exquisito, de
modo que pudieran servir no sólo para deslumbrar de mo-
mento, como los que llenaban el palacio de Alejandría, sino
7 para usarlos indefinidamente. Se embarcó todo esto en la
flota y se encomendó a Gneo Octavio la misión de transpor-
tarlo a Roma.

*Marcha
del ejército de
Emilio Paulo
hacia Italia*

Después de despedir cortésmente a los embajadores, Paulo cruzó el Estrimón y acampó a una milla de Anfípolis. Desde allí emprendió la marcha hacia Pela y llegó al quinto día. Dejando a un lado la ciudad, 8

se detuvo un par de días en un lugar llamado Peleo y envió a Publio Nasica y a su propio hijo Quinto Máximo, con una parte de las tropas, a devastar el territorio de los ilirios, que habían prestado ayuda bélica a Perseo; les dio orden de ir a su encuentro en Orico, y él, tomando la dirección del Epiro, llegó a Pasarón en quince jornadas.

Anicio tenía su campamento no muy lejos de allí. Le 34 mandó una carta advirtiéndole que no hiciera el menor movimiento ante lo que iba a ocurrir: el senado había concedido a su ejército como botín las ciudades del Epiro que se habían pasado a Perseo. A continuación envió centuriones 2 a cada una de las ciudades a decir que habían venido a retirar las guarniciones con el fin de que los epirotas fuesen libres igual que los macedonios, y después convocó a diez principales de cada ciudad, los conminó a que se sacase a un lugar público el oro y la plata y destacó tropas por todas las ciudades. Salieron hacia las más alejadas antes que hacia las 3 más cercanas, con el objeto de que llegasen a todas el mismo día. Se habían dado instrucciones a los tribunos y centuriones 4 sobre lo que había que hacer. Se sacó por la mañana todo el oro y la plata; a la hora cuarta se dio a los soldados la señal para el saqueo de las ciudades, y el botín fue lo suficientemente 5 abundante como para repartir cuatrocientos denarios a cada jinete y doscientos a cada infante, y se cogieron ciento cincuenta mil cautivos. Después fueron derruidas las murallas 6 de las ciudades saqueadas, que eran en torno a setenta. Se vendió todo el botín, y todo el dinero obtenido se distribuyó entre los soldados. Paulo bajó hacia el mar, a Orico, sin haber 7

dado satisfacción, en absoluto, a las expectativas de los
 soldados como había pensado, pues estaban indignados por
 no haber tenido parte en el botín real, como si no hubiesen
 8 hecho ninguna guerra en Macedonia. En Orico se encontró
 con las tropas que había enviado con Escipión Nasica y con
 su hijo Máximo, embarcó al ejército e hizo la travesía hasta
 9 Italia. Anicio, por su parte, después de reunir en asamblea al
 resto de los epirotas y acarnanes y ordenar que lo siguieran
 a Italia los dirigentes cuyas causas había reservado para el
 estudio del senado, esperó a las naves que había utilizado el
 ejército en Macedonia y cruzó también él a Italia pocos días
 más tarde.

10 Cuando ocurrían estos hechos en Ma-
 Embajada cedonia y en el Epiro, los embajadores
 romana enviados con Átalo⁴⁹⁴ para poner fin a la
 a los gálatas guerra entre los galos y el rey Éumenes
 11 habían llegado a Asia. Al producirse una
 tregua mientras durase el invierno⁴⁹⁵, los galos se habían
 marchado a casa y el rey se había retirado a Pérgamo, a los
 cuarteles de invierno, y se había visto afectado por una
 grave enfermedad. El comienzo de la primavera les hizo salir
 de sus casas, y ya habían llegado a Sínada⁴⁹⁶ mientras que
 Éumenes había recogido sus tropas de todas partes y las
 12 había concentrado en Sardes. Enterados los romanos de que
 también se encontraba en Sínada el jefe de los galos Solove-
 cio, decidieron dirigirse allí para una entrevista⁴⁹⁷; Átalo

⁴⁹⁴ La narración vuelve a 20, 2.

⁴⁹⁵ El de 168/167.

⁴⁹⁶ Cf. XXXVIII 15, 14.

⁴⁹⁷ Traducimos, siguiendo a MADVIG, *Synnadis esse comperissent, eo proficisci decreuerunt*.

marchó con ellos, pero no se consideró oportuno que entrase en el campamento de los galos para que no se exasperasen los ánimos con discusiones. El excónsul Publio Licinio se 13 entrevistó con el régulo de los galos y al volver contó que sus ruegos lo habían vuelto más arrogante, de modo que uno 14 podría sorprenderse de que en unos reyes tan poderosos como Antíoco y Tolomeo las palabras de los embajadores romanos hubieran tenido tanta fuerza como para llevarlos a hacer las paces inmediatamente, mientras que para los galos no habían tenido la menor importancia.

*Triunfo de
Emilio Paulo*

A Roma llegaron primero los reyes cau- 35
tivos Perseo y Gencio, que fueron puestos
bajo custodia junto con sus hijos; después
la multitud restante de prisioneros, y luego
aquellos macedonios y dirigentes de Grecia
a los que se había dado orden de venir a Roma; no sólo se 2
les había hecho venir, en efecto, si se encontraban en su
lugar de residencia, sino que también habían sido reclamados
por carta los que según se decía se encontraban en la corte
de los reyes. Pocos días después, en la nave del rey, de gran 3
tamaño, impulsada por dieciséis bancadas de remos, engalana-
da con los despojos macedonios tanto de armas fuera de
lo común como de tapicerías reales, llegó el propio Paulo a
la ciudad remontando el Tíber, cuyas orillas estaban abarro-
tadas por el gentío que se había desbordado para salir a
recibirle. A los pocos días llegaron Anicio y Octavio con su 4
flota. El senado les concedió a los tres el triunfo mediante
decreto, y se encargó al pretor Quinto Casio que se pusiera
en contacto con los tribunos de la plebe para que, a instancias
del senado, presentasen al pueblo la propuesta de que man-
tuvieran el mando supremo el día de su entrada triunfal en
la ciudad. Las medianías no son blanco de la envidia; ésta 5

suele apuntar a lo más alto. Sobre el triunfo de Anicio y de Octavio no se dudó; la maledicencia se cebó en Paulo, al que ni siquiera ellos mismos se habrían atrevido a compararse
6 sin rubor. Había mantenido a los soldados bajo una disciplina a la antigua usanza; el botín lo había repartido con menos generosidad de la que esperaban ante lo cuantioso de las riquezas del rey, dado que de haber sido condescendiente con su avidez no habrían dejado nada que ingresar en el
7 erario. Todo el ejército de Macedonia estaba irritado⁴⁹⁸ con su general, y, por consiguiente, no tenía muchas ganas de participar en los comicios para la aprobación de la propuesta
8 de ley. Pero Servio Sulpicio Galba, que había sido tribuno militar de la segunda legión en Macedonia y tenía una particular enemistad personal con el general, había impulsado a los soldados a participar en masa en la votación, a costa de abordarlos personalmente o de incitarlos a través de los
9 nombres de su propia legión. Rechazando la propuesta del triunfo se vengarían de su autoritario y mezquino general. La plebe urbana secundaría el pronunciamiento de los soldados. Él no había podido darles dinero, la tropa podía conferirle el honor. Que no esperase el fruto del agradecimiento allí donde no había hecho méritos para ello.

36 Así fueron instigados, y cuando el tribuno de la plebe Tiberio Sempronio presentó en el Capitolio aquella propuesta de ley y los ciudadanos privados tenían la ocasión de hablar acerca de la misma, nadie se adelantaba para defenderla, como es lógico cuando una cuestión no ofrece la menor
2 duda; entonces se presentó de repente Servio Galba⁴⁹⁹ y solicitó a los tribunos que, como era ya la hora octava del día

⁴⁹⁸ Traducimos *iratus... erat, itaque* (MADVIG).

⁴⁹⁹ Sería pretor en 151 y cónsul en 144.

y no le quedaba tiempo suficiente para explicar las razones por las que debían votar en contra del triunfo de Lucio Emilio, aplazasen el asunto hasta el día siguiente y lo sometiesen a debate por la mañana: él necesitaba un día entero para defender aquella causa. Cuando los tribunos lo instaron a que hablase aquel día si quería decir algo, alargó la cosa hasta la noche describiendo y recordando el rigor con que se había exigido el cumplimiento de los deberes militares; se les habían impuesto más sacrificios, más peligros de lo que las circunstancias requerían; en cambio a la hora de las recompensas y de los honores todo habían sido restricciones; si unos jefes semejantes se salían con la suya, la vida militar iba a ser más dura y rigurosa para los combatientes, y al mismo tiempo no iba a suponer ventajas ni honores en caso de vencer. De mejor suerte gozaban los macedonios que los soldados romanos. Si al día siguiente acudían en masa a rechazar el proyecto de ley, los hombres poderosos comprenderían que no todo depende del general, que algo está también en manos de los soldados. Incitados por estas palabras, los soldados al día siguiente llenaron el Capitolio, de tal forma que no podía entrar nadie más para depositar el voto. Cuando las primeras tribus llamadas adentro votaron en contra de la propuesta, los principales de la ciudad corrieron en bloque al Capitolio repitiendo a gritos que era un escándalo que se privase del triunfo a Lucio Paulo, el vencedor de una guerra tan importante; se estaba dejando a los generales a merced de la indisciplina y la codicia de la tropa; se estaba incurriendo ya, en los tiempos que corrían, en errores demasiado frecuentes, por afán de popularidad; ¿qué ocurriría si se ponía a los soldados, como dueños, por encima de los generales? Cada uno lanzaba sus particulares improperios en contra de Galba. Finalmente, una vez aplacado este tumulto, Marco Servilio, que había sido cónsul y jefe de

la caballería⁵⁰⁰, pidió a los tribunos que sometieran a debate desde un principio aquella cuestión y le dieran la oportunidad de dirigir la palabra al pueblo. Los tribunos se retiraron a deliberar y, cediendo ante la influencia de los principales, comenzaron el debate por el principio y anunciaron que volverían a llamar a las mismas tribus cuando hubiesen hablado Marco Servilio y otros ciudadanos particulares que quisieran hacerlo.

Entonces habló Servilio: «Si no hubiera ningún otro indicio para poder valorar hasta qué punto Lucio Emilio ha sido un gran general, Quirites, bastaría con éste: a pesar de tener en su campamento unos soldados tan sediciosos y tan irresponsables, y un enemigo personal tan significado, tan osado, tan elocuente para sublevar a la masa, no hubo en su ejército ningún amotinamiento. Esa misma severidad en el mando que ahora aborrecen los contuvo entonces. Y así, mantenidos bajo una disciplina a la antigua, no dijeron ni una palabra ni hicieron ningún movimiento de carácter sedicioso. En cuanto a Servio Galba, si al actuar como acusador de Lucio Paulo ha pretendido dejar de ser un principiante y dejar constancia de su elocuencia, no debió impedir un triunfo que el senado había considerado justo, y eso sin entrar en otras consideraciones; cuando debería haber presentado denuncia contra él y haberlo interrogado de acuerdo con las leyes era al día siguiente de haberse celebrado el triunfo, cuando lo iba a ver convertido en simple ciudadano; o bien, un poco más tarde, en cuanto él mismo ocupara una magistratura, que llevase a juicio a su enemigo personal y lo acusase ante el pueblo. De este modo, Lucio Paulo tendría el triunfo por la campaña bélica magníficamente llevada, como recompensa por la

⁵⁰⁰ Marco Servilio Gémino había sido jefe de la caballería en 203 y cónsul en 202.

labor bien hecha, y al mismo tiempo tendría su castigo si hubiera hecho algo indigno de su gloria antigua o reciente. Pero, 6 claro, quiso rebajar la gloria de un hombre contra el que no podía aducir ninguna acusación, ninguna infamia. Ayer pidió un día entero para acusar a Lucio Paulo; se pasó cuatro horas hablando lo que quedaba del día. ¿Hubo alguna vez 7 un acusado tan lleno de culpas que no se pudieran enumerar en tantas horas los delitos de su vida? Y después de todo, en todo ese tiempo ¿qué cargos presentó que Lucio Paulo hubiera querido negar si defendiese su causa? Que alguien 8 me reúna por un momento dos asambleas, una la asamblea de los soldados de Macedonia, y otra imparcial, con el juicio más limpio de favoritismo y de odio, la asamblea del pueblo romano entero. Condúzcase primero al acusado ante la asamblea togada y urbana. ¿Qué dirías, Servio Galba, delante 9 de los Quirites de Roma? Porque quedaría cortado ese discurso tuyo: "Hiciste unas guardias demasiado estrictas y tensas; se inspeccionaron los turnos de centinela con celo y rigor excesivos; hiciste más trabajo que anteriormente, porque el propio general giraba visitas como un inspector; en un mismo día realizaste una marcha e inmediatamente después de la marcha saliste al campo de batalla; ni siquiera después 10 de vencer te permitió descansar, en seguida te llevó en persecución del enemigo. Cuando podía hacerte rico repartiendo el botín, tiene pensado llevar el dinero del rey en el desfile triunfal e ingresarlo en el tesoro público". Frases así 11 tienen cierto acicate para espolear los ánimos de los soldados que piensan que se hicieron pocas concesiones a su falta de disciplina y su codicia, pero, igualmente, habrían tenido un efecto nulo en el pueblo romano, pues éste, aunque no re- 12 cuerde los ejemplos antiguos oídos a sus padres, sí recuerda los desastres sufridos a causa del afán de popularidad de los generales, las victorias conseguidas gracias a la severidad en

el mando, o, al menos, la diferencia que hubo entre el jefe de la caballería Marco Minucio y el dictador Quinto Fabio Máximo en la última Guerra Púnica. De modo que habría quedado patente que el acusador no podía abrir la boca y que era innecesaria la defensa de Paulo. Pasemos a la otra asamblea. Y me parece que no debo llamaros Quirites sino soldados, si al menos este nombre puede causar algún rubor y hacer que sintáis vosotros algo de vergüenza en ultrajar a vuestro general».

«La verdad es que la sensación que tengo cuando me imagino que estoy hablando ante el ejército es distinta a la de hace poco cuando mi discurso iba dirigido a la población de la ciudad. ¿Qué decir entonces, soldados? ¿Hay en Roma alguien —aparte de Perseo— que no quiera que se celebre el triunfo sobre los macedonios, y no lo estáis destrozando con esas mismas manos con las que vencisteis a los macedonios? El que os impide entrar triunfalmente en Roma, si hubiera podido, os habría impedido vencer. Estáis equivocados, soldados, si creéis que el triunfo es un honor únicamente del general y no también de los soldados y de todo el pueblo romano. Lo que está en juego aquí no es sólo la gloria de Paulo; muchos, incluso quienes no habían obtenido del senado el triunfo, hicieron el desfile triunfal en el monte Albano; nadie puede quitarle a Lucio Paulo el honor de haber llevado a término la guerra de Macedonia en mayor medida que a Gayo Lutacio⁵⁰¹ el de haber finalizado la primera Guerra Púnica o a Publio Cornelio⁵⁰² la segunda, o a aquellos que obtuvieron el triunfo después de ellos⁵⁰³; aparte

⁵⁰¹ Gayo Lutacio Cátulo, vencedor de la flota cartaginesa en las islas Egates en 242.

⁵⁰² Escipión Africano, vencedor en Zama.

⁵⁰³ Traducimos *illis qui post eos* (C. SIGONIO).

de que el triunfo no hará ni más ni menos grande a Lucio Paulo como general; es más bien la gloria de los soldados y del pueblo romano entero lo que está en juego, más que nada 6 para evitar que tenga fama de envidioso y desagradecido hacia todos sus ciudadanos más eminentes y que parezca imitar en esto al pueblo ateniense, que por envidia destrozaba a sus principales. Bastante se equivocaron vuestros antepa- 7 sados en el caso de Camilo, y eso que a él lo vejaron antes de ser recuperada Roma de los galos por su mediación⁵⁰⁴; bastante os equivocasteis vosotros no hace mucho en el caso de Publio Africano. Avergoncémonos de que haya estado en Literno el domicilio y la residencia del conquistador de África, de que su sepulcro sea mostrado en Literno⁵⁰⁵. Que 8 Lucio Paulo se equipare en gloria a aquellos hombres, que no sea igual a ellos por vuestro trato injusto. Bórrese ante todo, por consiguiente, esta infamia vergonzosa ante las otras naciones y dañina ante los nuestros. ¿Quién va a querer 9 semejarse al Africano o a Paulo, en efecto, en una ciudad tan ingrata y hostil para con los buenos ciudadanos? Supo- 10 niendo que no estuviese el deshonor en juego y sólo se tratase de la gloria, después de todo, ¿qué triunfo no comporta al mismo tiempo la gloria del nombre de Roma? Tantos 11 triunfos sobre los galos, tantos sobre los hispanos, tantos sobre los cartagineses, ¿decimos que lo son sólo de los propios generales, o del pueblo romano? De igual modo que no se celebraron los triunfos únicamente sobre Pirro ni sobre Aníbal, sino sobre los epirotas y sobre los cartagineses, tampoco triunfaron sólo Manio Curio o Publio Cornelio⁵⁰⁶,

⁵⁰⁴ Cf. V 32, 7-9.

⁵⁰⁵ Cf. XXXVIII 52, 1; 53, 8 y 56, 3.

⁵⁰⁶ Manio Curio sobre los samnitas y Pirro en 275; Publio Cornelio Escipión Africano sobre Cartago en 201.

12 sino los romanos. En cualquier caso, es una cuestión que
conciene específicamente a los soldados; también ellos, co-
ronados de laurel y destacando cada uno con las condecora-
ciones con que fue galardonado, desfilan por la ciudad
invocando por su nombre al Triunfo y cantando sus propias
13 alabanzas y las de su general. Si en alguna ocasión no se
trae de la provincia a los soldados para el desfile triunfal,
protestan ruidosamente; y, sin embargo, aun entonces están
convencidos de que ellos, ausentes, triunfan, porque sus
14 manos han gestado la victoria. Si alguien os pregunta, sol-
dados, con qué objeto se os ha traído a Italia en lugar de
haber sido licenciados inmediatamente después de cumplir
vuestra misión, por qué habéis venido a Roma con las
formaciones completas bajo las enseñas, por qué permanecéis
aquí en vez de dispersaros, marchando cada uno de vosotros
a su casa, ¿qué otra respuesta vais a dar sino que queréis que
se os vea desfilando en triunfo? Vosotros, sin duda, debíais
querer que se os viera como vencedores».

39 «No hace mucho se celebraron triunfos sobre Filipo, el
padre de éste, y sobre Antíoco; los dos estaban reinando
cuando se triunfó sobre ellos. ¿No se va a celebrar el triunfo
sobre Perseo, hecho prisionero y conducido a Roma junto
2 con sus hijos? Y si Lucio Paulo, confundido entre la multi-
tud vestido de toga como un ciudadano cualquiera, pregun-
tase desde su posición inferior a los que subían sobre su
carro al Capitolio cubiertos de oro y púrpura: "Lucio Anicio,
Gneo Octavio, ¿quién os parece que se merece más el triunfo,
vosotros o yo?", tengo la impresión de que le cederían su
puesto en el carro y, abochornados, le entregarían a él sus
3 propios distintivos. ¿Y vosotros, Quirites, queréis que sea
conducido en un desfile triunfal Gencio más que Perseo, y
que se celebre el triunfo por un apéndice de la guerra más
4 que por la guerra en sí? Las legiones del Ilírico y la marinería

entrarán en Roma coronadas de laurel; ¿serán las legiones Macedonia espectadoras de los triunfos de otros después de serles anulados el suyo? ¿Qué se hará luego con su botín tan copioso, con los despojos de una victoria tan rica? ¿Dónde se esconderán tantos miles de armas arrancadas a los cadáveres de los enemigos? ¿Serán devueltas a Macedonia, tal vez? ¿Adónde irán a parar las estatuas de oro, de marfil, las pinturas, los tapices, tanta plata labrada, tanto oro, tanto dinero del rey? ¿Serán llevados al tesoro público por la noche, como si fueran producto de un robo? ¿Qué, dónde se exhibirá ante el pueblo vencedor el grandioso espectáculo del más famoso y rico de los reyes hecho prisionero? Muchos de nosotros recordamos la aglomeración que se formó en torno al rey Sifax cautivo, cuyo papel era secundario en la Guerra Púnica. El rey Perseo, prisionero, y Filippo y Alejandro, los hijos del rey, nombres tan importantes, ¿serán sustraídos a la contemplación de la ciudadanía? Los ojos de todos están ansiosos de ver entrando en la ciudad sobre su carro al propio Lucio Paulo, dos veces cónsul, conquistador de Grecia; para eso lo hicimos cónsul, para que pusiera fin a una guerra arrastrada por espacio de cuatro años, con gran vergüenza nuestra entre otras cosas. A quien augurábamos la victoria y el triunfo cuando partió tras el sorteo de la provincia, porque nuestro corazón lo presentía, ¿vamos a negarle el triunfo una vez que ha obtenido la victoria? ¿Vamos a escamotearle el honor que le corresponde, no sólo a él, por cierto, sino también a los dioses? Porque el triunfo les es debido también a los dioses, no sólo a los hombres. Vuestros antepasados pusieron a los dioses en el punto de partida de todas las empresas importantes, y con ellos las concluyeron. El cónsul o el pretor, al marchar a su provincia, al frente bélico, acompañado de sus lictores y en uniforme de campaña, pronuncia sus votos en el Capitolio; cuando ha finalizado la

guerra como vencedor, vuelve triunfalmente al mismo sitio, al Capitolio, llevando las ofrendas que se merecen a los
12 mismos dioses a los que había dirigido sus votos. Constituyen una parte no irrelevante del triunfo las víctimas que desfilan delante para que quede bien claro que el general vuelve a dar las gracias a los dioses por haber prestado un buen servicio
13 al Estado. Todas aquellas víctimas que dedicó para hacerlas desfilar en el triunfo lleváoslas cada uno a un sitio diferente y sacrificadlas⁵⁰⁷. Además, los famosos banquetes del senado que no se celebran en un lugar privado ni en un lugar público no consagrado, sino en el Capitolio, ¿... por deleitar a los hombres o por honrar a los dioses?, ¿vais a desbaratar ... por instigación de Servio Galba? ¿Se van a cerrar las
14 puertas al triunfo de Lucio Paulo? El rey de los macedonios, Perseo, con sus hijos y el resto de la masa de prisioneros, los despojos de los macedonios, ¿quedarán abandonados en el circo Flaminio? ¿Se dirigirá Lucio Paulo a su casa desde la puerta de la ciudad, como un ciudadano privado que regresa
15 del campo? Y tú, centurión, tú, soldado, escucha lo que el senado ha decretado con respecto al general Paulo, en vez de prestar oídos a las historias que cuenta Servio Galba; escucha esto que estoy diciendo, en lugar de prestarle atención
16 a él. Lo único que él ha aprendido es a hablar, y a hacerlo, además, de modo calumnioso y malévolo. Yo he combatido veintitrés veces con el enemigo, previo desafío; me llevé los despojos de todos aquellos con los que me enfrenté; tengo el cuerpo marcado de honrosas cicatrices de heridas recibidas
17 siempre de frente.» A continuación, según cuentan, se desnudó y fue recordando en qué guerra había recibido cada una de las heridas. Al mostrarlas dejó al descubierto, sin querer, lo que se debía mantener oculto, y un bubón inguinal provocó

⁵⁰⁷ Traducimos *ducente mactate* (HERTZ).

las risas de los que estaban más próximos. Él, entonces, dijo: 18
«También esto de lo que os reís lo tengo como consecuencia
de estar montado a caballo día y noche, y no siento por ello
más vergüenza o pesar que por estas cicatrices, puesto que
no me ha impedido servir debidamente a la patria en la paz
o en la guerra. Yo, soldado veterano, he mostrado a los sol- 19
dados jóvenes este cuerpo repetidas veces maltratado por el
hierro; que Galba muestre el suyo, lustroso e intacto. Si os 20
parece, tribunos, llamad de nuevo a las tribus a emitir
sufragio. Yo, soldados, a vuestro lado...⁵⁰⁸.

La suma total del oro y la plata aprehendidos llevada en 40
desfile fue de ciento veinte millones de sestercios, según
cuenta Valerio Aciate; calculando a partir del número de
carros y de las cantidades de oro y plata que él mismo
consignó por escrito, el resultado es una cifra bastante mayor
que ésa. Según dicen, otra suma equivalente se había gastado 2
en la guerra reciente o se había perdido en la huida cuando
el rey se dirigía a Samotracia, lo cual resultaba tanto más
sorprendente por cuanto una suma tan elevada de dinero
había sido amasada, en parte con el producto de las minas
y en parte con los demás impuestos, durante los treinta años
siguientes a la guerra de Filipo. Así pues, cuando comen- 3
zaron la guerra contra los romanos, Filipo estaba muy
falto de dinero y Perseo, por el contrario, era muy rico. Por 4
último apareció el propio Paulo en su carro, irradiando gran
majestuosidad tanto por lo imponente de su figura como
por lo avanzado de su edad; detrás del carro, entre otros
brillantes combatientes, sus dos hijos Quinto Máximo y
Publio Escipión; y a continuación los jinetes, por escuadrones,
y las cohortes de infantes, cada uno en su centuria. Se les 5

⁵⁰⁸ Falta una hoja del manuscrito, con el final del discurso de Servilio y la fecha y descripción de buena parte del desfile triunfal.

dieron cien denarios a cada soldado de infantería, el doble a los centuriones y el triple a los de caballería. Se cree que habría dado doble cantidad a los de a pie y en la misma proporción a los demás si en la votación hubieran apoyado su triunfo o si al anunciar la mencionada cantidad hubieran aplaudido con entusiasmo.

- 6 Pero no fue Perseo en aquellos días el único ejemplo ilustrativo de las vicisitudes humanas, conducido a través de la ciudad de sus enemigos encadenado, delante del carro del general victorioso; también lo fue Paulo, el vencedor, resplandeciente de oro y púrpura. Al haber dado en adopción a dos de sus hijos, en efecto, había conservado en casa a los otros dos como únicos herederos de su nombre y de los ritos familiares, y de éstos, el menor, de apenas doce años de edad, falleció cinco días antes del triunfo, y el mayor, de 8 catorce años, murió tres días después del triunfo. Se les tendría que haber visto vestidos con la pretexta desfilando en el carro junto a su padre, soñando con triunfos similares 9 para ellos mismos. Pocos días más tarde el tribuno de la plebe Marco Antonio convocó una asamblea para Paulo; disertó acerca de sus hazañas al estilo de los demás generales, y fue el suyo un discurso memorable y digno de un dirigente romano.

- 41 *Discurso de Emilio Paulo al pueblo* «Supongo, Quirites, que no ignoráis con qué fortuna he servido a los intereses del Estado y qué rayos han alcanzado mi casa por dos veces durante estos días, puesto que habéis sido espectadores primero de mi 2 triunfo y, después, de los funerales de mis dos hijos. Os ruego, no obstante, que me permitáis comparar, en pocas palabras y con el ánimo que procede, mi suerte personal con la 3 felicidad pública. Salí de Italia zarpando en Brundisio al

despuntar del sol; a la hora novena del día llegué a Corcira con todas las naves. Cinco días más tarde ofrecí en Delfos un sacrificio a Apolo por mí y por vuestros ejércitos y vuestras flotas. En cuatro días llegué desde Delfos al campamento; después de hacerme allí cargo del ejército y de cambiar algunas cosas que constituían un serio obstáculo para la victoria, comencé el avance; como el campamento enemigo era inexpugnable y no había forma de obligar al rey a combatir, me abrí paso entre sus puestos a través del desfiladero de Petra y vencí al rey en batalla campal cerca de Pidna. Sometí a Macedonia al poder del pueblo romano, y en quince días terminé una guerra que a lo largo de cuatro años dirigieron tres cónsules antes que yo de modo tal que siempre se la endosaban a su sucesor en situación más complicada. Siguiéron luego otros éxitos como una cosecha: se rindieron todas las ciudades de Macedonia, el tesoro real cayó en mi poder, y el propio rey, como si los dioses mismos lo entregaran, fue apresado en el templo de Samotracia junto con sus hijos. Incluso a mí me parecía ya una suerte excesiva, y por eso mismo sospechosa. Comencé a temer los peligros del mar para transportar a Italia tanto dinero del rey y trasladar al ejército victorioso. Cuando todo hubo llegado a Italia con una navegación favorable y no me quedaba ya nada por lo que rezar, entonces formulé un deseo: como la fortuna suele virar hacia atrás desde su punto culminante, que se hiciesen notar sobre mi casa, más que sobre el Estado, los efectos de su cambio. Espero, por consiguiente, que la fortuna del Estado quede a salvo merced a mi extraordinario infortunio, ya que mi triunfo, en una especie de burla de las vicisitudes humanas, vino precedido y seguido de los funerales de mis dos hijos. Y aunque tanto en Perseo como en mí se vea ahora un ejemplo particularmente notable de lo que es la condición humana, Perseo, que vio cómo sus hijos eran

conducidos cautivos delante de él, cautivo a su vez, al menos
 11 los conserva sanos y salvos; yo, que triunfé sobre él, subí
 al carro inmediatamente después del funeral de uno de mis
 hijos, y al volver del Capitolio encontré al otro casi expirando
 ya; de una descendencia tan numerosa ⁵⁰⁹ no queda ningún
 12 hijo para llevar el nombre de Emilio Paulo. Dos de ellos, en
 efecto, fueron dados en adopción por considerar que era
 una prole muy numerosa, y pertenecen a las familias Cornelia
 y Fabia. Aparte de un anciano, en mi casa no queda ningún
 Paulo. Pero vuestra felicidad y la buena suerte del Estado
 me consuelan de esta desgracia de mi familia.»

42 Al pronunciar estas palabras con tanto coraje, dejó más
 confundidos los ánimos de los oyentes que si hubiese em-
 pleado un tono lastimero para deplorar su propia orfandad.

2 *Triunfo* En las calendas de diciembre Gneo Oc-
de Gneo Octavio. tavio celebró un triunfo naval sobre el rey
Embajada de Tracia. Perseo. Fue éste un desfile sin prisioneros
 3 *Triunfo* y sin despojos. Repartió setenta y cinco
de Lucio Anicio denarios por cabeza entre los marineros,
 el doble entre los pilotos embarcados y el cuádruple entre
 los capitanes de navío.

4 Después hubo una sesión del senado. Los senadores
 acordaron que Quinto Casio ⁵¹⁰ condujera a Alba al rey
 Perseo, con su hijo Alejandro, para ponerlo bajo custodia;
 le permitiría que conservase los acompañantes, el dinero, la
 5 plata y los enseres que tenía, sin retirarle nada. Bitis, el hijo
 de Cotis, rey de Tracia, fue enviado a Carséolos junto con
 los rehenes para su encarcelamiento. Se decidió encerrar en
 prisión al resto de los prisioneros que habían participado en

⁵⁰⁹ Había tenido siete hijos.

⁵¹⁰ Pretor urbano, según 16, 3.

el desfile triunfal. A los pocos días de haberse adoptado estas 6 medidas llegaron embajadores de Cotis, el rey de los tracios, portando dinero para rescatar a su hijo y a los demás rehenes. Introducidos en el senado, pronunciaron un discurso 7 aduciendo como prueba de que Cotis no había ayudado a Perseo por su propia voluntad en la guerra precisamente el hecho de haberse visto forzado a entregar rehenes, y pidieron que se les permitiera rescatarlos, al precio que los propios senadores fijasen. En nombre del senado se les respondió 8 que el pueblo romano tenía presente la amistad que se había mantenido con Cotis y sus antepasados y con el pueblo de Tracia. El hecho de haber entregado rehenes era un agravante, 9 no un atenuante del delito, puesto que Perseo no era de temer para la nación tracia ni siquiera estando en paz, cuánto menos cuando estaba enfrascado en una guerra contra los romanos. No obstante, aun en el caso de que Cotis hubiera 10 preferido el reconocimiento de Perseo a la amistad del pueblo romano, éste tendría más en cuenta lo que iba en consonancia con su propia dignidad que lo que se merecía el comportamiento del rey, y estaba dispuesto a devolverle el hijo y los rehenes. Los beneficios del pueblo romano eran gratuitos; 11 prefería dejar el precio del rescate a la voluntad de los beneficiarios en lugar de exigir su pago en el acto. Se nombraron tres delegados, Tito Quincio Flaminio, Gayo Licinio Nerva y Marco Caninio Rebilo, para llevar los rehenes de vuelta a Tracia, y se hicieron llegar regalos de dos mil ases a cada uno de los tracios. Se hizo venir de Carséolos con el 12 resto de los rehenes a Bitis, que fue enviado a su padre en compañía de los delegados. Las naves reales capturadas a los macedonios, de un tamaño jamás visto hasta entonces, fueron sacadas a tierra en el Campo de Marte.

Cuando aún estaba grabado en las mentes, e incluso casi 43 en los ojos, el recuerdo del triunfo sobre los macedonios, en

la festividad de las Quirinales⁵¹¹ celebró Lucio Anicio su
2 triunfo sobre el rey Gencio y los ilirios. A la gente le parecía
que todo era semejante, pero no igual; el general mismo era
de inferior categoría, si se comparaba la nobleza de Anicio
con la de Emilio y el poder de mando de un pretor con el de
un cónsul; no se podía parangonar a Gencio con Perseo, ni
a los ilirios con los macedonios, ni los despojos, el dinero o
3 las recompensas en uno y otro caso. Aun así, si bien el triunfo
anterior había sido más brillante que el de ahora, también
resultaba evidente para quien lo considerase en sí mismo
4 que tampoco éste era en modo alguno irrelevante. En el
espacio de unos pocos días había sometido al pueblo ilirio,
intrépido por tierra y por mar, confiado en la naturaleza del
terreno y sus fortificaciones; había apresado al rey y a todos
los miembros de la familia real. Llevó en el desfile triunfal
muchas enseñas militares y otros despojos y el ajuar real,
5 veintisiete libras de oro, diecinueve libras de plata, trece mil
6 denarios y ciento veinte mil monedas ilirias de plata. Delante
del carro desfilaron el rey Gencio con su mujer y sus hijos,
7 Caravancio, hermano del rey, y algunos nobles ilirios. Del
producto del botín dio cuarenta y cinco denarios a cada
soldado, el doble a los centuriones y el triple a los jinetes; a
los aliados de nombre latino la misma cantidad que a los
8 ciudadanos, y a los marinos lo mismo que a los soldados. Fue
mayor el entusiasmo con que la tropa siguió este triunfo, y
el general mismo fue festejado con numerosos cantares.
Sostiene Anciate que se sacaron de aquel botín veinte millones
de sestercios, aparte del oro y la plata que se ingresó en el
tesoro público. Como no está claro de dónde pudo haber
sacado esas cifras, en vez de darlas como un hecho he dejado
9 constancia de la fuente. En virtud de un decreto del senado,

⁵¹¹ El 17 de febrero.

el rey Gencio, junto con su mujer y sus hijos, fue conducido a Espoletto para ponerlo bajo custodia, y los demás prisioneros fueron encarcelados en Roma. Como los espoletinos no se responsabilizaban de su custodia, los miembros de la familia real fueron trasladados a Iguvium⁵¹². El resto del botín del 10 Ilírico estaba constituido por doscientos veinte lembos; como presa cogida al rey Gencio, fueron ofrecidos por Quinto Casio, de acuerdo con un decreto del senado, a los corcireos, apoloniatas y dirraquinos.

*Elecciones
para el año 166.
Llegada
del rey Prusias
a Roma*

Aquel año los cónsules se limitaron a 44
devastar el territorio de los lígures, pues
los enemigos en ningún momento sacaron
sus ejércitos, y sin llevar a cabo ninguna
empresa digna de mención regresaron a

Roma para la sustitución de magistrados, y en la primera
jornada de comicios proclamaron cónsules a Marco Claudio
Marcelo y Gayo Sulpicio Galo; después, al día siguiente, 2
proclamaron pretores a Lucio Julio, Lucio Apuleyo Satur-
nino, Aulo Licinio Nerva, Publio Rutilio Calvo, Publio
Quintilio Varo y Marco Fonteyo. A estos pretores les fueron
asignadas las dos jurisdicciones urbanas, las dos Hispanias,
Sicilia y Cerdeña.

Aquel año hubo intercalación; las calendas intercalares 3
cayeron al día siguiente de los *Terminalia*⁵¹³. Falleció aquel
año el augur Gayo Claudio; para reemplazarlo, los augures
eligieron a Tito Quincio Flaminio. También murió Quinto
Fabio Píctor⁵¹⁴, flamen de Quirino.

⁵¹² Hoy Gubbio, en Umbría.

⁵¹³ Sobre el año intercalar y *Terminalia* véase nota 293.

⁵¹⁴ Probablemente el pretor de 189, flamen de Quirino en 190, hijo del historiador.

4 En el mismo año llegó el rey Prusias a Roma con su hijo
Nicomedes. Entró en la ciudad con un séquito numeroso y
desde la puerta se dirigió directamente al foro, al tribunal
5 del pretor Quinto Casio. Como acudió de todas partes una
gran cantidad de gente, declaró que había venido a rendir
homenaje a los dioses que moraban en la ciudad de Roma,
al senado y al pueblo romano, y a dar su enhorabuena por
haber vencido a los reyes Perseo y Gencio y haber extendido
el imperio reduciendo a obediencia a los macedonios y a los
6 ilirios. Cuando el pretor le dijo que, si quería, le concedería
una audiencia del senado aquel mismo día, pidió dos días
para visitar los templos de los dioses y la ciudad y a sus
7 huéspedes y amigos. Para servirle de guía en su visita le fue
asignado el cuestor Lucio Cornelio Escipión, que también
había sido enviado a recibirle a Capua, y se alquiló una
residencia en la que pudieran acomodarse desahogadamente
8 él y sus acompañantes. A los tres días se dirigió al senado. Se
congratuló por la victoria; recordó los servicios que había
prestado en aquella guerra; pidió autorización para cumplir
con una promesa votiva suya sacrificando diez víctimas
mayores en Roma, en el Capitolio, y una a la Fortuna en
Preneste, como votos por la victoria del pueblo romano;
9 solicitó que se renovara la alianza con él y se le concediera
un territorio conquistado al rey Antíoco que no había sido
asignado a nadie por el pueblo romano y que estaba ocupado
por los galos. Finalmente confió a su hijo Nicomedes a la
protección del senado. Recibió el apoyo de todos los que
10 habían tenido mando militar en Macedonia. En consecuencia
se accedió al resto de sus peticiones, pero con respecto al
territorio se contestó que se enviarían comisarios para exa-
minar detenidamente el asunto; si el territorio en cuestión
pertenecía al pueblo romano y no había sido asignado a
nadie, se consideraría a Prusias como el destinatario que

más se merecía aquella donación; pero si resultaba que no 11
había pertenecido a Antíoco y, por consiguiente, tampoco
había pasado a ser propiedad del pueblo romano, o si había
sido asignado a los galos, Prusias tendría que disculpar que
el pueblo romano no quisiera hacerle ningún regalo en
detrimento de los derechos de nadie; ni siquiera quien lo 12
recibe puede encontrar agradable un regalo si sabe que el
donante se lo va a quitar cuando le plazca. Se aceptaba la 13
encomienda de su hijo Nicomedes. Tolomeo, el rey de Egipto,
era un ejemplo del vivo celo con que el pueblo romano
velaba por los hijos de los reyes amigos. Con esta respuesta 14
se despidió al rey Prusias. Se dispuso que se le hicieran llegar
regalos por valor de ... sestercios y vasos de plata por un
peso de cincuenta libras. También se decidió hacer regalos 15
a Nicomedes, el hijo del rey, por el mismo valor que los
hechos a Másgaba, el hijo del rey Masinisa; se le propor-
cionarían al rey, a expensas del Estado como en el caso de los
magistrados romanos, las víctimas y demás pertrechos del
sacrificio, tanto para la inmolación que quería hacer en
Roma como para la de Preneste; de la flota que se encontraba 16
en Brindisio le serían asignadas veinte naves de guerra para
que dispusiera de ellas; hasta que el rey llegase a la flota puesta 17
a su disposición, Lucio Cornelio Escipión no se separaría de
su lado y se haría cargo de todos los gastos de él y de su
séquito hasta el momento del embarque. Cuentan que el rey 18
se alegró extraordinariamente por esta generosidad del pueblo
romano para con él; que no consintió que se compraran
regalos para él, pero dijo a su hijo que aceptase el obsequio
del pueblo romano. Esto es lo que escribieron acerca de Prusias 19
nuestros historiadores. Polibio lo presenta⁵¹⁵ como un rey
indigno de la majestad y la grandeza de tal nombre; dice que

⁵¹⁵ POLIBIO, XXX 18.

solía ir al encuentro de los embajadores tocado con el púleo, con la cabeza rapada, y presentarse como un liberto del pueblo romano, razón por la cual llevaba los distintivos de
20 dicho grupo social; que también en Roma, al dirigirse a la curia, se postró y besó el umbral, llamó a los senadores dioses tutelares salvadores suyos, y el resto del discurso que pronunció redundó menos en honor de sus oyentes que en
21 descrédito de sí mismo. Después de una estancia de no más de treinta días en Roma y sus cercanías partió hacia su reino, y en Asia hubo una guerra entre Éumenes y los galos...⁵¹⁶.

⁵¹⁶ Falta el final del capítulo y del libro, pero no más de unas pocas líneas.

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES *

- Abdera, XLIII 4, 8. XLV 29, 6.
 abderita(s), XLIII 4, 11-13.
 Abrúpolis, XLII 13, 5; 40, 5;
 41, 10-11.
 Aburio, Gayo, XLII 35, 7.
 Aburio, Marco (pretor en 176),
 XLI 14, 5; 15, 5.
 Acanto, XLV 30, 4.
 acarnán(es), XLII 38, 2-3. XLIII
 17, 7. XLV 31, 12; 34, 9.
 Acarnania, XLIII 17, 6. XLIV
 1, 3. XLV 31, 9.
 Acaya, XLI 23, 2. XLII 12, 6;
 47, 12. XLV 31, 9.
 Acaya de Ftiótide, XLI 22, 6.
 XLII 67, 9.
 Acio, Lucio, XLI 3, 9.
 Accio, XLIV 1, 3.
 Acilio (Glabrión), Manio (cón-
 sul en 191), XLII 34, 8.
 Adeo: XLIII 19, 13.
 Adriático, XLIV 31, 4. XLV 2,
 11; 14, 8.
- Afranio, Gayo, XLIII 18, 10.
 África, XLI 22, 1. XLII 29, 10.
 XLIII 3, 5; 6, 11. XLV 14, 4,
 6 y 8; 38, 7.
 Agamenón, XLV 27, 9.
 Agasas, XLIV 7, 5. XLV 27, 1-
 2.
 Agépolis, XLV 3, 4.
 agravonitas(s), XLV 26, 15.
 agrián(es), XLII 51, 5. XLIV
 11, 7; 12, 2.
 Aguas de Cumas, XLI 16, 3.
 alabandense(s), XLIII 6, 5 y 10.
 XLV 25, 13.
 Alba, XLV 42, 4.
 Albano (monte), XLI 16, 3; 27,
 6. XLII 21, 7. XLIV 22, 16.
 XLV 15, 10; 38, 4.
 Albino, véase Postumio.
 Alcidemos (Minerva), XLII 51,
 2.
 Alejandría, XLII 6, 4; 26, 7.

* Los números romanos indican el libro. Los arábigos que siguen a los romanos o al punto y coma indican capítulos, y los que siguen a la coma indican párrafos. Entre paréntesis van las menciones indirectas. El presente índice ha sido elaborado por Araceli Fernández Rodríguez.

- XLIV 19, 6, 8, 9 y 11; 20, 1.
 XLV 10, 3 y 15; 11, 1-2 y 7;
 12, 2-3; 33, 6.
 alejandrino(s), XLIV 19, 13.
 Alejandro (hijo de Perseo), XLII
 52, 5. XLV 39, 7; 42, 4.
 Alejandro Magno: XLII 51, 11.
 XLV 7, 3. Alejandro, XLV 9,
 5 y 7.
 Algalso, XLIV 30, 13.
 Almaná, XLIV 26, 7.
 Alope, XLII 56, 7.
 Alpes, XLI 16, 9. XLIII 5, 10.
 alpino(s), XLIII 5, 2.
 Ambracia, XLII 67, 9. XLIII
 17, 10; 21, 6; 22, 3. XLIV 1,
 4.
 Amílcar, XLV 14, 5.
 Amintas, XLV 9, 4.
 Anagnia, XLIII 13, 3. XLV 16,
 5.
 Ancio, XLIII 4, 6.
 Ancira, XLIII 20, 4.
 Ancona, XLI 1, 3.
 Androcles, XLIV 32, 7.
 Andronico (etolio), XLV 31,
 15.
 Andronico (macedonio), XLIV
 10, 2 y 4.
 Anfípolis, XLII 41, 11. XLIII
 7, 10. XLIV 24, 9; 43, 8; 44,
 4; 45, 1 y 9; 46, 1 y 10. XLV
 6, 11; 9, 1; 28, 8-9 y 11; 29, 1
 y 9; 30, 3; 32, 8; 33, 7.
 Aníbal, XLII 3, 6; 50, 10. XLV
 22, 6 y 12; 38, 11.
 Anicio, Gneo, XLIV 46, 3.
 Anicio Galo, Lucio (cónsul en
 160), XLIV 17, 5; (31, 1, 6, 9
 y 12-14). Lucio Anicio, XLIV
 17, 10; 21, 4. XLV 3, 2; 16, 2;
 17, 1; 26, 1; 39, 2; 43; 1. Ani-
 cio, XLIV 21, 10; 30, 1 y 12;
 32, 1 y 4. XLV 34, 1 y 9; 35,
 4-5; 43, 2.
 Annio Lusco, Tito, XLII 25, 1.
 XLIII 17, 1.
 Anténor, XLIV 28, 1, 8 y 15;
 29, 3. XLV 10, 1; 31, 14.
 Antífilo, XLII 51, 5.
 Antigonea, XLII 58, 7-8. XLIII
 23, 3-4. XLIV 10, 8 y 11; 32,
 8.
 Antígono, XLIV 26, 8-9; 27, 1.
 Antímaco, XLII 66, 5. XLIV
 13, 12; 24, 9.
 Antínoo, XLV 26, 5 y 9.
 Antíoco III, XLI 6, 9. XLII 14,
 8; 32, 6; 34, 8-9; 37, 7-8; 38, 3
 y 6; 42, 6; 44, 4; 45, 5; 50, 6.
 XLIV 1, 12; 14, 8; 24, 3. XLV
 16, 8; 22, 1, 7 y 10; 23, 1; 24,
 9; 39, 1; 44, 9 y 11.
 Antíoco IV, XLII 6, 6 (7-8), 10
 y (12); 26, 7; 29, 5 y 7. XLIV
 19, 8, 11 y 14; 24, 1, 5 y 7.
 XLV 10, 3; 11, 1, 4-5 y 8; 12
 (5-6) y 7-8; 13, 1-2 y 6; 23, 12;
 34, 14.
 Antioquía, XLI 20, 9.
 Antípatro, XLII 66, 9.
 Antisa, XLV 31, 14.
 antiseo(s), XLV 31, 14.
 Antonio, Aulo, XLV 4, 7.
 Antonio, Marco, XLV 21, 3; 40,
 9.

- Antronas, XLII 42, 1; 67, 9.
 Apeles, XLII 5, 4.
 Apenino, XLI 19, 1.
 Aperancia, XLIII 22, 10.
 aperanto(s), XLIII 22, 11.
 Apio, véase Claudio.
 Apolo, XLI 16, 6; 17, 4. XLII 15, 4. XLIII 13, 4. XLV 27, 7; 41, 3.
 Apolonia, XLII 18, 3; 36, 8. XLIII 21, 3. XLIV 30, 12. XLV 28, 8.
 apoloniata(s), XLII 49, 10; 55, 9. XLIV 30, 10 y 14. XLV 43, 10.
 Apolonio, XLII 6, 6 y 12.
 Apuleyo, Quinto, XLII 4, 4.
 Apuleyo Saturnino, Gayo, XLV 13, 11.
 Apuleyo Saturnino, Lucio (pretor en 166), XLV 44, 2. Lucio Apuleyo, XLII 4, 4.
 Apulia, XLII 10, 7-8; 27, 8.
 aqueo(s), XLI 22, 8; 23, 2 y 5. XLII 6, 1; 12, 6; 37, 8-9; 44, 7; 51, 8-9; 55, 10; 67, 9. XLIII 17, 4. XLV 31, 10-11.
 Aquilea, XLI 1, 2-3 y 7; 5, 1-2, 9 y 12; 10, 1 y 10-11. XLIII 1, 5, 7 y 12; 17, 1.
 aquilense(s), XLIII 1, 8.
 Aquilio Galo, Lucio (pretor en 176), XLI 14, 5; 15, 5.
 Arabia, XLV 9, 6; 12, 1.
 Arato (río), XLIII 21, 9.
 Arcadia, XLI 20, 6.
 Arcón, XLI 24, 1.
 Argos, XLII 44, 7. XLV 28, 3.
 Ariarates, XLII 19, 3 (4) y (6); 29, 4.
 Arimino, XLI 5, 7-8 y 11.
 Arquidamo, XLIII 21, 9; 22, 3, 9 y 11. XLIV 43, 6.
 Artato (río), XLIII 19, 8.
 Artemón, XLII 58, 10.
 Artetauro, XLII 13, 6; 40, 5; 41, 5.
 Asclepiódoto, XLII 51, 7. XLIV 2, 10; 6, 2; 7, 8.
 Ascordo (río), XLIV 7, 6.
 Ascúride (lago), XLIV 2, 6 y 11; 3, 5.
 Asia, XLI 22, 5; 23, 12. XLII 12, 1; 13, 3; 14, 5 y 8; 16, 7; 19, 7; 25, 6; 26, 7; 29, 1; 32, 6; 42, 6; 45, 1 y 8; 51, 11; 52, 14. XLIII 6, 1. XLIV 13, 12; 24, 4. XLV 9, 2 y 5; 10, 1 y 4; 11, 8; 20, 4; 22, 10; 23, 16; 31, 13; 32, 8; 33, 3; 34, 10; 44, 21.
 Astímedes, XLV 25, 4-5.
 asto(s), XLII 19, 6.
 Átalo I, XLIV 24, 3.
 Átalo II, XLII 11, 1; 16, 8; 55, 7; 57, 4; 58, 14; 65, 14; 67, 8. XLIV 4, 11; 13, 14; 20, 7; 24, 3; 28, 8-9; 36, 8. XLV 10, 2; 13, 12; 19, 1, 5, 7, 9 y 11; 20, 1; 34, 10 y 12.
 Atamania, XLII 55, 2.
 Atenágoras, XLIV 32, 6.
 Atenas, XLII 20, 8; 23, 1. XLV 22, 6; 27, 11.
 Ateneo, XLII 55, 7-8; 56, 5. XLV 13, 12; 27, 6.

- ateniense(s), XLIII 6, 2. XLV 23, 15; 38, 6.
 Ática, XLV 27, 10.
 Atilio, Lucio, XLV 5, 2.
 Atilio, Marco (pretor en 174), XLI 21, 1. XLII 1, 4.
 Atilio Serrano, Aulo (cónsul en 170), XLI 28, 5. XLII 1, 5 (9, 2-3); 27, 4. Aulo Atilio, XLII 4, 4; 6, 10; 8, 4; 37, 1; 42, 7; 47, 10. XLIII 11, 3. Atilio, XLII 37, 4; 38, 1; 44, 5 y 8; 46, 3; 47, 1 y 11.
 Atintania, XLV 30, 6.
 Atos (monte), XLIV 11, 3; 28, 3. XLV 30, 4.
 Atreo, Lucio, XLIII 13, 6.
 Atrio de la Libertad, XLIII 16, 13. XLV 15, 5.
 Audena (río), XLI 19, 1.
 Aufidio, Gneo, XLIII 8, 2.
 Áulide, XLV 27, 9.
 Aurelio (Cota), Gayo (cónsul en 201), XLII 34, 5.
 Autlesbis, XLII 67, 4.
 Áuximo, XLI 21, 12; 27, 10. XLII 20, 5.
 Aventino, XLI 27, 9.
 Axio (río), XLIV 26, 7-8; 43, 8. XLV 29, 7-8.
 Azoro, XLII 53, 6. XLIV 2, 8.
 Bafiro, XLIV 6, 15.
 Báiano, XLIV 14, 1.
 bálaro(s), XLI 6, 6; 12, 5.
 Bálista (monte), XLI 18, 1 y 9.
 Barbana (río), XLIV 31, 3 y 10.
 Basania, XLIV 30, 7.
 basanita(s), XLIV 30, 13.
 bastarna(s), XLI 19, 4, 5, 7-9 y 11; 23, 12. XLII 11, 4. XLV 4, 3.
 Bebio, Aulo, XLV 28, 7; 31, 2.
 Bebio, Lucio, XLIV 18, 5.
 Bebio Sulca, Quinto, XLII 6, 5.
 Bebio Tánfilo, Gneo (pretor en 168), XLIV 17, 5. XLV 17, 4.
 Gneo Bebio, XLIV 17, 10.
 Beculonio, Aulo, XLI 4, 1.
 Begorritis, XLII 53, 5.
 Belo, XLIV 31, 9.
 Belona, XLI 6, 4. XLII 9, 2; 21, 6; 28, 2; 36, 2.
 Beocia, XLII 37, 4; 43, 4; 44, 3; 46, 7; 47, 12; 56, 1 y 8; 63, 3 y 12; 64, 1; 67, 11-12. XLIV 1, 4. XLV 31, 6.
 beocio(s), XLII 12, 5; 13, 7; 38, 2 y 5; 40, 6; 42, 4; 43, 5; 44, 1 y 6; 47, 3; 51, 9; 56, 4. XLIV 43, 6.
 Berea, XLII 51, 4; 58, 7. XLIII 19, 13. XLIV 45, 2 y 5. XLV 29, 8; 30, 5; 31, 10.
 Bilazora, XLIV 26, 8.
 bisalta(s), XLIV 45, 8. XLV 30, 3.
 Bisáltica, XLV 29, 6-7.
 Bitinia, XLII 29, 3.
 Bitis, XLV 42, 5 y 12.
 Bizancio, XLII 46, 1.
 bizantino(s), XLII 13, 8; 40, 6; 42, 4.
 Bora (monte), XLV 29, 8-9.
 Brucio, XLII 3, 2.

- brundisino(s), XLII 40, 9; 41, 3.
 Brundisio, XLII 17, 2-3 y 8; 18, 3; 27, 2, 4-5 y 7-8; 31, 7; 35, 3; 36, 8; 49, 10. XLIII 8, 8; 9, 5. XLIV 1, 1 y 3; 19, 2. XLV 2, 11; 14, 8-9; 41, 3; 44, 16.
 bulino(s), XLIV 30, 10.
- Calabria, XLII 27, 8; 48, 7.
 Calacia, XLI 27, 10. XLII 20, 5. XLV 10, 5.
 Calcedón, XLII 56, 6.
 Cálcede, XLII 17, 8; 43, 6 y 9; 44, 1, 4, 6 y 8; 55, 7-8; 56, 1, 3 y 6-7. XLIV 1, 4; 2, 1; 29, 1. XLV 22, 7; 27, 8-9.
 calcidense(s), XLIII 7, 5; 8, 4 y 7.
 Calícrates, XLI 23, 5; 24, 1 y 15. XLV 31, 10.
 Calícrito, XLII 13, 7; 40, 7.
 Calínico (monte), XLII 58, 5.
 Calipence, XLIV 5, 11.
 Calipo, XLIV 28, 1.
 Cambunios (montes), XLII 53, 6. XLIV 2, 6 y 10.
 Camilo, véase Furio.
 Campania, XLI 13, 2-3. XLII 1, 6; 8, 4; 20, 6.
 campano(s), XLI 21, 13. XLII 19, 1.
 Campo de Marte, XLV 42, 12.
 Campos Macros, XLI 18, 5-6. XLV 12, 11.
 Canastreo, XLIV 11, 3.
 Caninio Rebilo, Gayo (pretor en 171), XLII 28, 5; 31, 9.
 Caninio Rebilo, Marco, XLIII 11, 2. XLV 42, 11.
 Canuleyo Divite, Lucio (pretor en 171), XLII 28, 5. Lucio Canuleyo, XLI 25, 5. XLII 31, 9. XLIII 2, 3; 3, 3. Canuleyo, XLIII 2, 11.
 Caonia, XLIII 21, 4.
 caonio(s), XLIII 23, 6.
 Capadocia, XLII 29, 4.
 capenate(s), XLII 19, 6.
 Capitolio, XLI 10, 7 y 13; 27, 3 y 7. XLII 20, 1 y 3; 28, 9; 47, 1; 49, 1 y 6. XLIII 6, 6; 16, 9. XLIV 14, 3. XLV 13, 17; 22, 1; 28, 5; 36, 1 y 6-7; 39, 2, 11 y 13; 41, 11; 44, 8.
 Capua, XLI 9, 5. XLII 19, 2. XLV 44, 7.
 Carace, XLIV 6, 10.
 Carano, XLV 9, 3.
 Caravancio, XLIV 30, 2 y 9; 31, 11; 32, 3. XLV 26, 14; 43, 6.
 Caravandis, XLIV 30, 9.
 Caria, XLV 22, 2; 25, 6 y 12.
 cario(s), XLIV 15, 1.
 Caristos, XLII 7, 3.
 carno(s), XLIII 1, 7; 5, 3.
 Carnunte, XLIII 1, 2.
 Carséolos, XLV 42, 5 y 12.
 cartagines(es), XLI 22, 1-2. XLII 23, 1-3 y 5-6; 24, 2, 5 y 9; 29, 9-10; 35, 7; 50, 6. XLIII 3, 5-6; 6, 11 y 14. XLV 22, 1 y 6; 38, 11.
 Cartago, XLI 22, 1-2. XLIII 6, 11. XLIV 44, 2. XLV 14, 5.
 Carteya, XLIII 3, 3.

- carteyense(s), XLIII 3, 4.
- Carvilio, Espurio, XLII 36, 4 y 7.
- Carvilio Espoletino, Gayo, XLIII 18, 10. Carvilio, XLIII 19, 7.
- Casandrea, XLIII 23, 7. XLIV 10, 12; 11, 1 y 7; 28, 3. XLV 10, 1; 30, 4.
- Casandro, XLIV 11, 2.
- Casignato, XLII 57, 7 y 9.
- Casio Longino, Gayo (cónsul en 171), XLII 28, 5. XLIII 1, 4 (5), 6 (9-10) y (12); 5, 1-2 (4) y 6. Gayo Casio, XLI 5, 8. XLII 4, 4; 29, 1; 32, 4. XLIV 31, 15. Casio, XLII 32, 1. XLIII 1, 7; 5, 3.
- Casio (Longino), Quinto (cónsul en 164), XLV 16, 3 y 8; 35, 4; 42, 4; 43, 10; 44, 4.
- Catmelo, XLI 1, 8.
- caunio(s), XLV 25, 11 y 13.
- cavio(s), XLIV 30, 7 y 9.
- Cecilio, Marco, XLII 4, 4; 27, 8.
- Cecilio Dentre, Marco, XLII 6, 5.
- (Cecilio) Metelo, Quinto (cónsul en 143), XLIV 45, 3. XLV 1, 1. Metelo, XLV 1, 5.
- Cefalania, XLII 48, 6 y 8-9; 56, 1.
- Céfalo, XLIII 18, 2.
- Cefalón, XLV 26, 10.
- Celesiria, XLII 29, 5 y 7. XLV 11, 9.
- Celio, Lucio, XLIII 21, 1.
- celtíbero(s), XLI 7, 1; 26, 1 y 3-4; 28, 6. XLII 3, 1; 10, 5.
- Céncreas, XLI 24, 13.
- Ceno, XLIV 35, 10.
- Cepión, véase Servilio.
- Cerdeña, XLI 6, 5 y 7; 8, 2 y 4; 9, 1, 2-3 y 8; 12, 2 y 4; 15, 6; 17, 1; 21, 1-2; 28, 8 y 10. XLII 1, 3-5; 7, 2; 10, 14; 28, 6; 31, 8-9. XLIII 11, 8; 15, 3. XLIV 17, 9-10. XLV 12, 13; 16, 4; 44, 2.
- Ceremia, XLIII 1, 2.
- Ceres, XLI 28, 2.
- céríte(s), XLI 21, 13.
- cibirata(s), XLV 25, 13.
- Cicereyo, Gayo (pretor en 173), XLI 28, 5. XLII 1, 5; 7, 1-2; 21, 6; 26, 7. XLV 15, 10; 17, 4.
- Cícico, XLI 20, 7.
- Cicio, XLII 51, 1.
- Cicio (monte), XLIII 21, 7.
- Cicladadas, XLIV 28, 2; 29, 4 y 6.
- Cidante, XLIV 13, 9.
- Cidas, XLIV 24, 9.
- Cirecias, XLII 53, 9.
- Cirra, XLII 15, 5.
- cirtio(s), XLII 58, 13.
- Claudio, Lucio (pretor en 174), XLI 21, 3.
- Claudio Centón, Apio (pretor en 175), XLI 28, 6. XLII 25, 1. Apio Claudio, XLI 26, 1 y 3; 28, 1 y 3. XLII 5, 8. XLIII 9, 6; 21, 4. XLIV 20, 5; 21, 4; 30, 10. Apio, XLII 5, 10. XLIII 10, 8; 23, 1, 3 y 5-6.

- XLIV 30, 12. Claudio, XLIII 9, 7; 10, 2; 11, 11.
- Claudio (Cuadrigario, Quinto), XLIV 15, 1.
- Claudio Marcelo, Marco (cónsul en 196), XLI 13, 4. Marco Claudio, XLI 9, 9.
- (Claudio) Marcelo, Marco (cónsul en 183), XLII 5, 10. Marcelo, XLII 6, 1.
- Claudio Marcelo, Marco (el pretor de 185, o el cónsul de 183?), XLIV 18, 7. Marco Claudio, XLIV 3, 2.
- Claudio Marcelo, Marco (cónsul en 166, 155 y 151), XLII 32, 7. XLIII 11, 7; 15, 3. XLV 44, 1. Marco Claudio, XLIII 14, 3; 15, 4. Marco Marcelo, XLI 13, 4. XLV 4, 1.
- Claudio Nerón, Tiberio (pretor en 178), XLII 19, 7. Tiberio Claudio, XLI 5, 6; 12, 1 y 7; 14, 2 y 11. XLII 45, 2. Nerón, XLI 5, 8.
- Claudio Nerón, Tiberio (pretor en 167), XLV 16, 3.
- Claudio Pulcro, Apio (cónsul en 185), XLI 25, 5. Apio Claudio, XLV 16, 8.
- Claudio Pulcro, Gayo (cónsul en 177), XLI 8, 1 (9, 10; 100, 7 y 9; 12, 9; 14, 1). XLIII 14, 1. Gayo Claudio, XLI 9, 9 y 12; 10, 5; 12, 2 y 7; 13, 6; 14, 3 y 6; 16, 7; 17, 6 y 9; 18, 1 y 5. XLII 10, 3; 49, 9. XLIII 14, 6; 15, 8; 16, 7 y 11. XLV 17, 2; 31, 9; 44, 3. Claudio, XLI 8, 4; 9, 8; 10, 13; 11, 2; 12, 10; 18, 6. XLIII 16, 8, 14 y 16. XLV 15, 3 y 7.
- Clausal (río), XLIV 31, 3.
- Cleopatra II, XLIV 19, 6 y 12. XLV 13, 4 y 7.
- Clevas, XLIII 21, 5; 23, 2-3.
- Clitas, XLIV 11, 4.
- Clondico, XLIV 26, 11; 27, 2.
- Cluvio, Espurio (pretor en 172), XLII 9, 8; 10, 14.
- Cluvio, Gayo, XLIV 40, 6.
- Cluvio Sáxula, Gayo (pretor en 173), XLI 28, 5. XLII 1, 5.
- Colina (puerta), XLI 9, 6. XLIII 13, 5.
- Concibilo, XLIII 5, 1.
- Cóndilo, XLIV 6, 10.
- Córcega, XLI 21, 2. XLII 1, 3; 7, 1-2; 21, 7.
- Corcira, XLII 37, 1 y 5; 40, 1; 48, 8. XLIV 1, 3. XLV 2, 11; 41, 3.
- corcireo(s), XLV 43, 10.
- Corinto, XLII 5, 12; 16, 6; 56, 1. XLIV 1, 4. XLV 28, 11.
- Cornelia (familia), XLV 41, 12.
- Cornelio, Gneo, XLI 28, 7.
- Cornelio Blasión, Publio, XLIII 5, 10. XLV 13, 11.
- Cornelio Cetego, Marco (cónsul en 160), XLIII 1, 12; 17, 1.
- Cornelio Cetego, Publio (cónsul en 181), XLII 4, 4.
- Cornelio (Dolabela), Lucio, XLI 1, 3.

- Cornelio Escipión, Lucio (pretor en 174), XLI 21, 1; 27, 2.
- Cornelio Escipión, Lucio (cuestor en 167), XLV 44, 7 y 17.
- Cornelio Léntulo, Lucio (pretor en 211), XLII 10, 6.
- (Cornelio) Léntulo, Lucio, XLIV 45, 3. XLV 1, 1. Léntulo, XLV 1, 5.
- Cornelio Léntulo, Publio (cónsul en 162), XLII 37, 1; 49, 9. Publio Léntulo, XLII 47, 12; 56, 3. XLIV 18, 8. XLV 4, 7. Léntulo(s), XLII 37, 3-4 y 7.
- Cornelio Léntulo, Servio (pretor en 169), XLII 37, 1. XLIII 11, 7; 15, 3. Servio Cornelio, XLII 44, 6. Léntulo(s), XLII 37, 3-4 y 7.
- Cornelio Mámula, Marco, XLII 6, 5.
- Cornelio Sila, Servio, XLV 17, 3. Cornelio, XLI 21, 2.
- Cornelio Escipión Africano, Publio (cónsul en 205 y 194): Publio Cornelio, XLV 38, 4 y 11. Publio Escipión, XLII 23, 8. Publio Africano, XLIV 16, 10. XLV 38, 7. Africano, XLIV 44, 2. XLV 38, 9.
- Cornelio Escipión (Asiagenes o Asiático), Lucio (cónsul en 190), XLI 6, 8.
- Cornelio Escipión Híspalo, Gneo (cónsul en 176), XLI 14, 4. Gneo Cornelio Escipión, XLI 8, 1. Gneo Cornelio, XLI 14, 7; 15, 1 y 5. Escipión, XLI 8, 3.
- Cornelio Escipión Maluginense, Marco (pretor en 176), XLI 15, 5. Marco Cornelio Escipión, XLI 14, 5. Marco Cornelio Maluginense, XLI 27, 2. Marco Cornelio, XLI 15, 10. Cornelio, XLI 16, 3.
- Cornelio Escipión (Nasica), Publio (cónsul en 191), XLIII 2, 5. Publio Escipión, XLIII 2, 7.
- Cornelio Escipión Africano (Emiliano) (Publio) (cónsul en 147 y 134), XLIV 44, 2. Publio Escipión, XLV 40, 4. Escipión, XLV 27, 6.
- Cornelio Escipión Nasica (Córculo), Publio (cónsul en 155), XLIV 18, 8. Publio Escipión Nasica, XLIV 35, 14. Publio Nasica, XLIV 38, 1 y 3; 46, 1. XLV 33, 8. Escipión Nasica, XLV 34, 8. Nasica, XLIV 36, 9 y 12.
- Coronea, XLII 44, 4; 46, 7. coroneo(s), XLII 46, 9; 63, 3; 67, 12. XLIII 4, 11.
- Corrago, XLII 67, 4. corso(s), XLII 7, 1-2.
- Cotis, XLII 29, 12; 51, 10; 57, 6; 58, 6; 67, 3-5. XLIII 18, 2. XLIV 42, 2. XLV 6, 2; 42, 5-8 y 10.
- Cranón, XLII 64, 7; 65, 1.
- Cremaste (Larisa), XLII 56, 7. cremonense(s), XLIV 40, 6.

- Creonte, XLIV 32, 8.
Creta, XLII 15, 3; 19, 8; 35, 7.
XLIV 25, 8. XLV 6, 5.
cretense(s), XLI 25, 7. XLII 35, 6; 51, 7; 55, 10; 57, 7-8; 58, 6; 59, 8; 65, 2 y 4. XLIII 7, 1, 3-5; 10, 1. XLIV 13, 9; 24, 9; 43, 6 y 8; 45, 10 y 13. XLV 6, 2.
Creúsa, XLII 56, 5. XLIV 1, 4.
crustumino(s), XLI 9, 5; 13, 1 y 3. XLII 34, 2.
Cumas, XLI 16, 3. XLIII 13, 4.
Curio, Manio (cónsul en 290, 275 y 274), XLV 38, 11.

Chipre, XLV 11, 9 y 11; 12, 7.

Damio, XLIV 28, 4.
daorso(s), XLV 26, 14.
Dardania, XLI 19, 4; 23, 12.
XLIV 31, 5.
dárdano(s), XLI 19, 4, 7, 9 y 11.
XLIII 18, 2; 19, 14; 20, 1.
XLIV 30, 4. XLV 4, 3; 29, 12.
dasarecio(s), XLII 36, 9. XLIII 9, 7. XLV 26, 13.
dasarense(s), XLV 26, 14.
Decimio, Gayo (pretor en 169), XLII 35, 7. XLIII 11, 7; 15, 3. XLIV 16, 7; 19, 13; 29, 1. XLV 10, 10. Decimio, XLV 10, 13 y 15.
Decimio, Lucio, XLII 37, 1-2.
Decimio, XLII 45, 8.
Decimio, Marco, XLII 19, 7.
Decio Subulón, Publio, XLIII 17, 1. Publio Decio, XLV 3, 1.
Delfos, XLI 22, 5-6; 23, 13 y 16; 25, 6. XLII 5, 10; 6, 1; 12, 6; 15, 3-4; 17, 2; 29, 2; 40, 6 y 8; 42, 1. XLV 5, 5 y 11; 27, 6; 41, 3-4.
Delio, XLII 12, 6.
Delos, XLI 20, 9. XLIV 28, 16; 29, 1. XLV 10, 2.
Demetriade, XLII 67, 11. XLIV 12, 8; 13, 2, 4-5, 7 y 9; 24, 9. XLV 22, 7; 28, 6 y 8.
Demetrio, XLI 23, 10-11; 24, 5. XLII 11, 4; 51, 6.
Demetrio (puerto), XLV 6, 3.
Desudaba, XLIV 26, 7.
Diana, XLIV 44, 4. XLV 27, 9.
Dicta, XLV 26, 15.
Didas, XLII 51, 6; 58, 8.
Diero, XLIV 3, 3.
Digicio, Sexto (pretor en 194), XLI 22, 3; XLII 27, 8. XLIII 11, 1.
Dinarco, XLIII 22, 4 y 7.
Dinón, XLIV 23, 10; 29, 7. XLV 22, 9.
Diodoro, XLIV 44, 4.
Dión, XLII 38, 10. XLIV 2, 12; 3, 7; 4, 9; 6, 3, 5 y 14; 7, 1-2 y 7; 8, 1, 4-5 y 9; 9, 10; 23, 7.
dirraquino(s), XLII 48, 8. XLIV 30, 10 y 14. XLV 43, 10.
Dirraquio, XLII 48, 7. XLIII 21, 3. XLIV 19, 2.
Dolique, XLII 53, 6. XLIV 2, 8.
dólope(s), XLI 22, 4; 24, 8. XLII 40, 7; 41, 13; 58, 10.

- Dolopia, XLI 23, 13. XLII 13, 8.
- Domicio Ahenobarbo, Gneo (cónsul en 162), XLII 28, 13. XLIV 18, 5. XLV 17, 3. Gneo Domicio, XLV 31, 9.
- Dóride, XLII 13, 8.
- Draudaco, XLIII 19, 4.
- Durnio, XLIV 30, 9.
- Ebucio, Marco, XLI 1, 6.
- Ebucio Helva, Marco (pretor en 168), XLIV 17, 5. Marco Ebucio, XLIV 17, 10.
- Ebucio Parro, Tito (pretor en 178), XLII 4, 4. Tito Ebucio, XLI 6, 5; 15, 6.
- Edesa, XLII 51, 5. XLV 29, 8; 30, 5.
- Egeo, XLIV 28, 16; 29, 6.
- Egina, XLII 16, 6; 18, 4; 26, 7.
- eginiense(s), XLIV 46, 3. XLV 27, 2.
- Eginio, XLIV 46, 3. XLV 27, 1.
- Egio, XLII 6, 1. XLIII 17, 4.
- egipcio(s), XLV 12, 2 y 7.
- Egipto, XLII 29, 5. XLIV 24, 5. XLV 10, 2; 11, 4-5 y 7-9; 12, 7-8; 13, 1 y 7; 44, 13.
- Elacia, XLI 24, 13. XLII 54, 7.
- Elea, XLIV 10, 12; 28, 6-7.
- Eleusis, XLV 12, 3.
- Elimea, XLII 53, 5. XLIII 21, 5.
- Elimiótide, XLV 30, 6.
- elio(s), XLII 37, 8.
- Elio, Gayo, XLI 1, 7; 4, 3.
- Elio, Tito, XLI 1, 7; 4, 3.
- Elio, Quinto, XLI 6, 3.
- Elio Ligur, Publio (cónsul en 172), XLII 9, 8. XLV 17, 4.
- Publio Elio, XLII 10, 9.
- XLIII 14, 7. Elio, XLII 10, 10.
- Elio Peto, Publio (cónsul en 201), XLI 21, 8. Publio Elio, XLI 21, 9.
- Elio Peto, Quinto (cónsul en 167), XLI 21, 9. Quinto Elio, XLV 16, 1; 17, 6.
- Elio Tuberón, Publio (pretor en 201 y 177), XLI 8, 1. Publio Elio, XLI 13, 5. Tuberón, XLI 8, 2.
- Elio Tuberón, Quinto, XLV 7, 1. Quinto Elio, XLV 8, 8.
- Elpeo (río), XLIV 8, 5; 9, 2; 20, 3; 23, 7; 26, 5; 27, 4-5; 32, 10; 35, 6 y 8; 39, 9.
- Emacia, XLIII 7, 10. XLIV 44, 5-6.
- Emilio (pórtico), XLI 27, 8.
- Emilio Lépidio, Marco (cónsul en 187 y 175), XLI 13, 5; 27, 1 y (4). XLII 4, 4. XLIII 5, 10; 15, 6. Marco Emilio, XLI 27, 3. Lépidio, XLII 28, 9.
- Emilio Papo, Lucio (pretor en 205), XLII 28, 10. Emilio, XLII 28, 13.
- Emilio Paulo, Lucio (cónsul en 182 y 168), XLIII 2, 5. XLIV 17, 4; 19, 1; 22, 16-17; 34, 7 y 10; 35, 5, 8, 16, 18, 20 y 22; 36, 2-3, 7-9, 12 y 14; 37, 5, 10 y 12-13; 40, 2; 44, 1 y 3; 45, 2-

- 3; 46, 4 y 10). XLV (2, 1 y 10; 6, 12; 7, 4-5; 8, 2 y 8; 12, 9; 13, 9). Lucio Emilio, XLIV 18, 1 y 5; 21, 1 y 3; 22, 1. XLV 1, 8; 2, 2 y 8; 36, 2; 37, 1. Lucio Paulo, XLIII 2, 7. XLV 14, 8; 16, 2; 17, 1; 36, 7; 37, 3 y 5-7; 38, 4-5 y 8; 39, 2, 8 y 13-14. Emilio Paulo, XLV 41, 11. Paulo Emilio, XLV 4, 2. Emilio, XLIV 17, 10; 30, 1; 32, 5. XLV 43, 2. Paulo, XLIV 37, 1; 44, 2; 45, 2; 46, 1. XLV 4, 4 y 7; 7, 1; 17, 2; 27, 1; 28, 9; 29, 3; 32, 7 y 11; 33, 7; 34, 7; 35, 3 y 5; 37, 13; 38, 4 y 9; 39, 15; 40, 4, 6 y 9; 41, 12.
- (Emilio Paulo), Lucio (padre del anterior), XLIII 2, 5.
- Emilio (Paulo), Marco (cónsul en 255), XLII 20, 1.
- Emilio Regilo, Lucio (pretor en 190), XLV 22, 10.
- Enea, XLIV 32, 8. XLV 30, 4.
- Enia, XLIV 10, 7.
- enio(s), XLV 27, 4.
- Eno, XLIII 7, 10. XLV 20, 2; 29, 6.
- Eordea, XLII 53, 5.
- eordeo(s), XLV 30, 6.
- Epicado (ilirio), XLIV 30, 3.
- Epicado (partino), XLIV 30, 13.
- Epidamno, XLIII 21, 3.
- Epidauo, XLV 28, 3.
- Epiro, XLII 18, 3; 36, 8; 37, 4; 38, 1; 55. 1. XLIII 18, 2; 21, 4. XLV 26, 3, 11 y 15; 29, 9; 31, 9; 33, 8; 34, 1 y 10.
- epirota(s), XLI 24, 10. XLII 38, 1. XLIII 21, 5; 22, 9; 23, 3 y 6. XLIV 16, 2 y 4. XLV 34, 2 y 9; 38, 11.
- Epulón, XLI 1, 1; 11, 1.
- Eritras, XLIV 28, 8 y 12.
- Escea, XLII 55, 6.
- Escerdiledo, XLIV 32, 3.
- Esciatos, XLIV 13, 11.
- Escodra, XLIII 20, 1. XLIV 31, 2 y 12; 32, 1 y 3. XLV 26, 2 y 11.
- escodrense(s), XLV 26, 14.
- escordisco(s), XLI 19, 7-8.
- Escordo (monte), XLIII 20, 1. XLIV 31, 4-5.
- Escribonio Curión, Gayo (pretor en 193), XLI 21, 9.
- Esculapio, XLI 22, 2. XLII 24, 3. XLIII 4, 7. XLV 28, 3.
- Escultena (río), XLI 12, 8; 18, 1.
- esernino(s), XLIV 40, 6.
- espoletino(s), XLIII 19, 7. XLV 43, 9.
- Espoleto, XLV 43, 9.
- Esquilina (puerta), XLI 9, 6.
- Esquilina (tribu), XLV 15, 6.
- Estracio, XLV 19, 8.
- Estado, XLI 10, 3; 28, 9. XLII 10, 4; 19, 1 y 5; 25, 11; 26, 1; 28, 1; 33, 3 y 6; 47, 9; 49, 3. XLIII 4, 6; 5, 5; 8, 8. XLIV 16, 10; 22, 10 y 13; 24, 1. XLV 13, 12; 18, 4; 23, 9; 24,

- 12; 39, 12; 41, 1, 8-9 y 12; 44, 15.
- Estatela, XLII 7, 3.
- estatelate(s), XLII 8, 5; 21, 2.
- estatelo(s), XLII 21, 5.
- Estertinio, Lucio (cuestor en 168), XLV 14, 9.
- Estobos, XLV 29, 13.
- Estrato, XLIII 21, 5-6 y 9; 22, 1, 5 y 7; 23, 1.
- Estrimón, XLIV 44, 8; 45, 12. XLV 29, 5-7; 30, 3; 33, 7.
- Estuberra, XLIII 18, 4; 19, 1 y 13; 20, 3.
- Eta (monte), XLI 22, 5; 23, 13.
- Etleva, XLIV 32, 3.
- Etolia, XLI 27, 4. XLII 2, 1-2; 4, 5; 37, 4; 38, 2; 40, 7. XLIII 17, 4; 21, 6. XLV 31, 9.
- etolio(s), XLI 24, 9-10; 25, 1. XLII 5, 7 y 10; 6, 1; 12, 7; 15, 8; 25, 13; 34, 8-9; 42, 4; 51, 9; 55, 9; 60, 8-9. XLIII 21, 9; 22, 1-2, 4 y 7. XLIV 43, 6. XLV 22, 7; 28, 6; 31, 1, 3, 12 y 15.
- Etrito, XLIV 30, 3.
- etrusco(s), XLI 13, 5.
- Etuta, XLIV 30, 4.
- Eubea, XLII 37, 4. XLIV 13, 11. XLV 27, 8; 30, 4.
- Eucto, XLIV 43, 5.
- Eudamo, XLIV 28, 3.
- Eufránor, XLII 41, 14. XLIV 13, 4 y 6-7.
- Euleo, XLIV 43, 5.
- euliesta(s), XLII 51, 4.
- Éumenes II, XLI 22, 5. XLII 5, 2-3; 6, 3; 11, 1-2; 14, 1-2, 5-6 y (7-8); 15, 3-4 y (8-10); 16 (2) (6) y 9; 17, 1; 18, 1 y 4; 25, 5; 26, 7; 29, 2 y 4; 40, 8; 41, 3-4; 42, 5-6; 45, 6; 48, 2; 52, 9; 55, 7; 57, 4 y 9; 58, 13-14; 59, 5; 60, 3; 65, 14; 67, 4 y 8. XLIV 1, 10; 10, 12; 11, 4; 12, 4 y (7); 13 (8), 9-10 y 12; 20, 7; 24, 1, 3, 5, 7 y 9-10; 25, 1-2 y 11; 26, 1; 27, 13; 28, 1, 4 y 8-9; 29, 1-2 y 4. XLV 5, 4-5 y 11; 13, 12; 19, 1-2, 5, 8, 11 y 17; 27, 6; 34, 10-11; 44, 21.
- Éumenes (comandante macedonio), XLIV 32, 6.
- Eupólemo, XLI 25, 3-4.
- Eurídice, XLIV 30, 2.
- Euripo, XLV 27, 8.
- euromense(s), XLV 25, 11 y 13.
- Europa, XLII 29, 1; 52, 14. XLV 9, 2-4; 33, 3.
- Evandro, XLII 15, 3-4; 59, 8 y 11. XLIV 43, 6; 45, 10-12. XLV 5, 5-6 y 8-12.
- Eversa, XLII 13, 7; 40, 7.
- Fabia (familia), XLV 41, 12.
- Fabio Buteón, Numerio (pretor en 173), XLI 28, 5. XLII 1, 5. Numerio Fabio, XLII 4, 1.
- Fabio Buteón, Quinto (pretor en 181), XLV 13, 11.
- Fabio Labeón, Quinto (cónsul en 183), XLV 17, 2. Labeón, XLV 31, 14.

- Fabio Píctor, Quinto (pretor en 189), XLV 44, 3.
- Fabio Máximo Emiliano, Quinto (cónsul en 145), XLIV 45, 3. Quinto Fabio Máximo, XLIV 35, 14. Quinto Fabio, XLV 1, 1. Quinto Máximo, XLV 27, 1; 33, 8; 40, 4. Fabio, XLV 1, 5. Máximo, XLV 34, 8.
- Fabio Máximo (Verrucoso/Cunctátor), Quinto (cónsul en 233, 228, 215, 214 y 209), XLV 37, 12. Quinto Fabio, XLIV 22, 10.
- Faco, XLIV 6, 2; 10, 3; 46, 6.
- Falana, XLII 54, 6; 65, 1.
- Falasarnas, XLII 51, 7.
- falisco(s), XLII 47, 6.
- Fanas, XLIV 28, 7 y 15-16. XLV 10, 1.
- Fanote, XLIII 21, 4; 23, 1. XLIV 26, 3.
- Favenia, XLI 11, 7.
- Feras, XLII 57, 2.
- fereo, XLII 56, 9; 57, 3.
- Ferías Latinas, XLI 16, 1-2, 5 y 7. XLII 10, 15; 35, 3. XLIII 15, 3. XLIV 17, 8; 19, 4; 21, 3; 22, 16.
- Fila, XLII 67, 2. XLIV 2, 12; 3, 7; 7, 12; 8, 1 y 8-9; 34, 10.
- Filace, XLV 26, 4 y 10.
- Filétero, XLII 55, 7.
- Filipo II, XLV 7, 3; 9, 4.
- Filipo V, XLI 23, 9-11; 24, 4-5 y 11-13. XLII 5, 4; 11, 4 y 8; 12, 5; 25, 4; 30, 10; 34, 5-6; 37, 7-8; 38, 3, 6 y 9; 44, 4; 45, 5; 49, 7; 52, 1 y 3; 62, 5 y 10. XLIII 6, 8; 8, 6. XLIV 1, 12; 16, 5; 24, 3. XLV 22, 1, 6 y 10; 23, 1; 24, 9; 39, 1; 40, 2-3.
- Filipo (hijo de Perseo), XLII 52, 5. XLIV 45, 8. XLV 6, 9; 28, 11; 39, 7.
- Filipo (prefecto), XLIV 12, 2.
- Filócrates, XLV 25, 4-5.
- Filóstrato, XLIII 23, 3-4.
- firmano(s), XLIV 40, 6.
- Flaminio, véase Quincio Flaminio.
- Flaminio (Circo), XLV 39, 14.
- Fonteyo, Marco (pretor en 166), XLV 44, 2.
- Fonteyo, Tito (pretor en 178), XLI 15, 11.
- Fonteyo Balbo, Publio (pretor en 168), XLIV 17, 5. Publio Fonteyo, XLIV 17, 10.
- Fonteyo Capitón, Publio (pretor en 169), XLIII 11, 7; 15, 3.
- Fortuna, XLII 1, 7. XLIII 13, 4. XLV 44, 8. Fortuna Ecuestre, XLII 3, 1; 10, 15. Fortuna Primigenia, XLIII 13, 5.
- fregelano(s), XLIII 21, 2.
- Fregelas, XLI 8, 8. XLIII 13, 6.
- frigio(s), XLII 52, 11.
- friniate(s), XLI 19, 1.
- Frisia, XLIV 11, 4.
- Ftiótide, XLII 56, 7.
- Fulvio, Gneo (pretor en 167), XLV 16, 3.
- Fulvio, Lucio, XLI 27, 2.
- Fulvio, Marco, XLIII 1, 12.

- Fulvio Flaco, Marco, XLIII 11, 2.
- Fulvio Flaco, Quinto (cónsul en 179), XLI 27, 1 y (2). XLII 3, 1 y (3-5); 10, 1; 28, 10; 34, 9.
- Fulvio Flaco, XLI 27, 11.
- Quinto Fulvio, XLII 22, 5.
- XLIII 16, 2. XLV 9, 3. Fluvio, XLII 10, 5; 28, 13. Flaco, XLII 34, 10.
- Fulvio Nobilior, Marco (cónsul en 159), XLII 32, 7.
- Fulvio (Nobilior), Servio (cónsul en 255), XLII 20, 1.
- Fundos, XLI 27, 11.
- Furio, Gayo, XLI 1, 2-3. XLIII 9, 5.
- (Furio) Camilo (Marco), XLV 38, 7.
- Furio Crasípede, Marco (pretor en 187 y 173), XLI 28, 5. XLII 1, 5.
- Furio Filo, Lucio (pretor en 171), XLII 28, 5; 31, 9. XLIII 11, 13.
- Furio Filo, Publio (pretor en 174), XLI 21, 3. XLIII 2, 8.
- Publio Furio, XLII 4, 2-3.
- Furio, XLIII 2, 10.
- Gabinio, XLV 26, 2.
- Gabios, XLI 16, 6.
- Galepso, XLIV 45, 14.
- Galia, XLI 5, 5 y 9; 7, 7; 8, 3; 14, 6; 17, 6; 18, 5; 19, 2. XLIII 1, 4; 9, 3; 15, 4. XLIV 21, 7. XLV 12, 11; 16, 3; 17, 2 y 5-6.
- gálico(s), XLII 2, 5; 4, 3. XLV 19, 3 y 12.
- galo(s), XLI 1, 8; 3, 5; 5, 10; 19, 3; 23, 12. XLII 51, 7; 52, 11; 57, 7 y 9; 58, 13. XLIII 5, 1, 5 y 10. XLIV 12, 6; 13, 13; 14, 1 y 3; 26, 2, 7-8 y 11-12; 28, 7, 11 y 13; 29, 6. XLV 20, 1; 30, 5; 34, 10-14; 38, 7 y 11; 44, 9, 11 y 21.
- gáru(s), XLI 19, 1.
- Gavilio Novelo, Gneo, XLI 5, 1.
- Gavilio Novelo, Lucio, XLI 5, 1.
- Gencio, XLII 26, 2 (4) y (6); 29, 11; 37, 2; 48, 8. XLIII 9, 4; 18, 3; 19, 3 y 13-14; 20, 2; 23, 8. XLIV 23, 1, 3 y 8; 26, 2; 27, 8 y 11; 29, 6; 30, 1, 11 y 14; 31, 2 (6) y 9; 32 (2) y 4; 46, 8. XLV 3, 1; 7, 2; 16, 7; 26, 1 y 13; 35, 1; 39, 3; 43, 1-2 (4), 6 y 9-10; 44, 5.
- Genuso (río), XLIV 30, 10 y 12.
- Gerania, XLIII 1, 2.
- Gitana, XLII 38, 1.
- Girtón, XLII 54, 6.
- Glaucia, XLIII 20, 3.
- Gnosos, XLII 51, 7.
- Gonfos, XLII 55, 2 y 4.
- Gono, XLII 54, 7-8; 61, 11; 67, 1 y 6. XLIV 6, 10.
- Graco, véase Sempronio Graco.
- Graviscas, XLI 16, 6.
- Grecia, XLI 22, 5; 23, 1 y 12-13; 24, 10. XLII 5, 1 y 3; 12, 1; 13, 3 y 10; 14, 5; 17, 1; 36, 4;

- 37, 1 y 5; 42, 3 y 5; 44, 8; 47, 2 y 9; 50, 10; 51, 8; 52, 7 y 15; 55, 8; 58, 12; 63, 1. XLIII 4, 5; 6, 1; 8, 6; 17, 2. XLV 3, 5-6; 5, 5; 9, 4; 11, 8; 20, 4; 22, 6-7; 27, 5; 28, 6; 31, 3 y 6; 32, 8-9; 35, 1; 39, 8.
- griego(s), XLI 20, 10. XLII 47, 7; 59, 4; 60, 9; 67, 9. XLV 3, 7; 8, 6; 29, 3.
- Guerra Púnica, XLII 20, 1. XLV 14, 2; 37, 12; 38, 4; 39, 7.
- Gulusa, XLII 23, 1; 24, 1-2, 6 y (9). XLIII 3, 5-6.
- Haliacmón (río), XLII 53, 5.
- haliarcio(s), XLII 46, 9.
- Haliarto, XLII 44, 4; 46, 7; 56, 3 y 5; 63, 3.
- Hannón, XLV 14, 5.
- Hárpalo, XLII 14, 3; 15, 1.
- Hegesíloco, XLII 45, 3.
- Helesponto, XLV 30, 4.
- Heraclea (del Ponto), XLII 56, 6.
- Heraclea (Síntice), XLII 51, 7. XLV 29, 6-7.
- Heracleo, XLIV 2, 12; 5, 12; 8, 8; 9, 10; 10, 5; 35, 13-14.
- Hercinna, XLV 27, 8.
- Hércules, XLI 7, 8. XLII 12, 7; 41, 7; 50, 10; 52, 15. XLIV 39, 1.
- hergate(s), XLI 19, 1.
- Herofonte, XLIV 24, 10; 27, 13; 28, 1.
- Hípata, XLI 25, 3.
- Hipias (tesalio), XLII 54, 7.
- Hipias (macedonio), XLII 39, 7; 51, 4; 59, 7. XLIV 2, 11; 4, 1; 6, 2; 7, 8; 23, 2; 45, 2.
- Hispania(s), XLI 6, 4; 9, 3; 15, 5 y 9-11; 21, 3; 26, 1; 27, 2; 28, 1 y 3. XLII 1, 2 y 5; 3, 1; 4, 1-2; 10, 5 y 13; 18, 6-7; 28, 6; 31, 9; 34, 6 y 9. XLIII 2, 1, 3 y 6-7; 3, 1; 11, 8; 12, 10-11; 15, 3. XLIV 17, 9-10. XLV 4, 1; 16, 1 y 3; 44, 2.
- hispano(s), XLI 7, 1-2. XLIII 2, 3 y 11-12; 3, 2. XLV 38, 11.
- Histeo, XLIV 32, 9.
- Histria, XLI 1, 1, 4 y 6; 7, 4-5 y 7; 8, 4-5; 9, 1, 3 y 8; 10, 11; 11, 9-10; 12, 3-4 y 7; 13, 6; 14, 6.
- Histro (río), XLIV 27, 3.
- histro(s), XLI 2, 1 y 9; 3, 9; 4, 4 y 7; 5, 1 y 12; 6, 1; 7, 9; 10, 1-2; 11, 1 y 3; 14, 6. XLIII 1, 5 y 7; 5, 3.
- Homolio, XLII 38, 10.
- Hórreo, XLV 26, 4 y 10.
- Hortensio, Lucio (pretor en 170), XLIII 7, 8; 8, 5 y 7.
- Hortensio, XLIII 4, 8 y 13; 7, 9 y 11; 8, 8.
- Hostilio, Gayo, XLIV 19, 13; 29, 1.
- Hostilio (Mancino), Aulo (cónsul en 170), XLIII 5, 1; 6, 10. XLIV 1, 5. Hostilio, XLIII 4, 9 y 13; 6, 14; 9, 6 (11, 10); 17, 9. XLIV 2, 6.
- Iguvicio, XLIV 43, 9.

iliense(s), XLI 6, 6; 12, 4.

Ilírico, XLII 26, 2; 28, 11; 45, 8.

XLIII 1, 1, 4 y 7; 9, 6; 18, 3; 19, 14; 20, 1 y 3; 21, 1 y 4; 23, 6. XLIV 21, 4; 26, 2; 30, 1 y 12-13; 31, 5; 32, 4. XLV 3, 1; 9, 4; 16, 2 y 7; 17, 1 y 4; 18, 8; 26, 1, 3, 11 y 15; 27, 1; 29, 9; 39, 4; 43, 10.

ilírio(s), XLI 1, 3. XLII 13, 6; 26, 2-4; 29, 11; 36, 9; 37, 2; 40, 5. XLIII 1, 5; 9, 4; 18, 3, 6 y 11; 19, 2 y 13. XLIV 11, 7; 12, 2; 23, 1, 3, 7 y 9-10; 27, 9; 29, 6; 30, 2; 31, 6; 32, 4; 35, 3. XLV 3, 1; 4, 3; 18, 1; 22, 3; 26, 12 y 14; 30, 5; 33, 8; 43, 1-2 y 4-5; 44, 5.

Ínaco (río), XLIII 21, 6; 22, 2.

India, XLII 52, 15. XLV 9, 6.

Ión, XLII 58, 10. XLV 6, 9.

Isa, XLIII 9, 5.

isense(s), XLV 26, 13.

iseo(s), XLII 26, 2 y 4; 48, 8. XLIII 9, 5.

Ismenias, XLII 38, 5; 43, 9-10; 44, 1.

Istmo, XLII 16, 6. XLV 28, 2.

Italia, XLI 5, 4. XLII 6, 11; 11, 4; 13, 10-11; 29, 1; 31, 1 y 4; 32, 4-5; 33, 5; 34, 6 y 9; 36, 6-7; 41, 6; 48, 3 y 7; 50, 10. XLIII 1, 8-9; 5, 9; 9, 6; 11, 4 y 12; 12, 1 y 9; 14, 8; 15, 3. XLIV 1, 3; 17, 9-10; 23, 1. XLV 14, 6; 32, 3 y 6; 34, 9; 38, 14; 41, 3 y 7-8.

italico(s), XLII 47, 12; 58, 12; 59, 2. XLIII 11, 11.

Jano, XLI 23, 12.

Jenarco, XLI 23, 4; 24, 1.

Jonio (mar), XLII 48, 7.

Juegos Romanos, XLV 1, 6.

Julio, Lucio (pretor en 166), XLV 44, 2.

Julio César, Sexto (cónsul en 157), XLIII 4, 12.

Junio, Lucio, XLV 17, 3.

Junio Bruto, Marco (cónsul en 178), XLIII 14, 1. Marco Junio, XLI 5, 5, 9 y (12); 7, 4 y (6); 10, 1 y 6. XLIII 2, 6. XLV 9, 3; 17, 6. Junio, XLI 10, 8 y 13; 11, 1.

Junio Peno, Marco (cónsul en 167), XLII 9, 8. XLV (20, 7 y 9). Marco Junio, XLII 10, 13; 18, 6; 45, 2. XLV 16, 1; 20, 6.

Juno, XLII 3, 10. Juno Lacinia, XLII 3, 1-2; 28, 12. Juno Moneta, XLII 7, 1.

Júpiter, XLI 14, 7; 27, 11; 28, 9. XLIII 21, 8. XLIV 6, 15. XLV 28, 5. Júpiter Capitolino, XLI 20, 9. Júpiter Olímpico, XLI 20, 8. Júpiter Trofonio, XLV 27, 8. Júpiter Óptimo Máximo, XLII 20, 3; 28, 8. XLIII 6, 6. XLIV 14, 3. XLV 13, 17.

Juvencio Talna, Manio (cónsul en 163), XLIII 8, 2. XLV 16,

- 3; 21, 1. Manio Juvencio, XLV 16, 8.
- Juvencio Talna, Tito (pretor en 194), XLII 27. Tito Juvencio, XLII 27, 8.
- labeate(s), XLIII 19, 3. XLIV 31, 2 y 10; 32, 3. XLV 26, 15.
- Labeátide, XLIV 23, 3; 31, 3.
- Labeón, véase Fabio Labeón.
- Lacedemón, XLV 28, 4.
- lacedemonio(s), XLII 51, 8. XLV 23, 15.
- lampsaceno(s), XLIII 6, 7 y 10.
- lanuvino(s), XLI 16, 2; 21, 13.
- Lanuvio, XLI 16, 1. XLII 2, 4. XLV 16, 5.
- Lapatunte, XLIV 2, 11; 6, 10.
- lapicino(s), XLI 19, 1.
- Larino, XLV 2, 11.
- Larisa, XLII 38, 6; 39, 2; 41, 2; 43, 9; 47, 10; 55, 5; 61, 11; 67, 7 y 10. XLIII 17, 9. XLIV 7, 1.
- Larisa Cremaste, XLII 56, 7.
- lariseo(s), XLII 53, 7.
- latín, XLV 8, 6.
- latino(s), XLI 5, 4 y 6; 8, 6 y 9; 9, 2 y 9; 14, 6 y 10; 15, 11; 21, 3. XLII 1, 2; 4, 4; 10, 3; 27, 3 y 5; 35, 5. XLIII 3, 4; 9, 3; 12, 3 y 6-7. XLIV 21, 6 y 10; 41, 5. XLV 12, 11; 43, 7.
- Lebadía, XLV 27, 8.
- Lelio, Gayo (cónsul en 190), XLI 22, 3. XLIII 5, 10.
- Léntulo, véase Cornelio Léntulo.
- Leonato, XLII 51, 4; 59, 7.
- Leónides, XLII 51, 8.
- Lépido, véase Emilio Lépido.
- Lesbos, XLV 31, 14.
- Leto (monte), XLI 18, 1 y 9-10.
- Léucate, XLIV 1, 4. XLV 31, 12.
- Líber, XLI 28, 2.
- Líbera, XLI 28, 2.
- Libertad, XLV 15, 5.
- Libetro, XLIV 5, 12.
- Libitina, XLI 21, 6.
- Libros (Sibitinos), XLII 19, 6. XLIII 13, 7. XLV 16, 6.
- Licia, XLV 22, 2; 25, 6 y 12.
- Licinio, Gayo, XLV 26, 2.
- Licinio Craso, Gayo (cónsul en 168), XLII 9, 8; 10, 14; 58, 12. XLIV 17, 4. XLV (1, 7-8; 2, 4 y 6; 3, 2; 12, 9); 17, 2. Gayo Licinio, XLII 21, 8; 22, 3, 5 y 7; 27, 1, 3 y 5. XLIV 19, 1 y 5; 21, 5; 22, 5. XLV 1, 6; 2, 11; 17, 5. Licinio, XLIV 17, 10; 21, 11.
- Licinio Craso, Publio (cónsul en 171), XLI 14, 5. XLII 28, 5 (33, 1-2; 34, 1; 49, 8 y 10; 55, 1, 5 y 7; 57, 1; 58, 11-12; 60, 3-4 y 8; 62, 5, 8 y 14; 65, 12 y 14; 66, 4 y 9-10; 67, 6). XLIII (1, 1); 4, 5. Publio Licinio, XLI 15, 9-10. XLII 29, 1; 32, 3-4; 33, 4; 34, 12; 35, 1 y 6; 36, 5 y 7; 48, 4; 49, 1. XLIII 6, 2; 7, 1. XLV 34, 13. Licinio, XLII 32, 6.

Licinio Estrabón, Marco, XLI 2, 9.

Licinio Nerva, Aulo (pretor en 166), XLI 6, 2. XLII 35, 7. XLIV 18, 5. XLV 44, 2. Licinio, XLI 7, 5.

Licinio Nerva, Gayo (pretor en 167), XLV 16, 3.

Licinio Nerva, Gayo, XLV 3, 1; 42, 11.

licio(s), XLI 6, 8 y 11-12; 25, 8. XLII 14, 8. XLIV 15, 1.

Licisco, XLII 38, 2. XLV 28, 7.

Licido, XLIII 9, 7; 10, 3 y 8; 21, 1. XLIV 20, 5; 21, 4.

Licón, XLII 51, 9.

lidio(s), XLII 52, 11.

Liga Aquea, XLII 37, 9.

ligur(es), XLI 5, 9; 11, 10; 12, 3 y 9; 13, 5; 14, 1 y 6; 15, 5; 16, 7-8; 17, 6 y 9; 18, 6 y 13. XLII 1, 2; 7, 3 y 6-8; 8, 1, 5 y 7-8; 9, 1 y 3; 10, 10; 21, 2, 4 y 8; 22, 5 y 8; 26, 1; 28, 3; 35, 6. XLIV 35, 19. XLV 44, 1.

Liguria, XLI 12, 7; 14, 8; 17, 7; 19, 2. XLII 7, 3; 10, 11; 27, 5; 28, 2. XLIII 9, 1.

Ligustino, Espurio, XLII 34, 1-2.

ligustino(s), XLII 4, 3.

lincesta(s), XLV 30, 6.

Liso, XLIII 20, 2. XLIV 30, 6-7.

Literno, XLV 38, 7.

Livio Salinátor, Gayo (cónsul en 188), XLIII 11, 13. Gayo Livio, XLV 22, 11.

locrense(s), XLII 48, 7.

Loracina (río), XLIII 4, 6.

Lorima, XLV 10, 4.

Lúa, véase Madre Lúa.

Lucrecio, Espurio (pretor en 172), XLII 9, 8; 10, 13; 18, 6. XLIV 7, 1 y 11.

Lucrecio Galo, Gayo (pretor en 171), XLII 28, 5; 31, 9 (48, 6). Gayo Lucrecio, XLII 35, 3; 48, 5 y 9; 56, 1. XLIII 6, 2; 7, 8 y 10-11; 8, 5 y 9. Lucrecio, XLII 63, 3. XLIII 4, 5-6 y 8; 7, 9; 8, 1.

Lucrecio (Galo), Marco (trib. pleb. en 172), XLII 19, 1; 48, 6; 56, 1, 3 y 5.

Luna, XLI 13, 4; 19, 1. XLIII 9, 3. XLV 13, 10.

lunense(s), XLV 13, 10.

lusitano(s), XLI 7, 2.

Lutacio (Cátulo), Gayo (cónsul en 242), XLV 38, 4.

Lutacio Cercón, Gayo, XLII 6, 5.

Macedonia, XLI 19, 4; 22, 2-3; 23, 2; 24, 8 y 12. XLII 2, 1 y 3; 4, 5; 5, 6; 6, 2 y 4; 10, 11-12; 12, 10; 15, 1; 18, 3 y 6; 19, 7; 25, 1-2; 26, 1-2; 27, 4 y 7; 29, 1 y 6; 30, 10; 31, 1-5 y 8; 32, 1 y 4-6; 34, 5; 36, 2 y 5; 37, 8; 40, 10; 41, 8; 42, 5; 46, 1 y 9; 48, 4; 50, 7; 51, 1, 9 y 11; 52, 2 y 15-16; 53, 2; 54, 10; 62, 12; 67, 1 y 6. XLIII 1, 4 y 8; 3, 6; 5, 1, 3 y 6; 6, 8, 10

- y 14; 7, 1; 9, 4; 11, 1-2, 9 y 12; 12, 1, 3 y 8-9; 14, 2 y 7; 15, 3 y 7-8; 18, 1 y 3; 20, 1 y 4; 23, 1. XLIV 1, 2 y 12; 2, 2; 6, 5 y 14; 7, 5 y 9; 11, 2 y 4; 12, 5; 13, 10-11; 14, 1, 9 y 11; 15, 6; 16, 1 y 4; 17, 1 y 6-10; 18, 2 y 5; 19, 1; 20, 1-2; 21, 3, 8 y 10; 22, 2-3, 8, 13 y 16; 24, 4; 26, 13; 27, 10; 28, 2, 5 y 7; 29, 4; 30, 1; 31, 5; 35, 14; 36, 10; 39, 6; 45, 5. XLV 1, 2, 6, 9 y 11; 2, 9; 3, 8; 4, 3; 6, 2; 7, 2; 9, 7; 10, 2; 13, 9, 13, 16-17; 14, 5 y 8; 16, 1-2 y 7; 17, 1-2; 18, 3 y 7; 23, 1; 25, 2; 26, 1; 29, 5; 30, 2 y 8; 31, 1; 32, 2 y 6-7; 33, 5; 34, 7 y 9-10; 35, 7-8; 37, 8; 38, 4; 39, 4-5; 41, 5-6; 44, 9.
- macedónico(s), XLII 12, 9; 29, 7. XLIV 14, 1; 22, 17.
- macedonio(s), XLI 23, 1-2, 6, 10, 15-16 y 18; 24, 4, 7, 10 y 14. XLII 15, 3; 16, 5; 29, 12; 30, 1; 34, 6; 36, 1 y 9; 38, 1; 47, 3; 49, 7; 51, 2; 52, 11 y 13; 54, 1 y 3; 55, 5; 57, 8; 58, 6; 61, 10; 63, 1 y 12; 66, 5; 67, 6 y 11. XLIII 3, 7; 17, 7; 18, 8; 19, 13-14; 20, 1; 21, 1; 22, 9; 23, 4. XLIV 2, 11; 4, 9; 10, 9 y 11; 16, 4; 20, 4; 23, 4; 27, 6-7 y 13; 28, 9 y 13-14; 29, 1-2 y 5-6; 32, 9; 35, 1 y 7; 36, 10; 37, 9; 40, 4; 41, 3; 42, 3 y 7. XLV 1, 9; 6, 7; 7, 3; 9, 4; 18, 1 y 5; 22, 3; 29, 1 y 4; 30, 2; 32, 1 y 3-4; 34, 2; 35, 1 y 3; 36, 4; 38, 2; 39, 14; 42, 12; 43, 1-2; 44, 5.
- Macieno, Gayo (pretor en 173), XLI 28, 5.
- Macieno, Marco (pretor en 173; ¿el anterior?), XLII 1, 5. XLIII 2, 8. Macieno, XLIII 2, 10.
- Madre Lúa, XLV 33, 2.
- Magnesia, XLII 54, 10; 67, 12. XLIV 7, 10; 11, 3.
- magnete(s), XLII 56, 1.
- Maleo (cabo), XLII 56, 1.
- maliense(s), XLII 40, 6.
- Mamilio Atelo, Gayo (pretor en 207), XLI 21, 8.
- Manilio, Publio, XLV 17, 4.
- Manlio, Lucio (cuestor en 167), XLV 13, 12.
- Manlio Acidino, hijo de Lucio, XLII 49, 9.
- Manlio Acidino, hijo de Marco, XLII 49, 9.
- Manlio Acidino (Fulviano), Lucio (cónsul en 179), XLII 49, 9. Lucio Manlio, XLII 22, 5. XLV 9, 3.
- Manlio Torcuato, Aulo (cónsul en 164), XLV 16, 4.
- Manlio Torcuato, Tito (cónsul en 165), XLIII 11, 13.
- Manlio Vulsón, Aulo (cónsul en 178), XLI (1, 1-2 y 4; 2, 8; 3, 3 y 8; 4, 3; 7, 10). Aulo Manlio, XLI 7, 7; 10, 1 y 6. XLII 2, 6. XLV 9, 3. Manlio, XLI 6, 2; 8, 5; 10, 8 y 13; 11, 1.

Marcelo, véase Claudio Marcelo.

Marcia (ley), XLII 21, 8; 22, 7.

Marcio Escila, Quinto, XLII 21, 4.

Marcio Figulo, Gayo (cónsul en 156), XLIII 11, 7; 15, 3. XLIV 1, 3 y (4; 2, 3-4; 3, 1; 11, 1 y 5; 12, 4; 13, 8 y 12). Gayo Marcio, XLIV 2, 1; 10, 5. Marcio Figulo, XLIV 13, 11.

Marcio Figulo, Tito, XLIII 13, 6.

Marcio Filipo, Quinto (cónsul en 186 y 169), XLI 21, 11. XLIII 11, 6. XLIV 1, 1 (4, 6 y 9; 2, 4; 3, 4-5 y 9; 4, 1; 6, 4; 7, 1 y 10; 8, 1 y 8; 9, 10; 13, 1, 4, 10 y 12; 16, 4 y 6). XLV 17, 2. Quinto Marcio, XLII 37, 1; 42, 4 y 7. XLIII 12, 1; 15, 3. XLIV 16, 1. Marcio, XLII 37, 4; 38, 1, 5 y 8-9; 39, 1 y 5; 40, 1; 43, 1-2; 44, 5 y 8; 46, 1 y 3; 47, 1 y 9; 56, 7. Filipo, XLII 39, 5.

Marcio (Filipo), Quinto (hijo del anterior), XLIV 3, 2.

Marcio Rege, Publio, XLIII 1, 12.

Marcio Sermón, Marco, XLII 21, 4.

Marcólica, XLV 4, 1.

Marene, XLII 67, 4.

Maronea, XLIII 7, 10. XLV 20, 2; 29, 6.

marrucino(s), XLIV 40, 4.

Marte, XLI 9, 5. XLII 14, 4; 49, 4. XLIV 18, 7. XLV 15, 10; 33, 2.

Másgaba, XLV 13, 12; 14, 5; 44, 15.

Masilia, XLII 4, 1.

masiliense(s), XLII 4, 2.

Masinisa, XLI 22, 1. XLII 23, 1-2, 5-6 y 9-(10); 24, 7; 29, 8; 35, 7; (50, 6); 52, 9. XLIII 3, 5; 6, 11 y 13-(14). XLV 13, 12 y 15; 14, 1 y (3)-4; 44, 15.

Mater Matuta, XLI 28, 8.

Médica, XLIV 26, 7.

medo(s), XLII 19, 6.

Megalópolis, XLI 24, 20. XLV 28, 4.

megálopolitano(s), XLI 20, 6.

Meleón, XLIII 23, 3.

Melibea, XLIV 13, 1 y 4-6; 46, 3.

Memio, Gayo (pretor en 172), XLI 25, 5. XLII 9, 8; 10, 14; 27, 2.

Memio, Tito, XLIII 5, 10.

Menécrates, XLIV 24, 9.

Menfis, XLV 11, 1; 12, 1.

Menio, Quinto (pretor en 170), XLIII 4, 11; 6, 10; 8, 4.

Menófilo, XLIV 35, 10.

Menón, XLII 58, 7.

mesenio(s), XLII 37, 8.

Mesina, XLV 22, 6.

Metelo, véase Cecilio Metelo.

Meteón, XLIV 23, 3; 32, 3.

Metimna, XLV 31, 14.

Metrodoro, XLIV 23, 10.

Micitión, XLIII 7, 5; 8, 8.

- Midonte, XLII 58, 7. XLIV 32, 9; 45, 2 y 7.
- Milas, XLII 54, 11.
- milasense(s), XLV 25, 11 y 13.
- milesio(s), XLIII 6, 4.
- Minerva, XLII 20, 3; 51, 2. XLV 28, 1; 33, 2.
- Minervio, XLV 16, 5.
- Minturnas, XLIII 13, 3.
- Minucio, Quinto, XLI 25, 7.
- Minucio (Rufo), Marco (cónsul en 221), XLV 37, 12.
- Minucio Rufo, Tito, XLII 54, 7.
- Minucio Termo, Lucio, XLI 8, 5.
- Misagenes, XLII 29, 8; 62, 2; 65, 14; 67, 8. XLIV 4, 11. XLV 14, 8.
- misio(s), XLII 57, 7.
- Miti (río), XLIV 7, 4.
- Molósida, XLV 26, 4.
- Moneta, XLV 15, 10.
- Monuno, XLIV 30, 4.
- Mopselo, XLII 61, 11; 65, 1; 67, 1.
- Morco, XLIV 23, 4.
- Mucio Escévola, Publio (cónsul en 175), XLIII 14, 1. Publio Mucio, XLI 19, 1.
- Mucio (Escévola), Quinto (cónsul en 174), XLII 49, 9; 58, 13; 67, 9. XLIII 2, 9.
- Mumio, Lucio (pretor en 177), XLI 8, 1; 9, 10. Mumio, XLI 8, 2.
- Munacio, Gayo, XLII 4, 4.
- Mútala, XLI 11, 7.
- Mútina, XLI 14, 2; 16, 7; 18, 3.
- Nápoles, XLII 48, 9.
- Nasatio, XLI 11, 1.
- Nasica, véase Cornelio Escipión.
- Neón, XLIV 43, 6. XLV 31, 15.
- Nerón, véase Claudio Nerón.
- Neso, XLV 29, 5-6; 30, 3.
- Nevio Balbo, Lucio, XLV 13, 11.
- Niceo, XLIII 21, 8.
- Nicias, XLIV 10, 3-4.
- Nicomedes, XLV 44, 4, 9, 13 y 15.
- Nilo, XLIV 19, 9. XLV 11, 11; 12, 1.
- Ninfeo, XLII 36, 8; 49, 10; 53, 2.
- númida(s), XLII 23, 4; 35, 6; 52, 11; 62, 2; 65, 12 y 14; 67, 8. XLIV 16, 3.
- Numidia, XLII 24, 6.
- Numisio, Gayo (pretor en 177), XLI 8, 1. Numisio, XLI 8, 2.
- Numisio Tarquiniense, Tito, XLV 17, 3.
- Océano, XLIII 3, 3.
- Octavio, Gneo (cónsul en 165), XLIII 17, 2. XLIV 17, 5 y 10; 18, 7; 19, 4; 21, 3; 22, 16; 46, 3. XLV 5, 1; 6, 7; (7, 1); 28, 8; 29, 3; 33, 7; 39, 2; 42, 2. Octavio, XLIII 17, 10. XLIV 3, 1; 32, 5; 35, 8 y 13. XLV 6, 9-10 y 12; 35, 4-5.
- Odomántica, XLV 4, 2.

- odrisa(s), XLII 29, 12; 51, 10.
 XLIV 42, 2.
- Oeneo, XLIII 19, 2, 4 y 7.
- olciniata(s), XLV 26, 13 y 15.
- Olcinio, XLV 26, 2.
- Olimpia, XLV 28, 4.
- Olimpión, XLIV 23, 3.
- Olimpo (monte), XLIV 6, 15; 8, 6.
- Onésimo, XLIV 16, 4.
- Oreo, XLIV 13, 11; 30, 1.
- oresta(s), XLII 38, 1.
- Orico, XLV 33, 8; 34, 7-8.
- Origines*, XLV 25, 3.
- Oriunde (río), XLIV 31, 4.
- Oroandes, XLV 6, 2 y 5.
- Oropo, XLV 27, 10.
- Ortóbula, XLI 25, 6.
- Ortosia, XLV 25, 13.
- Osa (monte), XLII 54, 10. XLIV 13, 2.
- Otolobo, XLIV 3, 1.
- Palefársalo, XLIV 1, 5.
- Palene, XLIV 10, 11; 11, 2. XLV 30, 4.
- Panfilia, XLV 22, 12.
- panfilio(s), XLIV 14, 3.
- Pantaleón, XLII 15, 8 y 10.
- Pantauco, XLII 39, 7. XLIV 23, 2-4; 27, 9 y 11; 30, 14; 35, 2; 45, 2 y 7.
- Papino (monte), XLV 12, 11.
- Papirio Carbón, Gayo (pretor en 168), XLIV 17, 5. XLV 12, 13. Gayo Papirio, XLIV 17, 10. XLV 13, 8.
- Papirio Masón, Lucio (pretor en 176), XLI 14, 5; 15, 5.
- Papirio Turdo, Gayo, XLI 6, 2. Papirio, XLI 7, 5.
- Parastrimonia, XLII 51, 5.
- Parma, XLI 17, 9.
- Parmenión, XLIV 23, 4.
- Parnaso (monte), XLII 16, 1 y 4.
- Paroria, XLII 51, 5.
- partino(s), XLIII 21, 3. XLIV 30, 13.
- Pasarón, XLV 26, 4 y 15; 33, 8.
- patavino(s), XLI 27, 3-4.
- Patrocles, XLII 58, 8.
- Paulo, véase Emilio Paulo.
- Pela, XLII 41, 12; 51, 1; 67, 3. XLIV 6, 2; 10, 1 y 3; 23, 9; 25, 11; 27, 8; 42, 2; 43, 3, 5 y 8; 45, 5; 46, 4 y 9-10. XLV 29, 9; 30, 5; 33, 7.
- Pelagonia, XLV 29, 9.
- pelagonio(s), XLV 30, 6.
- Peleo, XLV 33, 8.
- peligno(s), XLI 8, 8. XLIV 40, 4; 41, 9; 42, 8.
- Peloponeso, XLI 23, 15-16. XLII 6, 1; 37, 4 y 7; 44, 6. XLIII 17, 2. XLV 31, 6.
- pelusiaco(s), XLV 11, 11.
- Pelusio, XLIV 19, 9. XLV 11, 4 y 11; 12, 1.
- Penates, XLV 16, 5.
- Peneo (río), XLII 38, 10; 55, 6; 60, 3; 62, 1. XLIV 6, 8. XLV 29, 8.
- penesta(s), XLIII 19, 2; 20, 4; 21, 1-3; 23, 7.

penestiano(s), XLIII 18, 5.
peón(es), XLII 51, 5. XLV 29, 7.

Peonia, XLII 51, 6; 58, 8. XLIV 26, 8. XLV 29, 8 y 12-13.

Pérgamo, XLII 18, 4; 42, 6; 55, 7. XLIV 13, 10; 28, 9. XLV 34, 11.

Perpena, Marco, XLIV 27, 11.

Perpena, XLIV 32, 1-2 y 4.

Perrebia, XLII 5, 7 y 10; 13, 9; 36, 4; 67, 7. XLIV 2, 8; 27, 4; 35, 10.

perrebo(s), XLII 53, 8. XLIV 35, 10.

persa(s), XLV 9, 5.

Perseo, XLI 19, 4-5 y (6); 22, 2 y 4; 23, 3, (4), (7), 9-11 y (16); 24, 4, 6, 11, 18-19 y (20). XLII 2, 1-(2); 5, 1 y 4; 6, 2 y (4); 10, 11; 11, 1-3 y 5; 12, 6-8; 13, 4 y 11; 14, 2-(3), 5-6 y 9; (15, 1-2); 17, 1 y 4-(5); 18, 1 y 4; 19, 3 y 8; 25, (1), 2, (3), (6) y (8); 26, 3 y 7-8; 29, (2)-3; 30, (1), 4, (5) y 10; 31, 1; 33, 4-(5); 36, 1-2 y (3-5); 37, 5 y 7; 38, 5, 8 y (10); 39, 1-(2), 4 y (6-7); (41, 1); 43, (1), 3, (5) y 9; (44, 1, 3-4 y 6); 45, 2 y 5; 46, 1, (3), (6-7) y (10); 47, (1) y 10; (48, 2); 49, 7; 50, 1 y 8; 51, 8; 52, 3-4; (53, 1 y 4); (54, 1); (55, 3); 56, (5) y 8; 57, 1-(2), (5)-6, (8)-9 y (10-11); 58, 1, 5 y (9-10); 59, 4 y (6-10); (60, 1 y 5); (61, 1, 3 y 10); 62, 3, 7-(8), 10, (12) y 14; 63, 1 y (12);

64, 1, 5 y 9; 65, (1-2), 7 y (11); 66, 2 y (8-9); 67, 1 y 6. XLIII 6, 8-9; 7, 2-4 y 7; 8, 6; 10, 1; 11, 9; 18, 10 y (11); 19, 9; 20, (3)-4; 21, (1) y 5; 22, 3, 5 y 8; 23, 1 y 7. XLIV 1, 10; 2, 9; (4, 1 y 9); (6, 1, 5, 9 y 14); 7, 8; 8, 5; (9, 2); 10, 1 y (4); 11, 5; 13, 4 y 9; 14, 6-7, 9 y 11; 15, 3 y 7; 16, 5; (18, 3); 20, (3) y 5; 23, 1, 3 y 7-(8); 24, 9; 25, 1-3, 8 y 11; 26, 1, 5, (8-9) y (11-12); 27, (1), (4-5), 7 y 12; 28, 1; 29, 3 y 6-7; 30, 11; 32, 5; 34, 10; (35, 1, 8, 11, 16, 18 y 24); 37, 4 y (10-11); (40, 2); 43, 1, (3-4) y 5; 45, 1-(2), 8 y (11-12); 46, (1-2) y 10-(11). XLV 1, (2) y 8-(9); (2, 4-5); 3, 4 y 6-8; 4, 2, 4 y 6-7; 5, 6 y 9-(10); 6, (4), 6-(7), (9) y (11); 7, (1), 3-4 y (5); 8, 6 y 8; 9, 2-3; 10, (11) y 14; 13, 9; 14, 8; 16, 7; 19, 5 y 16; 20, 5; 22, 8 y 10; 23, 1, 5, 11 y 13; 24, (2), (5) y 9; 26, 5; 27, 2 y 7; 28, 6 y 9-11; 29, 6 y 12; 31, (1), (3), 7, (13) y 15; (32, 4); 33, 8; 34, 1; 35, 1; 38, 2; 39, 1, 3, (6)-7 y 14; 40, (2)-3 y 6; 41, (4), (6-7) y 10; 42, 2, 4, 7 y 9-10; 43, 2; 44, 5.

Petilio, Lucio, XLV 27, 11. Petilio, XLIV 32, 1.

Petilio Espurino, Quinto (cónsul en 176), XLI 14, 4; (15, 3; 18, 6, 11 y 14). Quinto Petilio, XLI 14, 7; 16, 5; 17, 6-8; 18,

5. Petilio, XLI 15, 4-5; 18, 8-9.
- Petitaro (río), XLIII 22, 8.
- Petra, XLIV 32, 9. XLV 41, 4.
- Pidna, XLIV 6, 3 y 17; 10, 7; 42, 2 y 7; 45, 4 y 6; 46, 4. XLV 41, 4.
- Pieria, XLIV 7, 4; 8, 2; 9, 10; 20, 3; 43, 1.
- Pireo, XLV 27, 11.
- Pirro, XLII 3, 6; 47, 6. XLV 38, 11.
- pirusta(s), XLV 26, 13.
- Pisa, XLI 5, 6 y 8; 12, 1; 14, 2 y 8-9; 15, 5; 17, 7-8; 19, 1. XLII 9, 2. XLIII 9, 3. XLV 13, 10; 16, 3; 17, 6.
- pisano(s), XLV 13, 10.
- Pisauro, XLI 27, 11.
- Pitón, XLIV 12, 2.
- Pitoo, XLII 53, 6. XLIV 2, 6; 35, 15.
- Pitos, XLIV 32, 9.
- Placencia, XLI 1, 6.
- placentino(s), XLI 2, 3. XLIV 40, 6.
- Plator, XLIV 30, 2-4.
- Pletorio, Gayo, XLII 26, 7.
- Pléurato, XLIII 19, 13. XLIV 11, 7; 30, 2; 32, 3.
- Po (río), XLII 22, 5-6.
- Poliarato, XLIV 23, 10; 29, 7. XLV 22, 9.
- Polibio, XLV 44, 19.
- Pompeyo, Lucio, XLII 65, 6.
- Pomponio, Marco, XLV 21, 3.
- pontino(s), XLII 2, 5.
- Ponto, XLII 56, 6.
- Popilia (familia), XLII 22, 7.
- Popilio Lenate, Gayo (cónsul en 172), XLII 9, 8; (28, 9). XLIV 19, 13. Gayo Popilio, XLII 10, 9; 22, 5; 27, 5; 28, 1 y 8. XLIII 14, 7; 17, 2; 22, 2. XLIV 29, 1. XLV 10, 2; 23, 12. Popilio, XLII 10, 10. XLIII 17, 10; 22, 3 y 6. XLIV 29, 4. XLV 10, 7, 10, 13 y 15; 12, 4-6; 13, 1.
- Popilio Lenate, Marco (cónsul en 173), XLI 4, 5; 28, 4. XLII 1, 1; (7, 5-6); (8, 2 y 8); (9, 1 y 3); (28, 2). Marco Popilio, XLI 15, 6; 25, 5. XLII 7, 4; 8, 7; 10, 12; 21, 1; 22, 1-2 y 7; 33, 1-2. XLIII 2, 9. XLIV 13, 1. Popilio, XLI 15, 8. XLII 21, 2-3. XLIV 4, 11; 5, 10; 7, 1; 8, 8; 9, 1.
- Popilio Sabelo, Gayo, XLI 4, 6.
- Porcio Catón, Marco (cónsul en 195), XLIII 2, 5. XLV 25, 2.
- Marco Porcio, XLII 34, 6.
- Marco Catón, XLIII 2, 7.
- Porcio Lícino, Lucio, XLII 27, 7.
- Posideo, XLIV 11, 3.
- Postumio, Gayo (trib. mil. en 168), XLV 6, 9.
- Postumio Albino, Aulo (cónsul en 151), XLV 4, 7. Aulo Postumio, XLV 28, 11.
- Postumio (Albino), Espurio (cónsul en 174), XLII 45, 2. XLIII 2, 9.
- Postumio Albino, Lucio (cónsul

- en 173), XLI 6, 4; 28, 4. XLII 1, 1, (8) y (12); 35, 7. XLIII 14, 1. Lucio Postumio, XLI 7, 2. XLII 1, 6; 10, 3. XLIII 2, 9. XLV 27, 4. Lucio Albino, XLIV 41, 2. Postumio, XLII 1, 7; 8, 4; 9, 7; 19, 1. Albino, XLI 7, 2.
- Postumio Albino, Lucio (cónsul en 154), XLV 15, 10.
- Postumio Albino Lusco, Aulo (cónsul en 180), Aulo Postumio Albino, XLI 27, 1. XLII 10, 1 y 6; 35, 7. Aulo Postumio Lusco, XLV 17, 2. Aulo Postumio, XLIII 16, 2. Postumio, XLI 27, 11.
- Potencia, XLI 27, 11.
- Praxo, XLII 15, 3; 17, 2.
- Preneste, XLII 1, 7. XLIII 2, 10. XLV 44, 8 y 15.
- prenestino(s), XLII 1, 7 y 12.
- Priverno, XLII 2, 4.
- Próxeno, XLI 25, 3 y 6.
- Prusias, XLII 12, 3; 29, 3. XLIV 10, 12; 14, 5-6 y (8); 24, 3 y 5. XLV 44, 4, 10-11, 14-(15), (17-18) y 19.
- Ptéleo, XLII 42, 1; 67, 9.
- púnico(s), XLII 47, 7; 56, 6. XLV 7, 2.
- Putéolos, XLI 9, 5. XLV 13, 12; 14, 6.
- Queronea, XLII 43, 6.
- Quimaro, XLIV 24, 9.
- Quincio Flaminio, Gayo (pretor en 177), XLI 8, 1. Quincio, XLI 8, 2.
- (Quincio) Flaminio, Lucio (cónsul en 192), XLIII 11, 13.
- Quincio Flaminio, Tito, XLII 34, 5. Tito Quincio, XLI 9, 9. XLII 62, 5. Tito Flaminio, XLI 28, 11.
- Quincio Flaminio, Tito (cónsul en 150), XLV 42, 11; 44, 3.
- Quinquatres*, XLIV 20, 1.
- Quintilio Varo, Publio (pretor en 203), XLIV 18, 7.
- Quintilio Varo, Publio (pretor en 166), XLV 44, 2.
- Quios, XLIV 28, 6-8 y 12-13.
- Quirinales, XLV 43, 1.
- Quirino, XLV 44, 3.
- Quirites, XLI 16, 1. XLII 34, 2. XLIV 22, 2 y 11. XLV 37, 1, 9 y 14; 39, 3; 41, 1.
- Ramio, Lucio, XLII 17, 2. Ramio, XLII 17, 3 y 8; 41, 4.
- Reate, XLIII 13, 4.
- Recio, Marco, XLIII 9, 6; 11, 4.
- regino(s), XLII 48, 7.
- Remente, XLII 2, 4.
- Rinocolura, XLV 11, 10.
- Rizón, XLV 26, 2.
- rizonita(s), XLV 26, 13 y 15.
- Rodas, XLII 19, 8; 46, 1 y 7. XLIV 23, 4-5 y 9-10; 29, 6. XLV 10, 4-6 y 15; 24, 9; 25, 5-6.
- rodio(s), XLI 6, 8 y 11-12; 20, 7; 25, 8. XLII 14, 6 y 8; 26, 8 y 9; 45, 3-4; 46, 3-4 y 6; 56, 6.

XLIV 14, 5, 8 y 11-12; 15, 3 y 5-6; 23, 5 y 10; 28, 3; 29, 7; 35, 4 y 6. XLV 3, 3-4, 6 y 8; 10, 5, 11, 13 y 15; 20, 4 y 7-9; 21, 1 y 4; 22, 2, 4 y 14; 23, 7 y 19; 24, 7, 10, 11 y 14; 25, 2 y 4.

Rojo (mar), XLII 52, 14. XLV 9, 6.

Roma, XLI 5, 2, 4, 8 y 10-11; 6, 1 y 4; 7, 4 y 7; 8, 7; 9, 6; 10, 1, 5, 7-8, 11 y 13; 12, 10; 13, 6; 14, 1 y 3; 16, 4 y 9; 17, 3; 19, 4; 20, 13; 23, 9 y 11; 24, 2 y 16; 25, 2; 27, 4; 28, 3 y 9. XLII 1, 7 y 10; 3, 1; 4, 5; 6, 3 y 9; 9, 2 y 7; 10, 3; 11, 1, 3-4 y 7; 12, 6; 16, 9; 17, 9; 18, 5; 19, 3-4; 20, 3; 22, 2-3; 23, 1-2; 24, 1-4; 25, 14; 26, 3 y 6; 27, 1 y 8; 28, 1 y 6; 29, 1; 36, 6 y 8; 40, 4 y 8-9; 41, 6; 42, 5; 43, 1; 44, 1, 5 y 8; 45, 8; 46, 1 y 3-4; 47, 1; 48, 3 y 5; 49, 7; 50, 1; 52, 3; 60, 9. XLIII 1, 10; 4, 9; 6, 1 y 5; 11, 1 y 3-5; 13, 4; 14, 10; 23, 6. XLIV 1, 1 y 7; 14, 1, 4, 9 y 11; 16, 2-3; 17, 3; 19, 8 y 12; 25, 10; 32, 4-5; 34, 1; 35, 4; 45, 3. XLV 1, 1; 10, 5; 12, 12-13; 13, 1, 12 y 17; 14, 3 y 9; 17, 6-7; 19, 5 y 8; 22, 1; 24, 12; 25, 5; 26, 1 y 11; 27, 1-2; 31, 8 y 10; 33, 7; 35, 1; 37, 9; 38, 2, 7, 10 y 14; 39, 1 y 4; 43, 9; 44, 1, 4-5, 8, 15 y 20-21.

romano(s), XLI 2, 4; 3, 1; 4, 4;

5, 4; 6, 12; 7, 3 y 7-9; 8, 9-12; 9, 5; 10, 4; 13, 4; 15, 11; 16, 9; 18, 13; 19, 6; 20, 1 y 11; 21, 3 y 11-12; 22, 4; 23, 5, 9, 11, 13, 16 y 18; 24, 2-4, 6-7, 9, 13-14, 18 y 20; 25, 8; 26, 1 y 3; 27, 11; 28, 8. XLII 1, 2-3 y 11; 3, 9; 5, 6; 6, 2, 8 y 12; 7, 4; 8, 5-6; 10, 2; 11, 5; 12, 2 y 7; 14, 10; 15, 1; 17, 3 y 5; 18, 6; 23, 4 y 7-9; 24, 4; 25, 4 y 7-8; 26, 2 y 8; 27, 3; 28, 7; 29, 3-4 y 6-11; 30, 2-3, 5 y 10-11; 31, 1 y 7; 32, 4; 37, 2, 5-6 y 8; 38, 2-4 y 6-7; 39, 4; 40, 5; 41, 10 y 13; 43, 3-4 y 9-10; 44, 1, 3-4 y 8; 45, 2, 4-5 y 7; 46, 1-3, 6-8 y 10; 47, 3-4 y 7; 48, 8; 50, 5 y 7-10; 52, 6, 8, 11 y 15-16; 53, 2; 55, 3, 8 y 10; 56, 4 y 9; 57, 3, 6 y 11; 58, 3; 60, 1, 3 y 7; 61, 4; 62, 1, 6-7, 10-11 y 13; 63, 1 y 12; 64, 2 y 9-10; 65, 1-2, 8 y 12; 66, 1; 67, 1. XLIII 2, 2 y 12; 3, 2 y 6-7; 6, 8-9 y 12; 7, 2-4, 7-8 y 10; 8, 4-6; 9, 2; 10, 6; 11, 9; 12, 3-5 y 9-10; 17, 2; 18, 1-3, 6, 8 y 10-11; 19, 2, 6 y 14; 20, 2; 21, 4; 22, 2 y 5; 23, 5. XLIV 1, 10-12; 4, 1, 7 y 10; 5, 8; 6, 5-6; 7, 9; 8, 5; 9, 3; 10, 10; 11, 4-5 y 8; 12, 3 y 7; 13, 5; 14, 6-9 y 11; 15, 1, 3, 5, 7; 16, 5-7; 18, 3 y 6; 19, 11-12; 21, 5; 22, 3; 23, 2 y 5-6; 24, 2 y 6-7; 25, 2, 4, 6; 26, 1 y 13; 27, 4-6 y 11-12; 28, 9; 29, 1-2; 30, 6 y 8; 31, 1 y 7;

- 32, 6; 34, 10; 35, 1, 12, 19 y 21; 37, 8; 40, 4; 41, 9; 42, 7 y 9; 43, 8; 44, 5-6; 45, 2. XLV 1, 6 y 9; 3, 1, 4-6 y 8; 4, 7; 5, 6; 6, 2 y 8; 7, 2; 8, 1, 3 y 5; 9, 2; 10, 1, 9 y 13-14; 12, 3 y 12; 13, 2, 5-7, 10 y 15-16; 14, 2-4; 16, 7; 17, 7; 18, 1-2 y 7; 19, 4-5; 20, 8; 22, 2 y 4-5; 23, 7, 12 y 19; 24, 14; 25, 7, 9-10 y 12; 26, 5, 7, 9 y 12-14; 27, 3; 29, 4; 31, 1-5, 7 y 15; 32, 10; 34, 12 y 14; 36, 4; 37, 8 y 11; 38, 3, 5 y 11; 40, 3 y 9; 41, 5; 42, 8-11; 44, 5, 8-11, 13, 15 y 18-19.
- Rutilio, Publio (trib. pleb. en 169), XLIII 16, 3. XLIV 16, 8. Rutilio, XLIII 16, 5.
- Rutilio Calvo, Publio (pretor en 166), XLV 44, 2.
- Sabina, XLI 28, 2. XLII 34, 2. salepitano(s), XLV 26, 14.
- Salonio, Gayo, XLII 4, 4.
- Salud, XLI 15, 4.
- samnita(s), XLI 8, 8. XLIV 40, 5.
- Samos, XLII 56, 6. XLV 22, 12-13.
- Samotracia, XLII 25, 6; 50, 8. XLIV 25, 10; 45, 14; 46, 10. XLV 2, 5; 5, 1-2 y 11; 6, 3 y 8; 19, 16; 28, 11; 40, 2; 41, 6.
- samotracio(s), XLV 5, 3 y 10.
- Sardes, XLV 34, 11.
- sardo(s), XLI 6, 7; 8, 5; 17, 1-2. XLII 31, 8. Sardos ilienses, XLI 12, 4.
- Sátiro, XLII 14, 6.
- Saturnia, XLII 20, 5.
- Saturno, XLI 21, 12; 27, 7.
- Seleuco, XLII 12, 3.
- Sempronio (basílica), XLIV 16, 11.
- Sempronio, Tiberio (trib. pleb. en 167), XLV 36, 1.
- Sempronio Bleso, Gayo, XLIII 4, 12.
- Sempronio Graco, Tiberio (cónsul en 177 y 163), XLI 6, 4; 8, 1; (12, 2 y 6); 21, 8; 28, 8. XLII 34, 9. XLIII 14, 1. Sempronio Graco, XLI 7, 1. Tiberio Sempronio, XLI 12, 4; 17, 1 y 3-4. XLIII 14, 6; 15, 8; 16, 7. XLIV 16, 10. Tiberio Graco, XLI 26, 1. XLII 34, 10. XLIII 16, 10 y 15. XLV 15, 6. Sempronio, XLI 8, 4; 9, 8. XLV 15, 7. Graco, XLI 7, 2; 15, 6; 21, 9. XLIII 16, 8 y 16.
- Sempronio Longo, Gayo (augur), XLI 21, 9.
- Sempronio Longo, Tiberio (cónsul en 194), XLI 21, 8.
- Sempronio Musca, Tito, XLV 13, 11.
- Sempronio Tuditano, Marco (cónsul en 185), XLI 21, 8. Marco Sempronio, XLV 16, 8. Tuditano, XLI 21, 9.
- Segio Silo, Marco, XLIV 40, 5.
- Servilio, Marco, XLIII 11, 13.

- Servilio Cepión, Gneo (cónsul en 203), XLI 21, 8.
- Servilio Cepión, Gneo (hijo del anterior; cónsul en 169), XLI 21, 3 y (8). XLII 25, 1. XLIII 11, 6; (15, 5). Gneo Servilio, XLII 4, 2. XLIII 12, 1; 15, 3. XLIV 17, 2; 18, 5; 21, 7. Cepión, XLIII 15, 4.
- Servilio (Gémino), Marco (cónsul en 202), XLV 36, 9-10. Servilio, XLV 37, 1.
- Seutes, XLII 51, 10.
- Sicilia, XLI 8, 2; 15, 5; 21, 3. XLII 1, 5; 10, 14; 27, 2 y 7; 28, 6; 31, 8-9. XLIII 11, 8; 12, 9; 15, 3. XLIV 17, 9-10; 20, 6. XLV 16, 3; 22, 6; 44, 2.
- Sicimina (monte), XLV 12, 11.
- Sicinio, Gneo (pretor en 183 y 172), XLI 13, 5. XLII 9, 8; 10, 8 y 14; 18, 2; 19, 6; 22, 5; 27, 3, 5-6 y 8; 31, 3; 36, 4 y 8; 47, 11. XLIII 5, 10.
- Sición, XLV 28, 3.
- sículo(s), XLII 31, 8.
- Sicurio, XLII 54, 9-10; 57, 9; 62, 15; 64, 1, 7-8 y 9.
- Sífax, XLV 7, 2; 39, 7.
- Sigeo, XLIV 28, 6.
- Silo, XLII 51, 7.
- Sínada, XLV 34, 11-12.
- Síntice, XLII 51, 7. XLIV 46, 2. XLV 29, 7.
- Sinuesa, XLI 21, 12; 23, 12.
- Siracusa, XLI 13, 2-3.
- Siras, XLV 4, 2.
- Siria, XLII 6, 12; 26, 7. XLIV 19, 8 y 11; 24, 4. XLV 11, 1; 13, 1; 22, 13.
- Solón, XLIV 45, 7.
- Solovecio, XLV 34, 12.
- Sópatro, XLII 66, 9.
- Subota, XLIV 28, 6-8.
- Sulpicio Galba, Gayo (pretor en 171), XLI 21, 9. XLII 28, 5; 31, 9; 35, 4. Gayo Sulpicio, XLIII 1, 10.
- Sulpicio (Galba), Publio (cónsul en 201), XLII 34, 5.
- Sulpicio Galba, Servio (cónsul en 144), XLV 35, 8. Servio Galba, XLV 36, 2; 37, 3 y 9; 39, 13 y 15. Galba, XLV 36, 8; 39, 19.
- Sulpicio Galo, Gayo (cónsul en 166), XLIII 2, 5; 11, 7. XLIV 37, 5. XLV 27, 6; 44, 1. Gayo Sulpicio, XLIII 2, 7; 14, 3; 15, 1 y 3-4; 16, 11. XLIV 16, 4. XLV 28, 9. Sulpicio, XLIV 17, 3. Galo, XLIV 37, 8.
- Superior (mar), XLI 1, 3.
- Suso, XLII 51, 7.
- tarentino(s), XLIV 16, 7.
- Tarento, XLI 1, 3. XLIV 16, 7.
- taulancio(s), XLV 26, 13.
- Tauro (montes), XLII 42, 6; 50, 6.
- Taurópolo, XLIV 44, 4.
- tebano(s), XLII 40, 7; 41, 5; 44, 5; 46, 8-10; 67, 12. XLV 31, 15.
- Tebas, XLII 12, 6; 13, 7; 43, 6-

- 8; 44, 3; 46, 7; 47, 12; 63, 12.
 XLIII 17, 2.
- Tecmón, XLV 26, 4 y 10.
- Tegea, XLI 20, 6.
- Tempe, XLII 54, 8; 61, 11; 67, 6. XLIV 6, 5-7 y 12; 7, 1 y 12; 8, 9.
- Ténedos, XLIV 28, 1, 3 y 5.
- Teódoto (epirotá), XLV 26, 5 y 9.
- Teódoto (epirotá prorromano), XLV 26, 7.
- Teódoto (rodio), XLV 25, 7.
- Teógenes, XLIV 32, 9.
- Teonda, XLV 5, 6 y 12.
- Terencio Culeón, Quinto (pretor en 187), XLII 35, 7.
- Terencio Tusciviano, Publio, XLV 17, 4.
- Terencio Varrón, Aulo (pretor en 184), XLII 26, 7. XLV 17, 3.
- Terminalia*, XLIII 11, 13. XLV 44, 3.
- Termópilas, XLV 22, 7.
- Tesalia, XLI 22, 6; 23, 14. XLII 13, 8-9; 36, 4; 37, 4; 38, 2; 40, 6; 47, 10; 54, 10; 55, 1 y 5; 67, 6 y 8. XLIII 1, 1; 18, 1. XLIV 1, 4; 2, 2; 6, 5-6; 7, 6-7; 9, 11; 10, 1, 5 y 7; 13, 2 y 11; 27, 4 y 6; 46, 9. XLV 3, 7; 27, 6; 30, 4.
- tesalio(s), XLI 24, 9-10. XLII 4, 5; 5, 7-8; 25, 13; 38, 6; 54, 7; 55, 10; 58, 14; 59, 4; 60, 10.
- Tesalónica, XLII 58, 10; 67, 3. XLIV 6, 2; 10, 2; 12, 6; 23, 9; 28, 15; 32, 6; 35, 8; 45, 5. XLV 6, 9; 29, 9; 30, 4.
- Tespías, XLII 43, 8.
- Teutico, XLIV 31, 9.
- Tíber, XLI 27, 8. XLV 2, 9; 35, 3.
- Tíbur, XLIII 2, 10.
- Tiendas Viejas, XLIV 16, 10.
- Timavo, XLI 1, 2; 2, 1.
- Timoteo, XLII 67, 2.
- Tinfeide, XLV 30, 6.
- Tirreo, XLIII 17, 7.
- Tisipo, XLV 28, 7.
- Titinio, Marco (pretor en 178), XLI 5, 7; 6, 4; 9, 3; 15, 11; 26, 1. XLIII 2, 6. Titinio, XLI 5, 8.
- Tolomeo (VI, VIII), XLII 6, 4; 26, 7; 29, 7. XLIV 19, 6, 8, 12 y 14. XLV 11, 1-2, 8 y 10; 12, 8; 13, 4 y 7; 23, 12; 34, 14; 44, 13.
- Torone, XLIV 11, 2 y 4; 12, 7. XLV 30, 4.
- Tracia, XLII 12, 10; 19, 6-7; 51, 5. XLIII 18, 2. XLIV 27, 3. XLV 6, 2; 9, 4; 42, 5, 8 y 11.
- tracio(s), XLI 19, 7-8. XLII 29, 12; 51, 5 y 7; 52, 2 y 11; 57, 8; 59, 2; 60, 2; 65, 2; 67, 4. XLIV 40, 8-9; 44, 4, 6 y 8; 45, 13. XLV 42, 6, 9 y 11.
- transalpino(s), XLIII 5, 7. XLIV 14, 1.
- Trasipo, XLII 51, 4.
- Trebelio, Marco, XLIII 21, 2.
- Tremelio, Gayo, XLII 4, 4.
- Tremelio, Gneo, XLV 15, 9.

- Trespocia, XLIII 21, 4.
 trespocio(s), XLIII 23, 6.
 Trigémína (puerta), XLI 27, 8.
 Trípolis (Escea), XLII 55, 6.
 Trípolis (Perrebia), XLII 53, 6;
 67, 7.
 Triunfo, XLV 38, 12.
 Troya, XLV 27, 9.
 Túsculo, XLI 16, 6.
- urite(s), XLII 48, 7.
 Uscana, XLIII 10, 1; 18, 5; 19,
 1; 20, 4; 21, 1.
 uscanense(s), XLIII 18, 11; 19,
 2.
- Valerio, Marco, XLV 16, 5.
 Valerio Anciate, XLI 27, 2.
 XLII 11, 1. XLIV 13, 12.
 XLV 40, 1. Valerio, XLV 43,
 8.
 Valerio Levino, Gayo (cónsul
 sustituto en 176), XLI 8, 1;
 17, 6; 25, 5. XLIII 14, 1. Gayo
 Valerio, XLI 18, 6 y 15. XLII
 6, 5; 17, 1 y 8. Valerio, XLI
 18, 8. Levino, XLI 8, 3.
 Valerio Levino, Marco (pretor
 en 182), XLII 58, 12.
 Valerio Mesala, Marco (cónsul
 en 188), XLI 22, 3. XLII 28,
 13.
 Velia (colina), XLV 16, 5.
 Venecia, XLI 27, 3.
 Venus, XLI 27, 9. XLV 23, 14.
 vestino(s), XLIV 40, 6.
 vetio(s), XLV 30, 5.
 Veturio Graco Semproniano,
 Tito, XLI 21, 9.
 Veyos, XLI 21, 12. XLII 2, 4.
 XLIV 18, 6.
 Vía Sacra, XLIII 16, 4.
 Vilio Annal, Lucio (pretor en
 171), XLII 28, 5; 31, 9.
 Volustana, XLIV 2, 10.
 Vortumno, XLIV 16, 10.
 Vulcano, XLI 12, 6.
- yápide(s), XLIII 5, 3.
 Yolco, XLIV 12, 8; 13, 4-5.

ÍNDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
NOTA TEXTUAL.....	7
LIBRO XLI.....	9
LIBRO XLII.....	57
LIBRO XLIII.....	157
LIBRO XLIV.....	193
LIBRO XLV.....	267
ÍNDICE DE NOMBRES.....	345